



Divorciados.Com

EILEEN THORNTON

Divorciados.com
Eileen Thornton

Traducido por Laura Rebollo

“Divorciados.com”

Escrito por Eileen Thornton

Copyright © 2018 Eileen Thornton

Todos los derechos reservados

Distribuido por Babelcube, Inc.

www.babelcube.com

Traducido por Laura Rebollo

Diseño de portada © 2018 CoverMint

“Babelcube Books” y “Babelcube” son marcas registradas de Babelcube Inc.

Tabla de Contenido

[Título](#)

[Derechos de Autor](#)

[Divorciados.com | Eileen Thornton](#)

[Agradecimientos](#)

[Para mi marido, Phil, por no quejarse nunca | por pasarme horas y horas en el ordenador.](#)

[Divorciados.com | Capítulo uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo cinco](#)

[1. Capítulo seis](#)

[2. Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo trece](#)

[Capítulo catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo dieciocho](#)

[Capítulo diecinueve](#)

[Capítulo veinte](#)

[Capítulo veintiuno](#)

[Capítulo veintidós](#)

[Capítulo veintitrés](#)

[Capítulo veinticuatro](#)

[Capítulo veinticinco](#)

[Capítulo veintiséis](#)

[Capítulo veintisiete](#)

[Capítulo veintiocho](#)

[Capítulo veintinueve](#)

[Capítulo treinta](#)

[Capítulo treinta y uno](#)

[Capítulo treinta y dos](#)

[Capítulo treinta y tres](#)

[Capítulo treinta y cuatro](#)

[Capítulo treinta y cinco](#)

[Capítulo treinta y seis](#)

[Epílogo](#)

[Sobre la autora](#)

Divorciados.com

Eileen Thornton

Divorciados.com Copyright 2012 by Eileen Thornton
www.eileenthornton.com

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o utilizada de ninguna forma ni por ningún medio gráfico, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, información y sistemas de recuperación sin consentimiento de la autora, excepto cuando la ley lo permita.

Divorciados.com es una obra de ficción. Todos los personajes y temáticas son productos de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es mera coincidencia.

Tercera edición – 2014

Agradecimientos

Me gustaría dar las gracias a Creativia Publishing (www.creativia.org) por producir esta nueva edición de Divorciados.com. También me gustaría dar las gracias a SRB Productions (www.srbproductions.net) por la portada.

**Para mi marido, Phil, por no quejarse nunca
por pasarme horas y horas en el ordenador.**

Divorciados.com

Capítulo uno

— Espero que tengamos bastante comida.

Connie hizo una entrada majestuosa en la sala de banquetes del prestigioso Hotel Royale de Londres sujetando un pastel decorado laboriosamente sobre la cabeza. Si bajaba un poco los brazos, se tropezaría con el volante de los bajos de su vestido largo.

— ¿Qué dices? — Lucy señaló la mesa —. Hay montañas de comida. Creo que te olvidas de que somos solo cinco; nosotras cuatro, que hemos montado todo esto, y mi tía mayor, que ha venido solo a echar el rato.

— Sí, lo sé — Connie resopló —. ¿Pero no ves cuál es el objetivo de la comida? ¡Que se una más gente y...!

Por desgracia, en ese momento tropezó con el volante del vestido y dio un traspié hacia delante. El pastel se tambaleó peligrosamente en sus brazos extendidos mientras luchaba por recuperar el equilibrio.

Al ver lo que ocurría, Lucy se apresuró y cogió la tarta antes de que cayera al suelo.

— ¡Dios santo! Tu vestido es demasiado largo. ¿No tenías otra cosa que ponerte?

— ¡No! — contestó Connie y se levantó el vestido — Bueno, no aquí. Además, pagué un dineral por él y me lo pienso poner aunque me mate con él.

El vestido azul medianoche, con su corpiño de lentejuelas, quedaba precioso puesto en el maniquí del escaparate. Sabía que resaltaría perfectamente su pelo rubio y sus brillantes ojos azules. Era un vestido espectacular y sencillamente necesitaba poseerlo sin importar lo que costara. Pero Connie no había tenido en cuenta que el maniquí era unos centímetros más alto que ella.

Incluso la dependienta, consciente de su cargo, se había visto en el deber de hacerle saber que tendría problemas para caminar. Aun así, Connie hizo caso omiso al consejo, segura de que tendría la longitud adecuada cuando se pusiera sus plataformas nuevas, pero no fue el caso: el vestido seguía siendo largo y no dejaba de tropezarse cada vez que daba un paso.

No era tan malo cuando se lo podía levantar un poco, pero llevar algo con las dos manos le suponía un problema de verdad. Casi ocurre una catástrofe al subir las escaleras. Se habría caído sin duda cuando se tropezó con el vestido sin querer de no ser porque un hombre bastante atractivo había corrido hacia ella y le había cogido el pastel justo a tiempo.

— Seguramente sí — dijo Lucy mientras colocaba con cuidado el pastel en el centro de la mesa —. Si no hubiera sido el vestido, entonces habrían sido esos ridículos zapatos. Ten cuidado al subir y bajar las escaleras y, de todos modos, ¿qué diablos hacías llevando un pastel? ¿No debería encargarse alguno de los miembros del personal? ¡Para eso les estamos pagando un dineral!

— Venía para acá, así que pensé que podría ahorrarle un viaje a alguien — Connie se alisó el vestido —. Solo que se me había olvidado que había tantas escaleras.

— ¿¡Escaleras!?! — exclamó Jenny desde el otro lado de la sala — ¿Quieres decir que has subido todas las escaleras con un pastel que, por cierto, nos ha costado un dineral? ¿Por qué no has cogido el ascensor?

— ¡Porque no podía pulsar el botón para llamarlo! Estaba sujetando el pastel con las dos manos, ¿te acuerdas?

Jenny cerró los ojos y sacudió la cabeza. Para ser una mujer inteligente, Connie podía ser a veces increíblemente tonta.

— Para empezar, no sé por qué os he dejado que usemos el Hotel Royal — murmuró Lucy.

Tanto ella como las demás habrían preferido otro lugar más modesto para presentar su nueva agencia de contactos; algo que se ajustara más a su corto presupuesto. Aun así, Connie se había salido con la suya. Pero claro, Connie siempre salía con la suya.

— Todo esto nos está costando un riñón. Seguro que podríamos haber encontrado un sitio menos caro — añadió Lucy.

— Si te acuerdas, para el *catering* pillé una ganga —. Connie estaba un poco indignada por la falta de entusiasmo.

— Claro, porque dejaste que el encargado del *catering* te mirara el escote mientras estabais negociando — dijo Jenny soltando una risita.

— Bueno — prosiguió Connie ignorando el comentario anterior —, queremos que todo el mundo sepa que nuestra agencia de contactos, solo para divorciados, es una organización de clase alta, no una tienducha cutre de barrio que han montado un puñado de mujeres divorciadas. El Hotel Royal es

reconocido como un lugar especial — hizo un gesto alrededor de la sala —. Aquí ha estado hasta la reina.

— Es posible — dijo Lucy —. Pero permíteme dudar que su majestad venga a apuntarse a nuestra agencia de contactos. Entiendo que está felizmente casada — frunció el ceño —, así que creo que tendríamos que haber comparado precios.

— Claro, porque me imagino que os habríais conformado con el rinconcito enano al que llamamos oficina para la presentación — Connie sacudió la cabeza, lo que hizo que sus largos pendientes de oro oscilaran enérgicamente —. Creo que deberíamos causar una gran impresión.

Lucy suspiró y dijo:

— Una buena impresión nos causará nuestra cuenta bancaria si no conseguimos que se apunte bastante gente hoy. Y no estoy hablando solo del Royale. No os olvidéis de los anuncios que hemos puesto en el periódico; no son precisamente baratos, en especial los de las revistas. Por no mencionar en estos vestidos de noche carísimos que habéis insistido en que nos compremos.

— Hablando de trajes de noche, ¿qué tal estoy? — Jenny giró sobre sí misma. Odiaba las discusiones e intentó alegrar un poco las caras. Lucy tenía razón en que habían gastado demasiado dinero en esa noche. Pero ya estaba hecho, así que ella opinaba que por lo menos podrían dedicarse a disfrutarla. Ya mañana sería otro día.

— Estás guapísima, pero siempre lo estás — Lucy bajó la vista para verla entera. Ella sentía que no tenía ninguna gracia ni estilo en comparación con las otras dos mujeres. Había elegido un vestido negro con la falda acampanada para disimular sus caderas. En ese momento el vestido y sus caderas parecían estar peleándose. En toda su vida había probado muchas dietas diferentes, pero conseguía adelgazar muy pocos kilos y los que perdía los recuperaba rápido. Sin embargo, en su interior sabía que su amor por el chocolate no era algo que la ayudara mucho —. Tienes una figura preciosa y ese vestido ceñido resalta muy bien tu cinturita delgada y tus caderas. Además, me encanta ese tono de verde.

Suspiró. No se parecía ni un poquito a Jenny. Era alta, guapa y tenía el pelo caoba más bonito y mejor peinado que había visto nunca. En cambio, Lucy era bajita y redondita. Bueno, era muy redonda con el pelo teñido de un castaño claro apagado que siempre iba donde quería, sin importar cuánto lo peinara. Jenny también tenía una personalidad muy alegre, llena de vida. De

hecho, lo tenía todo. Lucy jamás entendería por qué Rob se había llevado a otra mujer a la cama teniendo a Jenny. Algunos hombres son idiotas.

— Todas estamos guapísimas esta noche — Connie interrumpió sus pensamientos.

— Solo espero que merezca la pena después del follón en el que nos hemos metido — contestó Lucy.

— Pues claro que sí. Sin embargo, si tienes esa actitud, entonces estaremos perdiendo desde el principio — Connie cruzó los dedos a sus espaldas. Deseaba con todas sus ganas que el evento fuera un gran éxito. Lucy tenía razón: ella era la que había insistido en celebrar ese gran banquete, en comprarse esos vestidos y en todo en general. Les dijo una mentirijilla cuando les habló del coste estimado de la comida. Si hubieran sabido la verdad no se habría salido con la suya.

La idea de empezar una agencia de contactos de clase alta para mujeres y hombres divorciados se les había ocurrido una noche mientras ella y sus tres amigas tomaban copas en un bar. Hablaban de lo difícil que era encontrar un hombre decente que se interesara por ellas después de pasar por un divorcio.

— Me apunté a una agencia de contactos con la esperanza de encontrar a un tío guapo que buscara una chica corriente y tuviera intenciones de casarse — lamentó Jenny —. Sin embargo, todos los hombres que conocía se pensaban que por el hecho de estar divorciada estaría dispuesta a darme un revolcón con ellos en el asiento trasero de su coche.

Al ver que las demás habían tenido el mismo problema, a Connie se le ocurrió de repente que podrían montar su propia agencia de contactos solo para divorciadas «algo con clase y que tuviera una oficina en Myfair», como mascullaba a causa de su enésima copa de vino, sin contar otras muchas bebidas. A todas les pareció bien y así nació *Divorciados.com*.

A la mañana siguiente, tumbada en la cama con una toalla fría alrededor de la cabeza, a Connie no le pareció tan buena idea. Para empezar, fundarla supondría una gran cantidad de dinero. Andrew, su ex marido, había sido muy generoso en el acuerdo de divorcio, pero lo que le daba no era bastante como para pagar una fundación elaborada ni para alquilar una oficina en Mayfair. No a menos que dejara de comprarse modelitos, algo a lo que se oponía por completo. Sin embargo, como ella era la que había propuesto la idea y había insistido en una fundación espectacular y una oficina en Park Lane, ella sería la que la alquilaría. Tras llamar a casi todos los contactos de su agenda pudo encontrar una oficina poco más grande que una despensa en el último piso de

un alto edificio de Park Lane. Al menos podían poner Mayfair en la dirección en la parte de arriba de las cartas y ella lo consideraba un factor muy importante.

— Ya es casi la hora — Lucy miró el reloj. Estaba empezando a ponerse nerviosa —. ¿Estamos listas? ¿Alguna tiene que ir al baño? No podemos dejar que ninguna vaya al baño en cuanto aparezca la primera persona.

— *Si aparece alguien.* Algunos podrían sentirse amedrentados por este magnífico lugar — Jenny hizo un gesto para señalar toda la sala con sus pilares de estilo romano, el papel de pared dorado y los candelabros de cristal —. No sé si se me ocurriría venir a un sitio como este solo para apuntarme a una agencia de contactos.

— ¡Pero qué dices?! Claro que vendrías. Tú siempre vas en busca de las cosas más sofisticadas, ¿verdad? — Connie frunció los labios para mostrar su disconformidad.

— Bueno... — comenzó Jenny. Las cosas sofisticadas eran todas muy bonitas, pero normalmente llevan una etiqueta con un precio desorbitante.

— Claro que sí — interrumpió Connie. Así Jenny no podría sembrar la duda —. Los únicos que se podrían echar atrás por el tipo de sitio en el que estamos son aquellos que no queremos. No olvidéis que va a ser una agencia de alta clase. Las personas correctas vendrán y he contratado a un fotógrafo para que saque fotos durante la noche y que haga fotos a todos los que se inscriban. Llegará en cualquier momento.

Lucy arrugó la frente. Esto se estaba yendo de las manos.

— ¡Un fotógrafo! ¿Te refieres a uno de verdad, que cobra mucho dinero por cada foto que hace? ¿Te haces una idea de lo que vale? Si lo hubieras dicho antes se lo habría pedido a mi hermano, que se habría dado por pagado con un par de copas.

— Si vamos a ser una agencia *online*, las fotos de nuestra página tienen que ser muy buenas — Connie hizo una pausa —. No quiero menospreciar a tu hermano, pero queremos fotografías profesionales que muestren a nuestros futuros clientes que somos una organización exclusiva.

— Bueno — hizo un mohín —, creo que lo tendríamos que haber hablado. Parece que has tomado todas las decisiones sin contar con nosotras.

— Ya es casi la hora, señora — Connie agradeció que el camarero la interrumpiera. Sin embargo, el alivio le duró poco cuando el camarero continuó —. ¿Quiere que sirva el champán ahora?

— ¡Champán! — bufó Lucy — ¿Estás loca, Connie? No podemos permitirnos el champán — miró a Jenny —. ¿Me entiendes? No sabía lo del champán. ¿Tú sí?

— Pues no — Jenny se giró hacia Connie —. ¿No te parece demasiado? Sabe Dios cuánto nos va a costar una botella de champán en un sitio como este.

— Sí, por favor, sirva unas copas ahora — dijo Connie sonriendo con gracia al camarero y luego se giró hacia sus amigos —. Por el amor de Dios, bajad la voz. Os va a escuchar y va a pensar que no nos lo podemos permitir.

— Y tendrá razón, ¿verdad? ¡Porque *no* nos lo podemos permitir! — insistió Jenny — Te olvidas de que soy la tesorera de nuestra pequeña empresa y sé lo que tenemos en el banco. Deberías...

— Bueno, lo que no podemos permitirnos es escatimar en las bebidas — Connie la interrumpió —, al menos no ahora que nos hemos gastado tanto en la comida. Calmaos, tomad una copa de champán y disfrutad de la noche.

— Disfrutaría de la noche muchísimo más si supiera que podemos pagarlo — refunfuñó Lucy mientras cogía una copa. Miró a su alrededor —. ¿Dónde está Sadie? Debería estar bebiendo champán. En realidad ni siquiera la he visto todavía.

— ¿No estaba abajo contigo, Connie? — preguntó Jenny.

— ¡No! Creía que estaba aquí arriba con Lucy.

— ¡Oh, Dios! ¿Qué le ha pasado a Sadie? Alguien tiene que saber algo de ella — lamentó Lucy.

Un fuerte golpe en el pasillo le llamó la atención. La puerta se abrió y Sadie irrumpió con una maleta enorme tras ella. Llevaba un vestido de encaje blanco largo ajustado sin tirantes, que la ponía en peligro de tropezar y caer en el suelo en cualquier momento, y unos taconazos increíblemente altos. Dejó la maleta al lado de la puerta, se subió un poco el vestido, se acercó al camarero y cogió una copa de champán.

— Lo necesitaba — dijo bebiéndosela del tirón. Dejó la copa y cogió otra.

— ¿Dónde cojones estabas? — gritó Connie — Acabamos de darnos cuenta de que no estabas.

— O sea, ¿qué podrían haberme desnudado, violado y dejado morir en cualquier callejón y vosotras ni daros cuenta? — miró al camarero — ¿Y a esto tengo que llamarle amigas? — se le resbalaron las gafas por el puente de la nariz y volvió a colocarlas en su sitio.

— Cómo exageras, Sadie — Lucy se rió.

— Vale, los cogemos de aquí, gracias — Jenny le quitó la bandeja al camarero, que sonreía de oreja a oreja —. Seguro que tienes más cosas que hacer.

— En realidad no. Formo parte del personal que os ayuda esta noche — contestó —. El resto se encarga de traer los canapés a los invitados conforme lleguen.

— Entonces échales una mano a ellos después. Ahora mismo no te necesitamos — Jenny puso la bandeja en la mesa y observó cómo el camarero se marchaba.

— Pues claro que te hemos echado en falta, solo que pensábamos que estabas con otra de nosotras, ¿sabes? Y, por cierto ¿adónde ibas? — Connie señaló la maleta.

— ¡No tengo ni idea! — Sadie le dio un sorbo al champán — Alex llegó a la puerta hace un par de horas y dijo que quería que le devolviera el piso. Estaba con una mujer y me dijo que era su nueva novia — hizo una mueca — ¡Novia! ¡Los cojones! Tenía la palabra *puta* escrita en la frente. La falda no le tapaba el trasero — se le volvieron a resbalar las gafas a Sadie y las volvió a colocar en su sitio.

— Tu vocabulario no mejora — resopló Connie. Sadie era una de esas mujeres que nunca escatimaba en lo que decía. Siempre decía exactamente lo que pensaba y a veces era un poco embarazoso —. Espero que no uses ese tipo de lenguaje durante la noche.

— Qué pija eres — dijo Sadie y dio otro sorbo a su copa de champán.

— ¡Que no soy pija! — le replicó Connie — ¿Cómo podría ser pija y tener una amiga como tú? — se mordió el labio. ¿Por qué había reaccionado así? No quería sonar tan dura.

Connie conocía a Sadie desde hacía muchos años, en concreto se conocieron porque trabajaban en la misma empresa. Eran polos totalmente opuestos. Mientras que a ella le gustaban las cosas refinadas, Sadie era más realista, práctica y con los pies en la tierra, pasara lo que pasara. A pesar del extravagante sentido de la moda que tenía Sadie, su lengua suelta y forma poco convencional de ver la vida, se hicieron muy buenas amigas. Incluso al cambiar de trabajo siguieron siendo íntimas.

— Ya veo. Así que... — empezó Sadie.

— No lo pilló, Sadie. ¿Por qué no le dices que se vaya a la mierda? — preguntó Lucy. Sabía que Connie nunca reaccionaría así en circunstancias

normales, pero tenía miedo de que se estuviera desviando la atención de la comida que estaba a punto de tener lugar en ese momento.

— Porque fui tonta y acepté un acuerdo muy estúpido. Yo viviría en el piso por el momento. Sin embargo, el primero que encontrara una pareja estable podría reclamarlo para siempre. Ni en un millón de años me pensaba que alguien se enamoraría de él; si es un desalmado — Sadie vaciló. Sonaba ridículo porque, después de todo, ella se había casado con él, ¿no? —. Bueno — prosiguió —, viendo la mujer que lo agarraba del brazo, por lo menos tiene lo que se merece — Sadie se bebió de golpe todo lo que le quedaba y cogió otra copa —. ¡Qué bueno está esto!

— ¡Eh! Relájate, que el champán no es cortesía de la casa. Connie lo ha pedido para esta noche y tiene que durar — Jenny suspiró —. Bueno, ¿y dónde piensas pasar la noche? Estarías de broma cuando dijiste que no tenías ni idea, ¿verdad? Algo tendrás pensado.

— Sí, claro que sí — Sadie evitó mirar a sus amigas, pero notaba cómo ninguna le quitaba ojo de encima esperando que les contara su plan —. Bueno, más o menos — dio otro sorbo al champán y se lo bebió de un trago —. ¡Bueno, vale, no! Supongo que no. Esperaba que alguna de vosotras se ofreciera a acogerme — miró a sus tres amigas una por una, pero todas se quedaron calladas.

— ¡Venga, chicas! No puedo permitirme quedarme en el Royale y no tengo tiempo para buscar otra cosa. Tenía que guardar algunas cosas, vestirme y llegar aquí. Encima se me ha olvidado la cartera y todo lo que tenía era dinero suelto que no daba ni para un taxi, así que he tenido que coger el autobús. Parecía idiota vestida así — señaló el vestido —. Apenas podía levantar el pie para subirme y cuando creía que lo había conseguido, me había pisado el vestido. Así que cuando me conseguí subir al autobús se me resbaló hacia abajo el vestido y le enseñé las tetas al conductor. ¡Dos veces! Al final le di pena, así que se levantó del asiento y me subió en brazos. Hasta me dijo que no pagara. Todos los que estaban en el autobús lo ovacionaron. Todo un héroe, ¿verdad? — bebió algo más de champán.

Las otras se miraron. Intentaban contenerse la risa mientras visualizaban la escena.

— O sea, ¿que Alex ni si quiera te ha avisado con unos días de antelación? — dijo Jenny por fin — ¿Se esperaba que salieras del piso y lo dejaras todo?

— Sí, así es.

— Conociéndote me sorprende que no le dieras con la puerta en la cara — intervino Lucy.

— Lo hice, pero la volvió a abrir porque sigue teniendo llave — dijo entre risitas —. Pero le puse la zancadilla cuando entró. Estaba intentando hacerse el machote delante de su novia, pero se tropezó con mi pie, se dio contra la mesilla de la entrada y terminó en el suelo — suspiró —. Supongo que fue la gota que colmó el vaso. Se levantó y me puso de patitas en la calle inmediatamente. Supongo que así intentaba salvar su dignidad.

— Puedes quedarte en mi habitación de invitados — dijo Connie dejando escapar un suspiro. Era lo mínimo que podía hacer por ella después de lo de antes —. Pero solo unos días, que me acuerdo de la última vez que te quedaste en mi casa; aquello parecía un vertedero. Esta vez estableceré unas normas de convivencia.

Sadie puso los ojos en blanco y sus enormes y adornadas gafas se le volvieron a resbalar por el puente de la nariz:

— ¿Normas? ¿Qué normas? — preguntó y se volvió a poner las gafas en su sitio.

— ¿Son nuevas? — interrumpió Jenny señalando las gafas — Son demasiado extravagantes hasta para ti.

— No, me las ha prestado una amiga en especial para esta noche — Sadie se quitó las gafas y se las enseñó a las demás —. ¿Molan, eh? Veo bien con ellas. Bueno, más o menos. Si entrecierro un poco los ojos veo mejor — soltó una carcajada —. Casi me equivoco dos veces de autobús. El problema es que me quedan un poco grandes y se me resbalan todo el rato. Mi amiga tiene la cara más ancha. Sin embargo, la montura blanca con los brillantes por la parte de arriba pegaban mucho con mi vestido blanco — se volvió a poner las gafas y miró a Connie —. ¿Qué normas?

— ¿Y eso? — Jenny señaló un anillo enorme en el dedo de Sadie — Creo que no lo he visto antes.

— No, me lo acabo de comprar — se rió entre dientes y levantó la mano para enseñar el anillo. Tenía una piedra oscura enorme en el centro —. Va cambiando de color según mi estado de ánimo.

— ¿Y cómo sabe el anillo que te ha cambiado el estado de ánimo? — preguntó Connie.

Sadie la miró con cara de póker y se encogió de hombros — ¿No lo acabo de decir? Cambia de color.

— Sí, eso lo he escuchado. ¿Pero cómo...? Da igual — Connie puso los ojos en blanco. Sadie podía pasarse horas y horas dándole vueltas en círculo a la conversación.

— Shhh, escucho voces en el pasillo... Da igual — Connie puso los ojos en blanco. Lucy soltó el vaso — Sadie, te ayudo a guardar la maleta debajo de la mesa. El mantel la debería tapar — señaló a la mesa llena de comida — o nuestros futuros clientes van a pensar que estás lista para irte a vivir con ellos ahora mismo.

— Si se parece a George Clooney, no me importaría — dijo Sadie con una risita y le dio un ataque de hipo — ups, perdón — se tapó la boca con la mano.

Lucy frunció el ceño. En primer lugar, Connie y Sadie casi habían llegado a las manos y ahora que Sadie había bebido demasiado champán seguramente la evitaría durante todo el evento. Tenía la esperanza de que no fuera durante toda la noche.

Connie llegó primero a la puerta y extendió la mano para saludar a un hombre bastante guapo. Detrás de él apareció otro hombre. Las otras mujeres los saludaron poco después de Connie.

— Buenas tardes, me alegro de verles — dijo mirando de arriba abajo al primero hombre. Llevaba un traje y pajarita. Era un hombre con clase, el tipo de clientela que tenía en mente para la agencia. Muy impresionada, le dedicó una cálida sonrisa.

— ¿Es esta la presentación de la agencia de contactos Divorciados.com? — preguntó — le cogió la mano, se inclinó hacia delante y se la besó.

— Ahí ya se ha pasado un poco — susurró Sadie a Lucy.

— Sí, así es, bienvenido — dijo Connie de forma efusiva intentando tapar el comentario de Sadie — Soy Connie Somerfield y estas son mis socias Jenny Matthews, Lucy Anderson y Sadie Grand. Ustedes han sido los primeros en llegar.

— Me llamo Quentin Brooke y este es Alan Peterson, un amigo — todos se saludaron estrechando la mano.

— ¿Les apetece una copa de champán? — Connie señaló a la bandeja que había en la mesa — Teníamos un camarero encargado de ofrecerlo, pero parece ser que ahora mismo no está — hizo señas a Sadie de forma discreta para que fuera a buscar al camarero y luego les llevados copas de champán a los hombres —. Por favor sírvanse ustedes mismos algo de comer — señaló la mesa —. Espero que disfruten de la noche.

— Sí, seguro que sí — contestó Quentin —. Bueno, veo que llegan más invitados, así que no las entretendremos más. De todos modos seguro que hablaremos luego durante la noche.

Connie se giró y vio a una docena de personas entrando por la puerta. Sonrió a Quentin antes de apresurarse a saludar al resto. El camarero ya había vuelto a aparecer e iba sirviendo champán. Sadie iba a paso ligero tras él, levantándose el vestido conforme caminaba.

— Parece que ha tenido la cosa buena difusión — susurró Jenny a Connie antes de saludar a otro de los recién llegados —. Encantadas de tenerla aquí — dijo a una mujer alta y bastante elegante que parecía venir sola —. Le presento a mis amigas en unos minutos pero mientras, por favor, tome una copa de champán.

Después de una hora, la sala estaba llena de gente y todavía había más gente entrando. La mayoría venían solos aunque algunos, como Quentin, vinieron acompañados de un amigo. Connie estaba encantadísima de ver que todos iban vestidos de gala.

— Era justo lo que deseaba — dijo juntando las manos —. Muestra buen gusto, es exactamente el tipo de clientela que necesitamos en nuestra agencia.

Sadie miró alrededor de la sala y sonrió:

— Sí, aunque en realidad deberían darnos las tiendas de alquileres de trajes una buena comisión porque han hecho negocio de este evento.

— ¿Y qué te hace pensar que han alquilado los trajes? — Connie señaló a todo el mundo — Esta gente seguramente asiste a eventos formales con frecuencia.

— ¡Venga ya! — replicó Sadie — Seguro que tú, con lo tiquismiquis que eres, te has dado cuenta de que algunas de las chaquetas les quedan a los hombres que las llevan o muy grandes o muy pequeñas — hizo una pausa —. Podrían intercambiárselas.

— ¡Vale! — dijo Connie y miró a los hombres que tenía más cerca — Puede que hayan alquilado los trajes, ¿y qué? Al menos se han molestado en vestirse de forma adecuada para el evento.

— ¡Vale, vale! — Sadie levantó las manos — ¡No te enfades! Lo que digo es que puede que al final no resulten ser el tipo de personas que crees que son, si me permites el comentario.

— Voy a por otra copa — murmuró Connie. Sadie podía ser a veces muy irritante. Lo malo era que a menudo tenía la razón.

— Voy contigo — Sadie siguió a Connie hasta el camarero.

— ¿No crees que ya has bebido bastante?

— ¡Para nada! — exclamó Sadie cogiendo un vaso — ¡Por el amor de Dios, si lo estoy pagando yo, quiero mi parte!

Durante la noche las cuatro amigas quedaron exhaustas intentando pasar tiempo con todo el mundo.

— Todo va bien — dijo Jenny cuando pudieron reunirse durante unos minutos — y hay algunos hombres bastante atractivos por aquí. Me gusta bastante Alan, el que ha venido acompañando a Quentin. Tiene una mirada que te invita a irte a la cama con él.

— Más bien tiene visión rayos X — resopló Sadie — cada vez que me miraba parecía que me desnudaba con la mirada.

— La verdad no le costaría mucho — dijo Jenny levantando una ceja — porque tu vestido no deja mucho a la imaginación, en especial cuando te lo pisó sin querer. Creía que ibas a volver a enseñar las tetas.

— De todos modos, creo que tenemos que tener cuidado con él — Sadie se volvió a subir el vestido —. Seguro que lo hizo a propósito — miró alrededor de la sala —. A mí me gusta más aquel de allí — señaló a un hombre joven que se estaba sirviendo algo de comer —. Él es lo que yo considero atractivo. Me pone nerviosa — se giró rápidamente —. Oh, Dios mío, no miréis ahora que está mirando hacia aquí.

— Sí, es bastante guapo — apuntó Jenny.

— ¿Qué hacéis? Creía que os había dicho que no miraseis para allá — Sadie hizo una pausa —. ¿Qué está haciendo ahora?

— No lo sé. Has dicho que no mirásemos.

— Bueno, seguramente te habrá visto observarlo, así que ya da igual. ¿Está mirando hacia aquí todavía?

— Sí, todavía mira — dijo Connie uniéndose a la conversación —. No, espera, ahora está mirando a otra — se rió —. Creo que no tienes muchas oportunidades, Sadie. Parece diez años más joven que tú. A menos que le gusten más mayores. De todas formas no tengas muchas esperanzas porque está devorando con la mirada a una mujer alta y elegante ahora mismo.

Sadie frunció el ceño cuando se giró y lo vio darle una copa de champán a esa mujer atractiva que había llegado sola.

— A Jenny le gusta bastante Alan — prosiguió — pero no sé si me parece bien.

— ¿Por qué? — preguntó Connie — ¿Qué le pasa?

— Por una parte, intentó bajarme el vestido y, por otra, me recuerda a Raffles.

Connie levantó las cejas.

— ¿A quién?

— ¡A Raffles! ¿Te acuerdas de Raffles? El chico de las películas antiguas que iba a fiestas y robaba al resto de invitados. Le faltan la ropa brillante y la capa.

— ¡Sadie! ¡Madre mía! Has bebido demasiado — exclamó Connie.

— Qué va. Solo te digo que tengas cuidado con tus joyas — Sadie se tapó los anillos de los dedos.

— Qué imaginación tienes — se rió Connie —. Además, no creo que tengas nada de lo que preocuparte. Dudo que haya venido a robarte tu anillo de estado de ánimo.

Sadie se quedó boquiabierta, pero antes de poder decir nada, Lucy se unió a la conversación:

— Todos parecen estar relacionándose, lo que es bueno. Tenía una sensación horrible de que se iban a quedar todos de pie callados.

— Sí, se están llevando demasiado bien — gruñó Sadie mirando alrededor de la sala —. Como nos descuidemos van a emparejarse y a largarse sin unirse a la agencia. Creo que lo mejor será que empecemos a pedirle a la gente que se apunte o no vamos a sacar ni un céntimo.

— Sadie tiene razón — añadió Jenny —. Eso sería justo lo que nos faltaba.

— ¡Dios mío, tenéis razón! No lo había pensado —. Connie, corriendo hacia el otro lado de la habitación se subió en una silla con cuidado de no tropezarse con el vestido y caerse de boca.

— ¡Señoras y señores! — intentó llamar su atención, pero como nadie pareció hacerle caso, lo intentó de nuevo, esta vez más alto. Sin embargo, todos siguieron hablando. Connie miró hacia abajo a sus amigas y se encogió de hombros:

— Ahora mismo no me puedo hacer oír entre el barullo, así que lo tendré que dejar por ahora.

— ¡Pero qué dices, Connie! Cuando tengas la oportunidad de decir algo la sala puede estar ya medio vacía — dijo Sadie — quédate ahí arriba, que voy a captar la atención de la gente —. Se puso los dedos en la boca y dio un silbido ensordecedor.

— ¿Qué coño haces? — gritó Connie. La sala se quedó en silencio y todos se quedaron mirándola, pues estaba gritándole a Sadie cuando todos dejaron de hablar.

— Hala — bufó Sadie —. ¡Adelante!

Connie sonrió para disfrazar lo avergonzada que estaba y rápidamente empezó a hablar:

— A nosotras... bueno, a mí, en nombre de Divorciados.com me gustaría dar un par de noticias — carraspeó. No se le estaba dando demasiado bien. El discurso que tenía tan bien ensayado no iba según lo planeado. Lo que Sadie había hecho estaba totalmente fuera de lugar: esas cosas eran de mala educación.

Respiró hondo y continuo dando las gracias a todos por unirse a ellas.

— El hecho de que estéis aquí esta noche debe significar que es necesaria una agencia de contactos específica para divorciados —. Después de decirles cómo ella y sus compañeras esperaban que la agencia se diferenciara del resto, explicó los motivos por los cuales la cuota era más alta que el resto:

— La cuota de dos mil quinientos es para disuadir a aquellos buscan pareja seria y que se apuntan a la agencia solo para un revolcón — Connie hizo una pausa al escucharse unas risas desde el suelo —. Hablando en serio — continuó — permitirnos organizar todas las reuniones significa que sabemos dónde y cuándo tendrán lugar y, lo más importante, con quien. Creemos que será una medida sencilla, pero efectiva para la seguridad de todos — sonrió —. Sin embargo, también significa que al menos una de nosotras debe vigilar la página web la mayor parte del tiempo, lo que nos lleva a la cuota extra de quince libras más cada vez que quieran concertar una cita.

Connie echó un vistazo rápido a su alrededor intentando medir la reacción hacia su comentario. La mayoría de las mujeres se miraban entre sí y asentían mostrando su acuerdo. Parecía que la idea había sido bien recibida.

— Así que, para aquellos que se quieran apuntar — continuó —, los formularios están en la mesa que hay al lado de la puerta. Una vez completos, Terry, nuestro fotógrafo, les tomará una fotografía — señaló a Terry y él alzó la mano —. Les sacará una copia para que la firméis y la adjunten a su formulario, que asegure que sepamos quién es quién cuando les añadamos a la página web.

Connie concluyó acentuando que quería que Divorciados.com fuera una agencia de contactos de buena reputación, lo que significaba que quería que

todos fueran sinceros al rellenar sus perfiles

— Así que nada de maquillar la verdad — apuntó. Dio las gracias a todo el mundo y se bajó de la silla.

— Gracias a Dios se ha acabado — dijo Connie. Pidió a Jenny y a Lucy que se acercaran a la mesa, donde se estaba empezando a formar una cola. Cogió el brazo de Sadie y se la llevó a una esquina de la habitación:

— ¿Era necesario ese silbido? No ha sido muy propio de una dama. Me he sentido muy avergonzada ahí de pie con todo el mundo mirándome. Todos han pensado que había sido yo.

— ¡Pues claro que era necesario! — gritó Sadie — ¿Si no cómo pretendías que te hicieran caso? Además, tú eras la que se puso a gritar como una verdulera cuando todos se callaron.

Connie sacudió la cabeza. Era increíble lo rápido que Sadie podía darle la vuelta a la tortilla y que todo pareciera culpa del otro.

— Vale, vamos a dejarlo. Pero *por favor*, cuidado con lo que dices cuando hablas con nuestro clientes potenciales. Piensa antes de hablar. Intenta ser diplomática.

— Vale, vale — Sadie levantó las manos —. No te preocupes, articularé los sonidos apropiados.

Connie no estaba nada convencida y le gustaría haber dicho algo más, pero al ver que las demás necesitaban ayuda en la mesa, lo dejó pasar y se apresuró a ayudar a las demás. En la mesa, ofreció una enorme sonrisa al primer hombre que se le acercó:

— ¿Entonces desea apuntarse a la agencia?

— Sí, me llamo Brian Lomax — miró a su alrededor —. Parece que habéis empezado por todo lo alto.

— Desde luego. Estamos encantadas de que haya venido tanta gente esta noche — Connie le dio un formulario —. Jenny es nuestra tesorera, así que cuando le abone la cuota le dará un recibo. Si tiene alguna pregunta, por favor no dude en hacérsela — le tendió la mano —. Y ahora, le doy la bienvenida a la agencia de contactos Divorciados.com.

— Gracias, querida — Brian le cogió la mano —. Espero tener noticias *tuyas* muy pronto — le guió el ojo —. Quizás, cuando leas mi perfil, veas que somos muy compatibles.

Connie dibujó una leve sonrisa.

— Quizás — dijo y apartó la mano.

— Parece que te ha salido un admirador — dijo Sadie con una risita entre dientes cuando Brian se fue con Jenny.

— ¡Espero que no! — contestó Jenny con un escalofrío. Brian volvió la vista y la saludó. Ella levantó la mano y movió los dedos —. Seguro que puedo encontrar algo mejor. Tiene más de ochenta años fijo.

— Estás exagerando un poquito. Además, puede que sea adinerado. Podría ser un millonario que busca a alguien a quien dejar su fortuna — Sadie aplaudió con emoción y las gafas se le resbalaron por la nariz.

— Me da igual. Hay algo más en la vida que el dinero — Connie hizo un pausa y Sadie cambió la cara —. Vale, sí, el dinero es importante, pero en el amor tiene que haber algo más que el dinero — estaba a punto de girarse hacia la siguiente persona en la cola cuando se le vino otra cosa a la mente —. Por cierto, ¿qué te hace pensar que tiene dinero? Si no dejo de decirte que la gente no suele ser lo que aparenta.

— Pues porque es el único que lleva un traje de su talla — dijo Sadie con una risita. Se giró de nuevo hacia la cola — Bueno, ¿quién es el siguiente?

Connie volvió a mirar a Brian. Sadie tenía razón. El traje le quedaba bien y parecía caro.

Solo había pasado la mitad de la noche y las cuatro amigas ya empezaban a estar agotadas. Habían estrechado incontables manos y explicado incalculables veces adónde pretendían llegar con la agencia y aún así la cola parecía no acabarse nunca. Connie cogió un formulario para dárselo a la siguiente persona sin ni siquiera mirar a quién se lo daba:

— Buenas noches, bienvenido a...

— Buenas noches, Connie — le interrumpió una voz masculina. Connie, que reconoció la voz, levantó la mirada rápidamente:

— ¿Andrew? — bufó — ¿Qué cojones haces aquí? — Se levantó de la mesa y se puso cara a cara con su ex marido.

— He venido a apuntarme a la nueva agencia de contactos.

— Pues no puedes — Connie se lo llevó de la mesa hacia donde estaba el camarero —. Tómate una copa y vete — cogió una copa de la bandeja y se la puso en la mano.

— ¿Por qué no me puedo apuntar? — preguntó dándole un sorbo al champán — ¡Qué bueno está esto! No es la mierda esa que te ponen en algunos

sitios. Deberías probarlo.

—Más le vale estar bueno con el dineral que me ha costado — hizo una pausa y señaló a sus amigas, que estaban trabajando en las mesas —. Bueno, que *nos* ha costado.

— O sea, ¿es tu agencia de contactos? — farfulló Andrew — No puede ser.

— Pues sí. Por eso no es una buena idea que te apuntes.

— De todas formas, ¿por qué no? Que sea tu ex marido no debería ser un problema — soltó una risita —. En los negocios no puedes permitirte elegir.

— Ahí tienes razón. Sin embargo, depende de con quién te asocies — se entrometió Sadie, que había oído la última parte de la conversación —. Hola, Andrew, me alegro de verte. Siento interrumpirte, Connie, pero ¿tienes más formularios por ahí? Nos estamos quedando sin ellos, así que dime dónde hay y voy a buscarlos.

— Sí, hay un montón en mi bolso debajo de la mesa — giró la cabeza para que Andrew no la oyera —. Sácalo de aquí.

— Hola, Sadie — dijo Andrew —. ¿Qué tal? Qué sorpresa que hayáis montado esto, chicas.

— ¿Y eso por qué, Andrew? — preguntó Sadie alargando las palabras. Cogió un vaso de champán de la bandeja — ¿No pensabas que un grupo de mujeres sería capaz de hacer algo tan... atrevido? —lo miró por encima del borde de la copa mientras daba un sorbo al champán. Parecía un poco nervioso.

— ¡No! No, para nada. Yo...

— ¿Así que pensabas que *sí* que éramos incapaces? — soltó Sadie poniendo las gafas en su sitio — Eso es lo que llaman sexista, ¿no?

— ¡No! Perdona, quería decir, sí — Andrew titubeó.

— ¿Sí, somos incapaces o sí, es lo que llaman sexista? — Sadie miró a Connie, que se había puesto la mano en la boca intentando aguantarse la risa.

— Claro que no... Me estás confundiendo — en una búsqueda desesperada de una ruta de escape, Andrew señaló al otro lado de la sala —. ¡Ah! Ahí está ese, que tengo que hablar con él. Luego hablamos — salió corriendo y se perdió en la multitud.

— Bien hecho, Sadie. No quería que se quedara pegado a mí toda la noche — Le has puesto en su sitio. No creo que pensara que yo fuera capaz de hacer algo relacionado con los negocios, solo cocinar y lavar su ropa sucia.

— La mayoría de los hombres son iguales, solo piensan en que se lo pongan todo por delante — coincidió Sadie, aunque en realidad no pensaba que Andrew fuera así. Siempre pensó que era un hombre muy considerado. Miró al otro lado de la habitación donde él mantenía una conversación con Quentin. Sentía haberle hecho sentir tan incómodo. Connie miró hacia donde ella miraba.

— Aunque era bueno en la cama — murmuró.

— No quería saberlo — contestó Sadie.

— Bueno, algo haría, si no nos habríamos divorciado.

— Supongo que eso es algo positivo de él, lo de que sea bueno en la cama, digo — Sadie dio un sorbo a la bebida —. Muchos hombres solo creen que lo son.

— Será mejor que volvamos a la mesa — Connie quería volver al tema que les ocupaba — dijiste que necesitabas más formularios.

Por fin la noche terminó. Cuando la última persona se marchó, las cuatro amigas bajaron por las escaleras.

— ¡Estoy hecha polvo! — Sadie echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

— Se me ha quedado la mano dormida de saludar a tanta gente esta noche — Connie se acarició la mano derecha — ¿Por qué los hombres parecen tan complicados de estrechar? ¿Será cosa de hombres?

— No lo sé, quizás tengas razón. Podría ser una forma de demostrar lo fuertes que son — dijo Jenny —. Bueno, al final todo ha ido muy bien y he contado doscientos setenta y cinco formularios, así que a doscientos cincuenta por cabeza, nos llevamos más de sesenta y ocho mil libras. Podría haber incluso más cuando hagamos el recuento final.

— No es un mal comienzo para un grupo de mujeres — dijo Sadie. Abrió los ojos y miró a Connie. Las dos se rieron.

— ¿Dónde está la gracia? — preguntó Lucy.

— Andrew se ha presentado y me ha dicho lo sorprendido que estaba de que las cuatro solitas hayamos montado esto — explicó Connie —. Altivo y sinvergüenza. Bueno, pues Sadie nos escuchó y cuando terminó de hablar con él ya no sabía lo que estaba diciendo. Ya sabes cómo es ella cuando empieza. Andrew se escapó como pudo con unos amigos en cuanto encontró un hueco.

— ¿Sabías que se ha apuntado a la agencia? — preguntó Jenny, prudentemente. Cuando le dio el formulario y la fotografía, no estaba segura de si aceptarlos o no. Sin embargo, como había mucha gente esperando en la cola en ese momento, no quiso montar un follón.

— Dijo que venía a apuntarse, pero no estaba segura de si sería una buena idea e intenté que no lo hiciera — Connie se encogió de hombros —. Pero bueno, si ha pagado la cuota ¿por qué no? — añadió rápidamente — Porque lo habrá pagado todo sin pedir descuento ni nada, ¿verdad?

— Claro, lo ha pagado todo. Es más, ha pagado en efectivo — contestó Jenny.

— Doscientas setenta y cinco personas. No creía que tanta gente fuera a venir esta noche — dijo Lucy.

Connie se acercó a la mesa en la que estaba la comida que quedaba por limpiar todavía.

— La comida ha ido bien — dijo mientras cogía un par de bocadillos —. Me muero de hambre. No he comido nada antes. Estaba tan nerviosa por todo que ni me he acordado de comer, pero ahora me comería un caballo. Todavía hay comida por si tenéis hambre, aunque os tenéis que dar prisa porque no tardarán en limpiarlo.

— Por mí no — dijo Lucy, exhausta —. La verdad es que estoy muy cansada y lo único que quiero es irme a la cama. ¿A qué hora quedamos por la mañana? Tenemos que ponernos con los formularios y la página web. Da igual que sea domingo. Todos estarán esperando que entrar en la página web y ver sus perfiles dados de alta.

— Nos vemos en la oficina a las diez — murmuró Connie mientras devoraba su plato de comida.

— Yo también me voy a casa — dijo Jenny —. Podríamos compartir taxi, ¿no, Lucy? A vosotras os veo por la mañana — añadió por encima del hombro.

— Yo tampoco tengo hambre, Connie, y no olvides que me voy a casa contigo. Dijiste que me acogerías durante una semana o así — Sadie sacó su maleta de debajo de la mesa.

— ¡Mierda! — gruñó Connie — Se me había olvidado. Sí, vale. Si no quieres comer nada, ve llamando a un taxi. No tardaré mucho — puso los ojos en blanco —. ¿A qué te refieres exactamente con *una semana o así*? Creí que había dicho que algunos días.

— Bueno, lo que sea — Sadie necesitaba que Connie estuviera de buen humor por el momento, así que no quería tentar a la suerte discutiendo el tema ahora. Con suerte, esos días automáticamente se convertirían en una semana, y si jugaba bien sus cartas, en un mes o dos. Y es que encontrar algo que ella se pudiera permitir no iba a ser fácil.

Ya en casa, Connie señaló la habitación de invitados:

— Espero que duermas bien.

— Estoy muy cansada. Creo que podría dormir en cualquier sitio — hizo una pausa —. Gracias por acogerme, Connie. Te prometo que no te voy a molestar.

— Si lo que me preocupa no es que me molestes — contestó Connie —. Es que eres muy desordenada. Me acuerdo de que la última vez que te quedaste conmigo me pasé la mayor parte del tiempo recogiendo todo lo que ponías por medio.

— Esta vez será diferente, Connie. Te prometo que seré más ordenada.

— Me lo creeré cuando lo vea — Connie suspiró cuando se fue de la habitación.

Sadie era una chica genial, pero tendía a provocar el caos dondequiera que fuera.

Sadie deshizo la maleta rápidamente y empezó a colgar la ropa con cuidado en el armario.

— ¡Paso! — murmuró y lanzó el resto de cosas encima de una silla — Puedo empezar a ser ordenada mañana — se desvistió y se metió en la cama —. ¡Buenas noches! — dijo — Avísame mañana por la mañana si me quedo dormida — si Connie dijo algo, Sadie no lo oyó. Se quedó dormida en cuanto puso la cabeza en la almohada.

Capítulo Dos

— Parece que somos las primeras en llegar. Creí que las otras ya habrían llegado — Connie estaba bastante sorprendida de ver que la puerta de la oficina estaba cerrada. Se puso a buscar las llaves en el bolso.

— Tenemos que averiguar dónde está el interruptor de la luz. Está demasiado oscuro como para encontrar nada.

— Sabía que llegaríamos demasiado temprano — se quejó Sadie —. Te dije que nos podíamos haber quedado una hora más en la cama.

— ¡Tu *sí* te quedaste una hora más en la cama! — dijo Sadie mientras sacaba las llaves de las profundidades del bolso — Si te acuerdas, estaba levantada y vestida una hora antes que tú. No te movías. He tenido que recurrir a pasarte una toallita fría por la cara. Si te hubieras levantado antes, nos habríamos ahorrado todo el atasco de Marble Arch.

— Vale, vale — Sadie levantó las manos —. Sé que tengo la culpa del atasco de Marble Arch — miró la oficina vacía —, pero ahora que estamos ahí, ¿qué vamos a hacer? No podemos hacer nada sin Jenny. Ella tiene los formularios y el dinero y, si tiene algo de sentido común, seguirá en la cama. Es domingo por la mañana, por el amor de dios, ¿o no te has dado cuenta? — dejó el bolso en el suelo y se sentó en una silla — Por cierto, ¿alguien te ha dicho lo incómoda que es la cama esa? Apenas he pegado ojo en toda la noche.

— Andrew se quejó un par de veces cuando le hice dormir en aquella habitación al enterarme de su aventura con la zorra esa — Connie hizo una pausa —. Pero vamos, que si no pudiste dormir, ¿cómo es que te ha costado tanto levantarte esta mañana?

— Creía que Andrew solo se acostó con la zorra esa una vez, así que no se puede llamar aventura, ¿no? — contestó Sadie.

— Una vez se puede convertir en un hábito — dijo Connie —. Además, ¿cómo sé que me estaba diciendo la verdad? Podría llevar meses follándose a esa desgraciada.

— Eso es verdad — Sadie bostezó —. Por otro lado, ¿lo ha vuelto a hacer desde entonces? No lo parece al ver que ha recurrido a una agencia de contactos — hizo una pausa — a nuestra agencia de contactos.

— ¿De parte de quién estás? ¿Te olvidas de que dependes de una cama en la que dormir esta noche?

— No estoy de parte de nadie. Solo estoy mirándolo desde todas los puntos de vista — Sadie suspiró. Lo que digo es que quizá Andrew no volvió a ver a la zorra esa. Podría haber sido solo una vez. Es un hombre, ¿no? Estaba en una despedida de solteros y...

— ¿Qué hace una mujer en una despedida de solteros? Eso para empezar. Podría estar planeado. Podría haberla invitado para pasar el fin de semana fuera.

Connie la interrumpió y con ello esperó callar a Sadie, al menos de momento. Cuando su amiga empezaba con algo, era como un perro con un hueso, lo podía mordisquear durante horas. No era la primera vez que Sadie insinuaba que lo que había hecho Andrew no era tan grave. Sadie podía pensar lo que ella quisiera pero, para ella, una vez, dos veces, o de forma habitual, no dejaba de ser una traición.

— ¡Escucha! Parece que alguien viene. Espero que sea Jenny y que podamos empezar.

La puerta se abrió. Jenny entró y dijo:

— Siento llegar tarde, pero me he quedado dormida y he pillado atasco en Marble Arch. Creo que hay un problema con una fuga de gas.

— Ya nos hemos enterado nosotras también — Connie se rió.

Jenny abrió el bolso y sacó cuatro montones de formularios atados con bandas elásticas.

— Los he dividido en dos grupos esta mañana mientras desayunaba. Estos son los hombres — Jenny colocó dos montones en el escritorio — y estos son las mujeres — añadió sosteniendo los otros dos montones —. Parece que tenemos un número bastante equitativo de ambos.

— Sí, me di cuenta anoche cuando miré en la sala — dijo Sadie —. Me preocupaba que hubiera mucho más de un sexo que de otro.

— Bueno — Connie interrumpió — ¿cómo lo vamos a hacer? A ver, ¿cómo lo pasamos de aquí a ahí? — señaló a los formularios y luego al ordenador.

— Lucy es la que sabe de ordenadores, pero no ha llegado todavía, así que no podemos hacer nada hasta que llegue. Ella ha hecho la página web y si empezamos a toquetear, podemos estropearlo y perderlo todo — Sadie cogió el hervidor —. ¿Por qué no hacemos café mientras la esperamos? Seguro que no tarda.

— Vale — dijo Connie a regañadientes. A ella le gusta que las cosas vayan marchando. Los clientes que entren por la mañana esperarán encontrar la página web en marcha, pero ellas allí estaban sentadas tomando café —. Pero en cuanto llegue Lucy nos sentamos y aprendemos a hacerlo nosotras. Todas tenemos que aprender cómo dar de alta a un cliente y concertar citas. No podemos esperar a Lucy cada vez que alguien se quiera poner en contacto. No es profesional ni tampoco justo para ella.

Lucy llegó justo cuando el hervidor terminó.

— Qué alegría ver que tenéis claras cuáles son las prioridades. Me muero por un café. Me he quedado en un atasco en...

— ¡Marble Arch! — dijeron todas a coro.

— ¡Sí! ¿Cómo lo sabíais?

— Esto nos va a llevar toda la vida — se quejó Sadie mientras cogía otro formulario del montón que había delante de Lucy —. Aquí tienes otro formulario para añadir a la página web — acarició su mano derecha —. No creo que haya escrito tantas cosas desde que terminé el instituto. Me están dando calambres en las muñecas.

Cuando Lucy montó la página web, aconsejó que no incluyéramos ninguna dirección por miedo a que alguien la pirateara y enviara mensajes sin permiso a los clientes. Aunque significaba que tenían que escribir su nombre y dirección junto con una serie de detalles en los libros contables, las otras estuvieron de acuerdo.

— Creo que algunas personas han mentido — dijo Connie con un formulario en la mano —. Por ejemplo, este tío, Brian Lomax, dice que tiene cuarenta y nueve años.

— ¿Y qué? — preguntó Lucy levantando la vista del teclado.

— Pues que tendrá más bien unos setenta y nueve — replicó Connie — alguien se ha debido dar cuenta — miró las caras de póker de las demás —. Dios santo, Sadie, tú lo viste acercarse a mí. Si hasta me dijiste que podía tener dinero.

— ¡Ah, sí! Me acuerdo de él. Sí que parecía mayor, pero creo que exageras un poquito — Sadie sonrió —. Creo recordar que le gustaste.

— Así que se te acercó, ¿eh, Connie? — se rió Lucy — Quizá debería concertar una cita para vosotros — miró a las otras, sonrió y empezó a teclear

—. ¿No creéis que sería bueno para la empresa que consiguiéramos emparejar a dos personas el primer día?

— ¡Ni se te ocurra! — gritó Connie.

— Andrew parece haber avanzado en el mundo — Sadie cogió su formulario —. Sabía que era director de una gran empresa internacional, pero según lo que pone aquí, también es consultor en otras dos empresas importantes. Conduce un Bentley, un Rolls y tiene dos yates, uno aparcado en un complejo de vacaciones en Francia y otro en las Bahamas. Parece que tiene una mansión en el campo y un apartamento grande en Park Lane.

— ¡Perro mentiroso! — Connie arrancó el formulario de las manos de Sadie — Espero que todos no hayan mentido sobre sí mismos.

— ¿Y cómo íbamos a saberlo? — preguntó Jenny — Solo porque conocemos a Andrew bastante bien y porque tú te acuerdas de Brian Lomax de anoche es por lo que estamos hablando de este tema.

— Eso es verdad. Sin embargo, sabemos que toda esta información sobre Andrew es mentira. No podemos subirla porque sería fraude, ¿verdad? — Connie miró a las demás por encima de sus gafas de lectura — Cualquier mujer inocente podría querer quedar con él y toparse con un mentiroso traidor.

— Pero no podemos modificar lo que la gente ha escrito sobre ellos — insistió Jenny —. Estaría mal. Si no te gusta lo que ha puesto Andrew en su formulario, deberías llamarlo y hablarlo con él — hizo una pausa —. Y lo mismo pasa con Brian Lomax. En cambio, con respecto a los demás, tenemos que subir la información que nos han dado — miró a Lucy —. ¿Tú qué opinas?

— Creo que tienes razón. No hay nada que podamos hacer en este punto — dijo Lucy y de repente cambió de opinión —. A menos que, por supuesto, alguien se queje una vez tenga una cita con una posible pareja y descubra cosas que no concuerdan con lo que dice la página web. Entonces tendríamos el derecho a comprobarlo y a modificar el perfil de acuerdo con la realidad.

— Quizás tendríamos que haber concienciado más a los clientes de la agencia — Connie soltó un suspiro hondo —. Hemos confiado mucho en que todos serían sinceros y dirían la verdad sobre sí mismos, pero parece ser que hemos sido un poco ingenuas — titubeó —. Quizás deberíamos simplemente añadir lo que ha escrito Brian tal y como lo ha puesto él. Y con respecto a Andrew... — miró de nuevo el formulario de Andrew — lo llamaré luego y hablaré con él sobre lo que ha escrito. No quiero hacerlo ahora. Seguro que la conversación va a ser larga y quiero que terminemos de subir a esta gente a la web.

La mujer continuó añadiendo clientes a la base de datos de la web hasta que Sadie se dio cuenta de repente del hambre que tenía y se manifestó:

— Si no nos tomamos un descanso de leer todo esto, creo que los ojos se me van a caer y el estómago me va a declarar la guerra. ¿No es hora de que comamos ya algo? Nos han dado las tres. Supongo que a nadie se le habrá ocurrido traer nada para comer, ¿verdad?

— He hecho unos bocadillos y he comprado galletas de camino — Lucy buscó en su bolso — porque sabía que íbamos a estar aquí metidas bastante rato.

— ¡Bien hecho! Debo admitir que Sadie y yo no lo habíamos pensado — Connie cogió el hervidor —. Pero de todas formas, cuando Sadie consiguió levantarse de la cama, ya era tarde para preparar nada.

— Creía que todo sería mi culpa — resopló Sadie.

— Deja el hervidor — dijo Jenny entre risitas y sacó dos botellas de champán de una bolsa térmica —. Las vi en la mesa antes de irme del Royale y me dieron pena. Llevan toda la noche en mi frigorífico.

— ¡Genial! Ahora mucho mejor. Creía que llevabas ahí una montaña de bocadillos — Sadie se levantó —. Voy a por vasos — hizo una pausa —. ¿Hay vasos? ¿O hay que usar las tazas?

— Claro que tenemos vasos — contestó Connie —. Me traje algunos de casa cuando pusimos la oficina.

— Me lo tenía que haber imaginado — dijo Sadie —. No te imagino bebiendo vino o champán en una taza.

Les llevó un poco de tiempo hacer hueco para poder poner la comida y la bebida. La oficina era tan pequeña que solo cabían dos escritorios y cuatro sillas. Las mujeres tenían que sentarse mirándose cara a cara. En una esquina había un archivo, que también hacía de mesa para el café, el té y las tazas y en la otra esquina había un lavabo.

— Tenemos que alquilar una oficina más grande en cuanto nos lo podamos permitir. Esta es ridícula — Connie puso cuidadosamente unos papeles en el suelo debajo del escritorio —. Apenas nos podemos mover aquí — miró a Jenny —. ¿Habrá bastante espacio ahora? No quiero que se mezclen las cosas, en especial porque tienen que estar en un orden concreto.

— Tendríamos una oficina más grande si nos hubiésemos quedado con la de Ealing — dijo Sadie casi tropezando con su bolso —, que era tres veces más grande que este agujero. Pero insististe en que teníamos que estar aquí en «Park Lane» — dibujó en el aire las comillas.

— Simplemente pensaba que si íbamos a ser una agencia de lujo, teníamos que tener una dirección de lujo — explicó Connie —. De todos modos, una vez la agencia esté en marcha, ya no estaremos las cuatro aquí a la vez.

— ¡Vale! — Sadie levantó las manos — Solo decía que...

— Chicas, dejad de discutir — Jenny interrumpió — que acabo de servir el champán y Lucy ha puesto los bocadillos, así que venga, que vamos a comer.

— No me había dado cuenta de lo bien que va el champán con los bocadillos de queso y picante — dijo Jenny antes de meterse en la boca el último trozo de bocadillo.

— Creo que el champán hace que todo sepa mejor — dijo Connie rellenando las copas.

— Desde luego — dijo Sadie entre risas y se llevó la copa a la boca.

— Ya has bebido bastante — dijo Jenny —. No te olvides de que todavía tenemos que seguir metiendo formularios esta tarde.

Una vez terminado el champán, se volvieron a sentar para seguir trabajando en los formularios.

— Creo que por fin estamos terminando — a Connie le quedaban una media docena de formularios en la mano.

— ¡Gracias a Dios! Me va a explotar la cabeza — se quejó Sadie — Pensaba que nos íbamos a quedar aquí toda la noche.

— Tengo que admitir que creía que no iba a ocuparnos tanto tiempo — Jenny le pasó otro formulario a Lucy y se rió —. Has bebido demasiado champán durante la comida, Sadie.

— Supongo que sencillamente podríamos haber escaneado los formularios pasarlos al ordenador — dijo Lucy.

— ¿A qué te refieres? — Sadie levantó la vista bruscamente — ¿No estarás diciendo que había otra forma más sencilla de hacer todo esto?

Lucy explicó lo que quería decir *escanear*.

— ¿Y por qué no lo hemos hecho? Llevamos todo el día aquí sentadas leyendo las vidas de todo el mundo cuando podríamos haberles hecho fotos y subirlas — Sadie saltó de la silla y se agarró la cabeza, que le dolía —. ¿Alguien tiene un analgésico?

— Pues porque pensaba que parecía poco profesional — explicó Lucy sacando pastillas de su bolso y dándole una a Sadie —. Toma, prueba estas. A ver — continuó —, lo que quiero decir es que todas habrían tenido una letra distinta, otras se habrían escaneado peor y otras incluso podrían ser ilegibles. Así, todas son iguales y es mucho más profesional.

— Estoy de acuerdo — Connie se quitó las gafas.

— ¡Claro que lo estás! — refunfuñó Sadie y se tragó la pastilla.

— ¡Por el amor de Dios, Sadie! Después de gastarnos todo ese dinero anoche en ese lanzamiento por todo lo alto, habría sido algo estúpido tener una página web cutre — Connie hizo una pausa —. Lucy ha hecho un buen trabajo. Ha hecho la página y ha puesto toda la información. Nosotras solo hemos puesto los formularios por orden alfabético, los hemos leído, hemos añadido un breve resumen y hemos enviado un correo electrónico a nuestros usuarios.

— Sí, supongo — murmuró Sadie. Dejó escapar un suspiro y cogió un bolígrafo —. Lo siento, Connie, pero es que tengo muchas ganas de terminar. Tengo la sensación de que soy amiga íntima de toda esta gente.

— Sí, si te entiendo — Connie cogió el formulario de la persona con la que estaba en ese momento —. Por ejemplo, este tío ha escrito aquí toda su vida. Ha escrito hasta qué caramelos le gustaban más de pequeño.

— Sí, he visto perfiles así yo también — Jenny se rió —. Alguien por ahí decía que quería unirse al ejército porque le quedaba bien el traje de marinero cuando era bebé.

— Yo os gano a todo eso — Sadie cogió un formulario —. Este tío termina diciendo que informa a todo el mundo de que todos los días se cambia de toma interior.

Todas se empezaron a partir de risa.

— Creo que todos te malinterpretaron anoche cuando dijiste «Sed sinceros», porque está claro que pensaron que querías decir «Contadme vuestra vida». No tiene mucho que ver con decir la verdad — dijo Lucy cuando dejaron de reírse.

Por fin acabaron con el último formulario y Lucy lo metió en el ordenador.

— ¡Ya está listo! — dijo haciendo clic — Divorciados.com ya está lista y funcionando.

Todas hicieron un corro alrededor del escritorio de Lucy para ver la página web terminada.

— ¡Lo hemos hecho, chicas! ¿No estáis emocionadas? — Connie juntó las manos — Ya estamos en el negocio. Hasta anoche, todo era un proyecto. Algo en lo que estábamos trabajando para el futuro. Ahora el futuro está aquí. Nuestra agencia ya está en la red — hizo una pausa y miró a las demás —. Pero eso no significa que podemos sentarnos, relajarnos y esperar a que el dinero venga; eso es solo el primer paso. A partir de ahora tenemos que promocionar Divorciados.com y todo lo que valemos.

Recordó que habíamos dejado nuestros trabajos a tiempo completo para montar Divorciados.com. ¿Había sido demasiado precipitado? El dinero que recibieron la noche anterior era bastante, pero no duraría para siempre. Todavía había que pagar el hotel y el alquiler de la oficina se pagaba el primer día del mes y, a pesar de ser un agujero, no era barato en absoluto — nada lo era en Mayfair. Ahora mismo lo que necesitaban era que muchos clientes se dieran de alta y pidieran muchas citas, para conseguir más ingresos. Y, con suerte, se correría la voz y se darían de alta más clientes. Sadie interrumpió sus pensamientos:

— ¿Y Andrew qué? Alguien tiene que llamarlo y hablar con él sobre su formulario.

— ¡Mierda! Se me había olvidado — Connie suspiró.

— ¿Quieres que lo haga yo? — preguntó Sadie.

— No. Si fuera solo un error, pues mira. Pero es que ha escrito toda esta... basura — agitó el formulario —. Supongo que es mejor que lo haga yo. Es que no quiero respaldar ninguna mentira. Quiero que entienda que Divorciados.com es una empresa sincera y transparente y no toleramos las mentiras. Estaré tranquila y seré educada, pero firme.

El teléfono de Andrew dio varios tonos antes de que lo cogiera.

— ¿Qué es toda esta mierda que pone en tu formulario? — Connie gritó desde el otro lado de la línea — No tienes ningún Bentley, ni ningún yate, ni ninguna mansión. ¿De qué coño hablas? ¿Y de dónde han salido esos negocios en esas empresas? No podemos poner en la página web todas esas mentiras.

— Hola, Connie, me alegro de oírte. Me encantó la fiesta de anoche — el tono de voz de Andrew al otro lado de la línea era suave.

— ¡Sí! ¡Lo siento! Hola, Andrew — Connie intentó calmarse un poco —. Pero, como te decía, lo que has escrito es todo basura.

— Podríamos quedar y te lo explico — contestó.

— ¿Y me lo explicas? — Connie volvió a elevar la voz — Por el amor de Dios, ¿qué me pretendes explicar? Sabemos que te lo has inventado — puso la mano en el auricular —. Quiere que quede con él para explicármelo — suspiró —. ¿Os lo podéis creer? Ni de coña.

— Claro que es todo mentira, pero llamé tu atención — Andrew continuó y su voz siguió calmada —. Podríamos hablar de ello luego para cenar y me ayudas a rellenarlo como tú quieras. ¿Qué haces esta noche?

Connie se quedó estupefacta sin saber qué decir.

— ¡Connie! ¿Estás ahí? — preguntó Andrew. Su voz ya no sonaba tan calmada — ¿Connie?

— Sí. Sigo aquí — contestó —. Es que no sé qué decir.

— Bueno, ya has dicho algo — Andrew se rió —. Te recojo a las siete — colgó antes de que pudiera contestar.

— ¿Qué ha dicho? — preguntó Sadie.

— Que me recoge a las siete — Connie colgó el teléfono lentamente preguntándose qué acababa de ocurrir.

— Ha ido bien entonces — Lucy soltó una risita.

— ¿Qué ha pasado con tu «seré firme» y «ni de coña»? — Sadie volvió a dibujar comillas en el aire.

— ¡Pues que me han jodido! Eso es lo que ha pasado — Connie agitó la cabeza con fuerza —. Ha escrito todo eso aposta porque sabía que iba a ser yo quien lo llamara. Entonces me atacaría y colgaría antes de que yo pudiera rechazarle la invitación a cenar — dio un puñetazo en el escritorio —. ¿Por qué no le he visto venir? Sadie tenía que haberle llamado. Ella lo podría haber hecho.

— Ya es demasiado tarde para decir eso — Jenny hizo una pausa —. Pero mira el lado positivo.

— ¿Hay un lado positivo? — Connie levantó las cejas.

— Pues claro que sí — Jenny se rió —. Ya tienes cena esta noche — Connie se rió.

— Creo que ya he tenido bastante por hoy. Creo que deberíamos irnos a casa. Ya está la web en marcha, así que si alguien entra hoy podrá ver lo que hay y ya nos enteraremos si hay algún fallo — se giró hacia Lucy —. ¿Te ocuparás esta noche de la página web si alguien contacta? De todas formas, mañana nos traemos los portátiles y cuando pongas la página en ellos, nos puedes enseñar cómo hacerlo. No podemos dejarte que hagas todo el trabajo.

Una vez todo aclarado, salieron juntas de la oficina.

— Vamos, Sadie, que ahí está el autobús — Connie empezó a correr hacia la parada del autobús —. Nos vemos mañana por la mañana, chicas.

— ¿Qué te hace tanta gracia? — preguntó Connie. Estaban sentadas en el autobús y Connie rompió a reír.

— Así que te han jodido, ¿eh?

Connie miró a los asientos de atrás. Un hombre mayor le sonrió y otro le guiñó.

— Baja la voz o van a pensar que soy una putilla. De todas formas, ¿qué pasa con eso?

— Nada. Solo que era yo la del lenguaje inapropiado, ¿no?

Capítulo Tres

Connie estaba esperando a Andrew cuando aparcó en la casa. Sabía que siempre era puntual, así que quiso estar lista para cuando llegara.

— Que os lo paséis bien — dijo Sadie cuando vio a Connie marcharse —. No os esperaré despierta — guiñó.

Connie estuvo a punto de contestar, pero Andrew la cogió del brazo y la guió por el camino hacia el coche.

— ¿Adónde vamos? — le preguntó Connie mientras se abrochaba el cinturón de seguridad.

— Es una sorpresa — contestó Andrew. Miró el tráfico antes de salir.

Connie se encogió de hombros y dijo:

— Vale, pero te advierto de que he tenido un día largo y agotador y estaba deseando meterme en la bañera y ver tranquilamente la televisión, por lo que ir corriendo a casa, darme una ducha rápida y vestirme rápido para salir, y en especial contigo, no formaba parte del plan. Así que cuidado, que no estoy de humor.

— Vale. Podré soportarlo.

— Y que lo digas — Connie se rió —. Si tú siempre has sido así.

— Para nada — murmuró Andrew.

Connie dejó de reírse, miró hacia otro lado y susurró:

— Para nada.

Se acordó de que siempre fue tranquilo y paciente durante su matrimonio. Incluso hacía cosas por las que cualquier persona protestaría sin quejarse en absoluto.

Poco después, Andrew paró el coche frente a un hotel de lujo y dijo:

— Ya hemos llegado.

— ¡El Condrew! — exclamó Connie — Tirando la casa por la ventana, ¿eh? Creía que solamente íbamos a algún sitio a rellenar tu formulario para la agencia.

El Condrew era un carísimo hotel en Cumberland Gate. Una vez cruzabas las puertas, era como entrar en un túnel del tiempo. Había sido construido en la década de 1890 y, a pesar de que el hotel había sido redecorado con el paso de los años, no había perdido su encanto en absoluto. Casi podía visualizarse a Sherlock Holmes paseándose por el elegante salón. A Connie le encantaba ese hotel. Andrew y ella iban a menudo durante su matrimonio y pasaban fines

de semana para celebrar sus cumpleaños, aniversarios de boda y, a veces, simplemente, para disfrutarlo porque era su lugar especial.

— Por los viejos tiempos — Andrew sonrió. Le dio las llaves del coche al hombre de la puerta —. Apárquenme el coche, por favor.

Dentro del restaurante, el *maître* les llevó a una mesa al lado de la ventana y le retiró una silla para que se sentara Connie. Ella suspiró y se sentó. Andrew había reservado hasta la mesa de siempre.

— No vas a sacar nada de esto. Lo sabes, ¿verdad? Nunca vamos a volver juntos. ¡Nunca!

— *Nunca* es mucho tiempo. ¿No podemos simplemente esperar a ver qué pasa? — Andrew se encogió de hombros — ¿Qué quieres beber?

— Un *gin-tonic*, por favor, y cargado. Necesito algo que me relaje.

— Relajarse, eso está mejor — A Andrew se le dibujó una sonrisa en los labios —. Yo tomaré lo mismo.

A pesar de sus dudas acerca de salir con Andrew, Connie se lo estaba pasando bien esa noche. Todo en el Condrew era exactamente tal y como lo recordaba. La comida estaba buenísima, los camareros bajo la vigilancia del *maître*, atentos, y el mismo pianista tocaba la misma música suave en el majestuoso piano. Miró a Andrew al otro lado de la mesa. Ni siquiera él había cambiado.

Aunque habían empezado a salirle algunas canas, seguía siendo un hombre muy atractivo. Si acaso, el gris le hacía destacar más, pero no había cambiado nada más. Seguía teniendo esos ojos increíbles. Tenía unos ojos cálidos y sexys que te hacían sentir tan cómoda que te hacían querer derretirte en sus brazos. También tenía esos hoyuelos que le aparecían en las mejillas cuando sonreía y esa sonrisa cálida y amistosa. Esa sonrisa que fue lo primero que le llamó la atención de él hacía ya tantos años.

Connie recordó cómo hacía poco más de año y medio estaban en su habitación favorita quitándose mutuamente la ropa. Siempre reservaban su habitación especial cuando venían. Tenía un balcón increíble con vistas a Hyde Park, donde les encantaba desayunar mientras miraban cómo la gente iba a trabajar. Suspiró. Si Andrew no se hubiera ido con la zorra esa, seguirían juntos. Seguirían teniendo su casita, seguirían haciendo el amor al lado de la piscina a la luz de la luna y seguirían... De repente se regañó a sí misma por remover el pasado. La había traicionado y ahora estaban divorciados. Debería

ser punto y final. ¿Por qué la había llevado ahí? ¿Qué estaba intentando hacer? ¿Creía que sencillamente iba a subirla a la habitación y ya está?

— He reservado una habitación — Andrew interrumpió sus pensamientos. Ella lo miró. Era como si supiera lo que ella estaba pensando. A menudo lo hacía cuando estaban juntos. Ella estaba pensando en algo y él de repente empezaba a hablar sobre lo mismo. Estaba convencida de que le leía la mente —. Nuestra habitación — continuó —. Quería que todo fuera igual.

— Nada puede volver a ser igual, Andrew. Lo echaste todo a perder cuando tuviste la aventura con la zorra esa.

— No tuve ninguna aventura con la zorra esa — sacudió la cabeza —. Ya me has hecho llamarla así. De todas formas, no tuve una aventura. No como tú lo dices. Fue una noche, Connie. Una puta noche. Te lo juro que si hubiera una cosa que pudiera eliminar de mi vida sería esa noche.

— Nunca me dijiste por qué lo hiciste.

— Lo intenté pero no quisiste saberlo — dio un puñetazo en la mesa. Las tazas de café se tambalearon en los platos y miró para ver si alguien los había escuchado aunque, al parecer, nadie se había dado cuenta —. Una vez te enteraste, gritaste que querías el divorcio. Intenté disculparme. Intenté contarte que me emborraché en la despedida de John y que no sabía lo que estaba haciendo. No me acuerdo de nada. Podría ni siquiera haber tocado a esa mujer. Seguramente no. No estaba en condiciones de hacer nada ni aun si hubiera querido. Lo único que recuerdo es que ella estaba en la cama tumbada conmigo cuando me desperté a la mañana siguiente. Se vistió y se marchó sin decir nada. Quizá estaba buscando una cama en la que pasar la noche sin que implicara sexo y pensó que yo era una apuesta segura por lo borracho que estaba. Intenté contártelo pero no quisiste escucharme — hizo una pausa —. Fue una noche, Connie.

La mente de Connie volvió a la conversación que había tenido con Sadie poco antes. Claramente creía la parte de Andrew de la historia. Siempre le había dicho que había hecho de un grano de arena una montaña. Sadie era una chica lista, era desordenada y no tenía una lengua tan fina como debería, pero era una mujer muy astuta. Al menos podría serlo. ¿Lo habría sacado Connie todo de contexto al sentirse tan humillada cuando Andrew confesó?

— Di algo — Andrew se acercó al otro lado de la mesa y le cogió la mano.

— No sé qué decir — Connie murmuró. Estaba confusa. Por un momento, deseó no haber ido aquella noche, aunque al mismo tiempo estaba contenta de

haberlo hecho. Apartó la mano, metió la mano en el bolso y sacó el formulario de Andrew —. Dijiste que podríamos hablar de tu perfil durante la cena — sonaba ridículo hasta para ella. Andrew le estaba abriendo su corazón y ella estaba hablándole de un estúpido formulario. Pero era lo único que se le ocurrió decir.

— Rellénalo o no. Me da igual. No voy a usar la agencia de todas formas.

— ¿Y por qué viniste a la inauguración? ¿Por qué te apuntaste? ¿Por qué esto? — le puso el formulario en la cara.

— Porque era la única forma que tenía de poder volver a verte. Nunca me contestas a las llamadas ni a los correos electrónicos — suspiró —. Sabía que estabas metida en Divorciados.com. Sabía que estarías allí.

— Ahora estoy más confusa todavía. Dijiste que te sorprendía que un grupo de mujeres montara una agencia así — Connie sacudió la cabeza —. Dejaste que Sadie te mareara anoche. Y aún así todo el tiempo...

— Lo sé, pero quería hablar contigo — la interrumpió —. Necesitaba hablar contigo... solos. Pero entonces me di cuenta de que no iba a poder en la inauguración, así que decidí poner un montón de mentiras en el formulario. Era la única forma que tenía de que me llamaras. Sabía que no ibas a permitir subirlo así a la página web.

Connie metió el formulario en bolso otra vez. No estaba segura de qué decir. Aunque estaba mirando la mesa, seguía sintiendo cómo le quemaba la mirada de Andrew. Esperaba que ella le dijera algo más.

— Quizás podría echarle un vistazo a la habitación. Sería interesante ver si ha cambiado algo — se mordió el labio. Las palabras salieron antes de que pudiera pararse. Solo se preguntaba cómo estaría la habitación, no quería ir más allá.

— Claro. ¿Por qué no? — Andrew hizo señas al camarero para que trajera la cuenta antes de que ella cambiara de opinión — ¿Pido que nos traigan champán?

— No hace falta pedir champán — dijo Connie.

Una vez arriba, Andrew abrió la puerta del dormitorio y dejó que Connie entrara primero. Sus pies se hundieron en la lujosa alfombra gruesa.

— Está todo exactamente igual — murmuró mirando alrededor de la habitación —. Nada ha cambiado — las pesadas cortinas brocadas con la colcha a juego, el enorme tocador y el lujoso sofá en la esquina. Todo era tal y como lo recordaba. Se acercó a la cristalera y salió al balcón. Las luces de

Londres brillaban con intensidad —. Siempre me ha encantado esta habitación.

— Es nuestra habitación — Andrew contestó.

— ¿La trajiste... a la zorra esa... aquí? ¿A esta habitación?

— ¡No!

— ¿Cómo puedes estar seguro, si dijiste que estabas borracho y que no te acuerdas de nada?

— Si te acuerdas, Connie, la despedida fue en Brighton.

Asintió. Se sintió estúpida. Por supuesto que todo había pasado en Brighton. Si la despedida hubiera sido en Londres, Andrew no se hubiera quedado en un hotel. Hubiera cogido un taxi para volver a casa y nada de eso habría pasado. Entonces alguien llamó a la puerta y desde fuera se escuchó:

— Servicio de habitaciones.

Connie miró a Andrew y no le hizo falta preguntar.

— Será el champán que he pedido.

Connie abrió la boca para decir algo, pero Andrew se levantó a abrir la puerta y dijo:

— Creí que ya que estábamos aquí podríamos tomarnos algo por los viejos tiempos — se giró y se encogió de hombros —. No tiene nada de malo — abrió la puerta y dejó pasar al camarero, que entró con una bandeja y la dejó en una mesita antes de darle las gracias y una propina al estrecharle la mano. Entonces descorchó el champán, sirvió dos copas y dijo:

— Por nosotros — brindó — y por el futuro.

Connie no respondió. Tomó un sorbo del champán y miró alrededor de la habitación. Qué fácil sería volver a caer rendida en los brazos de Andrew. Qué bien lo habían pasado juntos. Vacaciones de ensueño en playas soleadas, fiestas, escapadas de fines de semana y noches en ese maravilloso hotel, en esa habitación. La lista era interminable. El puesto de Andrew en su empresa le hacía cobrar un sueldo desorbitado con el que podían permitirse casi todo lo que quisieran, pero aunque no hubieran tenido mucho, ella lo habría querido igual. Volvió a mirar alrededor de la habitación. Todo era igual y era como una noche de las de siempre. Aun así...

— He alquilado esta habitación — Andrew interrumpió sus pensamientos —. Es mía... es nuestra — se corrigió —, para que la usemos cuando queramos.

— ¡Andrew! Se giró para ponerse cara a cara con él — Te debe estar costando una pasta.

— Pagaría lo que hiciera falta para que volvieras conmigo — tomó un sorbo de champán —. ¿Qué te parece?

Connie volvió al balcón y se sentó en una silla. Sí, era bueno tener a Andrew de nuevo. No podía negar que todavía estaba enamorada de él, aunque no lo quería reconocer. Podía negárselo a Sadie y a las demás, pero no a sí misma. Cuando era más joven, tuvo algunos novios, pero ninguno significó realmente nada para ella hasta que conoció a Andrew en una fiesta. Él era diferente. Era considerado, amable y atento. Incluso sus padres estaban impresionados por su forma de ser tranquila y educada y cuando decidieron casarse estuvieron encantados con la noticia. Recordó que su padre le dijo que no podía haber deseado un marido mejor para su hija. Cuando le dio la noticia a sus padres de que Andrew se había acostado con la zorra esa, su madre lloró y no era capaz de creérselo.

Suspiró y miró de reojo a Andrew. Él todavía la quería, así que, ¿por qué no intentarlo de nuevo? Podría funcionar. *Podría*, si... Pero luego se le vino a la mente una imagen de él con la zorra esa y cerró los ojos para intentar sacar a esa mujer de su cabeza. ¿Podría olvidarlo alguna vez?

— Al menos piénsatelo, Connie. Por favor, dime que te lo pensarás.

Volvió la vista al interior de la habitación, hacia la cama.

— Me lo estoy pensando — murmuró —. Me lo estoy pensando.

Capítulo cuatro

Sadie vio por la ventana cómo se iban Andrew y Connie en el coche. Le gustaría que volvieran juntos. Andrew era un tío genial y cualquiera con dos dedos de frente vería que seguía loco por Connie. Ella creía sinceramente que solo se la había jugado una vez aunque, según Connie, ella había tenido una aventura apasionada y salvaje durante meses.

Sadie chasqueó la lengua, sacudió la cabeza y se apartó de la ventana. Connie era una mujer encantadora y una buena amiga, pero a veces podía ser increíblemente estúpida. Es cierto que ella se enfadó mucho y se sintió muy herida cuando Andrew le contó lo que le pasó pero ¿qué mujer no lo estaría? Ojalá Connie lo hubiera escuchado y le hubiera dado la oportunidad de explicarse. Por otra parte, ¿por qué se lo había dicho? Si se lo hubiera callado, seguirían juntos. Suspiró. Él era demasiado sincero.

Fue a la cocina y se sirvió una copa de vino. Empezó a buscar algo para cenar en el frigorífico cuando sonó el teléfono.

— Hola, soy yo — era la voz de Lucy —. ¿Está Connie?

— No. Ha salido con Andrew — Sadie vaciló —. ¿Era algo importante... puedo ayudar?

Lucy se rió.

— No, no es importante. En realidad es gracioso. Creí que a Connie le gustaría saber que Brian Lomax ha pedido una cita con ella.

— ¡¿Brian Lomax?! — chilló — ¡Va a ponerse hecha una furia!

— ¿Le digo que sí y nos reímos? — dijo Lucy.

— ¡No! No te lo recomiendo — contestó Sadie —. Como lo hagas, una vez Connie sepa cómo funciona la web, ya verás cómo pasas semanas quedando con hombres indeseables.

— Tienes razón — dijo Lucy. Hizo una pausa —. ¿Quieres compañía? Me puedo llevar el portátil y estar allí una horita o así. Así puedo dejar la web en marcadores en el ordenador de Connie, te doy la contraseña y empiezo a enseñarte cómo añadir a la gente cuando se inscriba. Parece que ya hay gente que se está apuntando.

— Me parece una buena idea — Sadie miró el frigorífico —. ¿Tienes algo para comer? Connie tiene los estantes vacíos y me muero de hambre.

— En realidad no. No he podido ir a hacer una compra grande desde hace bastante. ¿Qué te parece si pedimos pizza cuando llegue? Podemos pedir que

nos la traigan.

— Sí, eso haremos. Connie tiene vino. Seguro que no le importa que nos tomemos un par de copas.

En cuanto Sadie colgó, volvió a sonar el teléfono. Esta vez era Jenny.

— Ya he metido todo el dinero en el banco, pero parece que hay un par de cosas que tenemos que firmar todas. ¿Puedo pasarme esta noche?

— ¡Claro! ¿Por qué no? — Sadie hizo un pausa — ¿Sabes que Connie no está aquí? Está cenando con Andrew, pero Lucy vendrá en un rato. Vamos a pedir algo para comer cuando venga.

— Buena idea. Pedid para tres. Llegaré en media hora.

Poco después las tres estaban comiéndose una pizza enorme.

— Espero que a Connie no le importe que usemos su casa así — dijo Lucy.

— Claro que no — se rió Sadie —. ¿Por qué iba a importarle? Estamos aquí de reunión de empresa. Que nos lo estemos pasando bien es algo aparte.

Un pitido procedente del portátil de Lucy le dijo que había llegado otro mensaje al correo de Divorciados.com. Esta vez era de un hombre que se llamaba Michael Stone. Parecía que quería conocer a una mujer llamada Ann Masters. Lucy puso la cara de Michael en la pantalla.

— ¡Oh! Ese es el chico que me gustaba — Sadie resopló —. Me parecía guapo pero se pasó toda la noche babeándole a la mujer alta elegante aquella — hizo una pausa —. ¿Y quién es Ann Masters?

Lucy volvió a teclear, apareció otra cara en la pantalla y dijo:

— Es la mujer alta elegante — miró a Sadie —. Lo siento, pero parece que ha pasado la etapa de baboso y quiere dar el paso — miró al portátil y vio que había llegado otro mensaje.

— La cosa se empieza a poner interesante — dijo Jenny mirando la pantalla —. Me pregunto quién será esta vez.

— Es Michael Stone otra vez — dijo Lucy, tecleando.

— ¿Ha cambiado ya de opinión? — Sadie hizo una mueca — Parece un poquito caprichoso.

— No — Lucy hizo una pausa y se giró hacia las demás —. No ha cambiado de opinión. Está pidiendo citas con Alice North y Jane Peters.

— ¿En serio? — Jenny tragó saliva — ¿Y eso se lo vamos a permitir? Sé que es bueno para el negocio, por el dinero, porque le cobraríamos tres citas,

pero da la impresión de un poco mujeriego, ¿no? Pensaba que los hombres tendrían citas de uno en uno con vistas a una relación estable.

— Creo que todas pensamos eso — dijo Sadie —. Y estoy segura de que no es lo que Connie tenía en mente.

— Espera, que sigue — Lucy volvió a teclear —. Ahora pide conocer a Sue Long, Jane Porter y... a ti, Sadie. Ha reservado una cita para cada noche la semana que viene.

— ¡¿Pero qué cojones?! ¡Ni de coña! — Sadie se levantó de golpe — ¿Se cree que no me iba dar cuenta de lo que iba a hacer? ¡Qué desgraciado!

— A lo mejor no se dio cuenta de que eras socia de la agencia — dijo Lucy —. Pero por otra parte, parece que sí que se fijó en ti en la inauguración.

— Si con tus comentarios intentas hacer que me sienta mejor, ya te digo yo que no lo consigues — Sadie frunció el ceño —. Parece que se fijó en todas en la inauguración. A este paso, mañana por la mañana ya habrá quedado con todas las mujeres de nuestra página web.

— Pues no — decidió Jenny —. No vamos a concertarle ninguna cita hasta que lo hayamos hablado todas. Connie debe saberlo y lo que hagamos será una decisión tomada en conjunto.

— Estoy de acuerdo — dijo Lucy —. ¿A qué hora llegará Connie? — Miró su reloj. Eran las once y media.

— No creo que venga a casa esta noche — Sadie se dio un golpecito en la nariz y se rió —. No si Andrew tiene algo que ver.

— ¿Si Andrew tiene algo que ver con qué? — Connie fue a la habitación y dejó el abrigo y el bolso en una silla.

— Todas dieron un salto. Ninguna había oído la puerta abrirse o cerrarse.

— Connie — dijo Sadie llevándose la mano a la garganta —, ¿qué haces aquí?

— Vivo aquí, ¿recuerdas? — dijo Connie hundiéndose en una silla.

Capítulo cinco

Se hizo un silencio incómodo después de la frase de Connie y fue Sadie la que lo rompió:

— Me dio la impresión de que pasarías la noche con Andrew.

— Creo que a él también se la dio — Connie se encogió de hombros —, pero aquí estoy — miró a su alrededor a las demás —. Bueno, ¿qué pasa? ¿Cómo va la web?

Lucy se reacomodó y le explicó cómo Michael Stone había pedido citas con varias mujeres a la vez.

— No con todas la misma noche, ya sabes — añadió rápidamente —. Hasta ahora ha citado a seis mujeres, entre ellas a Sadie, y quiere quedar con ellas en distintas noches durante la semana que viene.

— A ti te gustaba, ¿verdad, Sadie? — se rió Connie.

— Ya no — replicó Connie —. ¡Que le den! Cometí un gran error cuando me enrollé con Alex, así que no necesito a otro gilipollas en mi vida.

Connie estuvo a punto de contestar, pero entonces llegó otro mensaje. Era de nuevo Michael Stone, pero esta vez pedía una cita con Jenny.

— ¿Qué hacemos? — preguntó Lucy.

— Creo que necesita un toque de atención. Esto es exactamente lo que queremos evitar. Las cosas no son así — Connie estaba enfadada. Había invertido mucho tiempo y dinero para montar una agencia decente y no iba a permitir de ningún modo que ocurriera algo así —. Si no le gusta, le devolvemos el dinero. No queremos clientes *así*.

— Vale, dime qué pongo — Lucy estaba sentada con los dedos sobre el teclado, esperando que alguien le dictara un mensaje.

— Queremos hacerles saber que nuestra agencia ha sido diseñada para que mujeres y hombres con los mismos gustos e intenciones se conozcan con vistas a iniciar una relación estable. Esta no es una agencia de acompañamiento de mala fama en la que los hombres pueden ir uno tras otro toqueteando todos los productos estante tras estante — dijo Sadie. Dio un puñetazo en la mesa —. ¡Así no! ¡Gilipollas!

— ¡Ejem! — Connie tosió — Seamos educadas, ¿vale? Bueno, escribe esto — le dictó unas palabras explicando la política de la agencia. Una vez

habían acordado lo que iban a escribir, Lucy pulsó el botón de enviar y el mensaje desapareció.

— Vale, creo que he terminado — Connie bostezó —. Voy a hacer algo de café, ¿alguien quiere?

— Yo no, prefiero irme a casa que se está haciendo tarde — Lucy miró a Jenny —. ¿Compartimos taxi?

— Sí, vale.

Una vez se marcharon las dos amigas, Sadie fue a la cocina a ver a Connie.

— Bueno, ¿qué ha pasado? ¿Dónde te ha llevado Andrew? —vaciló preguntándose si sería buena idea seguir sacándole información, pero la curiosidad se apoderó de ella. Tosió — Creía que pasarías la noche fuera.

Connie se hundió en la silla y dijo:

— Me llevó a cenar al Condrew.

— Al Condrew. ¿No era ese tu sitio favorito?

— Sí. Andrew lo vio un día hace mucho tiempo y se fijó en que el nombre del hotel parecía sacado de la unión de nuestros nombres, Connie y Andrew. Lo reservó para que cenáramos esa misma noche. Nos encantó. Desde entonces lo convertimos en nuestro lugar preferido.

— Qué romántico — dijo Sadie efusivamente.

— Sí, bueno — Connie resopló —. Anoche reservó nuestra mesa favorita y... — vaciló un momento pensándose si seguir hablando.

— ¿Y qué? — preguntó Sadie — No me dejes así.

— Hasta reservó nuestra habitación de siempre... por si acaso.

— ¿Reservó vuestra habitación de siempre... por si acaso? — Sadie abrió los ojos como platos.

— Sí. Reservó la habitación. Nuestra habitación.

— ¿Y no os quedasteis? — Sadie esperó la respuesta de Connie.

— No.

— ¿Por qué no?

— No pude.

— ¿No pudiste? — Sadie asintió — ¿No te sentiste ni un poco tentada?

— Sí, en especial cuando subí a echarle un vistazo a la habitación.

— ¡Oh, Dios mío! — Sadie agarró el brazo de Connie — ¿Que subiste a vuestra habitación especial y no te quedaste a pasar la noche allí? — se quedó boquiabierta — ¿Cómo te pudiste resistir?

Connie hizo una pausa y dio un sorbo al café.

— Al parecer Andrew ha alquilado la habitación durante un tiempo indeterminado.

— ¿Andrew ha alquilado vuestra habitación especial?

— ¡Sí! ¿No lo acabo de decir? Por el amor de Dios, ¿por qué repites todo lo que digo?

— Porque no me puedo creer que fueras a la habitación y no pasaras la noche allí. Encima me dices que Andrew ha alquilado la habitación y tampoco te consigue convencer.

Connie miró al suelo.

— Es que no me saca a la zorra esa de la cabeza. ¿Cómo podría acostarme con Andrew con ella ahí entre nosotros?

— ¡Dios! La zorra esa no estaba allí también, ¿verdad?

Connie puso mala cara.

— Perdón — Sadie apretó los labios y se sentó al lado de su amiga —. Connie, tienes que superarlo. Andrew es un buen tío. Te quiere. Vale, cometió un error con esa mujer, pero lo creo cuando dice que fue solo esa vez. Si tan solo vieras que...

— Yo también lo creo — Connie empezó a llorar —. Me lo explicó todo mientras cenábamos.

— ¿Y qué haces aquí? — Sadie se levantó — ¡Eres tonta! Vuelve allí con Andrew — estaba flipando con Connie.

— Porque no me podía quedar.

— ¿Y por qué no?

— Porque la zorra esa... Dios santo, no empieces otra vez. ¡Me estás volviendo loca! — Connie se secó las lágrimas con un pañuelo.

Se hizo un breve silencio y Sadie volvió a sentarse.

— ¿Y qué vas a hacer si Andrew empieza a verse con otra mujer? Es un hombre joven y de éxito. En algún momento va a querer compañía femenina. No te va a esperar para siempre.

Connie se quedó de piedra con la pregunta de Sadie. Si le hubieran hecho esa misma pregunta el día anterior le hubiera importado poco lo que hiciera. Pero eso era ayer. El haber pasado la noche en la compañía de Andrew y haber escuchado su explicación la había hecho darse cuenta de lo infeliz que sería si otra mujer hubiera ocupado su lugar en su vida. Abrió la boca para hablar, pero la zorra esa le volvió a la mente. Ella era el motivo de su divorcio. Aquella maldita mujer seguiría apareciendo entre ellos siempre.

— ¿Y bien? — Sadie golpeaba con los dedos el brazo de la silla —
¿Cómo te sentirías?

Connie se levantó y evitó la pregunta:

— Me estás dando dolor de cabeza. Me voy a la cama.

— Vale, vale. Ya me callo — Sadie levantó las manos —. Solo diré que
estáis hechos el uno para el otro, pero eres tan testaruda que no quieres ver
más allá de ese error. Sin embargo, no voy a decir nada más sobre el asunto.
Aun así...

— ¿No has dicho que ya te callabas? — Connie caminó hacia las escaleras
— Buenas noches, Sadie.

Connie subió las escaleras completamente hecha un lío. ¿Por qué había
salido con Andrew? Bueno, eso sí que se lo explicó. ¿Y por qué ella aceptó
salir con él esa noche? Ella podría haberle dicho simplemente que no cuando
llegó. Podría haber sido mejor si lo hubiera hecho, porque así ahora no estaría
tan confusa. Pero no. Se había duchado y cambiado y había esperado a que
llegara su coche. ¿Sería porque en el fondo quería salir con él? ¡No! ¡Claro
que no! Bueno, quizás a lo mejor. Ella quería ir a cenar con él. ¿Pero por qué
había subido a la habitación? Cualquiera con dos dedos de frente no habría
subido a esa maldita habitación.

Se metió en la cama y pensó en ese terrible momento antes de irse del
hotel. Andrew parecía un niño perdido cuando ella insistió en marcharse. Le
había suplicado que se quedara y, aunque se había sentido muy tentada, su
orgullo no se lo había permitido. La despidió en el taxi, le dio al conductor un
par de indicaciones para que la llevara a casa y volvió a desaparecer dentro
del hotel. Pero en cuanto el taxi salió, vio por las ventanas del hotel a Andrew
camino al bar.

Sadie se sentó en la cocina unos minutos antes de que Connie desapareciera
por las escaleras. Estaba perpleja. Connie no le había contestado a la
pregunta. ¿Eso significaba que no sabía qué contestar? ¿No estaba segura de lo
que sentía? Por Dios, Connie podía ser a veces muy testaruda. Si se le metía
una idea en la cabeza, no escuchaba jamás a nadie. Ojalá pudiera hacer algo
para que volvieran a estar juntos.

Suspiró. No era buena idea seguir ahí sentada pues tenía que madrugar
para aprender a usar ese maldito programa. Frunció el ceño. Los ordenadores

estaban al final de la lista de cosas que le apasionaban. Nunca hacían nada que ella quisiera por mucho que lo intentara. Ella sabía escribir, archivar y encargarse de los teléfonos, como mucho. También enviar y recibir correos electrónicos, pero eso era todo. No tenía ni idea de cómo iba el resto y en realidad tampoco quería saberlo. Le dio un escalofrío. Mañana tendría que prestar atención o se perdería información importante sin darse cuenta.

Sadie siguió pensando en el problema de Connie mientras subía las escaleras. Algo habría que pudiera hacer. Hizo una pausa durante un momento y se le vino una idea a la mente. ¿Funcionaría? Primero tenía que hablar con Andrew porque tendrían que cooperar.

Subió corriendo los últimos peldaños y entró a su habitación, entonces se le vino a la mente otro pensamiento. Si iba a llevar a cabo el plan, tenía que asegurarse bien de que Connie nunca sabría que ella estaba metida en eso o el infierno se desataría.

1. Capítulo seis

— Tienes que firmar estos formularios, Connie — Jenny le pasó los papeles por el escritorio. Eso fue a la mañana siguiente otra vez en la oficina —. El banco necesita nuestras firmas porque las cuentas están a nombre de todas. Lucy y Sadie firmaron anoche. Pero ya he arreglado para que solo necesitemos dos firmas para las transacciones. Será complicado que todas nos reunamos para firmar un cheque urgente si alguna de nosotras está de vacaciones en las Bahamas. Se rió.

— ¿En las Bahamas? — dijo Sadie — ¿Cuándo podré permitirme unas vacaciones en las Bahamas? Dudo que llegue mucho más lejos de Brighton.

— No seas tan pesimista — contestó Jenny —. No sabes lo que puede pasar.

— Eso es lo que me da miedo — dijo Sadie con tristeza. Su frente suave se frunció —. No se avecina nada bueno que yo sepa. Así que prefiero saber qué es lo que va a pasar para estar preparada.

— Por el amor de Dios, ámate o nos vas a hacer llorar — dijo Lucy y se giró hacia Connie —. ¿Te ha dicho Sadie que anoche cuando vine puse Divorciados.com en los marcadores de tu ordenador? Les iba a enseñar a Jenny y a Sadie cómo funcionaba pero... — un pitido procedente del ordenador la interrumpió — ¡Vaya! Es Michael Stone. Creo que es la respuesta al mensaje que le enviamos anoche.

— ¿Qué dice? — Sadie se apoyó en el escritorio — Espero que no le haya molestado nuestro mensaje o si no yo...

— Se está disculpando — interrumpió de repente Lucy —. Dice que no se dio cuenta de que no podía fijar varias citas a la vez y nos pide que lo citeamos con Ann Masters — Lucy puso la foto de Ann en la pantalla —. Ya ha pagado las quince libras de la cita. ¿Qué os parece, chicas?

— Creo que no tenemos elección — dijo Connie. Soltó el bolígrafo y juntó las manos —. Ahora nuestro trabajo es contactar con Ann y preguntarle si quiere conocer a Michael.

— ¿Y no deberíamos decirle lo que estaba intentando hacer? — Sadie frunció el ceño — Es decir, ¿no deberíamos decirle cómo es Michael Stone en realidad?

— ¿Y sabemos cómo es Michael Stone en realidad? — Connie se volvió a sentar en la silla — Podría ser un buen tío. Aunque lo dudo mucho por cómo se nos ha presentado, no deberíamos decidir acerca de a quién deben conocer nuestros clientes. Podríamos meternos en problemas si empezamos a hacer comentarios sobre los demás — hizo una pausa —. De todas formas, sabemos que Ann Masters lo conoció en la inauguración, así que al menos sabemos que sabe quién es.

— Quizás podríamos hacer una recomendación general en la página — dijo Lucy —. Por ejemplo, podríamos añadir a la página web consejos como que se queden en un lugar público en la primera cita — de algún modo estaba de acuerdo con Sadie. Debían pasar algún tipo de información sobre la persona con la que tenían la cita. Pero también sabía que Connie tenía razón. Podrían acusarlas de difamación si hicieran algún comentario negativo de alguien.

— ¡Buena idea! — Sadie dio un puñetazo en el escritorio — Es lo mínimo que podemos hacer.

— Vale — dijo Connie —. Cambiaremos las palabras, pero mientras envía un mensaje a Ann Masters para decirle que Michael Stone ha pedido una cita con ella a ver qué dice — presionó los labios —. Espero que no tengamos que debatir juntas cada vez que nos pidan una cita o nos va a llevar una eternidad.

— Por cierto, ¿qué quería Andrew que hiciéramos con su formulario? — Lucy miró a Connie — ¿Pudiste hablar con él de eso anoche o estabais demasiado ocupados?

— Pues claro que hablamos de ello — dijo Connie. Seguía intranquila desde que vio a Andrew —. ¿No es ese el motivo por el que quedamos? — Sacó el formulario del bolso y se lo dio a Lucy — Pon su nombre y que es director de una empresa importante. Mira su perfil y pon lo que sepas seguro que es verdad. ¡Y quita el resto de mentiras!

— Ups, lo siento — Lucy levantó las cejas —. Estamos sensibles esta mañana, ¿eh?

Connie suspiró.

— Lo siento, Lucy, pero preferiría no hablar de anoche si no te importa — sonrió —. ¿Hago café?

Durante la mañana varias personas enviaron correos a la agencia pidiendo citas.

— Si esto sigue así nos vamos a hacer de oro — dijo Lucy pulsando el botón de enviar y mandando así otro mensaje por el ciberespacio —. A una tal Sue Hutchins parece gustarle nuestro Quentin. Tengo que decir que me pareció bastante elegante.

— Hasta ahora a la única a la que han pedido una cita es a ti, Connie — dijo Jenny tristemente —. El resto de nosotras parece no haber despertado el interés de ninguno.

— Sí, bueno, en realidad no es que me haya emocionado demasiado la invitación de Brian Lomax. No es que me despierte precisamente el interés — Connie se rió —. Además, os olvidáis de Sadie y de ti. El increíble Michael Stone ha pedido el placer de vuestra compañía.

— Pero os acordáis, estábamos bastante abajo en esa lista — apuntó Sadie.

— ¿Hay alguien a quien te gustaría conocer, Sadie? — Lucy miró a las demás — Esa pregunta va para todas. Les puedo escribir ahora.

— Creo que esperaré un poco y veré cómo van las cosas — contestó Sadie. Una de las razones por las que había aceptado entrar en la agencia en primer lugar era encontrar a un hombre bueno y sincero. Alguien lo más distinto posible de su ex marido. Aun así, de todos los tíos buenos que había en la web, el único que le pareció interesante era uno que decía que quería tirarse a una piscina llena de mujeres antes de tomar una decisión.

— Voy a sentarme y a leer un poco más sobre los hombres que hay.
Jenny asintió.

— Sí, tienes razón. No quiero otro marido como Rob. Pensaba que era el hombre perfecto cuando nos casamos, pero al final resultó que le gustaba demasiado tener su espacio. Al ver cómo Michael Stone hace las cosas, creo que me lo tomaré con calma.

Connie y Lucy acordaron esperar un tiempo antes de elegir un hombre, aunque por distintas razones. El ex marido de Lucy, Ben, había sido muy cruel con ella física y mentalmente. Había estado con él solamente por su hijo, Terry. Sin embargo, una vez lo aceptaron en la universidad, inmediatamente le pidió el divorcio.

— Ahora estoy libre y sin ataduras, no tengo planes de volver a comprometerme, a no ser que se apunten a la agencia Brad Pitt o Johnny Depp — Lucy se rió —. Cualquiera de los dos me haría cambiar de opinión. Aunque

igual me perdería con tantas respuestas — Tenía la esperanza de que las demás aceptaran su respuesta sin muchas preguntas. Había visto a un par de hombres que le habían gustado bastante y había pensado en escribirles sin que lo supieran sus amigas. Como se iban a turnar para vigilar la web, no habría secretos en la oficina y les avergonzaría que se encontraran con que habían rechazado a otra de ellas. Quizás ser una de las dueñas de una agencia de citas no era tan buena idea después de todo.

Connie, por otra parte, todavía tenía reciente lo de Andrew. Había intentado olvidarse de él; incluso había aceptado tener un par de citas durante el último año. Pero después de haber quedado con él la noche anterior se dio cuenta de que seguía locamente enamorada de él. Por lo tanto, su excusa era que simplemente quería esperar a que despegara el negocio.

— No creo que ahora mismo pueda concentrarme en encontrar al hombre adecuado.

Sadie se quedó en silencio, aunque el tono de voz poco convincente de Connie, junto con la conversación que habían tenido la noche anterior, reveló mucho sobre ella. Estaba claro que Connie se estaba guardando.

Durante la tarde, Lucy subió el programa de Divorciados.com a los portátiles de todas y procedió a mostrarles cómo funcionaba.

— Todas sabéis cómo enviar correos electrónicos y demás, así que con lo que tenéis que familiarizaros es con el programa en sí — siguió tecleando y aparecieron en pantalla una enorme cantidad de letras, números y símbolos.

— ¿Pero qué coño es todo eso? — chilló Sadie y se echó atrás.

— ¡Ay! Eso era mi pie. No hay sitio para que hagas esos movimientos repentinos. Avísame la próxima vez que decidas dar esos saltos.

— Lo siento, pero si sigues sorprendiéndome así...

— Hay códigos para todo lo que he puesto en la página web — Lucy continuó. Cerró los ojos. Apenas había empezado a enseñar a sus amigas cómo funcionaba la página; no era momento para discusiones —. Esta eres tú, Sadie — señaló a la pantalla —. Desde aquí puedo añadir o quitar cualquier cosa de tu perfil. Atentas, que os enseñe cómo — añadió algunas palabras diciendo que Sadie era una mujer con mucho talento. Luego puso la página de Sadie en la web y señaló las palabras nuevas que había añadido —. Podéis hacer lo mismo si queréis añadir o quitar cualquier cosa de un perfil.

— Dejad un comentario aquí, que me hace parecer guay y misteriosa — se rió Sadie.

— Está todo un poco exagerado — dijo Connie con una risita —. Si tienes algún talento, debe estar bien escondido. Quiero verlos —. Juntó las manos —. Serás una mujer con muchos talentos *bien* escondidos.

Lucy parafraseó lo que acababa de decir:

— Ahora *sí* pareces misteriosa.

— Me encanta — dijo Sadie emocionada —. Eso hará que los hombres se fijen en mí.

Lucy entonces pasó a enseñarles cómo dar de alta a un cliente nuevo y también cómo dar de baja a aquellos que quisieran dejar la agencia. Hizo hincapié en que no se equivocaran de persona al añadir o eliminar información.

— Aunque, sinceramente, está chupado. Es mucho más fácil de lo que parece — se recostó en la silla y miró las caras de sus amigas —. ¿Qué pensáis?

Sadie se echó hacia atrás en su silla y se dejó caer.

— Creo que yo paso. No creo que me atreva a hacer nada de eso. Soy capaz de leer los correos electrónicos, ocuparme de organizar las citas y del funcionamiento de la oficina en general. Pero me niego a meterme en el tema del ordenador — se dio una palmada en la frente —. ¡Dios santo! ¿No os dais cuenta de la que puedo liar y de lo que podría pasar? — cruzó los brazos — Lo siento, chicas, pero lo digo en serio cuando digo que de verdad no puedo hacerlo.

— Entonces, ¿aprender a usar el ordenador no ese uno de tus muchos talentos ocultos? — Connie se rió. Movié la silla para sentarse al lado de Sadie — ¿No crees que deberías al menos intentarlo? No podemos dejarle todo el trabajo a Lucy.

— Os estoy avisando ahora de que si toco esa cosa la voy a liar —Sadie señaló con el dedo el ordenador —. Joder, Connie, sabes bien que lo mío no es la tecnología — levantó las manos — y no me vais a convencer de ello.

— Supongo que significa que Jenny y yo tenemos que perseverar y aprender todo lo que podamos — Connie miró a Jenny —. ¿Qué dices?

A Jenny le gustó la idea de probar. Le encantaba aprender cosas nuevas.

— Claro, ¿por qué no? — dijo.

Sadie sonrió.

— Gracias, chicas. ¿Queréis que haga algo mientras estáis las tres en el ordenador?

Jenny le propuso que fuera al banco.

— No deberíamos dejar todo este dinero dando vueltas por la oficina.

A Sadie le pareció buena idea salir. Quería hablar con Andrew y no sabía cuándo tendría la oportunidad. Sería difícil si Connie estaba todo el rato con ella en casa y en la oficina.

Sadie fue por Park Lane hasta Oxford Street y encontró rápidamente una pequeña cafetería. Pidió un café, sacó el móvil, marcó el número del trabajo de Andrew y pidió que le pasaran con su oficina. Minutos más tarde Sadie empezó a ponerse nerviosa. ¿Por qué tardaba tanto en contestar su secretaria?

— ¿De parte de quién le digo que es la llamada? — preguntó la secretaria cuando por fin cogió el teléfono.

— Dígale que de parte de Sadie y, por favor, dese prisa.

— ¿Sadie? — hizo una pausa — ¿Sabrá el señor Somerfield quién es?

— Pues claro que lo sabrá — contestó Sadie —. Mueve el culo, que no tengo todo el día — miro el reloj. El banco no tardaría en cerrar.

Se escuchó un clic y después la voz de Andrew:

— ¿Qué pasa, Sadie? ¿Está Connie bien? — se notaba preocupación en su voz. Se había alarmado al ver que su secretaria le había dicho que una tal Sadie lo llamaba. Nunca lo había llamado antes a la oficina, así que lo primero que se le había venido a la mente era su ex mujer.

— Connie está bien — le aseguró —. No me puedo entretener mucho porque se supone que estoy en el banco ahora. Connie ha puesto tu perfil en la agencia.

— ¡Vaya! Creía que...

— No me interrumpas, Andrew. Deja que termine — Sadie chasqueó la lengua y volvió a mirar el reloj. Los minutos parecían correr cada vez más rápido —. Tienes que hacer algo para que Connie espabile y se dé cuenta. Creo que debes ponerla un poco celosa quedando con alguna mujer de la agencia. Y será tuya antes de que te des cuenta — añadió antes de que Andrew pudiera interrumpirla —. No quiero que te vayas por ahí y tengas sexo salvaje y animal con modelos de revista. Elige una mujer medianamente decente para que te acompañe al cine o al teatro.

— No creo que sea una buena idea — Andrew no pensaba igual. Quería que Connie volviera a su vida, no empeorar la situación.

— Por el amor de Dios, tío, o tomas medidas drásticas o te puedes olvidar de ella. Eso podría funcionar — dudó un momento antes de mencionar la conversación que había tenido con Connie la noche anterior. ¿Debía decir algo o no? ¿Estaría rompiendo su confianza? Pero al final decidió decírselo —. Connie anoche estaba hecha un lío. Creo que en realidad quería quedarse en el hotel contigo.

Andrew se quedó en silencio. Así que Connie le había contado a Sadie cómo le había suplicado que se quedara. Se sentía un poco avergonzado.

— Creo que le falta solo un empujoncito — Sadie miró el reloj de nuevo —. Oye, Andrew, me tengo que ir. Las chicas creen que estoy en el banco y cierra en cinco minutos. Prométeme que te lo pensarás.

— Vale, me lo pensaré, pero no te diré nada más por ahora — Andrew colgó.

Sadie eliminó cuidadosamente toda prueba de su llamada en su móvil. No quería que Connie le cogiera el móvil y viera por error que había estado llamando a Andrew a sus espaldas. Recogió sus cosas y salió de la cafetería después de pagar el café en el mostrador.

Cuando colgó, Andrew se sentó en su silla y miró al techo. Llevaba toda la mañana doliéndole la cabeza; había bebido demasiado la noche anterior. Cuando Connie se marchó, había vuelto al bar y se había bebido varios whiskys cargados antes de irse a la cama con la esperanza de que Connie se diera la vuelta y se quedara con él. Pero no lo hizo. Insistió en volver a casa y así fue. Y ahora la idea de Sadie de cómo volver a ganarse a Connie le había empeorado como diez veces más el dolor de cabeza.

Tenía una reunión en media hora. En ese momento debería estar concentrado en James Hargreaves, un hombre de negocios muy importante. Estaba muy interesado en la empresa y pensaba invertir mucho dinero. En esa situación económica, cualquier posible inversión de dinero en la empresa merecía toda su atención. Aun así, la llamada de Sadie lo había distraído.

¿Tendría razón? ¿Debía intentar poner celosa a Connie? ¿Pero y si Sadie se equivocaba? ¿Sería el fin de cualquier relación entre él y su ex mujer? Al

menos Connie le hablaba ahora. Un par de días antes le habría repudiado o le habría pisoteado como un cigarrillo.

Connie era el amor de su vida. Llevaban trece años casados antes de divorciarse y se casaría con ella y una y otra vez sin dudarlo ni un segundo. Para él no había otra. Era la mujer más increíble del mundo.

Aunque los dos se decepcionaron cuando se enteraron de que Connie no podía tener hijos, no se preocupó por ello. Seguían teniéndose el uno al otro y estaba muy contento de que fuera así. Sin embargo, ella no se había tomado la noticia tan bien. «*¿Por qué soy diferente?*» se lamentaba todo el tiempo «*¿Por qué yo? Todas mis amigas tienen hijos los quieran o no*». Aunque como era muy testaruda, al final había aprendido a vivir con ello.

Sin embargo, Connie se sintió humillada cuando confesó su infidelidad. El hombre que le había jurado que no había otra mujer en la tierra para él la había traicionado. Aún tenía grabado en la mente cómo cambió su cara de incredulidad total a horror. Quizás se lo tendría que haber callado y nunca lo hubiera sabido si no se lo hubiera contado. Pero no podía vivir sabiendo que quizá alguien en algún lugar podría haber visto a una mujer saliendo de su habitación y se lo podría decir a Connie. Si se iba a enterar, prefería que fuera por él.

Suspiró y volvió a la realidad. Quizás lo mejor era olvidar la llamada y dejar que las cosas siguieran su curso normal. Sin embargo, cuando su secretaria hizo pasar a James Hargreaves a su oficina, Andrew seguía pensando en su conversación con Sadie.

Sadie llegó al banco cuando el guardia de seguridad estaba a punto de cerrar la puerta.

— He visto que una de las cajas sigue abierta y solo tengo que pagar estos cheques — le sonrió —. Le prometo que solo será un momento — se ablandó y sujetó la puerta hasta que entró —. Gracias — dijo regalándole otra sonrisa —. Eres un cielo.

Cuando volvió a la oficina Jenny estaba haciendo café.

— ¿Quieres? — preguntó cogiendo otra taza.

— Sí, por favor. Siento haber tardado tanto, pero es que había mucha cola en el banco — cruzó los dedos. Era una mentira piadosa, no le haría daño.

— Parece que estamos progresando con la página web — Jenny cogió una taza de café para Lucy —. Al menos, Connie sí. Yo voy un poco más lenta.

— ¿¡Pero qué dices!?! — dijo Lucy — creo que las dos vais muy bien. Además, no tenéis por qué aprenderlo todo hoy. Vamos a estar aquí todos los días — cogió la taza de café de Jenny —. La próxima vez que se apunte un cliente, voy a ver cómo dais de alta su perfil.

Al final de la tarde varias personas se habían puesto en contacto con la agencia para concertar citas. Cada vez que recibía un mensaje a Sadie le daba un vuelco el corazón. ¿Sería de Andrew? Aunque seguía pensando que era una buena idea, le daba un poco de miedo la reacción de Connie, en especial si Andrew elegía a una chica guapa. Sin embargo, ninguno de los mensajes era suyo, así que se relajó. A lo mejor había decidido pasar de su propuesta.

— Nos turnaremos las noches en el ordenador — dijo Connie poniéndose el abrigo —. Yo no salgo esta noche, así que me puedo quedar hoy.

— Llévate esto — Lucy le dio dos libros con direcciones de correo electrónico —. Creo que todas deberíamos tener una copia de estos libros en casa. Lo veo mejor que llevarlos y traerlos todos los días.

Sadie tragó saliva mientras bajaban las escaleras. Tenía la esperanza de que Lucy o Jenny se encargaran de la página web aquella noche. Si Andrew enviara un mensaje aquella noche, Connie podría leerlo y borrarlo sin que las demás lo supieran. Cualquier petición suya sería mejor que apareciera durante el horario de oficina cuando todas estuvieran presentes. Se sintió idiota por no haber caído en la cuenta y habérselo dicho cuando habló con Andrew. Le tenía que haber pedido que enviara el mensaje solo en horario de oficina. Se encogió de hombros pensando que ya lo único que podía hacer era sentarse con Connie toda la noche y esperar con ella a que fueran llegando los mensajes. Qué aburrimiento.

Una vez salieron del edificio se separaron. Sadie y Connie fueron a la parada del autobús y Jenny se quedó decidiendo si irse directa a casa o darse una vuelta por las tiendas. Lucy ya había quedado con una amiga que había venido de visita a Londres un par de días.

— Hasta mañana — se despidió Connie cuando ella y Sadie fueron a cruzar la concurrida calle —. No sé cómo pueden decir que funcionan los peajes de hora punta — se quejó —. No veo la diferencia en absoluto. ¡Hay el mismo tráfico de siempre!

2. Capítulo siete

Lucy subió Oxford Street y se paró de vez en cuando a mirar escaparates. Había quedado con ella cerca del Palladium Theater y luego irían a un restaurante a cenar.

Tenía muchas ganas de volver a ver a su amiga. Desde que Alice se había mudado al norte de Inglaterra no habían podido verse mucho, así que tenían mucho de lo que hablar.

Lucy miró el reloj. Se le había hecho tarde mirando escaparates, así que aligeró el ritmo y se apresuró a la esquina con la calle Argyle y se chocó con alguien sin querer.

— Lo sien... — Lucy no pudo terminar la frase al ver a su ex marido mirándola.

— ¡Volvemos a encontrarnos! — Ben la agarró del brazo — ¿Qué tal te va? — preguntó.

— ¡Quítame las manos de encima! — gritó Lucy recobrando la compostura — Lo que yo haga no es asunto tuyo.

Ben no la soltó.

— ¿Ah, no? Creo que te di algo de dinero cuando nos divorciamos. Me gustaría saber en qué te lo has gastado.

— No me diste más que el dinero que me debías — Lucy consiguió liberarse de él —. Me trataste como una basura cuando nos casamos. Creo que escapaste bastante bien — intentó sonar más convincente de lo que se sentía —. Debes saber que estoy pagando los estudios de Terry. Siempre te ha importado todo eso muy poco.

Ben la empujó contra la entrada de una tienda.

— ¿Te crees muy lista, eh? Pero sé que tú y tus preciosas amigas habéis montado una agencia de citas — resopló —. ¿Está dando dinero?

— ¿Y a ti eso que te importa? — Lucy intentó librarse de él, pero le bloquearon el paso. Había cogido más peso desde que no estaban juntos. También había visto que estaba vestido de forma desaliñada. El abrigo mugriento que llevaba había conocido días mejores. Ben nunca había sido así. Siempre había insistido en que le lavaran y le plancharan la ropa con suma perfección y recordaba las consecuencias si no lo hacían.

— Estamos divorciados. Ahora hago con mi vida lo que me da la gana.

Lucy miró detrás de ella con la esperanza de escapar entrando en la tienda, pero estaba oscuro. Habían cerrado ya. Entonces, Ben acercó la cara a Lucy y le dijo:

— Creía que podría sacar algo más de dinero. Ya no tengo trabajo gracias a mujeres como tú — se limpió la nariz en la manga —. Decían que las estaba acosando, pero en realidad me lo pedían.

Lucy sintió náuseas. Le apestaba el aliento a alcohol. Era aún peor de lo que lo recordaba.

— ¡Lárgate! — intentó apartarlo, pero estaba demasiado fuerte para ella y la empujó contra la puerta de la tienda. Se golpeó la cabeza con el marco de la puerta de madera y, por un momento, pensó que iba a caerse al suelo. Sin embargo, de algún modo pudo mantenerse en pie. Supo una vez estaba tumbada en el suelo que no iba a poder levantarse.

— No seas así. Nos casamos una vez. Tenemos que cuidar el uno del otro.

— ¡¿Cuándo me has cuidado tú?! — le gritó Lucy. Miró por encima de su hombro con la esperanza de que alguien le ayudara pero todo el mundo seguía caminando. Nadie quería meterse.

— Me pegabas. ¿Cómo pretendes que yo te cuide?

— Méteme en tu agencia. Búscame una mujer. Una mujer rica. Podrías hacer eso por mí.

— ¡Nunca! — gruñó Lucy. Estaba intentando mostrar con todas sus fuerzas que no tenía miedo, pero en el fondo estaba aterrorizada.

Frunció el ceño y le echaron rayos los ojos. Soltó la mano para golpearla.

— ¡¿Cómo te atreves a contestarme, zorra?! —

Lucy cerró los ojos y esperó lo inevitable. Eso había pasado muchas veces antes de que se convirtiera en costumbre. En primer lugar, la tiraría al suelo y luego empezaría a pegarle patadas. Pero, para su sorpresa, no pasó nada de eso.

— ¿Pero qué cojones? — dijo Ben.

Lucy abrió los ojos y vio a una mujer agarrando el brazo de Ben.

— Sal de ahí, Lucy.

No hizo falta que se lo dijeran dos veces. Salió corriendo de la entrada y agarró el otro brazo de Ben.

— Gracias a Dios que has venido, Alice. Pensaba que esta vez me mataba.

— ¡Soltadme, zorras! — gritó Ben tratando de liberarse.

En ese momento los dos policías, que estaban en la entrada de la boca de metro de Oxford Circus, corrieron a la esquina a ver qué ocurría.

— ¿Qué está pasando aquí? — preguntó uno de ellos acercándose.

— Este hombre estaba acosando a mi amiga — dijo Alice todavía luchando contra el brazo de Ben —. La ha empujado contra aquella puerta.

El otro policía saco su libreta.

— Bien. ¿Nombre? — dijo mirando a Ben.

— Estas mujeres me están molestando — Ben se liberó de Lucy —. Estaba en mis cosas y empezaron a pedirme dinero.

— ¡Mentiroso cabrón! — le chilló Lucy. Se giró al policía — Es mi ex marido, Ben Anderson — le explicó que se habían encontrado en la esquina —. Ben estaba intentando intimidarme porque no quería darle dinero.

— Ya veo — dijo el policía asintiendo —. ¿Y usted? ¿Ha visto cómo ha pasado todo eso? — le preguntó a Alice.

— Cuando llegué escuché a Ben llamarla zorra y lo vi levantarle la mano para golpearla. Entonces lo agarré e intenté apartarle — Alice miró a Ben —. Es un hombre malvado y debéis encerrarlo.

— Eso lo decidirá un juez, señora — contestó el otro policía calmado —. Llamaré a un coche para que os lleve a la comisaría. Allí lo podréis resolver.

— Pero Alice y yo vamos a un restaurante — Lucy se quejó —. Llevamos meses sin vernos y esto nos va a estropear la noche. Sabe Dios cuánto tiempo nos vamos a pasar en la comisaría.

— Si prefiere no presentar cargos, podemos dejarlos así — dijo el policía. Cerró de golpe su libreta. Entonces Ben miró a Lucy con una sonrisa triunfante.

— Supongo que entonces no vas a presentar cargos. Nunca firmarías los papeles, ¿verdad?

— Sin embargo — añadió el policía dándole un golpecito a Ben el pecho con el dedo índice —, eso no significa que usted pueda ir por las calles acosando mujeres. Su nombre ya consta en mi libreta. Por lo tanto, si vuelvo a verle implicado en algún otro episodio de este tipo, me acordaré de usted. ¿Lo entiende?

Ben arrastró los pies.

— Sí — murmuró. Le frunció el ceño a Lucy antes de escabullirse por la calle hacia Oxford Street como la rata que era.

Después de irse los policías, Alice y Lucy fueron directas al restaurante, Lucy seguía temblando cuando se sentaron.

— Una vez nos divorciamos, creí que me había deshecho de esa bestia para siempre.

Alice sugirió que necesitaban una copa bien cargada para calmar sus nervios.

— ¿Te ha estado persiguiendo? — le preguntó después de pedir dos *gin-tonics* bien cargados.

— No, no creo — Lucy hizo una pausa y lo volvió a pensar. ¿La habría estado siguiendo? Si lo había hecho, entonces sabría dónde vivía. Le dio un vuelco el corazón al pensar que podría estar vigilando cada paso que daba. Pero su parte más racional se apoderó de ella. Si él hubiera sabido dónde vivía ella, seguramente habría entrado en su piso.

— No, estoy segura de que no. Creo que ha sido pura coincidencia que nos hayamos encontrado esta noche. Aun así, sabía que yo tenía que ver con la agencia de citas Divorciados.com — se encogió de hombros —. Supongo que podría haberse enterado por rumores. Qué alivio que aparecieras. Nadie se acercaba a rescatarme.

— Bueno, ya me conoces. Siempre al rescate del indefenso — Alice sonrió —. Pero en serio, ten cuidado. Si lo ves cerca de tu piso, llama de inmediato a la policía.

A pesar de lo mal que había empezado la noche, Lucy se lo pasó bien con su vieja amiga. Tenían mucho de lo que hablar. Alice no había cambiado en absoluto. Seguía siendo igual de dicharachera que cuando trabajaban juntas hacía unos años. También parecía conservar el buen gusto por la ropa. Esa noche llevaba un vestido de noche azul con los zapatos a juego. También llevaba un bolso de mano muy bonito del mismo color. Quizás había pedido que se lo confeccionaran. Tenía un trabajo muy bueno en Newcastle.

— ¿Crees que tu agencia me vendría bien? — Alice interrumpió sus pensamientos — No sé mucho de agencias de citas. Siempre he pensado que eran una especie de nido de lujuria.

— Supongo que algunas sí que lo son, pero queremos que la nuestra sea especial — Lucy hizo una pausa —. El lameculos de mi ex marido quería que lo apuntara gratis y que le buscara una mujer rica — bajó la vista y miró la mesa.

— Olvídate de él — Alice veía que hasta pensar en ese horrible hombre molestaba a Lucy.

— Si lo pienso, no sé qué fue lo que vi en él. Aunque algo tendría que tener para que terminara casándome con él.

Pensó en antes de casarse. Ben siempre había sido una buena persona. ¿Había sido todo un teatro? ¿O estaba tan loca por él para ver más allá de lo

guapo que era o de esa sonrisa encantadora?

— Gracias a Dios que he podido mantener a salvo a Terry. Si Ben le hubiera puesto un dedo encima...

— Pero no lo hizo, Lucy — Alice puso la mano en el brazo de su amiga — Ya lo viste. Solo espero que Terry sepa todo lo que has pasado para mantenerlo a salvo.

— Ya lo sabe — Lucy sacó un cuchillo del bolso —. Después del divorcio me dijo que nos había escuchado a su padre y a mí discutir una noche hacía mucho tiempo. Intentó volverse a la cama pero me escuchó gritar de dolor. Entonces empezó a bajar las escaleras para ver lo que ocurría pero cuando vio a su padre golpearme en la cabeza salió corriendo a su habitación y se escondió debajo de la colcha — hizo una pausa y se secó las lágrimas de los ojos —. Pobre angelito, qué miedo tuvo que haber pasado. Ben es muy intimidante. Es capaz de intimidar a cualquiera, así que imagina al pobre chiquillo. Después de aquello, Terry cerró los ojos e hizo caso omiso a todo lo que oyera abajo. ¿Se le puede culpar por ello? — Lucy respiró hondo — Si te acuerdas, se volvió bastante antisocial conforme se iba haciendo mayor.

Alice asintió.

— Sí, me acuerdo. Estabas muy preocupada por él.

— Creía que tenía problemas de autismo o algo parecido — Lucy continuó —. En cambio, parece que se había encerrado en una especie de burbuja para refugiarse de todo lo que ocurría a su alrededor. Cuando se fue a la universidad y yo me divorcié, Terry cambió por completo. Se volvió mucho más extrovertido. Supongo que es porque supo que los dos por fin estábamos más a salvo.

— Debiste haberlo dejado hace muchos años — dijo Alice —. Ya sé que querías esperar a que Terry se hiciera más mayor, pero por el amor de Dios, Lucy, Ben te podría haber matado a ti... y a Terry.

— Ahora me doy cuenta de ello. Pero mis padres se divorciaron cuando yo era pequeña. Supongo que fue porque se desenamoraron. Pero yo veía a mi padre de forma regular durante los años y yo lo quería — Lucy se secó una lágrima que se le escapó —. Recuerdo haber deseado que no se hubieran separado. ¿Por qué yo no podía ser como el resto de niños de la escuela que vivían con sus padres todos juntos? Siempre me sentí la rara en la escuela, así que pensé que estaba haciendo lo correcto con Terry. No quería que se sintiera diferente del resto, pero...

— Vamos a tomarnos otra copa — Alice la interrumpió. Sintió la necesidad de cambiar de tema —. ¿Por qué no me hablas de tu agencia nueva y de lo que puede hacer por mí... y por ti? Podrías encontrar al hombre de tus sueños. Después de todos, tienes a todos esos tíos buenos al alcance de la mano — hizo señas al camarero que estaba merodeando cerca de ellas —. ¿Nos trae un brandy para acompañar el café?

— Seguro que no te faltan los amiguitos — se rió Lucy —. Con lo guapa que eres y tu tipazo, estas increíble. Seguro que tienes detrás de ti a medio Newcastle. En cuanto a mí, no quiero precipitarme. Quiero tomarme mi tiempo.

— Pero no muchos de esos hombres son mi tipo, querida — Alice se rió —. No quiero otro perdedor como Graham. Me harté de que fuera un ludópata. Quemó todo su dinero y empezó a gastarse el mío. Pero bueno, creo que sería divertido apuntarme a tu agencia.

Al final de la noche, Alice había decidido apuntarse a Divorciados.com.

— Te doy un cheque ahora y tú me rellenas el formulario. Tú me conoces bastante bien.

Una vez fuera del restaurante, decidieron compartir taxi. Ben podría seguir acechando por la zona y no tenía ningunas ganas de volver a encontrarse con él.

— Puede que baje a Londres el mes que viene. Si bajo, te llamo y volvemos a quedar — dijo Alice cuando llegaron al hotel.

Lucy se sentó en el taxi y vio cómo Alice subía las escaleras y desaparecía dentro del hotel antes de pedirle al conductor que siguiera. Durante un momento deseó volver el tiempo atrás a cuando trabajaban juntas. Pero entonces se acordó de que en aquella época estaba casada con Ben y no lo quería de vuelta en su vida por nada del mundo. Sin embargo, le había encantado ver a su amiga aquella noche y estaba deseando volver a verla. Ojalá no se hubiera encontrado con Ben y no lo hubiera visto así de mal. La verdad es que le iba fatal y se alegraba, porque tenía lo que se merecía. Pero Alice tenía razón en algo: tenía que estar atenta a él. No quería volver a encontrárselo de nuevo.

Capítulo ocho

— Anoche veinte personas pidieron citas — le dijo Connie a Jenny en cuanto ella y Sadie llegaron a la oficina.

— Eso son buenas noticias — contestó Jenny —. Sé que acabamos de empezar, pero parece que nuestra aventura en el mundo de los negocios va bastante bien. Con suerte tendremos noticias de más gente hoy.

— Han sido solo veinte personas, Jenny — Sadie se sentó en una silla —. No te vengas arriba. No salimos en los titulares del *Financial Times*.

— No te pongas así, Sadie. Solo decía que es bueno porque significa que anoche ganamos trescientas libras — Jenny hizo una pausa —. ¿Qué mosca te ha picado esta mañana?

— Perdona, Jenny. No quería ponerme así. Sí, supongo que desde ese punto de vista sí que son buenas noticias.

— ¿Y qué otro punto de vista hay? — preguntó Connie — Estamos aquí para ganar dinero — levantó una ceja —. Te acuerdas de lo bonito que es el dinero, ¿verdad? — hizo una pausa — Bueno, ¿qué te pasa esta mañana que hasta te has levantado sin que te lo tenga que decir setecientas veces?

— Estoy bien, de verdad — insistió Sadie —. Voy a hacer algo de café que Lucy llegará pronto — se sintió aliviada por haber podido cambiar de tema. Seguía atenta pensando si Andrew pediría una cita o no por la página web de la agencia. Se había pasado la mayor parte de la noche con Connie mirando el portátil. Cada vez que llegaba un mensaje miraba a ver si era de Andrew. No iba a permitir que Connie lo borrara sin que nadie lo viera. Por ese mismo motivo se había levantado de la cama en cuanto sonó el despertador. No quería que Connie encendiera el portátil sin que ella estuviera presente.

— Estaba pensando si deberíamos volver a promocionar la página web — dijo Jenny cambiando de tema —. No me refiero a dar otra fiesta por todo lo alto — añadió rápidamente al ver la expresión de horror de Sadie —, sino a poner algunos anuncios en periódicos más allá de Londres. Queremos que sea una agencia a nivel nacional, ¿verdad?

— Sí, claro. Bien pensado — dijo Connie —. Por ahora nos hemos centrado solo en esta zona. Ahora que nos hemos dado a conocer aquí, podemos expandirnos por otras partes.

— Buenos días a todas — Lucy entró en la oficina y cerró la puerta tras ella.

— Hola, Lucy — dijo Sadie —. El café estará listo en un minuto. ¿Te lo pasaste bien anoche un tu amiga?

— Sí — Lucy colgó el abrigo en el perchero que había detrás de la puerta —. El tiempo pasó volando. Teníamos que ponernos al día en muchas cosas — sacó un cheque del bolso y se lo dio a Jenny —. Alice decidió apuntarse a nuestra agencia y me pidió que yo le rellenara el formulario.

— Me alegro de que os lo pasarais bien — dijo Sadie. Se mordió el labio un momento antes de continuar —. ¿Pero qué es lo que no nos quieres contar?

— ¿Y qué te hace pensar que no os quiero contar algo? — Lucy levantó la vista bruscamente. Sadie se encogió de hombros.

— No sé, pero hay algo que te estás callando seguro.

Lucy vaciló. No tenía pensado mencionar que se había encontrado con su ex marido. Seguía intentando sacarse el incidente de la cabeza, pero tenía que haber sabido que Sadie lo notaría. Sadie tenía un don extraordinario.

— Ben — dijo por fin. Explicó cómo se lo había encontrado cuando iba camino a ver a Alice —. Fue horrible.

Empezó a llorar mientras describía lo que había pasado aquella noche. Cómo la había empujado contra la entrada de una tienda y le había pedido dinero.

— También quería que pusiera su perfil en la web y lo emparejara con una mujer rica — sacó un pañuelo del bolso y se secó las lágrimas —. Me negué y me habría golpeado si Alice no hubiera llegado y le hubiera cogido del brazo.

— ¡Qué hijo de puta! — Sadie dio un puñetazo contra el escritorio — Tenías que haber llamado a la policía y que lo arrestaran.

— En realidad llegó la policía. Estaban en la boca de metro cuando nos escucharon los agentes — Lucy explicó que Alice y ella tenían que ir con Ben a comisaría presentar cargos —. No quería estropear la noche, así que lo dejé así, aunque uno de los agentes tomó nota de su nombre y le dio una advertencia.

— Vamos, que se escaqueó — dijo Sadie —. Tenían que haberlo arrestado y luego pedir declaración. Me hierva la sangre pensar que pueden ir acosando a la gente por la calle y el acosador puede escaparse tranquilamente. ¿Dónde está la justicia ahí? — volvió a golpear el escritorio.

— ¡Sadie! Por el amor de Dios, cálmate — Connie se acercó a Lucy —. Sabemos que la policía no puede arrestar a cualquiera. En esta época

necesitan testigos, declaraciones y más pruebas que demuestren que el sistema judicial funciona — suspiró —. Siento que te arruinaran la noche, Lucy. Sé las ganas que tenías de quedar con Alice.

— No se arruinó del todo, Connie. Nos lo pasamos bien recordando viejos tiempos, aunque admito que sí que estaba un poco fastidiada por la aparición inoportuna de Ben. De todas formas, mejor hablemos de otra cosa — Lucy encendió el ordenador —. ¿Por qué no das de alta la página de Alice, Connie? Te doy su perfil y veo cómo añades los detalles — estaba a punto de hacerle hueco a Connie para que se pusiera a su lado en el ordenador cuando llegaron dos mensajes a la bandeja de entrada.

— ¿De quiénes son? — preguntó Jenny.

— El primero es de Alan Peterson. ¿No era ese el tío que vino con Quentin? — Lucy abrió el mensaje — Quiere quedar con Ann Masters.

— Le va bastante bien. Anoche le pidieron dos citas — comentó Connie con una sonrisa.

— El otro es de un tal Jack Benson — Lucy hizo una pausa —. Dios, también quiere una cita con Ann Masters. Qué suerte tiene esta mujer. Me parece que ninguna de nosotras va a tener la misma — estaba bastante sorprendida de que Jenny no hubiera atraído la atención de nadie.

Sadie suspiró aliviada, ¿o, más bien, decepcionada? Desde el día anterior el estómago se le revolvía al sobresaltarse cada vez que sonaba el ordenador. ¿Sería *ese* el mensaje de Andrew pidiendo una cita con otra mujer? El mensaje que haría que Connie reaccionara y volviera con su ex marido para decirle que no podía vivir sin él y le prometiera nunca volver a dejarlo. Bueno, o algo parecido. ¿Por qué no se daba prisa y lo hacía? Si se tomaba más tiempo, le iba a dar un ataque. ¿Habría preferido no hacerle caso?

Capítulo Nueve

Pasaron dos semanas hasta que Andrew por fin se decidió a escribir a la agencia. Se había pasado la mayor parte de esos días dándole vueltas a la propuesta de Sadie. En principio parecía buena idea pero, ¿y si todo salía mal? Connie podría no volver a dirigirle la palabra. Al final había entrado a la página web y se había sumergido en la mar de clientas, repudiándolas a todas hasta que se encontró con una cara conocida. Se sentó en la silla y se quedó mirando a la fotografía que tenía en la pantalla. Si iba a hacerlo así, esa era la mujer que iba a elegir.

Sadie estaba tan segura de que Andrew estaba en contra de la idea de poner a Connie celosa que había empezado a relajarse y a olvidarse de ello. Es decir, que ya no se sobresaltaba cada vez que llegaba un mensaje. Así que cuando Lucy dijo que Andrew había enviado un correo electrónico, casi se ahoga con el café.

— ¿Estás bien? — preguntó Jenny.

— Sí — contestó Sadie —. El café se me ha ido por el otro lado — señaló la taza.

— ¿Y qué quiere? — preguntó Connie.

— En el asunto pone «Solicitud de cita» — contestó Lucy. Siguió sin despegar la vista de la pantalla y no se atrevió a mirar a Connie.

— ¡Ah! — Connie dio un grito ahogado. La pilló por sorpresa. En realidad esperaba que fuera un mensaje para ella. Andrew le había dicho que no usaría la agencia de contactos así que, ¿para qué otra cosa iba a contactar con ellas? Y encima pedía conocer a alguien — Y... ¿a quién quiere conocer? — intentó sonar despreocupada — Seguramente a la encantadora Ann Masters — dijo mostrando una media sonrisa.

Sin embargo, a pesar de su tono de voz natural y la sonrisa forzada, Sadie detectó un toque de desesperación en su voz. Tenía miedo de dejar ver que le molestaba el repentino interés de Andrew por conocer a alguien, así que se encogió de hombros y se puso a mirar el libro que tenía delante.

— ¿Estás segura de que quieres saberlo? — preguntó Lucy. Quizás lo mejor sería que Connie no supiera con quién quedaba Andrew.

— Joder, pues claro que quiero saberlo. ¡Ábrelo! — Connie tosió. Bueno, ya había intentado sonar natural. Sacudió la cabeza — Abre esa mierda.

Sadie contuvo la respiración esperando que Lucy hiciera clic con el ratón.

— ¿Quién es? — Connie empezó a dar golpecitos con los dedos en el escritorio. Estaba loca por saber con quién había pedido una cita Andrew.

Lucy hizo clic en el mensaje y empezó a partirse de risa.

— Es mi tía. Andrew quiere quedar con mi tía Agnes. Se la quiere llevar a cenar.

— ¿Tu tía? — Dijo Connie.

— Qué bien — dijo Sadie. Se sintió aliviada de que Andrew no hubiera elegido a Ann Masters ni a cualquier otra que se le pareciera. El plan era simplemente poner a Connie un poco celosa, no que estuviera como una loca dando vueltas por la oficina lanzando cuchillos —. La tía de Lucy no está ahí buscando cariño, ¿verdad, Connie? Me pregunto adónde la llevará.

— Voy a llamar a mi tía y a preguntarle cuándo tiene libre. Tiene portátil, pero no puedo esperar a que lo encienda. Se va a llevar una sorpresa enorme. Su cumpleaños es la semana que viene, así que igual se la quiere llevar a algún sitio a celebrarlo — Lucy cogió el teléfono y marcó el número.

— Estás muy callada, Connie — dijo Jenny —. ¿Estás bien?

— Sí, estoy bien — contestó Connie tranquila —. ¿Por qué no iba a estarlo? — pero no estaba nada bien. Andrew iba a tener una cita con otra mujer. Si alguien le pedía una cita, iría sin dudarlo, ¿verdad? Pues claro que sí. Ya había tenido algunas citas desde que se divorció. Pero pensándolo, tan solo había aceptado esas citas porque creía que Andrew había tenido una aventura salvaje. Pero ¿aceptaría una oferta ahora que sabía la verdad sobre la aventura de Andrew? Sacó el pañuelo y se sonó la nariz.

Sadie la observó en silencio. El plan estaba surtiendo efecto.

— ¿Ibas a decir algo, Sadie? — preguntó Connie.

— ¿Qué quieres que diga? — Sadie estiró los brazos en el aire y bostezó — Andrew es un alma libre y puede hacer lo que le plazca. Espero que la tía de Lucy se lo pase bien. Seguro que se porta muy bien con ella y se lo pasan genial.

— Mi tía está que no se lo cree — dijo Lucy. Soltó el auricular y se volvió hacia las demás —. Le ha alegrado el día. Dice que está libre todas las noches menos el sábado — Lucy sonrió —. En realidad no ha dicho eso, pero

sé que los sábados juega al bingo — arrastró la silla y se puso frente al ordenador —. Voy a entrar al ordenador, le voy a organizar una cita con Andrew y a darle los detalles a mi tía. Intentaré que sea para su cumpleaños — se fijó en que Connie la estaba mirando —. ¿Qué? — preguntó levantando las cejas.

— Nada — contestó Connie y empezó a abrir correos que estaban todavía pendientes. Se sentía estúpida. ¿Qué le importaba que Andrew tuviera una cita con Agnes? La tía de Lucy era una mujer mayor, por el amor de Dios. No iba a ser una cita seria. En su interior, sabía que lo estaba haciendo para ponerla celosa, así que, en ese caso, ¿por qué estaba funcionando?

— Le he mandado un mensaje a Andrew para decirle que Agnes Anderson está encantada de quedar con él para cenar cualquier día y que, a ser posible, sea el veinticinco. A ver qué dice. También le he escrito a Ann Masters para decirle que Alan Peterson quiere quedar con ella. Y, Connie, ¿te gustaría intentar dar de alta a nuestro nuevo cliente?

Sadie observó cómo Connie ponía la página nueva en la web. Aunque parecía estar engañando a las otras, Sadie sabía que estaba enfadada porque Andrew se iba a llevar a otra a cenar, a pesar de que esa mujer fuera lo suficientemente mayor como para ser su madre.

Sintió la tentación de llamarlo para decirle que el plan estaba funcionando pero, al mismo tiempo, no se atrevió a hacer nada que levantara sospechas ante Connie. Quedaban algunos días para el veinticinco e iba a ser interesante ver cómo Connie se comportaba durante esos días.

— Creo que es la hora del café — Sadie tenía la necesidad de levantarse. Se acercó a la cafetera —. Qué pena que no tengamos bollitos de crema.

— No puedo comer bollitos de crema — dijo Lucy —. Estoy intentando perder algo de peso.

— ¿En serio? ¿No eras tú la que tenía ayer la cara metida en los bocadillos y las galletas?

— Sí, bueno, eso era ayer. Me subí al peso esta mañana y me asusté al ver que pesaba... — Lucy miró hacia abajo — Da igual lo que pesara, pero lo suficiente como para decir que más de lo que me gustaría.

— Vale, muy bien, pero me gustaría tomarme algo con el café — Sadie resopló.

— A mí también — se quejó Lucy —. Ese es el problema. Si yo fuera un insecto palo, como tú, no me preocuparía, pero como no lo soy...

— Vale, vale — interrumpió Sadie levantando las manos —. Nos olvidamos de los bollitos de crema. Podemos buscar galletas dietéticas y dejarlas en la oficina. Es que me gustaría picotear algo, no me vale con una bebida solo — tenía la esperanza de que alguien la mandara a por algo para comer y pudiera aprovechar para llamar a Andrew, pero no hubo suerte.

Llegaron algunos correos electrónicos más durante la mañana, pero no tantos como esperaba Connie.

— Necesitamos que siga habiendo un flujo de citas continuo. Ahora mismo está algo parado.

— Estamos empezando — dijo Jenny —. Pero, como dije el otro día, creo que necesitamos clientes nuevos. La mayor parte de los clientes que tenemos en la web estaban en la inauguración. Se conocieron aquella noche. Alice es la única que tenemos que vive fuera de Londres. Tenemos que hacernos conocer en otras partes.

— ¿A alguien le gustaría pasarse y traer algunos periódicos? — preguntó Connie — Quizás también vendrían bien algunas revistas también. Podríamos llamarlos y preguntarles por sus tarifas para poner anuncios.

— ¡Yo voy! — Sadie se puso en pie antes de que Connie terminara de hablar — Necesito que me dé el aire — añadió al darse cuenta de que se había ofrecido voluntaria demasiado rápido —. ¿Queréis que traiga algo más?

— Puedes pasarte por el banco con el cheque que ha llegado esta mañana — Jenny le dio la libreta del banco —. Más nos vale tener al día la cuenta, que pronto vendrá la factura del Royale.

— Mientras estás fuera voy a echarle un vistazo a los periódicos de fuera de Londres que hay en internet — dijo Lucy —. Jenny tiene razón, tenemos que anunciarnos a nivel nacional.

Una vez fuera, marcó los botones del móvil.

— Elegir a la tía de Lucy ha sido un movimiento brillante — dijo en cuanto Andrew cogió el teléfono. Su secretaria le reconoció la voz y transfirió la llamada más rápido esta vez.

— ¿Cómo se lo ha tomado Connie? — preguntó — No estaba seguro de si estaba haciendo lo correcto. De hecho aún no estoy seguro.

— Estaba muy callada. De hecho, sigue callada desde que llegó tu mensaje. Es más, está bastante susceptible — se rió —. Por cierto, el día veinticinco es el cumpleaños de Agnes, así que no estaría mal que le llevaras un ramo de flores. Lucy dijo que estaba muy emocionada de tener una cita.

— Si Connie se molesta, dímelo.

— Sí, claro. Seré tus ojos y tus oídos. Me estoy quedando en su casa por ahora, así que estoy bastante al tanto. Supongo que te lo contó cuando quedasteis, ¿no?

— Sí, algo me dijo. Bueno, te tengo que dejar, que tengo una reunión — hizo una pausa —. Espero que todo esto no se vuelva en mi contra.

Después de borrar toda pista de la llamada en el móvil, Sadie siguió camino al banco. Andrew era un hombre encantador. Connie tenía mucha suerte de tener a alguien como él. Su ex marido, Alex, era un canalla. Se había dado cuenta de que era un vago poco después de conocerlo. Era un tío que siempre iba buscando dinero fácil. El se creía que era el rey de los chanchullos en Londres, pero no era lo suficientemente listo. Todo el mundo lo sabía, excepto él. En el pasado, la policía siempre iba a su casa si pasaba algo en el barrio. Siempre era el primero al que recurrían.

Así que, sabiendo eso, ¿por qué se había casado con él? Sadie suspiró y fue al banco. Tristemente, era lo de siempre. Pensó que podía cambiarlo y hacerlo un hombre de verdad. Quizás podría cambiar un poco y conseguir un trabajo de verdad, uno con nómina a final de mes. ¿Pero había funcionado? Sí, como el culo. Qué tonta había sido al pensar que podría funcionar.

— Buenos días.

Sadie estaba tan sumida en sus pensamientos que no vio al vigilante de seguridad de la puerta.

— Buenos días — contestó y sonrió. Era el mismo hombre que la dejó entrar al banco el otro día cuando estaban a punto de cerrar.

Miró al reloj de pared y él la miró, le sonrió y le dijo:

— Hoy viene con mucho tiempo, tranquila.

Sadie se rió.

— Sí, no quiero ser la última dos veces seguidas.

Ojalá se hubiera puesto algo más bonito que unos vaqueros desteñidos y una camiseta ancha. Se acordó de la cara que le puso Connie cuando salieron para la oficina aquella mañana «*¿No te podías haber puesto algo más elegante? Trabajamos en Mayfair*» le dijo «*Si alguien viene a la oficina, le voy a decir que eres la limpiadora*»

— Qué día más bonito hace. Demasiado bonito para trabajar dentro.

— Pues sí. Por eso me he ofrecido a salir a hacer recados. Quería escaparme de la oficina — le parecía guapo, pensó mientras se acercaba al mostrador y le daba el cheque al cajero. Se preguntaba qué pensaría de ella.

Al menos se acordaba de ella, así que le habría causado algún tipo de impresión.

A través del panel de cristal que la separaba del empleado, Sadie vio el reflejo del vigilante, que miraba en su dirección. Se fijó en que era bastante alto, guapo y llevaba un uniforme elegante. Llevaba el pelo muy corto, pero sería cosa del oficio. Pesaba algo más de lo deseable, pero como todos los vigilantes, ¿no? Dejó volar un poco más su imaginación y se preguntó cómo sería en la cama.

Siguió mirando su reflejo y vio que empezó a caminar hacia ella. Oh, Dios, ¿se estaba acercando a hablarle? Se puso nerviosa y empezó a respirar cada vez más fuerte conforme se acercaba. Sí, definitivamente iba a hablarle. Miró hacia abajo y se preguntó si le pediría una cita. «¡Sí, por favor! Tengo libre todas las noches de mi vida». Pero eso la hacía sonar un poco desesperada. Si Connie estuviera ahí, le diría que se calmara y que actuara de forma educada. Vale, Connie, puedo ser tranquila y educada. Juntó las palmas de las manos contra el mostrador para calmar los nervios.

Miró al reflejo y se fijó en que estaba casi detrás de ella. Rápidamente trazó un plan en su mente. Primero le sonreiría con dulzura antes de decirle que tenía que mirar su agenda. Después, una vez hiciera hueco en su ajetreado horario le diría que le parecería una idea genial y le daría las gracias. Sí, eso sonaba muy bien. Hasta Connie se quedaría sorprendida.

— Disculpe — su voz sonó justo detrás de ella.

Respiró hondo y se giró.

— ¿Sí? — le sonrió con dulzura.

— Se le ha caído algo cuando ha sacado la libreta del banco del bolso — se agachó y le dio una tarjeta de visita.

— ¡Ah! — Sadie intentó esconder su cara de decepción — Vale... Gracias.

Totalmente avergonzada, cogió la tarjeta y se volvió al cajero roja como un tomate. ¿Por qué tenía que estar tan avergonzada? Ni el vigilante ni el cajero podían saber lo que estaba pensando. Una vez el cajero terminó con la libreta, ella la cogió y salió corriendo hacia la puerta.

— Estoy deseando volver a verla. Por cierto, me llamo Michael — le dijo el vigilante cuando salió.

— ¡Ah! Eh... sí. Gracias... Michael — Sadie se despidió con la mano, le sonrió y se escapó entre la multitud. Una vez fuera, giró en la esquina y se apoyó en una pared. La próxima vez, si es que había una próxima vez, no daría las cosas tan por supuestas.

— Estás un poco roja, ¿te encuentras bien? — preguntó Connie cuando Sadie entró en la oficina.

— Sí, estoy bien. Hace calor fuera, eso es todo — dejó los periódicos y las revistas delante de Connie y se sentó en la silla. Estaba tan sumida en sus pensamientos cuando salió del banco que casi se olvida de coger los periódicos. Ya había subido la mitad de las escaleras cuando se acordó de ellos y tuvo que salir corriendo al kiosco de la esquina de la calle.

— ¿Algo nuevo en mi ausencia?

— Nos han llamado del Royale — dijo Connie.

— ¿Del Royale? ¿Qué quieren? No nos hemos olvidado de pagarles, ¿verdad?

— Quieren saber qué hacer con la tarta.

— ¿Qué tarta? — Sadie levantó una ceja.

— La tarta — Connie se recostó en la silla y esperó a que las demás la entendieran.

— Oh, Dios. ¿No te referirás a la tarta que pedimos para la inauguración? — añadió al acordarse de repente de la tarta que había — Esa preciosa y deliciosa tarta de frutas bañada con brandy que había en una de las mesas esperando a que la recogiéramos.

— ¡Mierda! Vaya forma de malgastar el dinero — Sadie se dejó caer en la silla.

— Bueno, ya tienes algo para tomar con el café durante las próximas semanas — Lucy se rió —. Pero, aparte de eso, solo hemos tenido alguna que otra solicitud de cita más — cogió uno de los periódicos —. ¡*The Times*! ¿No os parece un periódico genial para anunciarnos?

— Para nada — Connie levantó la vista de la revista que estaba hojeando —. Ese periódico lo lee solo la élite y no son el único tipo de clientela que buscamos. Además, ¿cuánto nos van a cobrar por plantar un anuncio?

Lucy le dio el periódico a Connie.

— Seguro que depende del tamaño del anuncio. ¿No va así? — hizo una pausa — Deberías saberlo. Fuiste tú la que lo organizó la última vez.

— ¿Has encontrado algo en internet? — preguntó Sadie.

— Sí — dijo Lucy —. Ya he contratado anuncios en varios periódicos locales en Yorkshire, Northumberland y Cumbria.

Al final de la tarde, Connie ya había conseguido anuncios en otros

periódicos nacionales que aparecerían la semana siguiente.

— Creo que ya está bien por hoy — dijo doblando los periódicos y tirándolos a la papelera.

— No tengo planes esta noche, así que si os parece bien me quedaré vigilando la página web — dijo Lucy mientras apagaba el ordenador.

— Buena forma de llamarlo — se rió Jenny mientras salía —. Vigilante de la web, me gusta.

— Estás muy callada, Connie — dijo Sadie. En ese momento iban las dos camino a la parada del autobús — ¿Va todo bien? — Sabía perfectamente que Connie estaba pensando en la futura cita de Andrew con la tía de Lucy, pero quería que Connie lo admitiera.

Sin embargo, parecía que Connie no tenía intención de compartir sus pensamientos con Sadie.

— Creo que hemos agotado todos los temas de conversación en la oficina. Ya no tenemos nada de lo que hablar — hizo una pausa —. Bueno, ¿has empezado a buscar piso ya?

— No he tenido tiempo — Sadie tenía la esperanza de quedarse más tiempo con Connie. Los alquileres en Londres eran desorbitados.

— Había un montón de periódicos en la oficina hoy. Podíamos haberte ayudado a buscar algo.

— ¿Y no te puedo alquilar la habitación a ti? Te prometo mantenerla limpia y ordenada y ayudarte a pagar la comida y demás. Te pagaré un alquiler decente; me puedes hacer contrato si quieres.

Connie suspiró. No se había planteado tener un inquilino. Sin embargo, tenía que admitir que agradecía haber tenido compañía nocturna durante los últimos días y Sadie había sido mucho más ordenada esta vez. Bueno... un poco más.

— Me lo pensaré — dijo al fin.

— ¡Genial! Iré a dar una vuelta mañana y compraré algunas cosas para que mi habitación sea más acogedora.

— He dicho que me lo pensaría... — Connie sacudió la cabeza. ¿Qué importaba? Sadie no la estaba escuchando. Seguramente estaba pensando en correr a Oxford Street a la mañana siguiente a comprar colchas y cojines.

Capítulo Diez

Una noche, mientras bajaba del autobús, Jenny se fijó en que había alguien fuera de su piso. Ella lo llama piso pero, en realidad, era más bien un pisito. Rob se había quedado el piso en el que vivían cuando estaban casados, a pesar de que era él quien la había engañado. Si lo pensaba, Jenny sabía que había sido tonta por haberlo dejado que se saliera con la suya tan fácilmente. Tenía que haber luchado para que hubiera habido un reparto más justo pero estaba tan dolida por el engaño que lo único que quería era que saliera de su vida lo antes posible.

Mantuvo la cabeza baja y se acercó un poco más a su casa. Trató de evitar al hombre hasta que pudiera ver quién era. Había que ir con cuidado por la calle, pues hoy día por solo unas pocas libras te pueden atracar. Pero cuando el hombre se paró para preguntarle la hora, le reconoció la voz. Era Rob, su ex marido.

— ¿Qué haces aquí? — le preguntó mientras buscaba en el bolso las llaves de la casa.

— Quiero hablar contigo. ¿Puedo pasar? — Rob dio un paso hacia delante — Por favor, Jenny. Tengo que hablar contigo. ¿Puedo pasar? — suplicó.

— Vale, pero solo unos minutos, que me tengo que ir — en realidad no tenía que ir a ninguna parte, pero no quería que él lo supiera. Quería que pensara que su vida había sido una fiesta sin parar desde que no estaban juntos.

En la casa, en su diminuta habitación, dejó el bolso en la mesa y le preguntó:

— Bueno, ¿de qué querías hablar?

— ¿Podemos sentarnos y hablar en condiciones?

— ¿Por qué? Además, como te he dicho, me voy. No tengo tiempo para exquisiteces — Jenny lo vio sentarse en una silla. Ese no era el Rob que conocía. Hacía días que no se afeitaba y parecía que al levantarse no se había peinado. Tenía el traje arrugado y la camisa sucia. Cuando estaban juntos, siempre iba impecable. Quizás no fueran los más adinerados, pero Rob siempre intentaba ir decente a la oficina y causar una buena impresión.

— Lo siento, pero necesito sentarme — apoyó la cabeza en sus manos —. He cometido un error, un enorme error. No te tenía que haber dejado por

Angela — la miró —. ¿Me darías otra oportunidad?

Jenny se desplomó en la otra silla que había en la habitación. No sabía que decir. Era lo último que esperaba oír.

— ¿Ibas a decir algo, Jenny?

— No sé qué decir, Rob. Me dijiste que la querías a ella. Me dijiste que ya no había nada entre nosotros, que me tenía que apartar y dejarte tu espacio. No me dejaste otra opción y tu preciosa mujer estaba esperándote con las maletas en la puerta. Te quedaste con el dinero del banco y con la mayoría de las cosas que habíamos comprado juntos, me dejaste sin apenas nada y ahora vienes y me dices que cometiste un error y pretendes que te dé otra oportunidad. Dios mío, Rob, ¿qué esperas que diga?

— Sé que lo he hecho mal, pero...

— ¿¡Mal!? ¿Solo mal? Lo has hecho de pena desde mi punto de vista. Bueno, ¿y dónde está tu preciosa Angela ahora?

— En el piso. No quiere irse — Rob miró al suelo —. Nosotros... creo que podríamos empezar de cero.

— Pues has creído mal, ¡maldito infiel! — Jenny se puso en pie — Ahora será mejor que te vayas.

Rob se quedó sentado.

— Estábamos muy bien juntos, Jenny. Podemos volver a estar bien.

— Si te acuerdas, no fui yo quién lo estropeó. Ahora vete — señaló la puerta. La mano le temblaba de furia —. Tengo que salir y me tengo que cambiar.

— No tengo adónde ir.

— Me das pena, pero bueno, ahora sabrás lo que es estar en la calle.

Rob se puso en pie.

— Tómate tu tiempo. Al menos piénsatelo.

Jenny miró hacia otro lado un momento y luego se giró y lo miró a la cara.

— Vale, Rob. Me lo he pensado y la respuesta sigue siendo no — abrió la puerta —. Si no te importa, tengo que cambiarme.

Jenny cerró la puerta tras Rob de un portazo. No quería darle la oportunidad de que se colara o que la dejara abierta. Estaba furiosa. ¡Qué cara más dura! ¿Se había arrastrado hasta allí pensando que ella lo iba a recibir con los brazos abiertos?

Además, Angela no había sido su único desliz. Había tenido encuentros con otras mujeres antes y Jenny lo había perdonado siempre y había vuelto con él. Pero cuando Angela apareció, solo tuvo que chasquear los dedos y Rob se

sentó a suplicarle como un perro pidiendo comida. Ahora parecía que Angela se había cansado de él y que estaba de nuevo a la espera de que apareciera otra.

— Bueno, Rob, esta vez te has pasado — murmuró Jenny — y te lo mereces — se acercó a la ventana y miró a la calle esperando a que Rob se marchara en la oscuridad de la noche. Pero en lugar de eso, lo vio mirando al suelo. Por suerte, vivía en un segundo piso, así que no podía intentar trepar y entrar por la ventana. Lo vio sentarse contra la pared del edificio. ¿Se iba a quedar ahí toda la noche?

Le aterró ese pensamiento. ¿Empezaría a acosarla? Tenía pensado pasar una noche tranquila, pero con Rob ahí fuera esperando, quizá sería mejor que saliera aunque fuera una hora. Cogió el móvil y llamó a Connie.

— ¿Estarás en casa esta noche? Me ha ocurrido algo y me gustaría pasarme por tu casa.

— Estaremos aquí las dos esta noche — dijo Connie —. ¿Qué pasa?

— Te lo contaré cuando llegue.

Rob seguía esperando fuera cuando Jenny salió de casa.

— Pensaba que ya te habrías ido — dijo mientras caminaba hacia la parada del autobús.

— Te necesito — Rob corrió tras ella —. ¿No podemos volver adentro y hablar tranquilamente?

— No tengo nada más que decirte — Jenny aceleró el ritmo —. Además, ya te he dicho que tengo planes esta noche — miró al final de la calle y se sintió aliviada de ver que el autobús se acercaba a ella. Le hizo señas con la mano para que el conductor la viera y parara —. Adiós — le dijo despidiéndose con la mano.

Sentada en el autobús, Jenny vio a Rob darse la vuelta e irse caminando lentamente. Sintió un escalofrío por la espalda cuando lo vio dirigirse al piso. Gracias al cielo había tenido cuidado de asegurarse de cerrar la puerta con llave al salir. No quería volver a casa y encontrárselo dentro esperándola.

— Me quedé muerta cuando vi a Rob ahí plantado — Jenny había llegado a casa de Connie y le estaba contando a las dos que se había encontrado a un hombre merodeando por los alrededores de su piso cuando se bajó del autobús. Dio un sorbo a su copa de vino antes de continuar:

— Parece que se peleó con Angela y quería que volviera con él.

— No sé cómo ha tenido el valor — dijo Connie —. Creía que ya habías sido demasiado generosa cuando pasó la primera vez. Pero cuando pasó otra vez, no lo tenías que haber perdonado una segunda vez. Ni una tercera.

— Ya lo sé — contestó Jenny —. Pero no le había contado a mis padres lo de la primera aventura; en realidad no se lo dije a nadie. Me daba mucha vergüenza y me preguntaba incluso si sería mi culpa. ¿Lo había llevado yo a ello? Luego cuando volvió a pasar la segunda vez no quería preocupar ni a mi padre ni a mi madre, así que no se lo dije a nadie, ni siquiera os lo dije a vosotras. La tercera vez... — se le llenaron los ojos de lágrimas y sacó un pañuelo del bolso —. La tercera vez ocurrió cuando mi padre murió. Mi madre estaba tan desconsolada que no fui capaz de decírselo — se secó las lágrimas —. Ahí fue cuando os lo conté. Tenía que decírselo a alguien. Me sentía muy sola. Entonces llegó la maravillosa Angela y me dio la patada. Por supuesto, le tuve que contar a mi madre y al resto del mundo que mi matrimonio había fracasado. Ya no lo podía seguir ocultando. De todas formas esta noche me he negado a perdonarle.

— ¿Y te has dignado siquiera a sujetarle la puerta cuando se ha ido? — Sadie resopló y señaló los zapatos de Jenny — Si yo hubiera llevado esos zapatos le habría dado una patada en el trasero que se pasaría semanas escupiendo cuero.

— ¡Sadie! — Connie puso los ojos en blanco — ¡Así no habla una dama!

— Puede ser que no, pero me hubiera gustado haberla visto hacerlo — dijo Jenny —. Tengo que admitir que ha sido una sorpresa para mí verlo así de patético. Siempre me había parecido un hombre maravilloso, así que ha tenido que tragarse todo su orgullo para acudir a mí.

— Sí —dijo Connie lentamente. Estaba pensando en Andrew. La había llevado a cenar y había reservado su habitación favorita. Se tuvo que tragar su orgullo cuando ella dijo que se iba y que lo dejaba allí.

— Se lo merece — Sadie se cruzó de brazos de forma desafiante y miró a Jenny —. Pero ha pasado algo más, ¿verdad?

Jenny se sentó de nuevo en la silla.

— Sí. Cuando le di con la puerta en las narices, se fue de mi piso, pero en realidad no se marchó de allí — suspiró —. Le dejé entrar para decirle que me iba y que solo podía estar unos minutos. Pero cuando se fue, miré por la ventana y allí estaba todavía dando vueltas. No sé exactamente a qué estaba esperando, a no ser que estuviera comprobando que iba a salir de verdad. Por

eso decidí que tenía que ir a algún sitio esta noche. En realidad seguía ahí cuando me fui.

— No tiene muy buena pinta — dijo Connie —. Quizás deberías llamar a la policía.

— ¿Y qué les digo? No puedo pedirles que se pasen a ver si hay alguien esperando en la puerta de mi piso.

— ¿Y un vecino? Si llamas a alguien, ¿echaría un vistazo por ti? — preguntó Sadie.

— Podría llamar a Ann, que vive en el piso de arriba. Aunque podría haber salido, tiene una agenda social bastante apretada.

Ann estaba en casa cuando Jenny la llamó.

— Espera, que me asomo por la ventana — un par de minutos más tarde volvió a coger el auricular —. Sí. Hay un hombre sentado en la pared. Lleva un abrigo y el pelo despeinado. ¿Es peligroso?

— Es mi ex marido. No, no es peligroso. Al menos no creo que lo sea. Bueno, déjalo ahí de momento. Gracias, Ann — Jenny colgó —. ¿La habéis escuchado?

Connie y Sadie asintieron.

— Creo que no te deberías volver a casa, al menos no esta noche. Podría seguir merodeando por ahí — dijo Sadie.

— ¿Y adónde voy?

Sadie miró a Connie antes de seguir.

— Podrías dormir conmigo.

— No puedo... — empezó Jenny.

— ¿Por qué no? — Interrumpió Sadie — Seguro que a Connie no le importa.

— No, claro que no me importa. Estoy de acuerdo con Sadie. No deberías volver a casa esta noche — Connie sonrió —. Mañana por la mañana podemos ir todas a tu piso. Seguro que ya se habrá ido, pero si no se ha ido lo amenazaremos con llamar a la policía.

Capítulo Once

Cuando Jenny llegó a su piso a la mañana siguiente, se sintió aliviada al ver que Rob no estaba. Aunque Sadie y Connie estaban ahí para apoyarla, no tenía ganas de volver a verlo. Subió las escaleras del edificio y se encontró con Ann.

— Quería verte esa mañana antes de ir a la oficina — dijo con los ojos brillantes de emoción —. La policía se llevó anoche a tu ex marido. Escuché jaleo fuera antes de irme al a cama y cuando eché un vistazo por las cortinas vi a John, el vecino, hablando con dos policías — hizo una pausa para respirar —. Parece que la chica del primer piso se había fijado en que un hombre llevaba toda la noche merodeando por allí y estaba un poco nerviosa, así que avisó a John y se lo contó. Llamó a la policía y se acercaron, pero él no quiso irse. Decía que estaba esperando a alguien. Cuando lo amenazaron con llevarlo a la comisaría, se fue — sonrió —. Es el primer cotilleo en mucho tiempo aquí. Tengo la sensación de que todo el mundo estaba mirando desde sus ventanas. Bueno, tengo que irme. Voy a llegar tarde a la oficina otra vez — se despidió con la mano y bajó las escaleras.

— Vino bien que te quedaras con nosotras anoche — dijo Sadie —. Podía haber seguido fuera cuando llegaste.

— Sí, pero ¿y esta noche o mañana? — murmuró Jenny. Estaba empezando a tener un poco de miedo de Rob. ¿Qué pretendía? De seguro no creería que podía volver tan fácilmente a su vida después de lo que había hecho — Me imagino que va a volver a presentarse.

— Coge algunas cosas — dijo Connie de repente —. Ven y pasa unos días con nosotras.

— Pero yo no quiero suponerlos...

— Jenny, no pienso dejarte aquí con Rob merodeando por ahí — Connie la interrumpió —. Ven y quédate con nosotras. Si sigue presentándose y ve que no estás, dejará de ir. Si no, seguro que la chica del primer piso va a hacer que lo detengan. Parece que esa mujer no se anda con tonterías.

— Si estáis seguras — Jenny estaba agradecida por la oferta —. Por supuesto que te pagaré.

— ¡¿Qué dices?! No se hable más. Haz las maletas y vámonos a la oficina.

— ¿Os habéis quedado dormidas? — preguntó Lucy. Empezó a preguntarse si alguien más había ido a trabajar esa mañana — La página web tiene mucho movimiento. Cuatro personas se han apuntado y quince han pedido citas — sonrió a Sadie —. Alguien quiere conocerte.

— Espero que no sea el mujeriego, Michael Stone. Puedo estar desesperada, pero...

— No, no es Michael Stone — interrumpió Lucy. No quería que Sadie empezara a despotricar sobre él. Volvió a mirar la pantalla — Aunque, curiosamente se llama Michael, Michael Beecham. Se ha apuntado hoy. Mira, es muy mono. Yo creo que merece la pena.

Sadie miró la pantalla por encima del hombre de Lucy. Sí que parecía bastante presentable. Afeitado, bien vestido, con una sonrisa agradable...

— ¡Espera! Conozco a ese tío — gritó al oído de Lucy —. Trabaja en el banco. ¡Es el vigilante!

— No grites, Sadie, que no estoy sorda — Lucy se masajeó el oído —. Al menos no lo estaba hace un minuto.

— Ups, lo siento — Sadie se tapó la boca con la mano —. Pero conozco a ese hombre — repitió Sadie un poco más bajo —. Bueno no lo *conozco* exactamente, pero lo he visto dos veces. Es muy amable — se acercó a la pantalla —. ¿Puedo leer su perfil?

— Te lo imprimo para que lo leas a gusto. Así evito que puedas volver a gritarme al oído de repente — Lucy imprimió el documento y se lo dio a Sadie —. Dime qué quieres que haga. A menos que quieras contestarle tú misma.

Sadie cogió la hoja de papel y se sentó.

— Bueno, se han girado las tornas. Nuestra Sadie ha conseguido su primera cita desde que tenemos la agencia — Jenny se rió.

— Todavía no he dicho que sí — Sadie miró a Jenny —. Voy a ser muy selectiva esta vez — volvió a mirar la hoja de papel que tenía en la mano. Estaba claro que no le iba a decir que no al vigilante. Los hombres no se daban tortas precisamente por conocerla, así que tampoco podía ser demasiado exigente, pero tampoco quería que las demás supieran lo desesperada que estaba. Siguió leyendo el perfil de Michael para aparentar —. Dice que fue a la universidad — levantó la vista —. Me pregunto por qué trabaja de vigilante en el banco y no es director.

— Los trabajos escasean hasta para los que tienen muchos estudios —dijo

Jenny —. Mi prima se sacó económicas con matrícula de honor y no encuentra trabajo de lo suyo, así que trabaja de reponedora en el supermercado de su barrio.

— Bueno, no me habéis dicho por qué habéis llegado tan tarde esta mañana. ¿Ha pasado algo emocionante? — preguntó Lucy.

Jenny explicó brevemente lo que había pasado y que iba a pasar unos días con Connie y Sadie.

— Vaya, parece que nuestros ex nos están acosando de una forma u otra — Lucy miró a Connie —. Aunque en tu caso creo que Andrew es un buen tío. En realidad no te está trayendo problemas como a nosotras los nuestros.

— Vale, le voy a decir que sí — Sadie le dio el papel a Lucy — parece que está todo en orden. Pero no le escribas hasta dentro de un par de horas y dile que puedo esta noche o el viernes. Dile que la semana que viene estaré muy liada.

Connie levantó las cejas.

— ¿Muy liada? Es la primera noticia que tengo — dijo —. ¿Adónde vas?

— A ninguna parte. No tengo nada pendiente, pero quiero que piense que sí — Sadie se sentó —. No quiero que piense que estoy esperando ansiosa delante del ordenador a que llegue un hombre que me pida una cita.

— Pero en realidad sí. *Sí* estás esperando delante del ordenador a que llegue un hombre que te pida una cita, ¿verdad? — preguntó Jenny sonriendo — Por eso montamos la agencia, ¿no?

— Bueno, sí. Supongo que sí. Pero él no tiene por qué saberlo.

— Vale, no le escribo ahora — dijo Lucy —. Pero recuérdamelo o se me puede olvidar.

El resto del día pasó volando. Connie se turnó con Jenny para ir añadiendo a la página web a los nuevos usuarios.

— Creo que ya las dos podéis llevar la página web con soltura — hizo una pausa —. ¿Seguro que no quieres que te enseñe, Sadie?

— No, gracias. Yo paso. Pero ya puedes escribirle a Michael Beecham, Lucy. A ver qué contesta.

— Igual no entra hasta la noche cuando vuelva del banco — dijo Lucy cuando pulsó el botón de enviar —. Así que no te desilusiones si no contesta inmediatamente.

Sadie no había caído en la cuenta. Desde que había pedido conocerla, se había pasado la mayor parte de la tarde pensando en lo que tenía en el armario para ver qué iba a ponerse. Tenía la esperanza de que le contestara inmediatamente y que quedaran para esa noche. Sin embargo, si se pasaba el día trabajando, no llegaría a casa hasta la noche, lo que significaba que tendría que esperar otros dos días. Por haberse hecho la lista, había sido idiota.

Sadie miró cómo las agujas del reloj se movían lentamente. Cada vez que llegaba un mensaje al correo quería ir corriendo a ver si era de Michael, pero se contenía porque no quería que las demás vieran lo impaciente que estaba. Eran casi las cinco. Se irían en unos minutos. Al parecer no iba a saber nada de él esa tarde.

— ¡Tengo un mensaje para ti, Sadie! — chilló Lucy.

Sadie dio un salto. Estaba tan metida en sus pensamientos que no había oído el sonido del ordenador que avisaba de que había llegado un mensaje.

— ¿Y qué dice? — dijo poniéndose en pie.

— Dice que os veáis en Luigi's en Piccadilly luego a las siete y media — Lucy levantó la vista —. Qué suerte. Es un restaurante italiano muy bueno. Alice estuvo allí el año pasado y me dijo que estaba muy bien.

— ¡A las siete y media! Tengo que darme prisa — Sadie se llevó las manos en la cabeza —. Nunca he estado en Luigi's. ¿Hay pista de baile o es solo restaurante?

— También hay pista de baile, pero no es discoteca. Es salón de baile como tal — contestó Lucy —. Es un sitio bastante elegante.

A pesar de haberse pasado toda la tarde pensando qué ponerse, de repente Sadie se sintió totalmente perdida.

— Un sitio elegante. ¿Y qué me pongo yo ahora? Dios mío, no sé qué ponerme. Ayúdame, Connie. Tú eres mucho mejor que yo para estas cosas.

— Tranquilízate, Sadie, o te vas a poner mala y no vas a poder ir. Connie le puso a Sadie las manos en los hombros y la sentó en la silla.

— Primero tienes que contestarle a Michael y decirle si puedes ir esta noche o no — miró a Lucy —. Creo que lo he captado y que la respuesta es sí, así que quizás podrías informarle de que Ms Sadie Grant estará encantada de quedar para cenar con él a las siete y media — volvió a mirar a Sadie y continuó —. ¿Por qué no nos llamamos y nos cogemos un taxi a casa? Allí echamos un vistazo al armario juntas. Jenny también va a estar allí con nosotras, así que entre las tres seguro que lo solucionamos.

— ¿Así voy bien? — Sadie se dio una vuelta. Después de mucho convencerla, aceptó ponerse el vestido verde que Jenny llevaba en la inauguración en vez de uno de los modelitos llamativos que había sacado del armario. Ni siquiera el vestido que llevaba para la inauguración les había parecido bien.

— ¿Y si te tropiezas con él y vuelves a enseñar los pechos? — le dijo Connie — A lo mejor Michael no está preparado todavía para verlos. No en la primera cita.

De camino a casa pararon otra vez en el piso de Jenny. Habían olvidado un par de cosas cuando fueron antes. Por suerte, mientras cogían un par de faldas de su armario, había visto el vestido y pensó que podía ser más apropiado para Luigi's que cualquier otra cosa que Sadie tuviera en el armario.

— Estás guapísima, Sadie — Connie asintió de acuerdo con la afirmación de Jenny —. Ese tono de verde te queda genial.

— Gracias por prestarme el vestido, Jenny. Y a ti también, Connie, por el bolso, el maquillaje y el perfume. Pensadlo ¿llevo algo que sea mío?

— De nada, piensa solo en pasártelo bien — dijo Connie.

— ¿Qué hago con las gafas? ¿Me las quito esta noche? — Sadie se quitó las gafas y miró a sus amigas.

— ¡No! — dijeron Connie y Jenny a coro — Por el amor de Dios, déjatelas puestas — añadió Connie —. Sabes bien que no ves a un metro de distancia sin ellas y que puedes pasarte la noche mirando bizca a Michael. Se va a pensar que le estás poniendo mala cara.

— Vale, vale. Me las dejo puestas.

— Y otra cosa — continuó Connie, rápidamente —. Intenta comportarte como una dama. Sé que será difícil para ti, pero sé educada y ten cuidado con lo que dices. Al menos en la primera cita.

Sadie sonrió.

— Sí, tienes razón. Seré la viva imagen de la inocencia esta noche.

Connie sacudió la cabeza.

— Es un comienzo — murmuró —. Sadie la viva imagen de la inocencia. Los cerdos volarán por encima de Londres antes de que eso ocurra.

— ¡Te he oído!

— Y yo he oído tu taxi — Jenny se asomó a la ventana —. Sí, hay un taxi ahí fuera.

— ¿Tienes dinero? — preguntó Connie.

— ¿Por qué? — Sadie iba camino a la puerta pero de repente se paró y se giró — ¿No invita él? — No se podía permitir pagar un restaurante así de caro.

— Yo pensaría que sí. Pero si discutís o si no te gusta o si intenta algo y tú no quieres, ¿tendrás bastante para coger un taxi de vuelta?

— Sí, algo llevo en el bolso — Sadie frunció el ceño —. No esperaba que pusierais pegas a mi cita. No se me había pasado por la mente que no me gustara.

Jenny y Connie miraron por la ventana cómo se marchaba el taxi

— Espero que se lo pase bien esta noche — Jenny cerró las cortinas —. Me ha sorprendido que le prestaras ese bolso de noche. Estaba contigo cuando te lo compraste y me acuerdo de que te costó un dineral.

— Ah, no me importa prestárselo. Solo espero que no lo pierda por ahí. A veces es muy despistada — Connie se rió —. Además, ¿qué otra cosa podía hacer? O le dejaba el bolso o se iba tener que llevar esa cosa enorme con la que va a comprar — hizo una pausa —. Menos mal que se te ocurrió dejarle el vestido. Algunas de las cosas que se ponen son *peculiares* por decirlo de algún modo.

Jenny se rió.

— Lo sé, ¿pero cómo se lo decimos? Sé que le haríamos daño si le demos que no tiene gusto en absoluto para vestir.

— Pues tenemos que trabajar en ello, en especial si Michael va a seguir en su vida — Connie miró a la cocina —. Pero mientras, ¿qué hacemos esta noche? ¿Cenamos aquí o fuera?

Capítulo Doce

Michael estaba esperando fuera del restaurante cuando Sadie apareció fuera del taxi.

— Pago yo — dijo sacando la cartera.

— Gracias — dijo Sadie, sonriendo dulcemente —. Qué amable — añadió y recordó las instrucciones de Connie «*Sé educada y ten cuidado con lo que dices*» —. Nunca antes había estado aquí. Parece un sitio muy... bonito — iba a decir pijo, pero pensó que mejor que no.

— Solo he estado una vez aquí, pero me lo pasé muy bien. Vine las navidades pasadas con unos compañeros del banco.

Cuando entraron se encontraron con un hombre alto que llevaba un traje oscuro que les comprobó la reserva y les llevó a la mesa. Sadie miró alrededor de la sala y se quedó alucinada. Le encantó que Michael la llevara a ese restaurante tan increíble en su primera cita. Si pensaba en hacía unos años, recordaba que Alex la llevó a comer pizza.

— ¿Te puedo decir que estás radiante esta noche, Sadie?

— Gracias, Michael — Sadie estaba preciosa. Jenny la había ayudado a arreglarse el pelo y Connie a maquillarse. Apenas se reconoció a sí misma frente al espejo. Michael estaba muy elegante con su traje y su pajarita. ¿Debería decírselo? ¿Las mujeres normalmente le dicen a los hombres lo guapos que están? Nunca antes se había visto en una situación así. La mayoría de hombres con los que había quedado en el pasado llevaban vaqueros.

— ¿Qué te quieres para beber? — preguntó Michael haciendo gestos al camarero.

— Vino blanco, por favor — mientras Michael pedía las bebidas, Sadie miró alrededor de la lujosa habitación. Se preguntaba si conocería a alguien. Le encantaría encontrarse a alguna de sus viejas amigas; sería genial que la vieran con un hombre que pensara que ella era lo suficientemente buena como para llevarla a un restaurante así.

Tenía bastante curiosidad por saber por qué se había apuntado a la agencia de citas. Evidentemente, estaba divorciado. Pero, ¿por qué se había apuntado a Divorciados.com? Sin embargo, decidió no preguntarle por su vida privada. Por ahora no, quizá un poco más adentrada la noche.

El camarero llevó las bebidas y los dejó que leyeran la carta.

— Creo que tomaré sopa y de segundo, pescado — Sadie cerró la carta y dio un sorbo al vino.

— Buena idea, yo tomaré lo mismo — Michael se quedó mirando a Sadie un momento —. Me apunté a la agencia por ti.

— ¿Disculpa? — dijo Sadie. Creyó que había oído mal. Parecía que le había leído la mente.

— Que me apunté a la agencia por ti — repitió —. Leí la tarjeta que se te cayó en el banco antes de dártela. Ponía: Agencia de citas Divorciados.com. Lo busqué en el ordenador en cuanto llegué a casa aquella noche.

— ¡Ah! — Sadie no estaba segura de qué más decir.

— Vi tu foto en la pantalla y leí todo sobre ti, así que decidí apuntarme a la agencia y pedirte una cita.

— ¡Me cago en la puta! — exclamó Sadie volviendo a su lenguaje más familiar — ¿Me estás diciendo que te has gastado doscientas cincuenta libras y otras quince más para pedirme una cita? Te podías haber esperado a la siguiente vez que fuera al banco y haberte ahorrado algo de dinero, más bien un montón de dinero.

— Pues sí, podría. Pero no sabía cuánto iba a tener que esperar. Podrían haber pasado meses hasta que volvieras a parecer. Y si es otra persona la que normalmente va al banco, quizás no habría vuelto a verte.

— Tienes razón — murmuró Sadie —. Jenny es la tesorera. Supongo que ella es la que más se ocupa del banco — volvió a activar el modo pijo —. Estoy encantadísima, Michael, de pensar las molestias que te has tomado solo para pedirme una cita — nunca nadie había hecho algo así. Alex se había limitado a preguntar si quería una pizza en plan o lo tomas o lo dejas.

Michael le contó más cosas sobre sí mismo durante la cena. Parecía que sus padres eran buenas personas y le habían dado una educación excelente. Había perdido su trabajo de financiero en un banco hacía unos años, pero la empresa quebró.

— Una mala gestión total — dijo mientras ponía el puño en la mesa —. Les dije incontables veces que recortaran, pero no me quisieron hacer caso. Querían estar entre los grandes — sonrió —. Todos se creen muy listos.

Sadie sonrió.

— Seguro que el equipo de dirección sacó mucho dinero y buenas pensiones.

— Claro. Tuve que cambiar de trabajo por los recortes de personal. Por eso me metí en el tema de la seguridad — hizo una pausa —. No estoy

divorciado.

— ¿Ah no? — dijo Sadie. ¿En qué se había metido? ¿Estaba separado? O, peor aún, ¿era ella *la otra*? Tragó saliva. Podía haber hecho muchas cosas estúpidas a lo largo de su vida, pero ser la otra de alguien no era algo que pretendiera hacer.

— Soy viudo — continuó —. Mi mujer murió hace unos años.

— Lo siento — intentó no mostrar el alivio que sintió.

Le dijo que su mujer murió de cáncer y que se había pasado los últimos años sufriendo. Nunca la olvidaría, pero al encontrarse con Sadie se dio cuenta de que necesitaba seguir con su vida.

— Pero ya basta de hablar de mí — dijo —. Cuéntame algo de ti.

— No hay mucho que contar, en serio. Soy una tía rara. Más bien extravagante, como dicen mis amigas. Creo que las traigo locas con mis ideas y mi... — hizo una pausa. Estaba a punto de decir lenguaje ordinario, pero se calló justo a tiempo.

— ¿Y tu qué? — preguntó Michael.

— Gusto por la moda — añadió rápidamente —. Me suelo vestir de forma distinta a las demás.

— Como he dicho antes, estás preciosa — Michael estiró el brazo y le cogió la mano.

— Gracias — Sadie se sonrojó. La mayoría de lo que llevaba puesto era prestado o se lo había puesto otra persona. Seguramente se habría puesto su vestido blanco a rayas y unos pendientes naranjas si las otras no le hubieran dicho que no lo hiciera. Miró a su alrededor y se alegró de haberles hecho caso. Habría parecido un paso de peatones en una calle concurrida.

— Estuve casada varios años pero si lo pienso, no sé qué vi en él. Él... nunca intentó hacer nada bueno — se quedó en silencio. Iba a decir que era un mal vago hijo de puta, pero se le vino a la mente la imagen de Connie y se paró. Le estaba costando mucho cambiar las costumbres de toda una vida.

— ¿Quieres bailar? — Michael señaló a varias parejas que había en la pista.

— Lo siento, pero creo que no soy una buena pareja de baile.

— Yo te ayudo — Michael se levantó y le extendió la mano.

Miró al resto de bailarines moviéndose sin esfuerzo por la pista.

— Bueno, al decir que no soy buena bailarina, lo decía en serio — tragó saliva —. No sé hacerlo — miró para otro lado. Se sentía idiota. Estaba

intentando sonar como si fuera parte de la alta sociedad de Londres y ahora se estaba viendo obligada a admitir que no sabía bailar.

— Bueno, yo te enseño — dijo Michael.

Miró hacia atrás y se dio cuenta de que Michael seguía cogiéndole la mano.

— Es un vals — dijo —. Sígueme, no pasa nada.

Sadie se puso en pie y siguió a Michael hasta la pista. Le cogió la mano derecha y él puso su mano izquierda en su cintura antes de enseñarle los pasos.

— Hacia atrás, juntos y posición inicial — dijo — hacia atrás, juntos, posición inicial.

A pesar de sentirse incómoda al principio, pronto cogió el ritmo. Todo lo que había bailado anteriormente en su vida había sido en discotecas, donde no importaba cómo bailar. Pero tenía sentido del ritmo y podía seguir con bastante facilidad a Michael.

— ¡Qué guay, estoy bailando un vals! — exclamó cuando Michael la elevó por encima del suelo. Ojalá Connie la estuviera viendo.

— ¿Por qué no cenamos fuera? — propuso Connie. El taxi de Sadie acababa de irse y Jenny y ella se estaban preguntando qué hacer.

Jenny asintió. Ayudar a Sadie a vestirse para su cita la había hecho sentirse como Cenicienta cuando se quedó en casa.

— ¿Por qué no?

Connie se rió con picardía.

— Vamos a ponernos algo elegante y vámonos al West End a darnos un capricho.

— Vale, pero que no sea demasiado caro — contestó Jenny. Estaba pensando en su cuenta bancaria y en el poco dinero que le quedaba.

— Yo invito — Connie levantó la mano cuando Jenny abrió la boca para protestar —. No hay discusión que valga. Vamos a cambiarnos y salgamos.

Connie se vistió primero. Eligió un despampanante vestido corto rojo con zapatos a juego. Mientras esperaba a que Jenny le diera los últimos retoques a su maquillaje, llamó a un taxi. Podrían haber cogido un autobús o el metro, pero ya que estaban dispuestas a darse el capricho, se lo darían al completo.

— Deberíamos dejarle una nota a Sadie por si vuelve antes que nosotras — dijo Jenny desde el piso de arriba.

— Dudo que lo haga, pero le escribiré algo y lo dejaré encima de la mesa — contestó Connie —. ¿Te queda mucho? El taxi viene en cinco minutos.

— Sí, ya estoy. ¿Voy bien? Casi toda mi ropa de salir está en el piso.

Connie se dio la vuelta y vio a Jenny con un traje de noche negro. Lo había conjuntado con un colgante y unos pendientes dorados.

— Estás guapísima — le dijo.

— Tú también — Jenny sonrió y cogió de las manos a Connie —. Cuidado, Londres, allá vamos.

Las dos mujeres siguieron riéndose cuando se subieron al taxi minutos más tarde.

— ¿Adónde van? — preguntó el conductor.

— A Londres — contestó Connie.

El conductor se quitó la gorra y se rascó la cabeza.

— Sí, señora, ya está usted *en* Londres. ¿A qué parte de Londres?

Las dos mujeres se miraron y empezaron a reírse de nuevo.

— Déjenos en mitad de Piccadilly Circus y ya decidiremos adónde ir desde allí — dijo por fin Connie.

— De acuerdo — el conductor arrancó el motor. Parecía como si ya hubieran empezado a beber.

La casa de Connie no estaba muy lejos del West End, así que tardaron solo quince minutos en llegar al centro de Londres. Cuando se bajaron del taxi, Connie pagó al taxista.

— Bueno, Jenny, ¿adónde vamos?

— ¿Seríamos unas amigas horribles si nos asomásemos un segundito por la ventana de Luigi's? — contestó — A lo mejor vemos a Sadie con Michael.

— Se puede enfadar de verdad si nos ve — dijo Connie — pero, ¡qué demonios, vamos!

Atravesaron Piccadilly. Ninguna de las dos se acordaba de en qué parte de la calle estaba en restaurante, así que tuvieron que ir mirando hacia ambos lados conforme caminaban.

— Ahí está — Connie señaló al otro lado de la carretera.

En la parte de fuera de Luigi's miraron por la ventana. Al principio no veían a Sadie y se preguntaron si ella y Michael se habrían ido a otro sitio. Pero entonces Connie la vio en la pista de baile.

— ¡Mira! ¡Ahí está... en la pista de baile! No tenía ni idea de que supiera bailar.

— ¡No sabe! — exclamó Jenny.

— Bueno, ahora sí. Bien por ti, Sadie. Mira — Connie se apartó de la ventana —. Por su cara, parece que se lo está pasando muy bien. Su anillo de estado de ánimo tiene que estar brillando de positivismo en este momento. Quizás deberíamos irnos ya — se le vino algo a la mente de repente y agarró a Jenny del brazo —. ¿Dijo Lucy que estaría pendiente de la página web esta noche, o se supone que lo hacemos nosotras?

— No recuerdo que nadie dijera nada — dijo Jenny —. ¿La llamo?

— No, olvídalo — dijo Connie después de pensarlo un momento —. Si ha salido, no va a volverse antes que nosotras y si no ha salido, seguramente le eche un vistazo de todas formas. Yo la miraré cuando volvamos — hizo una pausa —. Venga, Jenny, vamos a pasárnoslo bien.

Capítulo trece

A Sadie le brillaron los ojos cuando Michael la llevó a la pista de baile.

— No sabía que el baile de salón era tan divertido — se puso la mano en la boca —. Perdona por el pisotón. Espero no haberte hecho daño.

— Ni lo he notado — sonrió —. Muy bien, Sadie. Lo has cogido muy rápido. Ya hemos bailado vals y foxtrot, ahora tienes que aprender quickstep. Puede ser un poco lioso al principio, pero seguro que le coges el truco en seguida.

Sadie echó un vistazo alrededor de la habitación. Ni en un millón de años se habría imaginado a sí misma en un lugar como ese. Desde que se divorció todos los hombres con los que había tenido alguna cita, la habían llevado a locales de barrio. Lo normal era jugar a los dardos o al billar con sus colegas.

Ocultó la cara de asco al recordar cuando un hombre incluso la llevó a un partido de fútbol. Cuando llegaron al campo le gritó «¡Sorpresa!». Se preguntaba de dónde se habría sacado la idea de que le gustaba el fútbol. No tuvo el valor de decirle que odiaba el fútbol, así que pasó una tarde horrible, congelada hasta casi la hipotermia, en el campo intentando mostrar un poco de entusiasmo. Habría preferido quedarse frente a una chimenea calentita leyendo un libro.

Michael era totalmente diferente a cualquier hombre que hubiera conocido antes. Sabía tratar a las mujeres. Era muy atento: le apartaba la silla para que se sentara, le rellenaba la copa y ahora, con paciencia, la estaba enseñando a bailar. Le recordaba muchísimo a Andrew.

— ¿Estás bien? Te has quedado muy callada — Michael interrumpió sus pensamientos.

— Sí, estoy bien — Sadie hizo una pausa —. En realidad estoy mejor que bien. Me siento como en una nube. Muchas gracias por traerme aquí esta noche.

Michael sonrió, se levantó y le dijo:

— ¿Me concedes este baile?

— Me encantaría — contestó cogiéndole del brazo.

— Vale, ¿por dónde vamos? — dijo Connie. Estaban otra vez en Piccadilly Circus. Señaló a cada una de las calles — Regent Street, Shaftsbury Avenue, Haymarket, ¿por dónde?

— Me da igual, Connie. Elige tú.

— Conozco un sitio en Shaftsbury Avenue donde sirven una comida riquísima. Podríamos comer allí y luego ya decidimos qué hacer.

El restaurante estaba solo medio lleno cuando llegaron. Sin embargo, el camarero que les atendió en la puerta les dijo que había una mesa libre para dos al fondo en una esquina.

— No nos queremos poner ahí apartadas en una esquina — dijo Connie mirando por encima de su hombro al ver que había más mesas libres —. ¿Y allí? Parece que está libre — señaló a una mesa mucho más al frente.

El camarero tosió y contestó:

— Esa mesa la reservamos para parejas.

— Pero no está reservada ahora mismo, ¿no?

— No, señora. Como le he dicho, la reservamos para parejas.

— Quizás deberíamos sentarnos al fondo y ya está — Jenny no quería problemas.

Connie lo vio mirar por la ventana. Por un momento se quedó un poco desconcertada, pero entonces se le ocurrió algo.

— ¡Ah, claro! Si una pareja pasa buscando un sitio para comer y ve una bonita pareja joven sentada disfrutando de una cena, pensarán que es un lugar genial para llevar a su pareja. Bueno, pues esta noche esas parejas tendrán que buscarse otro sitio, porque mi amiga y yo nos vamos a sentar ahí.

— Pero... — empezó el camarero.

— Pero nada — interrumpió Connie —. Si nos prohíbe usar la mesa, llevaré a juicio a este restaurante por discriminación.

— Bueno — se quejó el camarero —, si usted quiere hacerlo...

— Sí, ¡pues claro que quiero! — Connie cogió a Jenny del brazo y caminó con ella hacia la mesa.

— ¿Discriminación contra qué? — preguntó Jenny cuando se sentaron.

— No tengo ni idea, pero con todas las reglas y normas que hay hoy en día, supongo que habríamos encontrado algo con bastante facilidad. Además, Andrew y yo hemos estado aquí miles de veces y nunca antes he tenido problemas para sentarme. Si hoy hubiera estado el chico de siempre, me habría reconocido. En realidad, ¿dónde estará el chico de siempre? — Connie

suspiró — Habrá dejado el trabajo o tendrá el día libre. Bueno, vamos a ver la carta.

El camarero no dejó de mirar hacia donde estaban ellas. Estaba bastante molesto porque habían cuestionado su autoridad.

— Bueno, ¿quién es el camarero borde que habéis puesto en la puerta? — preguntó Connie al camarero que fue a tomarles nota.

— Albert — murmuró el camarero sin mirar —. Es uno de los nuevos. Joseph tiene hoy el día libre. Creo que está buscando otro trabajo. No le gustan las normas nuevas desde que el restaurante ha cambiado de dueño.

— ¿Como reservar ciertas mesas para parejas?

— Sí, pero esa es solo una de tantas — arrastró los pies —. Os tengo que tomar nota ya.

— No dejes que ese hombre asqueroso de la puerta nos arruine la noche — dijo Connie cuando el camarero entró en la cocina —. La comida siempre ha estado buenísima aquí. Dudo que hayan cambiado de chef. Sería una locura porque es totalmente brillante.

Justo entonces entraron dos hombre son maletines. El camarero acompañó a los hombres al fondo del restaurante, pero uno de ellos señaló a la mesa de al lado de Jenny y de Connie. El camarero abrió la boca para decir algo, pero después de mirar a Connie, cambió de opinión.

— Sí, por supuesto, señor — dijo.

— Buenas noches, señoras — dijo uno de los hombres mientras se sentaba en la silla —. Como vamos a ser vecinos, por así decirlo, quizás deberíamos presentarnos. Él es David Edwards y yo soy John Hutchins.

— Buenas noches a los dos. Yo soy Connie y esta es mi amiga y compañera, Jenny.

— ¿Están disfrutando de la cena esta noche? — dijo David.

— Claro, es bastante mejor que cocinar y fregar — contestó Connie y le dio un sorbo a su copa de vino. Hizo un gesto al camarero con la cabeza cuando les puso los entrantes a ella y a Jenny.

— *Bon appétit* — David sonrió a Jenny antes de girarse al camarero para que le tomara nota.

En el transcurso de la comida Connie y Jenny se enteraron de que los hombres estaban en Londres por una conferencia de negocios.

— Mañana nos volvemos a Peterborough — les dijo David.

Connie les explicó que ella y Jenny habían montado una nueva agencia de citas online.

— También son socias otras dos amigas nuestras. Todo el proyecto está aún en pañales, pero la verdad es que estamos progresando bastante día a día — le dijo y les dio una tarjeta —. Si conocéis a alguien que esté divorciado y busque una agencia seria, quizás podríais recomendarnos.

Jenny le dio un golpecito a Connie en el brazo.

— Por el amor de Dios, no puedes ir haciendo negocios en todos los restaurantes — susurró.

— No voy haciendo negocios en todos los restaurantes. Solo se lo menciono a ellos que... — hizo una pausa —. ¡Dios, Jenny! Qué buena idea. Nos preguntábamos cómo dar a conocer nuestra agencia sin que nos costara un dineral y esa podría ser la respuesta. Podríamos imprimir algunos carteles y pedirle a algunos de los mejores restaurantes y discotecas que los cuelguen.

A Jenny le pareció buena idea. Parecía una buena forma de dar a conocer la agencia.

— Será mejor que nos vayamos ya — Connie sonrió a los dos hombres. Desde que terminaron de comer, Jenny y ella habían estado hablando sobre adónde ir. A Connie le gustaba la idea de ir a una discoteca, a un sitio donde bailar y pasarlo bien. Sin embargo, a Jenny no le gustaban tanto esos sitios. Decía que prefería ir a un reservado en el bar de algún hotel de lujo.

— Nunca lo he hecho, así que sería mi primera vez.

Después de mirar el reloj, Connie accedió porque se les estaba haciendo tarde. Ir a algún sitio a tomarse una copa haría que la noche fuera redonda, aunque no fuera lo que ella llamaba «pasárselo bien», que para ella era el fin de salir aquella noche. En cambio, sí que se lo había pasado bien en la cena hablando con los hombres de la mesa de al lado.

— Nunca se sabe. Podríamos volver a vernos en otro lugar — David se puso en pie y ayudó a Jenny a ponerse el abrigo.

— Sí, estaría bien — dijo Jenny entusiasmada —. Gracias. Espero que disfrutéis el resto de la comida.

— Gracias, John — dijo Connie cogiéndole el abrigo.

En el mostrador, Connie le dio la tarjeta de crédito al camarero.

— Espero que todo haya ido bien — dijo.

— No. No todo.

— ¿No todo? — repitió

— Sí, eso he dicho. No todo — Connie hizo una pausa, mientras introducía el número secreto —. Le explico. Su camarero fue amable y atento — contestó Connie, lentamente —. La comida fue excelente, lo que significa que seguís

teniendo el mismo chef. Sin embargo, el hombre de la puerta necesita un par de lecciones de modales.

— ¿El hombre de la puerta? — miró por la ventana — Pero si no tenemos hombre de la... — frunció el ceño y se giró hacia ella — ¡se está refiriendo a mí!

— Sí. Buenas noches.

Fuera, Connie empezó a partirse de risa.

— Eso me ha gustado. ¿Has visto a esas dos mujeres del fondo que se han girado para mirar? Espero haberlo dicho lo suficientemente algo. Deberían hacer lo mismo. He visto que las ha mandado al fondo muy rápido cuando entraron. Vaya asco de hombre.

— ¿Te estás dando cuenta de que estás comportando como Sadie?

— ¡¿Qué?! — A Connie le dio un escalofrío y se paró de golpe — Yo, comportándome como Sadie. Oh, Dios mío. Espero que no. Debo estar pasando demasiado tiempo con ella.

— Bueno — Jenny hizo una pausa —, no exactamente como Sadie. Ella habría sido más explícita con el lenguaje, pero te estás volviendo un poquito... digamos, inquisidora, intentando confundir a todo el mundo.

— ¿Inquisidora? Dios, ¿piensas eso en serio? — Connie miró su reflejo en un escaparate — Dime que no me estoy volviendo tan como Sadie.

Jenny empezó a partirse de risa.

— Bueno, ¿qué te ha parecido David? — preguntó cambiando de tema.

— Me ha parecido un muy amable. Era muy parecido a ti, Jenny. Eran los dos muy dulces y nos ayudaron con los abrigos en mitad de su cena — miró a lo largo de la calle —. Bueno, ¿adónde vamos a tomar algo? Tenías algo en mente, ¿no?

— ¿Qué te parece el Langley? Y antes de que digas nada, estoy segura de que es caro, pero nos podemos sentar y tomarnos una copa allí. Yo invito.

— El Langley me parece muy buena idea. El bar que tienen es increíble, aunque ha pasado ya algún tiempo desde que Andrew... — se interrumpió a sí misma. ¿Por qué tenía que seguir pensando en Andrew? —. Vamos a coger un taxi — añadió mientras levantaba la mano para parar un taxi que pasaba.

— Como he dicho, nunca he estado — dijo Jenny mientras entraba en el coche —. Pero he oído hablar de él.

— Espera y ya verás qué sorpresa más agradable. Y tienes que probar uno de sus cócteles especiales. Son increíbles.

— ¿Estás disfrutando de la noche? — Michael apretó la mano de Sadie mientras volvían a la mesa.

— ¿Disfrutándola? Michael, está siendo una de las noches más increíbles de toda mi vida — Sadie se dejó caer en la silla —. No me había dado cuenta de que me estaba perdiendo todo esto. Siempre había pensado que los bailes de salón eran una actividad para las personas mayores, pero no. Son muy románticos — se sonrojó. ¿Estaría demasiado entusiasmada? Quizás. Sin embargo, estaba disfrutando mucho de la compañía de Michael y quería que supiera cómo se sentía.

Era todo un caballero, muy considerado. Solo esperaba que sus desvíos ocasionales hacia un lenguaje un poco más inapropiado no lo echaran para atrás. Había intentado con todas sus fuerzas seguir los consejos de Connie, pero a veces se le escapaba alguna palabra prohibida.

— Hacemos un buen equipo. Tenemos que repetir — miró el reloj —. Se está haciendo tarde. ¿Tienes que volver? ¿Te esperan en casa?

— No, por supuesto que no — Sadie se dio un pisotón por debajo de la mesa. Venga, vamos, que pareces demasiado ansiosa. Va a pensar que estás desesperada —. Vivo en una habitación alquilada en casa de mi amiga Connie.

Michael sonrió.

— Bueno, en ese caso, ¿te apetece otra copa? Y luego podemos volver a intentar bailar quickstep. Creo que esta vez ya lo coges seguro.

— Sí, claro — Sadie sonrió. Se preguntaba si ella debería ofrecerse a invitar a algo. Había visto la carta. En realidad casi se atragantó cuando vio la carta. Suponía que la comida y la bebida no iban a ser precisamente baratas en un sitio así. Sin embargo, cuando vio lo que habían cobrado por una botella de vino, le pareció un escándalo absoluto. Michael era vigilante de seguridad en un banco. Era un banco grande y un trabajo importante, lo podían matar si intentaba parar un robo, pero no dejaba de ser vigilante de seguridad, no Ministro de Hacienda y Administraciones Públicas.

El grupo tocó el último vals y la noche terminó. Sadie no supo muy bien qué hacer cuando Michael fue a pagar la cuenta. No sabía si debía ofrecer algo de dinero.

Fuera, Michael paró un taxi.

— Te acompaño a casa — dijo.

— No hace falta, llevo bien — dijo. Era tarde y Michael también tenía que

volverse a casa (dondequiera que estuviera la suya). Aun así, insistió:

— Nunca se sabe quién podría estar merodeando a estas horas de la noche.

Le entraron escalofríos al pensar en Rob alrededor del piso de Jenny la otra noche.

— Michael — dudó —, no sé cómo decírtelo, así que te lo voy a decir como pueda. ¿Quieres que te de algo de dinero de la cuenta? A ver...

Levantó la mano y empezó a reírse.

— Claro que no. Aunque me ha gustado que se te pase por la cabeza.

— Gracias — contestó —. Me lo he pasado muy bien esta noche.

No tardó mucho en llegar a casa de Connie.

— ¿Quieres pasar a tomar café o algo? — Sadie preguntó cuando el conductor paró en la puerta.

— No, gracias. Es muy tarde y mañana por la mañana tengo que madrugar — le habría encantado aceptar ese café. Se lo habían pasado tan bien con ella que no quería irse. Ella era como una bocanada de aire fresco en su seca y polvorienta vida. Pero era su primera cita y no quería que pensara que quería ir demasiado deprisa.

— ¿Te gustaría que nos volviéramos a ver otro día para ir al teatro o al cine?

— Sí, claro. Me encantaría — Sadie intentó no sonar demasiado entusiasmada. Pero lo volvió a pensar y no quería que se fuera con la sensación de que ella no estaba interesada —. ¡Espera! No te he dado mi número de teléfono — le escribió el número y se lo dio.

Michael se inclinó hacia delante y presionó sus labios contra los de ella. Su beso fue cálido y suave, todo lo que una mujer puede esperar de un beso en una primera cita. Aun así, al mismo tiempo, tenía el toque de pasión que Sadie había leído en las novelas románticas. Pero demasiado pronto todo se desvaneció.

— Buenas noches, Sadie. Ya te llamo — dijo antes de girarse y volver hacia el taxi.

Durante un momento, Sadie se quedó sin palabras. Se llevó los dedos a los labios en un intento desesperado por mantener ese increíble momento.

— El número de la oficina está en la página web — dijo por último. Se quedó mirando cómo el taxi giraba la esquina antes de introducir la llave en la puerta.

— ¡Chicas, ya estoy en casa! — gritó mientras abría la puerta.

Michael se despidió con la mano cuando el taxi giró la esquina al final de la calle, pero dudaba que Sadie lo hubiera visto. Estaba demasiado oscuro. Cuando el taxi siguió su camino por las calles desiertas, se echó hacia atrás en el asiento y recordó la noche que habían pasado juntos. Para ser la primera cita, había ido bastante bien. Sadie era una chica muy buena y le gustaba bastante. Era diferente a las demás personas que había visto ir al banco. Tenía los pies muy en la tierra. Sin aires ni gracias, lo que se ve es lo que hay y definitivamente le gustaba lo que había visto aquella noche. Sí, se lo había pasado muy bien con ella y estaba deseando volver a verla.

— Me pregunto si Lucy seguirá despierta — dijo Connie cuando se bajó del taxi. Jenny y ella habían llegado al Langley.

Jenny miró su reloj.

— Ya son las once. Podría estar en la cama acostada.

— Bueno, pues vamos a despertarla y a preguntarle si quiere venirse con nosotras — Connie cogió el móvil y marcó el número — Ya está sonando — sonrió a Jenny —. Lo peor que puede pasar es que diga que no.

— Puede decir muchas más cosas que *no* si la despertamos a estas horas de la noche.

— Hola, Lucy, ¿eres tú? Suenas diferente. Por un momento pensé que me había equivocado de número — Connie tapó el micrófono —. Se está cepillando los dientes y tiene la boca llena de pasta de dientes — susurró a Jenny —. Estamos en la parte de fuera del Langley, Jenny y yo, Sadie está en su cita. Bueno, vamos a tomarnos a una copa en el bar y queríamos saber si te gustaría venirte con nosotras también — asintió con la cabeza a Jenny —. ¡Genial! Bueno, date prisa, nos vemos dentro — estaba a punto de colgar cuando oyó la voz de Lucy —. ¿Qué? ¡Ah! Con cualquier cosa medio elegante vas bien. Nos vamos a tomar solo una copa, no vamos a darnos un festín — colgó el teléfono —. Va a coger un taxi y llegará en unos veinte minutos.

Dentro del hotel, Connie se puso en cola en el baño de señoras.

— Voy a retocarme el maquillaje. Nunca se sabe a quién te puedes encontrar en un lugar como este.

— Yo también. No quiero entrar yo sola.

— Estamos guapísimas — dijo Connie cuando salieron del baño —. Es increíble lo mucho que hace un pintalabios.

— Oh, Dios — Jenny se paró en seco y se quedó boquiabierta cuando entraron en el bar —. No me imaginaba que fuera tan lujoso — ya se había quedado abrumada por la suntuosa entrada del hotel, pero eso era aún más.

— Cierra la boca, Jenny, que te van a entrar moscas — Connie se rió —. Pero sí, es increíble — señaló una mesa al otro lado de la sala —. Vamos a sentarnos ahí, así podremos ver bien cuando Lucy entre.

Jenny se sentó en una de las cómodas sillas y miró alrededor del bar.

— ¿Les traigo algo? — uno de los camareros se les acercó con una libreta en la mano.

— Estamos esperando a una amiga — contestó Connie —. No debe tardar demasiado en llegar.

— Ahí está — Jenny le hizo gestos con la mano a Lucy, que estaba en la entrada.

— ¿Nos puede dar un minuto? — le pidió Connie al camarero.

Desapareció por el bar.

— ¿Cómo demonios habéis terminado aquí? — dijo Lucy. Se sentó y empezó a mirar la carta de bebidas — ¿Habéis visto los precios?

— He de admitir que ha sido idea mía — dijo Jenny —. Por cierto, invito yo, y solo puedo permitirme una copa, así que os tiene que durar.

— ¿Te ibas ya a la cama? — preguntó Connie.

— Todavía no. Llevaba toda la noche viendo series y ya me estaba aburriendo, así que me ha venido bien salir.

— ¡Dios! No miréis, pero los hombres que hemos conocido en el restaurante acaban de entrar — Jenny giró rápidamente la cabeza.

— ¡Restaurante! ¿Habéis estado en un restaurante también? ¡Qué suertudas! ¡Ya me podíais haber invitado!

— ¡No ha sido planeado! — interrumpió Connie — Cuando arreglamos a Sadie para su cita, Jenny y yo pensamos que sería buena idea salir en lugar de quedarnos en casa cocinando.

— ¿Qué se ha puesto Sadie al final para salir? — preguntó Lucy — ¿Habéis conseguido que se ponga algo decente?

— Estaba genial — contestó Jenny —. Hemos conseguido que se ponga mi vestido verde, el que me puse para la inauguración. Le arreglé el pelo y le alisé un poco los rizos mientras Connie la maquillaba.

— ¡Gracias a Dios! Ya me la estaba imaginando apareciendo en Luigi's con uno de esos atuendos raros que ella se compra.

— Lo habría hecho de no ser por nuestra intervención — Connie se rió —. Bueno, ¿qué vais a beber? — Connie vio al camarero acercarse a ellas.

Las tres se decidieron por el cóctel Singapur Sling.

— Buenas noches. Nos volvemos a encontrar.

Levantaron la vista y vieron a David y a John en la mesa. David sonrió a Jenny.

— Hola — Connie presentó a Lucy a los dos hombres.

— ¿Os importa que nos unamos a vosotras? — Sin esperar respuesta, David acercó una silla y se sentó al lado de Jenny.

El camarero llegó con las bebidas que habían pedido las mujeres.

— Ponlas en mi cuenta — dijo David sin despegar los ojos de Jenny — y, ¿nos traes lo de siempre?

Jenny miró de reojo a Connie. Apenas conocían a esos hombres y las estaban invitando a copas. No a cualquier tipo de copas, sino a esas copas carísimas. Esperaba que no tuvieran la impresión de que eran prostitutas ni nada por el estilo.

— Gracias, David, qué amable — Connie cogió su copa y le dio un sorbo —. Está buenísimo, Jenny — sin que los hombres las vieran, le dio un codazo a su amiga y señaló a la copa que estaba en la mesa.

— Sí, gracias, David — Jenny sonrió. Si a Connie le parecía bien, a ella también.

Estuvieron hablando una hora más. Al parecer David y John se alojaban en el Langley. A la mañana siguiente se volvían a Peterborough después de tres días en Londres.

— La conferencia ha sido solo parte del motivo por el que estamos aquí. Nuestra empresa tiene pensado trasladar parte del negocio aquí a Londres — John les contó —. Sin embargo, encontrar unas instalaciones apropiadas, y, sobre todo, asequibles en este ambiente económico no es sencillo.

— Pero creemos que hemos encontrado algo que merece la pena mirar — añadió David —. Si todo sale bien, nos vendremos a Londres muy pronto.

Connie se había dado cuenta de sobra de la obsesión de David por Jenny. ¿Quién lo podría culpar de ello? Jenny era una mujer muy atractiva. Miró a Lucy, pero sus ojos estaban firmemente fijos en John y él parecía mostrar interés en ella. Empezó a sentir que sobraba. Habría dejado allí a sus amigas y

se habría marchado a casa, pero no quería volverse sola y tampoco les quería estropear la noche.

— Creo que es hora de irnos — Jenny miró el reloj —. Ya es muy tarde. Además, tienen que estar a punto de cerrar.

— Sí — dijo Lucy de mala gana. Le hubiera gustado conocer a John antes. Le había gustado mucho y esperaba haberle gustado igual. Él no dejaba de mirarla y eso tenía que significar algo.

— Quizás nos podríamos ver la próxima vez que vengamos a Londres. John y yo vendremos en dos o tres semanas si a la junta le interesa la propiedad que hemos encontrado.

— Me encantaría — Jenny le dedicó a David una cálida sonrisa —. Lo estoy deseando — se preguntaba si darle su número de teléfono. Por otra parte, podría no quererlo. Una vez se volviera, la podría olvidar fácilmente. Sin embargo, el problema se solucionó cuando David fue el que propuso intercambiar los números de teléfono.

Jenny apuntó los dos números de teléfono.

— El de arriba es el de Connie. Me estoy quedando en su casa ahora mismo. He puesto también mi número de móvil.

John pidió el número de Lucy y ella estuvo más que encantada de dárselo. Le dio una tarjeta con el número de su casa y el de la oficina.

Ya fuera, John paró un taxi y las tres amigas se subieron.

— Estaremos en contacto — David dijo cuando se puso en marcha el taxi —. Yo también — gritó John.

— ¿No os parece maravilloso? — dijo Jenny efusivamente, todavía con la tarjeta con el teléfono de David en la mano — Me alegro de que hayamos ido al Langley. No lo habría vuelto a ver nunca si no hubiéramos ido.

— Me alegro muchísimo de que me hayáis llamado para que vaya con vosotras. Si no, no habría conocido a John — se hundió en el asiento y Lucy decidió que definitivamente tenía que perder peso. Empezaría una dieta nueva al día siguiente y la seguiría a rajatabla. Si volvía... no, tenía que ser positiva, *cuando* volviera a ver a John, iba a pesar varios kilos menos.

— Te dejamos a ti primero, Lucy — Connie interrumpió sus pensamientos. Le dio al conductor su dirección antes de darle a Lucy un codazo —. ¿Sigues ahí con nosotras? Parece que estás en otra dimensión. ¿En qué estás pensando?

— En perder peso.

Connie empezó a reírse.

— ¿Dónde he escuchado yo eso antes?

— ¡Esta vez lo digo en serio! Cuando John y yo nos volvamos a ver quiero estar más delgada — Lucy vaciló —. ¿Crees que dijo en serio eso de que estaríamos en contacto? A ver, mírame — se señaló las caderas —. Parezco una ballena en comparación con Jenny y contigo.

— Bueno, es a ti a quien le ha dado su número — Connie sonrió —. Siempre te infravaloras demasiado. No te sobran tantos kilos, Lucy. En realidad no te pareces en absoluto a una ballena como dices.

— Estamos llegando a tu calle — dijo Jenny mirando por la ventana y volvió a mirar a Lucy —. Connie tiene razón. Tiendes a criticarte de más.

El taxi se paró en la puerta del piso de Lucy y ella se bajó.

— Os veo mañana, chicas — dijo entre risitas —. Bueno, ya es mañana. Gracias por invitarme — se despidió con la mano mientras el taxi se alejaba.

— Hola, chicas, he visto vuestra nota — Connie y Jenny se llevaron un susto enorme. Recorrieron sigilosamente el pasillo para no despertar a Sadie y de repente apareció de la nada.

— ¡Oh, Dios! — Jenny se llevó la mano a la garganta — Casi me matas del susto. Creíamos que estarías dormida y no te queríamos despertar.

— He vuelto hace un rato y acabo de encender el hervidor — contestó Sadie —. ¿Dónde habéis estado?

— Salimos a cenar. Cuando te vimos irte así de arreglada, nos dieron ganas de salir — Connie hizo una pausa —. ¿Te lo has pasado bien?

— Sí, me lo pasé genial — Sadie empezó a bailar vals por toda la cocina y cogió tres tazas de los ganchos que había bajo un estante conforme pasaba —. Michael es maravilloso, el restaurante es increíble y la comida estaba deliciosa. Michael es absolutamente maravilloso, la banda estuvo brillante, el servicio fue excelente y... ¿te he dicho lo maravilloso que es Michael?

— No, para nada. Bueno, ¿qué te ha parecido Michael? — Connie guiñó un ojo a Jenny con picardía — ¿Es bueno?

— Oh, no hagas que empiece otra vez — se quejó Jenny — o se va a pasar así toda la noche.

— No seas así, Jen. Acabo de pasar la noche más increíble que podía haber imaginado y me moría de ganas de contároslo, pero no estabais aquí — Sadie sacó la tetera del armario —. ¿Alguna quiere té? — preguntó — Por cierto, ¿dónde habéis estado?

— Fuimos a cenar a un restaurante en Shaftsbury Avenue y luego a Jenny se le antojó tomar una copa en el Langley — Connie bostezó —. Me está entrando sueño.

— Tirando la casa por la ventana ¿eh, Jen? No creo que sea un sitio precisamente barato — Sadie repartió las tazas de té.

— En absoluto, pero es un sitio increíble.

— Venga, cuéntale lo de los hombres que habéis conocido Lucy y tú — Connie sacó el tema.

— ¿Hombres? ¿Lucy? ¿Lucy también fue?

— No vino con nosotras al restaurante — Jenny explicó que primero conocieron a los hombres mientras cenaban y cómo después se los encontraron por sorpresa cuando fueron al hotel —. Luego Lucy se unió a nosotras. John y David nos invitaron a las copas, así que no nos gastamos nada — le enseñó la tarjeta que David le había dado con su número personal y el de la oficina —. John le dio esto a Lucy, así que tendremos noticias tuyas.

— Y Lucy se ha puesto a dieta — añadió Connie.

Sadie puso los ojos en blanco.

— Oh, no. ¡Otra vez no! Por favor, sálvame de Lucy a dieta. Creo que no voy a poder superarlo esta vez.

— Creo que esta vez va en serio — Connie volvió a bostezar —. Estoy muerta. Voy a llevarme el té a la cama. Os veo mañana a las ocho. Creo que mañana vamos a llegar todas tarde a la oficina.

— Será mejor que nos vayamos todas a la cama — murmuró Jenny.

Sin embargo, como Sadie y Jenny compartían cama, se quedaron hablando hasta altas horas de la noche antes de quedarse dormidas por fin.

Capítulo catorce

— Perdón por llegar tarde. Me he quedado dormida — Lucy entró en la oficina y dejó su bolso sobre el escritorio.

— No te preocupes, nosotras acabamos de llegar también — Jenny se rió —. Todas nos quedamos anoche despiertas hasta tarde, ¿verdad? — hizo una pausa — Pero nos lo pasamos bien.

— Mi tía llamó cuando estaba saliendo de casa. Está deseando que llegue el día de la cita, pero creo que está un poco preocupada de que Andrew cambie de opinión sobre llevarla a cenar por el tema de la edad y todo eso y que no se presente. Le he asegurado que no es del tipo de personas que haría eso — hizo una pausa —. Porque no lo es ¿verdad, Connie?

— ¡No, claro que no! — espetó Connie —. ¡Andrew no es así en absoluto y tu tía es una mujer muy afortunada por tener una cita con él! — se sintió culpable por haber reaccionado así y volvió a mirar el montón de correo que había sobre el escritorio. ¿Por qué le había gritado a Lucy? No era su culpa. Tenía que calmarse. Aun así, le molestaba el pensamiento de que Andrew se fuera a llevar a otra mujer a cenar y le daba igual la edad que tuviera la mujer.

Se mordió el labio y Lucy miró a de refilón a las demás. Deseó no haber mencionado que su tía había llamado. Quería haber seguido la conversación contando que también había tenido noticias de John. Aunque solo habían hablado un rato, le había encantado saber de él porque significaba que no se había olvidado de ella a la mañana siguiente. La reacción de Connie había estropeado el momento. No había motivo por el cual tuviera que hablarle así. Si Connie quería volver con su ex marido, tenía que haberlo intentado cuando quedó con él hacía unos días. Sin decir nada más, Lucy cogió su bolso y salió de la oficina.

— ¿Era eso necesario de verdad? — Sadie se levantó — Connie, tu eres mi amiga y haría cualquier cosa por ti, pero ahora mismo tengo que decirte que eres idiota — Connie levantó la vista y abrió la boca como para decir algo —. Lo que haga Andrew no tiene nada que ver ni con Lucy... ni contigo. Si quiere irse a cenar con Agnes, puede hacerlo. No necesita tu permiso. Andrew y tú estáis divorciados — lo deletreó —. D.I.V.O.R.C.I.A.D.O.S. Eso quiere decir que es un hombre libre y que puede salir con quien le dé la gana — miró hacia la puerta —. Voy a buscar a Lucy.

— ¡No! ¡Espera! Tienes razón — Connie cogió su abrigo y su bolso —. Voy yo a buscarla. Voy a llevarla a tomar café a algún sitio donde podamos hablar — antes de salir miró a Jenny —. Mira el correo, creo que he visto un sobre con el sello del Royale impreso. Debe ser la factura.

— ¡Ups! Que Andrew se lleve a alguien a cenar tiene que molestar a Connie más de lo que ella dice — dijo Jenny cuando Connie desapareció por las escaleras. Cogió el sobre que Connie había mencionado.

— Claro que sí — contestó Sadie pensativa. Su plan estaba funcionando bien, quizá demasiado bien. Solo quería que Connie se pusiera un poco celosa al ver que Andrew se llevaba a alguien a comer, no que empezara a despotricar contra Lucy porque la mujer en cuestión resultara ser su tía. Dios sabe lo que podría pasar si se enterara de que Sadie tenía que ver con la cita. Miró a Jenny que estaba examinando la cuenta del Royale —. ¿Qué pasa? Parece que has visto un fantasma.

— ¡Dios santo! — Jenny sacudió la cabeza — ¡Casi nueve mil libras!

— No es para tanto. Creí que iba a ser más. Había mucha comida...

— ¡Sadie! Las nueve mil libras son solo las bebidas. Parece que pedimos ciento setenta botellas de champán — Jenny siguió mirando la cuenta —. La comida está en otra...

— Dime el total — Sadie la interrumpió y se sentó en la silla —. Pero deja que me siente y me agarre a algo antes.

— Veinti...cinco...mil... libras — dijo Jenny lentamente para que Sadie la oyera bien.

— ¡Veinticinco mil! Creo que me voy a desmayar — Sadie se hundió en la silla —. Creo que Connie dijo que teníamos un problema con la comida.

— Lo tenemos.

— ¿Y siguen siendo veinticinco mil libras? — se rió — Igual nos podrían haber descontado tres mil libras si les hubiéramos enseñado el escote.

— Hay casi diez mil libras solo en bebidas — Jenny miró a Sadie —. Al parecer no solo pagábamos el champán. Hay también otras bebidas: ginebra, brandy, whisky...

— No sigas — a Sadie le empezaba a faltar el aliento —. No puedo creerme que la gente se acercara a la barra y empezara a añadir copas a nuestra cuenta teniendo todo el champán que quisieran. Se debieron pasar la noche bebiendo como esponjas.

— Menos mal que la mayoría de ellos se apuntó a la agencia aquella noche o no hubiéramos podido pagar la factura — dijo Jenny asintiendo — ¿Dónde

estaríamos entonces nosotras?

— Hundidas en la mierda — contestó Sadie.

Jenny puso los ojos en blanco y cogió otro sobre.

— Este es del fotógrafo. Nos cobra mil quinientas libras.

— Nos hemos equivocado de negocio, Jenny. Mil quinientas libras ¿por qué? Lo único que ha hecho ha sido sacar fotos, beberse nuestro champán y comerse nuestra comida — inclinó la cabeza hacia un lado —. Me parece que en realidad le hemos pagado por beberse y comerse nuestras cosas. Qué buen trabajo, ¿no?

Connie alcanzó a Lucy fuera.

— Lo siento — dijo extendiendo el brazo —. No quería ser grosera.

Lucy se paró y le apartó el brazo.

— Connie, si quieres volver con Andrew, queda con él y díselo. Si no, déjalo ir y sigue con tu vida.

Connie miró a través de Park Lane.

— ¿Vamos a tomar café y un dulce a algún sitio?

— ¡Estoy a dieta! — contestó Lucy de mal humor.

— Sí, es verdad... se me había olvidado — Connie cambió su peso de un pie al otro. La cosa no estaba mejorando —. Bueno, vamos a tomarnos solo el café entonces.

Lucy suspiró. Lo último que quería hacer en ese momento era hablar con Connie, pero tenía que superarlo porque sabía que tenían que trabajar juntas.

— Vale. ¿Dónde quieres ir?

Encontraron una mesa en un Starbucks de Oxford Street. Connie le pidió a Lucy que se sentara y ella se acercó al mostrador.

— Lo siento, Lucy — dijo cuando volvió con el café —. Sé que mi problema no tiene nada que ver contigo ni con tu tía y no tenía que haber reaccionado así. Claro que Andrew no la dejará tirada — Connie apoyó los codos en la mesa y hundió la barbilla en las manos —. Estoy hecha un lío ahora mismo.

— ¿Hecha un lío? ¿Te estás escuchando, Connie? Todas estamos divorciadas y esperando al hombre perfecto. Y, al mismo tiempo, tenemos miedo de volver a dar el paso por miedo a terminar con el mismo tipo de persona de la que nos divorciamos. Resulta que el ex marido de Jenny era un

mujeriego y ahora parece estar acosándola y el de Sadie es un perdedor que está saliendo con una prostituta solo para quedarse con el piso el cual, por cierto, creo que Sadie estaba pagando porque Alex nunca aportaba nada de dinero. ¿Cómo de bajo puede caer un hombre? Mi ex marido es un maltratador. Me pegaba porque bebía demasiado y así se sentía hombre. ¿Qué te parece? El cabrón se sentía hombre porque era capaz de pegarle a una mujer indefensa. La otra noche me estampó contra un escaparate. Por un momento pensé que me iba a matar hasta que intervino mi amiga. ¡A nadie le importó una mierda! — apartó la vista y sacudió la cabeza — ¿Te lo puedes creer? La gente pasaba y a todo el mundo le daba igual que estuvieran a punto de asesinar a alguien a tan solo unos pasos — le entró un escalofrío. Incluso allí, segura en la cafetería, veía a Ben sobre ella con el puño levantado para golpearla. Se giro hacia Connie —. No tienes ni idea de la realidad. Andrew te adora y siempre lo ha hecho. Pero ya lo sabes y aun así no eres capaz de sacarte de la cabeza su único fallo. Vale, eso es cosa tuya. Es tu decisión. Sin embargo, no puedes culparme ni a mí ni a ninguna de tus amigas si decide seguir adelante.

— ¿Y? ¿Adónde quieres llegar? — preguntó Connie. Había dejado a Lucy hablar sin interrumpirla, pero no estaba segura de cuál era su propósito.

— ¿Qué adónde quiero llegar? ¿Qué adónde quiero llegar? ¿No has escuchado ni una palabra de lo que he dicho? Lo que quiero decir es que tu vida no es ningún lío, Connie. En absoluto. Tus problemas son los que tú te buscas. Lo único que tienes que hacer es calmarte, sentarte y reflexionar sobre adónde quieres llegar. Si decides que Andrew está fuera de la ecuación, olvídate de él y sigue adelante. Pero si quieres volver con tu marido, por el amor de Dios, haz algo antes de que alguien te lo quite — se rió —. Alguien como mi tía. No es una mujer mayor que se pasa el día tejiendo calcetines de lana. Puede que esté cogiendo un poco de peso, pero sigue siendo una mujer bastante atractiva. Y, además, se ha comprado un vestido nuevo para su cita con Andrew.

Connie inclinó la cabeza y agachó la vista para mirar hacia el suelo. Lucy tenía razón, Sadie tenía razón. Tenía que volver a quedar con Andrew para tomar algo y tener una larga conversación con él. Pero es que no podía dejar pasar a la zorra esa. Simplemente no podía sacar de su cabeza que Andrew se la había jugado. Mientras se siguiera sintiendo así, nada tendría sentido.

— Entiendo lo que dices, Lucy. Sadie no deja de decirme lo mismo. Sé que las dos me queréis ayudar, pero es que no soy capaz de aceptar lo que

Andrew me hizo — suspiró —. Quizá algún día lo supere y podamos empezar de cero.

— Quizás entonces sea demasiado tarde — Lucy se terminó la taza de café y la dejó de nuevo en el platillo —. Creo que será mejor que nos volvamos a la oficina.

— Sí — Connie se levantó lentamente. El último comentario de Lucy le retumbaba en los oídos. *Quizá entonces sea demasiado tarde*. Tenía razón. Algún día sería demasiado tarde. Algún día Andrew se cansaría de esperarla y se marcharía de su vida para siempre. Suspiró. Quizá sería mejor que lo hiciera. Así podría sacárselo de la cabeza y buscarse a otro hombre de la página web de la agencia. Después de todo, ese era el primer motivo por el que la habían montado.

Salieron de la cafetería y caminaron en silencio de vuelta a la oficina.

— ¡Mirad esto! — Sadie sacó la cuenta del Royale y se la dio a Connie y a Lucy en cuanto entraron en la oficina — ¡Veinticinco mil libras! ¡Veinticinco mil libras por una noche! No sé cómo el Royal ha tenido el valor de mandar esto.

Connie le cogió la factura a Sadie, se sentó y empezó a leerla.

— La mayor parte del dinero se gastó en bebidas. Parece ser que muchos se autoinvitaron en el bar — añadió Jenny.

— Vale, no podemos hacer nada. No queda otra que pagarles — Connie suspiró con fuerza —. No pensaba que fueran a pasarse la noche dándole al champán. Un par de copas durante la noche era mi intención. Pero para haberse bebido casi ciento ochenta botellas, han tenido que beber mucho champán. Me sorprende que el hotel tenga tantísimo champán guardado.

— Imagino que aumentarían el pedido cuando se dieron cuenta de que se estaban pasando la noche sirviendo champán sin cambiar a nada más barato tras las primeras botellas — Jenny resopló —. Pero bueno, ya sabemos qué hacer la próxima vez.

— ¿Qué próxima vez? — chilló Sadie poniéndose en pie — ¡¿Qué próxima vez?!

— Cálmate, Sadie, era una forma de hablar — añadió Jenny rápidamente.

— ¿Algo más? — preguntó Connie.

— El fotógrafo también nos ha enviado la factura — Jenny le dio la factura —. Pide mil quinientas libras — miró a Sadie —. ¿Crees que deberíamos hablar con los dos y decirles que las facturas son demasiado altas?

— No, creo que debemos limitarnos a escribirles los cheques y dejarlo pasar — Connie no estaba de humor para discutir sobre dinero en ese momento. Tenía la mente ocupada con la conversación que acababa de tener con Lucy. Si Andrew salía de su vida para siempre ¿sería capaz de ser feliz con otro hombre? ¿O seguiría preguntándose qué hace? ¿O con quién está?

Jenny rompió el silencio.

— Esta mañana me ha llamado David — dijo. Quería habérselo contado a todas antes pero lo que había pasado entre Lucy y Connie lo había estropeado todo.

— ¿David te ha llamado? — dijo Sadie — ¿Llevamos toda la mañana sentadas juntas y no has mencionado que David te ha llamado? ¿Qué te ha dicho?

— No mucho. John y él estaban esperando el tren. Solo quería saludar.

— ¿Saludar? ¿Y ya está? ¿Solo saludar? — Sadie frunció el ceño.

— Sí, bueno, dijo un par de cosas más, pero luego llegó el tren y tuvo que irse — hizo una pausa —. Pero me llamó y eso tiene que ser una buena señal — miró a sus amigas — ¿verdad?

— Sí, claro que es buena señal — Connie agradeció que la conversación de las facturas que tenían que afrontar hubiera pasado desapercibida. También le hizo pensar en otra cosa distinta de lo que iba a hacer Andrew.

— John también ha llamado — dijo Lucy —. Llamó cuando yo estaba saliendo de casa y por eso he llegado tarde esta mañana. Estaba en la estación con David, así que no podía hablar mucho tiempo. Pero dijo que hablaríamos esta noche cuando llegara a casa. David y él irían directos a la oficina en cuanto llegaran a Peterborough.

— Qué bien Lucy, y tú también, Jenny. Significa que la cosa fue bien anoche — dijo Connie —. ¿Tú qué tal, Sadie? ¿Has tenido noticias de Michael?

— No, todavía no. Pero dijo que quería volver a verme — le brillaron los ojos a Sadie al pensar en la noche anterior —. Es muy amable y sabe tratar a una dama. No tiene nada que ver con la escoria que he conocido antes.

— Han llegado un par de mensajes al correo — Lucy hizo clic con el ratón para abrir el primero —. Este es de Michael Stone. Quiere conocer a Charlotte Strong.

— Se está pasando un poco, ¿no? — Sadie se rió — Pero está haciendo que ganemos dinero así que no nos quejaremos.

— Siempre y cuando pida las citas una por una, claro — Connie no tenía claras las intenciones del hombre. Se odiaba por no haber establecido una serie de normas cuando montaron la agencia —. Me preguntaba si es demasiado tarde para poner una serie de normas. Evidentemente, habría sido mejor si las hubiéramos tenido desde el principio — se encogió de hombros —. Pero no las teníamos. ¿Es demasiado tarde ahora?

— No lo sé — Lucy miró las caras de póker de sus amigas —. Si hay gente que no está de acuerdo con las normas que hacemos, pueden irse y pedir que les devolvamos su dinero.

Connie no lo había pensado. Sería un problema si la gente decidiera pedir que le devolvieran el dinero. Necesitaban el dinero para pagar las dos enormes facturas que habían recibido esa mañana.

— En ese caso, una de las normas será que no habrá reembolsos si los clientes deciden marcharse.

— Eso está claro, ¿no? — Sadie frunció el ceño — A ver, supongo que nuestros clientes no esperarán recuperar su dinero si deciden casarse y dejar de usar la agencia.

— Ni de coña — dijo Connie. La cosa iba de mal en peor —. Tenemos que hacer algo en la web para evitar que pase eso.

— No te preocupes. Ahora escribo algo. Pero, volviendo a los correos por el momento, el otro es de Brian Lomax — Lucy sonrió —. Parece que te ha dejado en paz, Connie. Ahora pide conocer a Ann Masters.

— No sabes cuánto me alegro — se rió Connie —. Escríbele a ver qué dice.

El resto del día transcurrió con tranquilidad. Llegaron algunos mensajes nuevos pidiendo citas con otros clientes y una respuesta cortés por parte de Ann Masters declinando la oferta de Brian.

— No la culpo — dijo Lucy mientras le escribía el mensaje a Brian Lomax para informarle de la decisión de Ann —. Sin embargo — añadió mientras pulsaba el botón de enviar —, me da un poco de pena. Hasta ahora todas le han dicho que no — miró su reloj —. Si no os importa, me voy. Le he prometido a mi tía que me pasaría a ver su vestido nuevo — se mordió el labio. Quizás no debería haber dicho por qué se marchaba antes. Claramente Connie seguía dándole vueltas a la cita de Andrew con su tía.

— Vale. Yo me quedo vigilando la web — Connie intentó sonar más alegre de lo que se sentía —. No voy a salir esta noche, así que me quedaré supervisando la web esta noche — al menos con eso mantendría la mente ocupada.

En ese momento sonó el teléfono.

— Es para ti, Sadie — Lucy le pasó el auricular.

— Hola — dijo Sadie cautelosamente — ¡Michael! — gritó cuando el interlocutor se identificó — Que alegría escucharte.

Las otras miraron mientras Sadie escuchaba lo que Michael le decía.

— Sí, me encantaría — dijo efusivamente —. ¡Ah! Espera un segundo, le voy a preguntar a Connie si necesita que me quede con la web esta noche — le puso a Connie cara de pena, con lo que claramente quería decir «*no me necesitas, ¿verdad?*».

Pero Connie ya estaba haciéndole gestos con las manos.

— Vete — articuló.

— Vale. Connie no me necesita — Sadie hizo una pausa —. Genial. Estaré lista — tenía una sonrisa de oreja a oreja cuando colgó el teléfono —. Parece que alguien tiene dos entradas para un espectáculo en el West End y no puede ir, así que Michael se las ha comprado — juntó las manos —. ¿No es genial? — vaciló y puso mala cara — A ver, no quiero ser así. Evidentemente, es una pena por aquellos que no pueden ir, pero es una buena noticia para mí. Me entendéis, ¿verdad?

— Déjalo — dijo Lucy. Se había acercado para escuchar lo que le decía Michael —. Bueno, pásatelo bien esta noche. Yo me voy ya.

Las otras escucharon cómo los tacones de Lucy resonaban al bajar las escaleras.

— Con el dinero que nos cobran a nosotras y a los demás propietarios del edificio, ya podrían enmoquetar las escaleras en lugar de limitarse a pintar los escalones de madera de ese color gris apagado — se quejó Jenny.

— La verdad es que sí — Connie no quería entrar en una discusión sobre el edificio. Era ella quien quería estar en Mayfair y allí estaba, a pesar de que la oficina fuera demasiado pequeña y demasiado cara.

Connie encendió su portátil puso la página web de Divorciados.com. Sadie, Jenny y ella habían vuelto a casa y querían asegurarse de que nadie había

contactado con ellas desde que se habían marchado de la oficina.

Mientras, Sadie, que había subido corriendo en cuanto cruzaron la puerta, empezó a sacar ropa del armario y a tirarla encima de la cama.

— Vamos a cenar antes del espectáculo y Michael llegará muy pronto — dijo a sus amigas —. ¿Qué me pongo?

Jenny y Connie se miraron y sonrieron.

— ¡Ya vamos! — dijeron a coro.

Capítulo Quince

Una vez Sadie desapareció por la puerta, Connie y Jenny se tiraron en el sofá. Mientras Sadie estaba en la ducha, se pusieron a mirar su ropa intentando encontrar desesperadamente algo aceptable para una noche en el teatro. Al final la convencieron para que se pusiera el vestido de noche negro de Jenny con un collar de oro de Connie.

— Si Sadie va a seguir viéndose con este tío, tenemos que llevarla de compras — dijo Jenny —. Nos estamos quedando sin ropa.

— ¿Sabes qué? — se rió Connie — Hace no mucho habría preferido estar muerta antes que ponerse algo parecido a la ropa que llevamos nosotras. Por suerte, Sadie y tú tenéis la misma talla si no, habría tenido un grave problema.

Connie tenía una talla más que ellas, así que no podía prestarle sus vestidos, por muy apropiados que fueran para la ocasión.

— Deberíamos comer algo — continuó —. Y después voy a ponerme a vigilar la página web — no era lo más emocionante del mundo, pero al menos la ayudaría a quitarse de la cabeza la cita de Andrew con la tía de Lucy. Agnes se lo estaba tomando todo demasiado en serio para su gusto. La mujer incluso se había tomado la molestia de comprarse un vestido nuevo para la ocasión.

Sadie estaba disfrutando de otra noche maravillosa con Michael. Había veces que la hacía reír, pero también había momentos en los que se ponía serio al hablar de las cosas que a ella le parecían importantes. Era como si los dos creyeran en las mismas cosas. ¿Dónde había estado ese maravilloso hombre toda su vida?

Cuando terminaron de cenar, se fueron al teatro. Hacía buena noche, así que decidieron ir caminando. Londres empezaba a llenarse de vida. La gente salía de los restaurantes hablando y riendo y los taxis iban y venían llevando y trayendo a los pasajeros de un sitio a otro.

Sin embargo, Sadie no se daba cuenta de nada de eso. Agarrada fuertemente al brazo de Michael, escuchó atentamente cada palabra que le decía mientras caminaban hacia el teatro.

— La dependienta me ayudó a elegirlo — Agnes se metió en su nuevo vestido casi sin esfuerzo. El suave y sedoso material se deslizó con facilidad por sus estrechas caderas.

Lucy se sorprendió de que su tía hubiera escogido algo con tanto estilo y tan caro para su noche con Andrew. No tenía nada que ver con la ropa que se ponía normalmente.

— La dependienta me ayudó mucho — Agnes prosiguió —. Te habría pedido que vinieras conmigo, pero sé que estás muy ocupada con tu negocio nuevo — se arregló las mangas y se puso bien el cuello —. ¿Qué te parece? — le brillaron los ojos como si hubiera hecho una voltereta en el aire — También me he comprado unos zapatos a juego.

Lucy pensó que estaba estupenda. Su tía no había acumulado la grasa en las caderas como muchas mujeres cuando llegaban a una cierta edad. Había conservado una figura delgada y una complexión fina. Tan solo algunas canas revelaban que era un poco más mayor de lo que podría parecer a primera vista.

— Estás increíble pero... — Lucy cambió el peso de un pie al otro. Estaba a punto de recordarle a su tía que seguramente iba a ser una vez y no más. Dudaba que Andrew volviera a pedirle una cita. Pero ¿cómo iba a decirle eso, viendo a su tía tan feliz? — ¡Estás absolutamente fabulosa!

Sin embargo, Agnes había visto la preocupación en los ojos de su sobrina. Sonrió, la cogió del brazo y le dijo:

— No te preocupes, Lucy. No soy tan ingenua de creer que esta cita va a llegar a ninguna parte. Te olvidas de que sé quién es Andrew y también sé lo enamorado que está de su mujer — soltó el brazo de Lucy —. Soy una mujer mayor, pero no soy tonta. Sé atar cabos — sonrió —. Sin embargo, en mi cumpleaños un hombre guapo viene a llevarme a cenar y si eso no me da un motivo para gastarme el dinero en un vestido nuevo, entonces no sé qué lo puede hacer. Además, te olvidas de que soy miembro de Divorciados.com. Podría incluso volver a ponérmelo.

— Oh, tía. No creo que seas una mujer mayor. Creo que eres una mujer maravillosa, amable e inteligente. Espero que te lo pases bien esta noche con Andrew — Lucy se metió la mano en el bolso — y, además, te he traído un regalo para que te pongas para la ocasión.

Agnes abrió una cajita y reveló un colgante de perlas.

— Cariño, son preciosas. Pero no tenías que haber...

— No son de verdad, tía — añadió Lucy apresuradamente — no puedo permitirme perlas de verdad, pero son lo más parecido que hay. Ven, que te las pongo.

Se le formaron lágrimas en los ojos a Agnes cuando se vio reflejada en el espejo. Cuando era joven siempre había deseado un collar como ese pero nunca había podido permitírselo. Incluso siendo más mayor siempre había algo que necesitaba con más urgencia. Su familia siempre era lo primero.

— Es perfecto, Lucy. Absolutamente perfecto.

— Cuando nuestra agencia nueva termine de despegar, te compraré el bueno.

— ¡No! Este es exactamente el que yo he querido siempre — Agnes abrazó a su sobrina —. Lo valoro igual.

— Estás embobada. ¿En qué piensas? — preguntó Jenny.

— La verdad es que en nada — Connie volvió a mirar al portátil —. Me preguntaba si llegarán mensajes esta noche — mintió. No quería ni que Jenny ni que nadie supiera que seguía pensando en Andrew y Agnes. Sabía que era algo estúpido. ¿Por qué le importaba lo que hiciera? Pero no podía sacarse el tema de la cabeza.

Por suerte llegó un mensaje al correo.

— Aquí ha llegado algo de Brian Lomax — dijo Connie y abrió el correo electrónico —. Quiere saber por qué ninguna acepta sus peticiones — se sentó en la silla y miró a Jenny con las manos entrelazadas por detrás de la cabeza —. ¿Cómo le digo que está pidiendo conocer a las mujeres equivocadas? Si eligiera a alguien más acorde a su edad, seguro que recibiría una respuesta mejor.

— ¿Y no puedes decirle eso? — dijo Jenny — Vale, tienes que tener tacto, pero nos ha hecho una pregunta relacionada con la agencia, así que debe saber la verdad. Creo que Lucy dijo que ha intentado quedar para cenar con seis mujeres y ninguna ha querido.

Connie suspiró.

— Vale, le intentaré decir algo así. ¿Por qué me toca siempre el trabajo sucio?

— Porque se te da bien tratar con la gente. Eres capaz de decir siempre lo correcto — Jenny se rió —. Seguramente no podríamos dejarle un trabajo así a Sadie. Ella le diría algo así como que dejara de asaltar cunas y empezara a buscarse a alguien de su edad.

— ¡Claro! — exclamó Connie — Sadie no conoce el significado de la palabra *tacto*. Perderíamos a todos nuestros clientes si se lo dejáramos a ella.

Durante la noche, David llamó a Jenny. Le contó más cosas sobre él y que John y él volverían a Londres en unos días.

— La empresa quiere que averigüemos más detalles sobre las instalaciones que hemos encontrado — le contó —. Si nos gusta lo que escuchamos, estamos autorizados para hacer una oferta. Podríamos quedar. Quizá también podrían venir John y tu amiga y los cuatro podríamos ir a algún sitio a cenar.

A Jenny le brillaban los ojos cuando colgó el teléfono. Fue corriendo a la sala de estar para contárselo a Connie.

— ¿No es emocionante? — dijo cuando le relató la mayor parte de la conversación — Un encuentro por casualidad así tiene que ser el comienzo de algo grande. Como en aquella película antigua, *Breve Encuentro*.

— Si te acuerdas, la mujer de la película vuelve con su marido — Connie se rió.

— Bueno, eso no me va a pasar a mí aunque no salga nada de este «encuentro» — Jenny dibujó las comillas con los dedos —. No voy a volver con Rob. ¿Cómo te va a ti? — Señaló al portátil.

— Bastante liada — dijo Connie —. Han llegado varios mensajes más pidiendo citas y la mayoría de ellos han aceptado las invitaciones. Sin embargo, hay todavía otros de los que no he tenido noticias. Quizá no han abierto el correo todavía. Bueno, hemos recaudado una buena suma esta noche — sonrió —. También le he contestado a Brian Lomax. Por suerte parece habérselo tomado bien, porque va a pensárselo. Supongo que va a mirar la página web más detenidamente.

— Bueno, algo es algo — Jenny se sentó al lado de Connie —. Podría no haberle gustado y pedir que le devolviéramos el dinero. No es sencillo decirle a alguien que es demasiado mayor para la gente que está eligiendo — se apartó el pelo hacia un lado —, ¿verdad?

Connie asintió.

— Bueno, sí — cerró el portátil —. Se está haciendo tarde y creo que ya he tenido bastante de esto por hoy. Voy a tomarme una taza de té y me voy a la

cama — juntó las manos por encima de la cabeza y se estiró —. Me duele todo de estar aquí sentada toda la noche.

— Me ofrecí a encargarme yo, pero por algún motivo lo quisiste hacer tú.

— Lo sé, Jenny, pero una vez empiezo ya sigo haciéndolo yo. Ya te tocará a ti y no seré yo tan amable — Connie volvió a mirar el reloj —. Me pregunto cómo le irá a Sadie.

Capítulo Dieciséis

— ¿Te lo pasaste bien anoche? — preguntó Lucy.

Ya era la mañana siguiente y Sadie y las demás habían llegado a la oficina.

Sadie no contestó. Ni siquiera había oído la pregunta de Lucy. Estaba en otro mundo.

— ¿Está bien? — Lucy miró a Connie.

— Está bien, aunque no podamos percibir nada de ella — dijo Connie —. Lleva así desde que se levantó esta mañana. Tienes que darle un codazo o gritarle a pleno pulmón para que te responda.

Lucy se rió.

— Está enamorada. Me alegro por ella.

— Perdona, ¿has dicho algo? — Sadie levantó la vista.

— Te he preguntado si te lo pasaste bien anoche, pero creo que ya lo sé.

— Sí. Fuimos a ver *Love Never Dies*. Es fantástico. Michael va a llamarme luego.

— John me llamó anoche. Viene a Londres esta semana y quiere quedar conmigo.

— David me llamó anoche y me dijo lo mismo — dijo Jenny —. Me propuso que quedáramos los cuatro para ir a algún sitio. ¿Qué te parece?

— No me has dicho que David te llamó — reprochó Sadie —. Te pregunté si había pasado algo mientras yo estaba fuera anoche y no recuerdo que dijeras nada sobre David.

— Sí que lo hice, pero tu mirada vidriosa y en otro mundo me dijo que apagaste la mente en el momento en el que la pregunta salió de tu boca — Jenny sonrió a Connie —. Parece que te has ido de este planeta y...

— ¡Vale, vale! — Sadie levantó las manos — Lo capto. Intentaré concentrarme. Pero sabéis que nunca he estado con alguien como Michael. Quiere llevarme a muchos sitios y todo esto es una experiencia nueva para mí. Hoy me va a llamar — Sadie titubeó cuando vio que Jenny y Connie imitaron un bostezo —. Vale, ya os lo he dicho.

Las otras asintieron y sonrieron.

— Sí — dijo Connie —. Pero no nos importa.

— He estado pensando — dijo Connie.

— ¡Oh, cielos! Eso no suena bien — Jenny puso mala cara.

— En realidad no es nada — Connie sonrió —. Tenemos que hablarlo, pero como la agencia va bien, ¿tenemos que venir todas a la oficina todos los días? El plan original era que viniésemos todos los días durante algunos meses y luego decidiéramos si dos de nosotras podríamos llevarla. Sin embargo, creo que ya podemos hacerlo así. ¿Qué os parece?

— No sé — Jenny miró nerviosa a las demás —. Creo que todavía hay cosas que tenemos que arreglar antes de dar ese paso — esperaba que alguna de ellas le diera la razón, pero todas se quedaron en silencio—. Por ejemplo, anoche — continuó — Brian Lomax envió un mensaje... — paró un momento al ver que Sadie iba a quejarse —. No. Espera, Sadie. No quería quedar con nadie. Quería saber por qué nadie había aceptado sus invitaciones.

— Todas sabemos por qué nadie le dice que sí. Y claro que el hombre lo sabrá él solito — Sadie cerró los ojos y suspiró con fuerza —. ¿Qué problema hay? Si yo hubiera recibido el mensaje, le habría dicho que se mirara en el espejo y...

— ¡Ese es precisamente el problema, Sadie! — interrumpió Jenny. Levantó los brazos — Te habrías lanzado sin dudarlo. Se habría ofendido por tu comentario y se habría marchado de la agencia. No solo eso, podría pedir que le devolviéramos el dinero o, peor aún, que le compensáramos. No podemos permitirnos devolver dinero. ¡No! Cuando nos pregunten algo así, tenemos que tener preparada una respuesta educada, no estar en primera línea de fuego con la escopeta cargada — sacudió la cabeza mirando a Sadie —. Resulta que Connie estaba al frente de la página, así que contestó ella. Tuvo tacto y fue simpática con él y, al mismo tiempo, le dijo cuál era el problema. Él contestó y dijo que volvería a mirar los perfiles — hizo una pausa —. Lo que intento decir es que tenemos que decir juntas hasta que se nos presenten todas las situaciones posibles y tengamos las respuestas preparadas. Está claro que tendremos que adaptarlas según las circunstancias, pero al menos podríamos tener una plantilla — Jenny se quedó en silencio. Todas se quedaron mirándola. ¿Pensaban que era idiota? ¿Por qué nadie decía nada? —. ¿No vais a decir nada? — preguntó por fin.

Lucy intervino primero:

— Sí, sé lo que quiere decir Jenny y estoy de acuerdo con ella — vio a Sadie mirarla con desdén —. No es que piense que Sadie no pueda tener tacto cuando sea necesario — añadió rápidamente —. En absoluto. Si pensamos antes de hablar todas podemos llegar a la respuesta correcta — eso tampoco sonó muy a favor de Sadie. Nunca pensaba antes de hablar. Siempre decía lo

primero que se le venía a la mente —. ¿No puedo decir simplemente que creo que deberíamos seguir juntas un poco más?

— Vale — Connie se encogió de hombros —. Si es lo que pensáis, me parece bien.

— Pero eso no significa que tengamos que estar aquí juntas todo el día — Jenny hizo una pausa —. Podríamos turnarnos para salir a comprar o lo que haga falta. Todas tenemos que hacer cosas.

— Me parece bien — Sadie sonrió —. En ese caso, ¿os importa que salga un rato? Tengo que ir a mirar escaparates. Me hace falta comprarme un vestido.

— Vale, pero quizás necesites que una de nosotras te acompañe antes de que decidas comprarte algo — dijo Connie —. Ya sabes... una segunda opinión.

Sadie sabía exactamente a lo que se refería. En otro tiempo y lugar, le habría montando un numerito preguntándole qué tenía de malo lo que se ponía. Sin embargo, desde que había conocido a Michel, había decidido que su ropa no era apropiada para el tipo de sitios al que la llevaba. Se habría sentido avergonzada en las dos primeras citas si Connie y Jenny no hubieran intervenido.

— Sí, gracias. Agradezco tus consejos.

— Bueno, ha habido un cambio — dijo Jenny cuando Sadie bajó las escaleras —. Por un momento pensé que ibas a dejar tu vida en tus manos. Hubo un tiempo en el que te habría cortado las orejas por siquiera sugerir que su vestimenta era cuestionable.

Connie guiñó un ojo.

— Ah, sí. Pero eso era antes del encantador Michael.

Sadie caminó por Oxford Street y se paró ocasionalmente para mirar en los escaparates de las tiendas. Llegó a Oxford Circus y estaba a punto de volver a la oficina cuando le sonó el móvil.

— Hola — dijo precavida. Era un número desconocido. Sin embargo, sonrió al oír la voz de Michael.

— He llamado a la oficina pero alguien me ha dicho que estabas de compras — hizo una pausa —. ¿Estás cerca? ¿Tienes tiempo de pasarte por el banco un momento?

— Sí — contestó Sadie. Miró hacia el final de la calle. El banco estaba a un par de minutos —. Estoy bastante cerca, así que llego en un momento.

Michael estaba esperando al lado de la puerta cuando ella llegó.

— Tengo un descanso. ¿Nos tomamos un café ahí en la esquina?

Sadie asintió.

— Sí, claro. Me parece genial.

— Me preguntaba si te gusta ir a discotecas — dijo cuando se sentaron en la cafetería.

— Sí, claro. Solía juntarme siempre en sitios así — se tapó la boca —. Iba bastante a discotecas — se corrigió. Era difícil intentar sonar correcta todo el tiempo.

Michael se rió.

— No tienes por qué corregirme — hizo una pausa —. No estaba seguro de si debía proponerte ir a un sitio así porque pareces... bueno, no parece que frecuentes esos sitios. Ya sabes a lo que me refiero. Música alta, dar vueltas por la pista y todo eso que se hace en discotecas y pubs.

— ¿Estás de broma? Me encanta la música alta y bailar en la pista. Soy el alma de la fiesta — vaciló —. ¿Qué quieres decir con que estoy por encima de eso? Fíjate en lo que llevo puesto hoy — señaló a su falda blanca y negra y a su camiseta blanca y roja de rayas —. Y mira mis gafas — tenían rayas negras y rojas en la montura.

— ¡Me encanta! — Michael se entusiasmó — ¡Las adoro! Estás genial.

— ¡Hostia! — Sadie no podía creérselo. No esperaba encontrarse a Michael y se había puesto uno de sus atuendos más extravagantes — ¡Ups! ¿En serio te gusta?

— Claro que sí. Estás genial, Sadie — levantó la mano cuando intentó interrumpirla —. Deja que te lo explique — respiró hondo —. Sí, a veces me gusta ir a cenar a sitios caros, pero también me gusta desmelenarme a veces, por decirlo de algún modo — se rió mientras se rascaba la cabeza. Tenía el pelo bastante corto —. Sé tú misma cuando estés conmigo, Sadie. Te pedí que salieras conmigo porque me gustaste cuando entraste en el banco por primera vez. La segunda vez que viniste supe que tenía que pedírtelo. Al principio pensé que quizá eras demasiado para mí, pero creo que nos llevamos bastante bien. ¿Qué piensas?

Por un momento, Sadie se quedó sin palabras. Pensaba que tenía que cambiar no solo sus formas, sino también su lenguaje y su forma de vestir para

que Michael siguiera interesado en ella. Y ahora parecía que él estaba intentando cambiar su forma de ser para que ella se interesara en él.

— Vale — lo señaló con los dos dedos índice — deja que me quede claro. Te gusto por cómo soy. Mi sentido de la moda extravagante, a pesar de que eso sea lo que opinan mis amigas, a mí me encanta. Después está mi lenguaje, que mis amigas odian y está el hecho de que mi opinión un poco alocada nunca cuenta para nada — hizo una pausa esperando a que Michael contestara, pero se quedó en silencio. Continuó mirándola con la mano apoyada en la barbilla —. Bueno, ¿no vas a decir nada? — añadió.

— ¿Qué quieres que diga? Ya lo he dicho todo. Creo que eres genial. Eres ingeniosa, peculiar y todo eso que has dicho. Me encanta cómo vas vestida hoy. Me encanta cómo dices las cosas y me encanta tu sentido del humor.

— Oh, Michael... — Sadie estaba tan contenta — Te gusta cómo voy vestida y mi lenguaje y...

— Sí, eso he dicho — Michael la interrumpió. Le brillaban los ojos.

— Sí, lo siento. Tengo que dejar de hacer eso. Connie se molesta mucho cuando repito todo lo que dice.

Michael se rió y la cogió de la mano.

— No me importa. ¿Tienes algo que hacer esta noche? Podríamos salir a una discoteca o algo.

— ¡Sí! Me encantaría.

Se inclinó encima de la mesa y la besó.

— Tengo que volver al banco. No hace falta que te des prisa tú. Que te aproveche el café. Te llamaré a eso de la siete. Comemos algo y ya decidimos adónde ir — sonrió —. Vístete informal.

— ¡Seguro que sí! — Sadie guiñó un ojo — Todavía no has visto nada.

Sadie estaba en una nube mientras volvía por Oxford Street deseando que las demás se enteraran.

— Ha llegado un mensaje de Ann Masters. Dice que su cita no se presentó anoche — Lucy había abierto uno de los tres mensajes que había en la bandeja de entrada —. Parece que está enfadada con nosotras porque había cancelado otra cosa que tenía para quedar con ese tío.

— No es nuestra culpa. ¿Por qué se enfada con nosotras? — dijo Connie — No podemos hacernos responsables de que alguien no se presente — hizo

una pausa —. ¿Qué dicen los otros mensajes?

Lucy abrió los correos.

— Oh, más gente que quiere conocer a Ann Masters — puso mala cara —. Sí que está amortizando la cuota de la agencia. Podríamos rentabilizar la agencia solo con ella.

— ¿Detecto algo de celos por ahí? — preguntó Connie.

— ¡No, claro que no! — contestó Lucy y suspiró — Es que me parece injusto. Montamos la agencia para poder conocer tíos buenos, pero todavía ninguno nos ha pedido ninguna cita.

— No te olvides de Sadie. Ella ha podido elegir entre dos Michaels.

— Y uno de ellos resultó ser un mujeriego, el tipo de hombres que no queremos atraer — Lucy se encogió de hombros —. Supongo que el segundo está bien — añadió a regañadientes —. Seguro que Sadie ya lo habría mandado a la mierda si no valiera la pena.

— ¿Y John qué? — dijo Connie — Parece que quiere volver a verte.

— Sí — contestó lentamente —. Ya veremos — era verdad. John había dicho que volvería a Londres pronto y que la llamaría pero, por algún motivo, a ella no le hacía demasiada ilusión. No tanta como le hacía a Jenny el tema de David. Algo en su tono de voz le había hecho dudar de su sinceridad —. Además, no lo hemos conocido por la agencia.

Connie estaba a punto de contestar cuando Sadie entró de repente en la oficina.

— Tengo algo que contaros — no quiso esperar a sentarse para empezar —. Michael me llamó al móvil mientras estaba fuera. Me preguntó si podíamos quedar para tomarnos un café rápido y no os imagináis lo que me ha dicho — hizo una pausa y las miró una por una.

— Bueno, venga, dínoslo. No nos dejes así — dijo Connie impaciente —. ¿Qué ha dicho?

— Dice que le gusta por cómo soy y...

— Pero si no sabe cómo eres — Lucy la interrumpió y se rió —. No cómo eres de verdad. Solo te ha visto vestida con la ropa de otra persona y poniendo acento pijo.

— ¡Lo sé! — dijo Sadie — ¡Dejadme terminar de una maldita vez! ¿No lo veis? ¡Ahí está el tema! Me ha visto hoy con esta ropa y ha dicho que le gusta. De hecho, dice que le *encanta* — se corrigió —. Así que ya no necesito pedirnos ropa prestada. Dice que le gusta la ropa extravagante. Y esta noche nos vamos a una discoteca. Parece que le gusta la música alta y loca también.

¿No es genial? — juntó las manos y se hundió en la silla — Creo que estamos hechos el uno para el otro.

Connie miró a las demás y puso los ojos en blanco.

— No me lo puedo creer — dijo —. Y yo que creía que Sadie iba a empezar por fin a saber vestir.

Capítulo Diecisiete

Connie abrió los ojos lentamente. Llevaba temiendo que llegara este día toda la semana, pero había llegado finalmente. Esa noche Andrew tendría una cita con Agnes y la llevaría a cenar a uno de los mejores restaurantes de Londres.

Cerró los ojos con fuerza y se tapó la cara con el edredón. Ojalá pudiera quedarse en la cama hasta que todo terminara. Sabía que esa cita, si es que se podía llamar cita, no iba a llevar a nada. Así que ¿por qué se preocupaba tanto por ello? Por más que lo intentara, no podía sacárselo de la cabeza.

Sin duda Lucy se pasaría el día hablando del tema. Bueno, quizás no todo el día, pero seguro que lo haría. Y luego volvería a sacar el tema al día siguiente porque Jenny y Sadie estarán ansiosas por conocer todos los detalles de la cita de Andrew y Agnes.

Lentamente echó a un lado el edredón y salió de la cama. No le quedaba otra que vestirse y enfrentarse al mundo.

— Te levantas tarde esta mañana — dijo Sadie mientras se comía un bol de cereales —. No sueles hacerlo. Espero que no te estés poniendo mala... en especial si es algo que se pega — sabía exactamente lo que le pasaba a Connie, pero quería hacerla sufrir. Si el plan iba a funcionar, quería que se sintiera mal. Al menos lo suficientemente mal como para que quisiera desesperadamente volver a tener a Andrew en su vida.

— Estoy bien. Es solo que hoy estoy cansada.

Sadie se encogió de hombros.

— Vale, si tú lo dices — escondió una sonrisa y siguió desayunando. Iba a ser un día muy largo para Connie.

El día transcurrió tal y como Connie temía. Empezó con Lucy entrando en la oficina pidiendo perdón por llegar tarde.

— Mi tía me ha llamado esta mañana — dijo casi sin aliento —. Me ha dicho que no quería entretenerme mucho, pero al final hemos estado hablando casi tres cuartos de hora. Está deseando que llegue esta noche, en especial porque hoy es su cumpleaños. Me daría igual, pero sabe que me paso esta

noche antes de volver a casa — miró a Connie y de repente se dio cuenta de que estaba allí —. Bueno, vamos a trabajar — añadió apresuradamente.

— Quizás podrías irte un poco antes y ayudar a tu tía a arreglarse — dijo Sadie. No quería que la conversación se terminara ahí. Quería alargarla lo máximo posible —. Es *su* cumpleaños y querrás verla antes que Andrew llegue, ya sabes que siempre es muy puntual — miró de reojo a Connie —. Igual quiere que le des tu opinión sobre cómo está antes de que se vaya, ¿no es verdad, Connie?

— Eh, sí, claro — Connie miró a la carta en la que se estaba intentando concentrar sin mucho éxito y forzó una sonrisa —. Buena idea.

— Gracias. Me iré sobre las cuatro si todo va bien aquí en la oficina — dijo Lucy.

Connie asintió deseando que todo se hubiera terminado. Ya estaba todo dicho sobre el tema de la cita de la tía Agnes. Pero, por alguna razón, la tía de Lucy pareció salir de la nada durante todo el día. No habría sido tan malo si la página web hubiera estado más activa, pues quién queda con quién habría generado conversación, pero extrañamente la cosa estaba tranquila.

A las dos, Connie ya no podía aguantar más. Se levantó y cogió el bolso.

— Voy a salir una hora de terapia de compras. ¿Alguna quiere algo?

— ¿No creéis que nos estamos pasando con lo de mi tía? — preguntó Lucy cuando Connie se marchó.

— No sé — dijo Jenny precavidamente —. Quizás cuando vuelva no deberíamos mencionar nada más.

— ¡No! — Sadie estampó el puño contra el escritorio — Por el amor de Dios, es lo que necesita. Un recordatorio constante de lo que se pierde. ¡Joder! Una buena patada tampoco le vendría mal. Ella es su peor enemigo.

Jenny y Lucy se quedaron mirándola sin palabras.

— ¿Qué? — preguntó Sadie levantando las manos.

Connie vagaba sin rumbo fijo por las tiendas. Lo que en realidad quería era sentarse donde nadie la viera y llorar. Pero las calles y tiendas de Londres estaban llenas de gente. Tendría que ser fuerte y aguantarse las lágrimas.

Intentó concentrarse en una nueva línea de vestidos que había en un escaparate. Normalmente cuando estaba triste algo así la hacía olvidarse de cualquier mal y entrar corriendo a la tienda a probarse algo. Pero ni siquiera

le funcionaba eso. Además, ¿para qué molestarse en comprarse algo nuevo? Ya tenía mucha ropa y no iba a ir a ningún sitio especial. Su vida era muy aburrida en ese momento. Recordaba cuando Andrew y ella estaban juntos. Entonces apenas estaban en casa. Siempre había algún sitio interesante adónde ir.

— ¡Para! — se dijo a sí misma y se alejó del escaparate. Había salido de la oficina para deshacerse de la conversación constante sobre Andrew, pero había seguido pensando en él al salir.

Entró en una cafetería y se pidió un trozo de tarta grande antes de volver a la oficina. No le hacía ningún bien estar fuera, así que volvería. El paseo no la estaba ayudando y se sintió tonta de pensar que lo haría.

— Has tardado poco — dijo Sadie cuando Connie volvió. Se fijó en que Connie no llevaba ninguna bolsa, así que no se había comprado nada. Las cosas le habían tenido que ir muy mal a Connie para no gastar nada de dinero, en especial en su terapia de compras.

— No, estoy bien. Paré a tomar café en el camino de vuelta. ¿Me he perdido algo?

— En realidad no — Lucy levantó la vista del ordenador —. Algunos clientes han pedido citas, así que supongo que es algo bueno. Estaba empezando a pensar que nuestros clientes nos habían abandonado.

— Michael me ha llamado — añadió Sadie —. Han abierto una discoteca nueva y se preguntaba si me interesaba ir.

— ¿Y te interesa? — preguntó Connie aunque sabía la respuesta.

— ¡Pues claro que me interesa, joder! — Sadie se rió — le he dicho que estaré lista y esperándolo cuando él me llame para recogerme.

Antes de las cuatro Lucy recogió sus cosas.

— Me voy ya — dijo caminando hacia la puerta —. Estoy muy emocionada. Parece que soy yo la que tiene la cita esta noche — suspiró —. Pero no tengo esa suerte.

— Ya te tocará a ti — contestó Sadie —. John llegará pronto. Mientras, dile a tu tía que se lo pase muy bien y que no se olvide de que queremos todos y cada uno de los detalles mañana. ¿A que sí, Connie?

Lucy asintió. Seguía sin estar segura de John. El tiempo lo diría. Miró a Connie que parecía estar a punto de decir algo.

— Adiós — dijo y desapareció rápidamente por la puerta. No tenía intención de escuchar lo que fuera que Connie fuera a decir.

— ¡Tachán! ¿Qué tal estoy? — Sadie salió a la sala de estar. Habían vuelto a casa de Connie y se había puesto ropa para salir a la discoteca.

— ¡Horrible! — dijo Connie — ¿No iras a salir vestida así? Cerró los ojos y los volvió a abrir con la esperanza de estar soñando. Pero no, la había visto bien. Sadie había decidido ponerse una falda rosa de brillos. Era demasiado corta y demasiado estrecha. Lo había conjuntado con una camiseta negra diminuta que dejaba ver su vientre y un chaleco de cuero rosa. El conjunto lo completaba un enorme collar blanco y negro con pendientes a juego que le colgaban hasta los hombros.

— ¡Bien! Eso significa que voy genial — Sadie se miró en el reflejo de la chimenea —. Es una discoteca, no un hotel pijo. La gente se pone esta ropa para reflejar su estado de ánimo.

— Pues no me hago una idea de cuál puede ser el tuyo.

— ¡Ah, no? ¡Feliz! ¡De color de rosa! Todo me parece guay — Oyó llegar un coche y salió corriendo a mirar por la ventana —. ¡Es él! ¡A ver qué le parece!

Connie oyó a Michael decirle a Sadie lo maravillosa que la encontraba antes de entrar en la casa.

— Te presento a Connie. Es una de las socias de la agencia. Connie, este es Michael.

Se estrecharon la mano, pero antes de decir nada, Sadie empujó a Michael hacia la puerta.

— ¡Nos vamos volando, Connie, que el taxímetro corre! Nos vemos luego, guapa — y con eso se marcharon.

Mientras, en otra parte de Londres, Andrew se dirigía hacia la casa de la tía de Lucy. No se sentía cómodo haciéndolo, pero ya lo había hablado y no podía cambiarlo. Al menos había elegido a alguien de quien Connie no podría

ponerse demasiado celosa... ¿o sí? Si había aprendido algo con los años es que las mujeres eran muy impredecibles, en especial su ex mujer.

Le echó un poco atrás que Lucy abriera la puerta. ¿Qué hacía allí? Esperaba que su visita pasara desapercibida, en especial por parte de las amigas de Connie. Pero pensándolo de nuevo, ¿por qué no iba a estar en su casa? Lucy y su tía tenían una relación muy estrecha y era el cumpleaños de Agnes.

— Hola, Andrew. Pasa, por favor. Mi tía estará lista en un minuto.

— Gracias — dijo y entró al pasillo. Se sentía un poco avergonzado. Se arregló el nudo de la corbata y se sintió aliviado cuando apareció Agnes.

— Buenas noches — dijo y le dio un ramo de flores —. Feliz cumpleaños.

— ¡Qué amable! Son preciosas. Gracias — contestó mientras aceptaba el regalo —. Lucy, ¿podrías ponerlas en agua?

— Claro que sí — Lucy cogió las flores y Andrew ayudó a Agnes a ponerse la chaqueta.

— ¿Te puedo decir lo guapa que estás esta noche, Agnes? — hizo una pausa — He reservado una mesa en el Ritz, espero que te guste el sitio.

— Me encanta. El Ritz tiene un restaurante fantástico — intentó que sonara como si el Ritz fuera un sitio que frecuentara, aunque nunca en su vida había estado allí. Con el rabillo del ojo, vio la cara de Lucy y con la mirada le dijo que no se le ocurriera abrir la boca.

Una vez Andrew y su tía se marcharon, Lucy puso las flores en un jarrón. «*Cena en el Ritz*», murmuró para sí misma. «*Ojalá tuviera yo esa suerte*».

Connie se mordió el labio y miró el reloj. Iba a ser una noche larga. De alguna forma deseaba que Sadie no hubiera salido aquella noche. Al menos tendría alguien con quien hablar.

Andrew y Agnes estarían cenando en ese momento. Se preguntaba adónde la habría llevado. ¿Al Condrew? Esperaba que no y desplazó la idea a un pequeño rincón al fondo de su mente. Ese era *su* sitio: de ella y de Andrew. No llevaría allí a Agnes.

Andrew se había preparado para una noche larga y aburrida. Agnes tenía edad como para ser su madre. ¿De qué iba a hablarle? No sabía nada sobre ella. Bueno, no demasiado. Sus vidas eran mundos distintos. Cuando Sadie le propuso que le pidiera una cita a otra mujer de la agencia, no le gustó en absoluto la idea, hasta que vio a la tía de Lucy entre los clientes. Sí, era posible quedar con otra mujer y que Connie lo supiera y que a la vez no pensara que se la estuviera ligando. Pero podría significar que le esperaba una noche muy aburrida. Sin embargo, se llevó una grata sorpresa. Agnes era una mujer encantadora y agradable que le hizo reír constantemente.

Mientras, Agnes se lo estaba pasando como nunca. El restaurante era maravilloso, la comida era de otro mundo y Andrew hasta había pedido una botella de champán para celebrar su cumpleaños. Era una noche que jamás olvidaría y estaba deseando contárselo a sus amigas.

Cuando salió con Andrew de casa se había dado cuenta de que en los números veintisiete y veintinueve de la calle se movían las cortinas y que la señora Duffy, la del número treinta y tres, había abierto completamente la cortina para ver mejor lo que pasaba. La señora Duffy era la cotilla original del barrio y le encantaba husmear en la vida de los demás. Agnes tuvo la tentación de saludarla, pero se lo pensó mejor. Dejaría que la bruja esa pensara que no la había visto. Sin duda encontraría alguna excusa para llamar mañana por la mañana y averiguar dónde había estado y quién era ese hombre joven.

Miró su reloj y se sorprendió al ver lo tarde que era. Tendría que irse pronto. Qué pena. Se lo estaba pasando muy bien. Pero ya había vivido lo suficiente como para saber que todo lo bueno se acaba.

Capítulo dieciocho

A la mañana siguiente, en cuanto Connie abrió los ojos, cruzó los dedos y se propuso algo. Cada vez que se mencionara el nombre de Agnes o de Andrew, iba a desconectar completamente. Tiraría del enchufe, apagaría los oídos o enterraría la cabeza en la papelera si era necesario para evitar cualquier conversación sobre esas dos personas.

Pero como todos los propósitos, fracasó en cuanto entró en la oficina. Ella y Sadie apenas habían entrado por la puerta cuando Sadie le preguntó a Lucy cómo le había ido la cita a su tía.

Connie intentó con todas sus fuerzas parecer despreocupada. Se sentó en el escritorio y empezó a abrir el correo.

— Se lo pasó genial — dijo Lucy —. Parecía muy emocionada cuando me llamó esta mañana. Yo estaba allí anoche cuando Andrew la recogió. Le trajo un ramo de flores enorme. Le dijo a mi tía que había reservado mesa en el Ritz. Aunque ella intentó esconderlo, vi lo emocionada que estaba. Andrew también compró una botella de champán para celebrar su cumpleaños — hizo una pausa —. Era casi media noche cuando volvieron a casa. Me ha sorprendido que me llamara tan temprano esta mañana — sonrió —. Bueno, ¿cómo ha ido la página web?

Connie había intentado no oír a Lucy relatar la historia de la noche de su tía con Andrew. Se mantuvo sobre el escritorio abriendo el correo diciéndose a sí misma que no quería saber nada aunque, en el fondo, lo estaba deseando. Quería saber cada mínimo detalle.

Dio un suspiro silencioso cuando se enteró de que la había llevado al Ritz. Al menos no habían ido al Condrew. Pero la había llevado a casa. Claro que la había llevado a casa. Era una mujer mayor, ¿no? Ningún caballero dejaría que una dama volviera sola a casa a medianoche y Andrew era todo un caballero. Pero ¿qué pasó cuando la llevó a casa? ¿Entró y se tomó un café con ella? ¿Se quedó allí media noche sentado con ella? ¿Le enseñaría Agnes cómo tenía decorada la habitación? Quería hacer todas esas preguntas, demasiadas para su propósito.

Levantó la vista un momento y vio que Sadie la estaba observando.

— ¡Bueno! Parece que tu tía sí que se lo pasó bien anoche — dijo Sadie con la mirada fija en Connie. Podía leer claramente lo que estaba pensando y

sabía lo que había en su mente en ese momento —. ¿Invitó a Andrew a que se tomara un café con ella después?

Lucy se rió.

— Claro que no — frunció el ceño —. Bueno, no creo. Mi tía dijo que fue muy caballeroso hasta el final de la noche. Insistió en llevarla hasta la puerta de su casa y le dio un beso en la mejilla antes de entrar. Creo que me lo habría dicho si le hubiera hecho café.

— Qué dulce — dijo Sadie —. Andrew es un tío genial. Tu tía se lo tuvo que haber pasado genial anoche — suspiró —. Bueno, supongo que debemos volver a la realidad y ver qué pasó en la web anoche.

Sadie miró el libro de contabilidad que había en el escritorio, pero su mente estaba en otra parte. Necesitaba una excusa para salir de la oficina unos minutos y llamar a Andrew. Tenía que decirle que su plan estaba funcionando. Vale, Connie seguía con la cabeza agachada pensando que nadie se estaba dando cuenta de lo que estaba haciendo. Pero Sadie la estaba observando detenidamente y había detectado las señales: labios tensos, la breve pausa mientras abría un sobre cuando Lucy mencionó lo del champán, cómo cerró los puños cuando oyó que Andrew había acompañado a Agnes a casa. Connie podría decir lo que quisiera, pero Sadie sabía que estaba celosísima.

— Pareces un poco nerviosa, Sadie. ¿Estás bien? — Lucy interrumpió sus pensamientos.

— Sí... No — Sadie se puso la mano en la cabeza. La pregunta de Lucy le había dado la oportunidad de escabullirse unos minutos —. Me duele un poco la cabeza. Voy a acercarme a la farmacia.

— ¿Quieres que me acerque yo? — dijo Jenny — El calor que hace fuera no te hará ningún bien.

— No, gracias, yo puedo sola. Algo de aire fresco sí que me irá bien — Sadie cerró la puerta antes de que alguien la pudiera detener.

— ¿Soy solo yo o alguna más cree que Sadie últimamente se está comportando de forma un poco extraña? — Connie se acercó a la ventana y miró a la calle. Vio a Sadie a paso ligero por Oxford Street — Me pregunto qué se traerá entre manos.

— Ya lo tenemos. Definitivamente, está celosa. Estamos consiguiendo algo — Sadie apenas había salido del edificio cuando ya había marcado el número.

Aunque la secretaria de Andrew le había dicho que estaba en una reunión, no iba a rendirse tan fácilmente —. Es muy urgente — dijo desde el otro lado de la línea —. Ponme con él o atente a las consecuencias — «*Ya me sé todas las excusas*» pensó mientras daba golpecitos con el pie en la acera esperando que Andrew se pusiera al teléfono.

Andrew se acercó a la ventana de la sala de reuniones mientras Sadie le contaba cómo había reaccionado Connie. Escuchó atentamente y miró solo ocasionalmente al grupo de personas que había sentado en la enorme mesa ovalada. Aunque le dolía que Connie estuviera molesta porque hubiera quedado con otra mujer, no se podía creer que iba a volver con él. Era una mujer orgullosa, el tipo de mujer que nunca volvería. Si iba a recuperarla, necesitaba rebajarse, aunque ya lo había intentado. Había reservado una mesa en el Condrew, había alquilado su habitación especial para un futuro imprevisible y hasta casi se había arrodillado y le había suplicado que se quedara. Pero aun así se había vuelto en taxi a casa.

— Supongo que solo tengo que esperar a ver qué pasa — había gente escuchándole, así que tenía que cuidar lo que decía.

— Tienes que quedar con otra persona — contestó Sadie.

— No creo que sea buena idea — Andrew se quedó estupefacto. Si eso se tenía que convertir en costumbre, Connie podría empezar a hacer lo mismo y él seguro que no podría soportarlo. Podría incluso encontrar a un hombre que le gustara.

— Tienes que hacerlo, Andrew, al menos una vez más. Por el amor de Dios, sé un hombre. ¡No lo dejes ahora!

— Me lo tengo que pensar. Será mejor que me vaya, pero gracias por decírmelo — Andrew volvió a la mesa —. Lo siento — dijo señalando el teléfono —, pero era un tema urgente.

— ¿Te encuentras mejor? — preguntó Lucy cuando Sadie volvió a la oficina.

— Sí, gracias. Las pastillas están funcionando. Casi se olvida de comprar las pastillas para el dolor de cabeza y fue en el último momento. Incluso las había abierto y había sacado dos de la caja por miedo a que Jenny o Lucy lo vieran. Estaba ya cansada de tanta intriga y misterio. No valía para ser espía.

Más tarde Lucy anunció que había recibido dos correos. Miró hacia Connie antes de volver a mirar a la pantalla.

— Uno es de Andrew. Quiere una cita con... ¡Sadie!

— ¡Sadie! — espetó Connie — Estás de coña, ¿verdad?

— No. Eso dice.

Connie se llevó las manos a la cabeza y Lucy y Jenny se miraron sin saber qué decir.

Sadie, que estaba en el baño, volvió y se las encontró mirándose entre sí.

— ¿Qué pasa? — preguntó.

— Andrew ha pedido otra cita — dijo Lucy serenamente.

— ¿Y? — Sadie se encogió de hombros — ¿Qué pasa? — intentó sonar normal, pero por dentro estaba encantada, a la vez que algo sorprendida de que Andrew hubiera respondido tan rápidamente. Tenía sus dudas cuando colgó el teléfono hacía un momento — Es un alma libre — caminó hacia su escritorio —. ¿A quién quiere conocer?

— A ti — contestó Jenny antes de que Lucy pudiera decir nada.

Sadie se dio la vuelta.

— ¿A quién? ¿A mí? ¿¡En serio! — exclamó — ¿Ha pedido una cita conmigo? — se sentía totalmente confundida. ¿Cómo podía tener una cita con Andrew ahora que estaba en una relación seria con Michael? Por otra parte, ¿cómo iba a dejar tirado a Andrew, si la idea de quedar con alguien era cosa suya? Si no iba, seguramente no se lo pediría a nadie más — Vale — se pasó la lengua por el labio inferior —. ¿Dónde quiere que quedemos? Me cae bien Andrew, nos lo pasaremos bien.

— ¿Vas a ir en serio? — Connie levantó la vista rápidamente. Notaba cómo se ponía roja de ira.

— Claro, ¿por qué no? — Sadie se encogió de hombros — Si a ti te da igual.

— Pregunta que si te viene bien esta noche — dijo Lucy.

— Esta noche — repitió Sadie —. ¿Quiere quedar conmigo esta noche? — levantó la vista, miró al techo y respiró hondo. ¿Cómo iba a explicárselo a Michael? Iba a quedar con él esa noche.

— Vale, dile que sí — dijo al darse cuenta de que Lucy estaba esperando una respuesta —. Pregúntale que adónde me va a llevar — añadió. Andrew no era el típico que iba a discotecas, así que no sabía qué podría ponerse. Ya le había pedido dos veces la ropa a Jenny y la ropa de Connie le iba a quedar demasiado grande. Aunque podría pedirle algo a Connie para una cita con su ex marido, aunque tuvieran la misma talla, sería duro, ¿o no? Connie y Andrew

estaban divorciados. No debería importarle a menos que estuviera celosa lo que, después de todo, era el objetivo de esa cita.

Pero en ese momento, tenía un problema mayor. Tenía que ponerse en contacto con Michael y explicarle lo que pasaba. La iba a recoger a las siete. Entre ahora y ese momento, tenía que decirle que no. Eso significaba que tenía que buscarse otra excusa para salir de la oficina. No podría hablar tranquilamente con Connie escuchándola. La cosa se estaba volviendo más complicada de lo que pensaba. ¿Dónde se había metido?

Se puso en pie.

— ¡Necesito otro pintalabios! — expuso — El que compré ayer no me pega para salir con Andrew. Es demasiado... demasiado... — hizo gestos con las manos — demasiado gótico — no le dio la oportunidad a nadie de decir nada. Cogió el bolso y se fue por las escaleras.

— Eso ha sido un poco repentino, ¿no? — Jenny miró la puerta.

Lucy sacudió la cabeza.

— Lleva todo el día entrando y saliendo como el codo de un violinista. Me preocupa.

— ¿No has dicho que había dos correos? — preguntó Connie — ¿De quién es el otro?

— Sí. Se me ha olvidado con tanta emoción — contestó Lucy —. Es de Brian Lomax. Me pregunto a quién habrá elegido esta vez.

— ¿Eres tú, Michael? — Sadie esperaba no meterlo en problemas por recibir llamadas mientras estaba trabajando. Tendría que hablarlo con él la próxima vez que quedaran. Pero tenía que evitar que llamara a casa de Connie aquella noche para recogerla — Ha pasado algo. No puedo quedar esta noche — cuando le contó el motivo, hubo una larga pausa —. ¿Sigues ahí? — preguntó.

— Sí, sigo aquí.

— Tengo que salir con Andrew. ¿Te acuerdas de que te conté que estaba intentando que él y Connie volvieran juntos? Pues el plan está funcionando. Connie está empezando a inquietarse — hizo una pausa —. Anoche llevó a la tía de Lucy al Ritz y le he dicho que tenía que fijar otra cita. Pues bien, lo ha hecho, y esta vez me ha elegido a mí. Lo entiendes, ¿verdad? A ver, no hay nada entre nosotros — no hubo respuesta.

Se mordió el labio. ¿Le molestaba la idea? ¿Cómo se había metido en esa situación? Michael era la primera cosa buena que le había pasado en mucho tiempo y no quería perderlo. Apartaría a Andrew antes de echar a perder su relación con Michael. De repente se le ocurrió algo.

— Michael, ¿por qué no vienes con nosotros? Connie no lo sabrá, pensará que estoy solo con Andrew. Podemos ir a algún sitio a cenar. Evidentemente Andrew tendrá que venir a recogerme porque Connie estará allí para despedirme, pero podríamos quedar en el restaurante. ¿Qué te parece?

— Vale. Sin problema. Es una pena no poder volver a ver a tu verdadera tú esta noche — se rió.

— Y yo estaba deseando enseñarte más modelitos — dijo Sadie y se rió —. Ahora voy a llamar a Andrew y a ponerlo en situación. Una vez sepa dónde vamos, te mando un mensaje y nos vemos allí — la cosa se complicaba por momentos. Le estaba entrando hasta dolor de cabeza.

Llamó al trabajo de Andrew.

— Coge el maldito teléfono, Andrew — gritó al ver que había dado varios tonos. Pasaron varias personas por su lado y sonrió brevemente antes de volver a centrar su atención en teléfono. Por fin oyó un clic y Andrew se puso al otro lado de la línea. Rápidamente le explicó lo que estaba pasando.

Tal y como esperaba, no le importó que Michael fuera con ellos al restaurante. De algún modo se sintió aliviado. Si el plan salía mal, podría decirle a Connie que una tercera persona estuvo con ellos todo el tiempo. Aun así no se podía creer que estuviera aceptando consejo matrimonial de Sadie, pues de todas las personas que conocía, ella era la más chiflada. Seguía sin entender del todo cómo ella y Connie podían ser tan amigas. No tenían nada que ver. Sadie era del East End de Londres. Sus padres eran muy trabajadores. Los conoció hacía algunos años. Eran buenas personas y notó rápido que era gente que decía las cosas cómo las pensaba, sin pelos en la lengua. Sadie era exactamente igual. No se andaba con finuras. Por el contrario, la familia de Connie era de bien. Había ido a las mejores escuelas y conocido a la gente adecuada. Pero eso no quería decir que fuera una pija. Sabía comportarse en todas las ocasiones y relacionarse con todo tipo de personas. Eso era una de las cosas que le encantaban de ella.

Cuando Sadie terminó de hablar con Andrew, le envió un mensaje a Michael con toda la información antes de sentarse en una cafetería. ¿Por qué su vida se había complicado tanto de repente? Antes sencillamente se dejaba llevar por la brisa de un día de verano. Le gustaba que las cosas fueran así y solo implicarse cuando le conviniese pero ahí estaba ella, engañando a una de sus mejores amigas metiéndose en sus problemas matrimoniales. Aunque para ser justos solos intentaba ayudar. Sin embargo, solo parecía hundirse cada vez más en la mierda durante el proceso.

Vio un camarero dirigiéndose hacia ella, así que se levantó rápidamente y volvió a la oficina.

— ¿Me he perdido algo? — preguntó Sadie al volver a la oficina.

— Sí — dijo Jenny — ha habido bastante lío mientras estabas fuera. Hemos recibido otro mensaje de Brian Lomax, quiere quedar con la tía de Lucy.

— Pero eso es bueno, ¿no? ¿Cuál es el problema?

— Pues que no sé si me gusta la idea — dijo Lucy antes de que Jenny pudiera contestar —. Ha pedido conocer a muchas mujeres, todas más jóvenes que él y ahora, de repente, quiere conocer a mi tía.

— No es tan de repente, ¿verdad? — dijo Sadie — ¿No es lo que le habéis dicho? Que se busque a una mujer de su edad. ¿Se lo habéis dicho ya a tu tía? — preguntó Sadie — Es su decisión ¿no?

— Es lo que yo le he dicho — dijo Connie —. Bueno, le hemos enviado un mensaje a Agnes y estamos esperando a ver qué dice.

El ordenador volvió a sonar.

— Dos mensajes — dijo Lucy —. Uno es de mi tía. Dice que acepta.

— Bien — Sadie aplaudió —. ¿Y de quién es el otro?

Lucy miró a la pantalla.

— Ann Masters. Sigue con lo del tío que no apareció. No sé qué quiere que hagamos, si ni siquiera fue ella la que pagó la cita, fue él.

— Olvidalo — dijo Connie —. No podemos hacer nada. Además, alguna razón habrá para que el tío no se presentara.

— Volviendo al tema de tu tía, va a quedar con el tío ese, ¿eh? — se rió Sadie.

— Eso parece — Lucy frunció el ceño.

Sadie estaba un poco sorprendida con la actitud de Lucy.

— ¿Qué tienes en contra de ello? Puede ser un tío guay. ¿Dónde la va a llevar y cuándo?

— La recoge mañana a las siete. Van a cenar en Anthony's — Lucy vaciló —. Me preocupa que le guste y que se quede con él para siempre.

— ¿Y qué si lo hacen? Buena suerte para los dos es lo que les podemos desear. A tu tía le vendría bien alguien en su vida dices tú — Sadie se sentó —. ¿Qué problema hay?

Lucy pasó los dedos por el teclado hacia delante y hacia atrás.

— Estoy pensando en mi tío. ¿Qué pensaría si siguiera vivo? Mi tía y él estaban muy bien juntos. Se adoraban. ¿Debería salir con otro hombre?

— Lucy, tiene que seguir con su vida. Si tu tío siguiera vivo, ella no estaría pensando en tener una cita ni se habría apuntado a la agencia — Sadie suspiró —. Tu tía sabe que nunca nadie ocupará el lugar de tu tío pero, por el amor de Dios, ella sigue viva e intenta seguir con su vida. ¿Quieres que pase sola el resto de su vida porque tú pienses eso? — paró de repente y agitó la cabeza. Notó que podría generar una discusión. Normalmente le habría dado igual y habría seguido dando su opinión la quisiera o no. Sin embargo, Lucy era su amiga y compañera de trabajo. Además, haber pasado media hora al teléfono intentando arreglar sus problemas para esta noche la había hecho terminar diciendo más cosas de las que debería — Bueno, dejémoslo.

Connie asintió. Quería decir algo parecido cuando Lucy estaba quejándose de ello antes. Vale, había encontrado las palabras, pero habría tenido demasiado tacto y no habría llegado tanto a Lucy. Sadie siempre sabía dar justo donde dolía.

Lucy volvió al ordenador. Sabía que Sadie sabía que tenía razón. Su tía se merecía algo de diversión. Había cuidado muchos años de su marido antes de que muriera. ¿Pero y si elegía a la persona equivocada?

Y, ¿quién era Lucy para juzgar a nadie? Había tomado una mala decisión al casarse con Ben. Su madre y su tía Agnes querían que esperara a que se le pasara el enamoramiento. Pero ella había sido testaruda, les dijo a las dos que se equivocaban y se casó con ese hombre horrible. Había sido una pérdida de tiempo y un maltratador.

— ¿Alguien quiere un café? — Jenny rompió el silencio y encendió la cafetera.

— Sí, por favor — Lucy levantó la vista y miró a Sadie —. Sí, sé que tienes razón, es que no quiero que cometa errores.

— No lo hará — se rió Sadie —. Tu tía es una mujer fuerte. Seguro que le dice a Brian lo que piensa cuando salgan — le dio a Connie un golpecito en el hombro —. Bueno, ¿qué quieres que haga ahora?

Capítulo diecinueve

Sadie decidió ponerse uno de sus vestidos aquella noche. Después de todo su cita de verdad era con Michael. La presencia de Andrew era solo para poner celosa a Connie. Iban a ir a un restaurante bonito. No era un sitio demasiado formal, pero sabía que sería elegante, así que eligió una de sus indumentarias menos extravagantes.

— Ha llegado el coche de Andrew — dijo Connie desde el piso de abajo.

— Vale, ya estoy casi lista — Sadie se sentó en la cama y esperó a que Andrew llamara al timbre. En realidad llevaba ya lista un rato, pero quería que Connie abriera la puerta. Le vendría bien ver a Andrew de nuevo, aunque solo fuera brevemente. Con Jenny de compras por Oxford Street, solo ella podía hacerle pasar.

— Pasa. Sadie sigue arriba — sonó la voz de Connie desde abajo —. No sé qué está haciendo pero lleva horas ahí arriba.

En cuando Sadie oyó a Andrew y a Connie en el salón, se acercó a las escaleras. El plan era dejarlos solos unos minutos pero, al mismo tiempo, no quería perderse nada.

Abajo, Andrew cambió el peso de un pie al otro. Esperaba ver a Connie cuando recogiera a Sadie. Había pensado muchísimo qué le diría. Sin embargo, cuando abrió la puerta, su discurso bien ensayado se le fue de la mente.

— Te veo muy bien, Connie — fue lo mejor que se le ocurrió decir.

— Gracias — contestó Connie —. Tú también — se sentó y cogió el periódico. En realidad no lo estaba leyendo. No le interesaban las noticias ya. Todas las páginas eran iguales. Pero quería que Andrew pensara que no le importaba lo más mínimo que él quedara con otras mujeres.

— Espero que no te importe que salga con Sadie esta noche. No te molesta, ¿verdad?

— ¿A mí? ¿Molestarme? No, claro que no. ¿Qué te hace pensar eso? — Connie agitó el periódico y se tomó su tiempo para pasar la página.

— ¿No te importa entonces que venga aquí a recogerla? No te molesto, ¿verdad? Andrew se arregló la corbata, algo que siempre hacía cuando estaba en una situación incómoda.

— Me da igual lo que hagas. ¿Qué te hace pensar que me molesta?

— Nada — dijo Andrew —. Nada de nada — sonrió —. Excepto que tienes el periódico al revés.

Le dio la vuelta al periódico y cerró los ojos. Se sintió idiota. Quería que Andrew pensara que no le importaba nada. Hasta había intentado hacerse a la idea de que le daba igual lo que hiciera. Pero sí que le importaba. Le importaba muchísimo. Ya había sido bastante malo cuando quedó con la tía de Lucy. Sadie lo haría reír. Sadie... No quería pensar más en lo que Sadie podría hacer. Quería parar esos pensamientos que le rondaban la mente. Levantó la cara y las lágrimas le asomaban por los párpados y le rodaban por las mejillas. Amaba a Andrew y nunca amaría a otro hombre como lo amaba a él. Quería rodearlo con sus brazos y... se le volvió a venir la zorra esa a la mente. Esa desgraciada que siempre aparecía entre ellos.

— ¿Estás bien? — Andrew se puso en cuclillas delante de ella — ¿Quieres que llame a Sadie? — le cogió la mano y se le arrugó la cara con marcas de preocupación.

— ¡No! Connie abrió los ojos y cogió un pañuelo — ¡Estoy bien! — pero no estaba bien. No estaba nada bien. Sadie bajaría en unos minutos y los dos se marcharían en la oscuridad de la noche dejándola triste y sola. ¡Maldita Sadie! ¡Maldita zorra por empezar todo esto!

Andrew tragó saliva. Deseó no haber aparecido aquella noche. No tendría que haber quedado con Sadie para empezar, pero ir a recogerla era una mala idea. Connie estaba fatal.

Sadie estaba sentada al final de las escaleras escuchando todo lo que ocurría. El plan estaba funcionando mejor de lo que esperaba. ¿Había algo que pudiera hacer para empujar a Connie a admitir que había cometido un error? Entonces tuvo una idea brillante. Sacó varios vestidos del armario y los puso encima de la cama hasta que al fin encontró lo que estaba buscando. Se quitó el vestido que llevaba y se puso algo distinto. Se miró al espejo y decidió que necesitaba ponerse algo más, así que empezó a buscar en los cajones.

— ¡Ya está! — dijo mirando su reflejo en el espejo — Perfecto.

Cuando bajó al salón se encontró a Connie mirando al suelo y a Andrew en cuclillas delante de ella.

— Estoy lista — dijo Sadie cuando entró —. ¿Qué tal estoy? — giró sobre sí misma.

— Estás muy — Andrew se quedó boquiabierto y tragó saliva — guapa.

— ¡Oh, Dios mío! — Connie se encontró que Sadie llevaba una falda llamativa roja, negra y blanca de rayas cortísima. Era pegada y tan la llevaba tan alta que casi podía verle las braguitas. La había conjuntado con una camiseta negra y amarilla y un foulard rosa fluorescente que le caía por un hombro. De las orejas le colgaban unos pendientes enormes negros y dorados. Para terminar, llevaba una chaqueta naranja chillón en el brazo.

— Por el amor de Dios, Sadie. No puedes ir a un restaurante bueno vestida así — miró a Andrew —. No querrás que te vean con ella vestida así, ¿no?

— Claro que sí. Andrew necesita algo de emoción en su vida — Sadie se acercó al espejo y se miró —. De todas formas, ¿qué tiene de malo?

— ¿Querrás decir qué tiene de bueno? No es lo que uno se suele poner para ir a Benedict's. Y esos tacones son demasiado altos. No puedes ni andar con ellos. Vas a poner a Andrew en ridículo.

— ¿Y a ti qué te importa? — contestó Sadie con arrogancia. No se giró y siguió mirándose en el espejo — Andrew, ¿me pongo mejor el foulard blanco y negro con esta ropa o este que llevo me queda bien? Quería algo que alegrara un poco mi indumentaria — vio el reflejo de Connie y se alegró de su cara de horror.

— ¡No, no! Déjate de foulard — Connie se levantó — Andrew, vas a ser el hazmerreír.

— Ya no te interesa Andrew, así que ¿por qué te importa tanto lo que él y yo hagamos o nos pongamos? — se giró — Si crees que no voy lo suficientemente bien vestida como para ir a Benedict's con Andrew, entonces ¿por qué no te vas *tú* con él?

Connie se quedó mirando a Sadie un momento.

— No estoy arreglada — murmuró. Seguía llevando la ropa que se había puesto para la oficina.

— Seguro que Andrew te esperará — el tono de Sadie fue brusco. Necesitaba que Connie creyera que estaba molesta por haberse metido con lo que se quería poner —. Pero si no te interesa, entonces nos vamos — miró a su alrededor —. Se me ha olvidado el bolso, espera un segundo.

— Por favor, dime que no te vas a llevar esa cosa enorme que usas cuando te vas de compras — suplicó Connie.

— ¿Por qué no? Tiene rayas. Va a juego con la falda. Te lo voy a enseñar, Andrew — Sadie subió corriendo las escaleras hasta la habitación y se acercó al subir para escuchar lo que Connie decía.

— No me importa esperar a que te cambies, Connie — Andrew le cogió la mano.

Connie miró a Andrew a los ojos. Estaban rogando que le dijera que sí. Ni siquiera ella querría que la vieran con Sadie esa noche. Su ropa era demasiado extravagante. No, era más que eso, era espantosa. Sonrió.

— Estaré lista lo antes posible — casi había llegado a la puerta cuando pensó en Sadie —. ¿Y qué pasa con Sadie? Se va a enfadar muchísimo conmigo.

— Ve y cámbiate, yo hablaré con Sadie y lo arreglaré — Andrew sonrió y su ex mujer salió de la habitación.

En cuanto Sadie oyó a Connie cerrar la puerta de su habitación bajó las escaleras corriendo. Se puso algo un poco menos llamativo al ver cómo transcurrían las cosas. Vale, le gustaban los colores llamativos, pero ni siquiera ella se pondría algo así.

— Bueno — sonrió —. ¿Cómo vas a hacer que no me enfade?

— Algo se me ocurrirá — se rió Andrew.

— Me voy a buscar a Michael. Voy a llamar a un taxi. ¿Reservaste para tres en Benedict's? Si lo hiciste, cancela uno de los sitios antes de que Connie se entere.

— No, dejé la reserva para dos. Estaba seguro de que podrían encontrar una silla más — Andrew hizo una pausa —. Gracias Sadie — le dio un beso en la mejilla.

— Me voy antes de que Connie baje y vea que me he cambiado. Dile que me he ido de fiesta o algo así. Voy a dar un portazo para que piense que estoy enfadada. Hasta luego, Andrew. Pásatelo bien.

Sadie se apresuró hasta el final de la calle y sacó su teléfono móvil.

— Cambio de planes, Michael — dijo —. Luego te cuento — paró un taxi que pasaba —. ¿Dónde quedamos?

— ¿He escuchado la puerta cerrarse? — Connie ya se había cambiado y bajó las escaleras.

— Sí, Sadie me ha dicho que te diga que se ha ido de fiesta.

Connie puso mala cara.

— Ese es un sitio mejor para esa ropa — suspiró —. Vámonos o nos van a quitar la mesa — antes de irse dejó una nota para Jenny diciéndole dónde estaban.

— No esperaba salir esta noche, así que es una bonita sorpresa — dijo Connie cuando Andrew aparcó detrás del restaurante.

— Para mí es una bonita sorpresa también — sonrió.

— ¿Qué te ha hecho decidir querer traer a Sadie aquí? Ya sabes lo que suele ponerse.

— Pensé que un poco de tu gusto por la moda se le podría haber pegado al estar viviendo contigo ahora — se rió. Sabía que no era algo sencillo cambiar la forma de vestir de Sadie. Pero tenía que llevarla a algún sitio bueno. Las citas se hacían a través de la agencia y Connie sabía que Andrew no era fan de discotecas ni pubs.

Cogió el brazo de Andrew cuando entraron en el restaurante. Le gustó la sensación de volver a estar con él. Respiró hondo. Tenía que intentar olvidarse de la zorra esa y disfrutar de la noche.

Capítulo veinte

Cuando Sadie llegó a casa, todo estaba en silencio. Subió las escaleras y encontró a Jenny dormida. Se puso el pijama y se acercó a la habitación de Connie. La cama estaba vacía.

Quiso volver a su habitación, pero estaba demasiado alterada como para dormirse. Había pasado otra noche increíble con Michael y sintió la necesidad de relajarse un poco antes de irse a la cama. Quizá una taza de chocolate la ayudaría un poco.

Mientras esperaba que se calentara la leche, recordó la noche. Ella y Michael perdieron la noción del tiempo en la discoteca Zak. Cuando ya estaban sin aliento se dieron cuenta de lo tardísimo que era. ¿Por qué no conoció a Michael antes de casarse con Alex? Su vida habría sido muy distinta. Podría estar viviendo en una bonita casa en las afueras e incluso tener un par de hijos. Michael sería un marido encantado y un padre envidiable. Con ese pensamiento echó la leche caliente en la taza de chocolate y se sentó en una silla.

Y eso podría pasar. Si él sentía por ella lo que ella sentía por él... sí, podría pasar. Ella todavía tenía edad para tener hijos. Siempre había querido ser madre y sabía que su madre estaba deseando tener nietos.

Era Alex quien no quería «*egoísta cabrón*», murmuró y dio un puñetazo en la mesa. Su estúpida excusa era que los niños se entrometerían entre ellos, pero se dio cuenta demasiado tarde de que el problema era que ella tendría que dejar su trabajo y que tendría que dejar de ser un vago y buscarse un trabajo decente.

Michael era totalmente diferente. Era educado, amable y se le iluminaba la cara cuando la veía. Durante un momento Sadie se entristeció al acordarse de que su mujer había muerto de Cáncer. La gran C, como la llamaba John Wayne. Michael le había contado que había estado con su mujer hasta el último momento.

Sadie rodeó la taza con las manos y recordó lo que le gustó que lo llamara para decirle que quedarían los dos solos al final. Luego, cuando le explicó lo que había pasado, se alegró de que Connie y Andrew pudieran volver a estar juntos.

— La vida es muy corta como para ser rencoroso — le dijo —. Lo que está en el pasado, se debe quedar en el pasado. Connie tiene que seguir adelante — luego le sonrió dulcemente antes de seguir —. Eres un poco celestina, ¿no? ¿O quizá en este caso mediadora?

Miró y vio que tenía los pies hinchados. Había bailado toda la noche y no los sentía. Pero ahora estaba cómoda en una silla y empezaban a molestarle. A Michael le encantó su ropa. Aunque no era tan extravagante como lo que se había puesto para enfadar a Connie, era muy distinta a lo que se había puesto en las dos primeras citas.

No habían podido hablar mucho porque la música estaba alta, pero de vuelta a casa en el taxi, Michael la besó. Fue un beso cálido y dulce, el tipo de beso que te deja con ganas de más. Se tocó los labios. Todavía notaba el hormigueo de sus labios en los suyos. Y entonces, cuando ya la había despedido en la puerta, la volvió a besar y le dijo que la llamaría al día siguiente.

Sadie se terminó el chocolate caliente y miró al reloj. Era muy tarde y Connie no había llegado aún. Estaba tardando demasiado.

Benedict's era un restaurante increíble. La comida allí siempre estaba buenísima y muy bien presentada. Solo tenía un inconveniente: no tenía la intimidad del Condrew. Connie se sentía como en casa en el Condrew. Estuvo a punto de pedirle que cancelara la reserva de la cena e ir allí. Pero quizás Andrew no se habría sentido cómo allí, en especial después de lo que pasó la última vez.

En el camino al restaurante, Andrew decidió ir con cuidado. No iba a decir ni hacer nada para tomarse las cosas con prisas. Al principio se le había pasado por la cabeza cancelar la reserva de Benedict's e ir al Condrew. Pero al recordar su última visita allí, rápidamente se le fue la idea de la mente.

— ¿Quieres bailar? — preguntó. El restaurante tenía una pequeña pista de baile y la banda estaba tocando un vals.

Connie sonrió.

— Sí, por favor — susurró.

Se sintió muy bien en los brazos de Andrew otra vez. Había pensado mucho en él durante la última semana aunque no quería. Pero, ¿cómo podía no pensar en él si su nombre salía en la oficina casi todos los días y para ella era

como si le clavaran un cuchillo no estar con él? Pero entonces el espectro de la zorra esa aparecía de una nube oscura y le recordaba a Connie que seguía allí rondando entre ellos.

— Gracias por venir conmigo esta noche — Andrew sonrió —. No sé qué habría pasado si Sadie se hubiera presentado aquí con esa ropa.

— Sadie tiene muy mal gusto para vestir. Cuando fueron a la inauguración todas hablaron con Sadie para preguntarle qué era lo que iba a ponerse. Creo que hasta estaba empezando a acomplejarse, si es que Sadie es capaz de acomplejarse. Por suerte para nosotras, Sadie no se enfadó, sino que se compró algo razonable. Bueno, casi razonable. Su vestido era tan pegado que casi no podía ni andar — se rió —. No te voy a contar lo que le pasó de camino al Royale, pero basta decir que le dio el viaje de su vida al conductor del autobús — Connie echó un vistazo alrededor de la elegante sala. La mayoría de la gente iba vestida de gala —. El *maître* la habría echado... y a ti también — se rió —. Aunque le habría dado igual. Se habría levantado, habría ido al micrófono y les habría dicho a todos lo que pensaba antes de irse. Pero te habría hecho quedar mal porque aquí traes a tus clientes, ¿verdad?

— Sí, pero no ha pasado porque me has salvado el día y la reputación — Andrew se mordió el labio. No tenía por qué haber dicho eso. Le recordaría a Connie su indiscreción justo cuando la noche iba tan bien.

Sin embargo, Connie sonrió. Ella estaba tan feliz en ese momento que nada se lo iba a estropear.

Las horas pasaron muy deprisa y la banda se puso a tocar el último vals. La pista de baile se llenó y Connie se acercó a Andrew y se alejó al ritmo de la música.

— Eso ha sido todo, por desgracia — dijo Andrew cuando la banda tocó el último acorde —. Espero que hayas disfrutado la noche.

— Claro que sí — murmuró Connie, triste porque se hubiera acabado todo. Había muchas cosas que quería decirle a Andrew, pero de algún modo el tiempo había pasado demasiado deprisa. Habían hablado sobre la agencia de citas y el trabajo de Andrew, entre otros muchos temas, pero habían evitado los temas reales, como lo que sentían el uno por el otro y qué iban a hacer al respecto. ¡No! ¡Mal! Lo que *ella* iba a hacer al respecto. Andrew ya había intentado con todas sus fuerzas que ella volviera a su vida —. Ha sido maravilloso Andrew. Ha sido como... en los viejos tiempos.

— Pues sí — Andrew suspiró. Como en los viejos tiempos, solo que ahora la dejaría en su casa. Sus pensamientos se fueron a la habitación del Condrew.

Todavía les estaba esperando, si tan solo... pero no era el momento correcto. Quizá después de más cenas y más vino... mucho más vino.

— Me preguntaba... — Connie le interrumpió sus pensamientos. Dudó.

— ¿Qué te preguntabas? — preguntó Andrew.

— No. No era nada — Connie sacudió la cabeza mientras se ponía la chaqueta. ¡Lo estaba haciendo otra vez! Se paró un momento. ¿Por qué no podía decir lo que quería decir y terminar con todo eso? — Solo que... me preguntaba si te gustaría que nos tomáramos una copa en el Condrew para redondear la noche — miró su reloj —. Pero quizás es demasiado tarde. Mañana trabajas por la mañana temprano.

— Me parece bien tomarnos la última en el Condrew — contestó Andrew rápidamente —. Si nos damos prisa podemos llegar al bar antes de que cierre — se preguntaba qué le había dado la idea, pero no iba preguntarlo. Podría estropear el momento.

Había poca gente en el bar del Condrew. La mayoría de los huéspedes se habrían ido seguramente a dormir.

— Me temo que vamos a cerrar, señor. A menos que, por supuesto, se quede en el hotel.

Andrew estaba a punto de decirle que no, pero Connie se le adelantó.

— Sí, pasamos la noche aquí — dijo —. Yo tomaré un *gin-tonic*. ¿Qué quieres tú, Andrew?

Durante el corto trayecto hasta el Condrew, Connie se preguntaba si estaba haciendo lo correcto. Su corazón le decía que sí. De hecho, su corazón estaba en éxtasis latiendo a mil por hora diciéndole que era lo mejor que podía hacer. Era su cabeza la que le traía problemas al recordarle constantemente el error de Andrew, diciéndole que tenía que superar lo de Andrew y seguir adelante. ¿Pero seguir adelante adónde y con quién? Ningún otro hombre superaría a Andrew.

Sadie tenía razón, era un hombre muy sexy. Bueno, no había usado exactamente esas palabras. ¿Qué era lo que había dicho en realidad? Guapo y viril, eso era. Pero era lo mismo, ¿no? Así que ahora era el momento de hacerse a la idea. O tomarlo o dejarlo lo que, básicamente, significaba que tenía que levantar la cabeza y olvidarse de la zorra esa, o sacar a Andrew de su vida para siempre.

Su comentario pilló a Andrew por sorpresa, aunque él intentó ocultárselo al camarero.

— Ponme un whisky de malta — llevó a Connie a una mesa en la esquina
—. ¿Lo has dicho en serio o lo has dicho para tomarte una copa?
— No lo sé — Connie sacudió la cabeza —. A ver cómo va la cosa, ¿no?

Capítulo veintiuno

Jenny le dio a Sadie un empujón. Acababa de abrir los ojos y vio que ya eran las nueve y media.

— ¡Despierta, Sadie! Nos hemos quedado dormidas — se levantó de la cama de un salto y corrió al baño. Solo se paró un segundo en la puerta de Connie al pasar —. ¡Despierta! Nos hemos dormido.

Sadie se giró y miró el reloj. No podía ser ya por la mañana. Parecía que había cerrado los ojos hacía solo unos minutos.

— Voy a hacer algo de café mientras te duchas — dijo mientras salía de la cama —. Me pido el baño después, Connie — añadió cuando pasó por la puerta de Connie —. Así que no te me cueles.

Cuando Sadie puso las tazas y la cafetera, volvió a subir las escaleras y vio a Jenny salir del baño.

— ¿Has visto a Connie?

— No — contestó Jenny —. Pero cuando estoy en la ducha no oigo nada.

Sadie pegó en la puerta de Connie antes de entrar.

— No está aquí — sonrió. Si Connie estaba donde creía que estaba, su plan había funcionado de verdad.

— ¿Crees que está bien? — preguntó Jenny y frunció el ceño — Podría haberle pasado algo.

— ¿No leíste la nota que te dejó Connie? Estaba en la mesa. Salió con Andrew. La vi anoche cuando llegué.

— No, creía que había salido con algunos amigos. Bueno, ¿no eras tú la que salía con Andrew?

— Sí pero... al final no — Sadie decidió elegir sus palabras con cuidado. Jenny no sabía su plan de conseguir que Andrew y Connie volvieran juntos y no tenía intención de contárselo en ese momento —. Andrew estaba aquí cuando bajé anoche. A Connie casi le da un ataque cuando vio lo que llevaba puesto así que... — hizo una pausa. La expresión de Jenny pasó de preocupación a confusión — Déjalo. Es complicado.

— Todo lo que tiene que ver contigo es complicado — dijo Jenny volviendo al dormitorio que compartía con Sadie. De repente se paró y se dio la vuelta al repasar lo que Sadie estaba intentando decir —. Por favor, dime que no te ibas a poner una de tus indumentarias para salir con Andrew — una

sola mirada a Sadie bastó para decirle que tenía razón. Juntó las manos y se las llevó a las mejillas —. ¡Lo hiciste! ¡Oh, Dios! Te ibas a poner algo fuera de lugar. No me extraña que Connie se volviera loca — su cara de horror cambió a una risita y se quitó las manos de la cara —. Estás como una cabra. ¡Dios! Ojalá hubiera estado aquí.

Sadie agradeció que Jenny no estuviera allí. Todo había funcionado porque ella no estaba para abrirle la puerta a Andrew cuando llamó. Miró el reloj.

— Me voy a la ducha. Hablamos luego — se escapó de esa situación incómoda por el momento.

— ¿Dónde estabais? — Lucy estaba sola en la oficina cuando Sadie y Jenny llegaron por fin — La cosa se está descontrolando — señaló al ordenador —. El teléfono tampoco ha parado de sonar. Llevo todo el rato sin parar — miró detrás de las dos chicas —. ¿Dónde está Connie?

— Salió con Andrew anoche y todavía no ha vuelto a casa — contestó Jenny.

— Pero pensaba que Sadie era la que salía con Andrew.

— Sí. Parece que sí pero al final no — Jenny suspiró. No empecemos con eso.

— Basta decir que mi atuendo no terminó de agradar a Connie — interrumpió Sadie —. ¿Abro el correo?

En ese momento volvió a sonar el teléfono y Sadie lo cogió.

— Hola, soy yo — era la voz de Connie —. Sé que no aviso con tiempo, pero me voy a tomar unas horas libres.

— Vale, sin problema. ¿Pero exactamente cuántas horas te vas a...?

— Veinticuatro — interrumpió Connie —. Seguro que os las arregláis — colgó sin decir nada más.

Sadie intentó controlar la emoción. Si tenía razón, Connie y Andrew habrían ido al Condrew anoche e iban a pasar el día allí. Todo iba según el plan. *Ahora depende de ti, Andrew*, pensó y abrió otra carta. *¡Y por el amor de Dios no la lées!*

— ¿Quién era? — preguntó Lucy.

— Era Connie. Ha decidido librar hoy unas horas — sonrió —. Le ha surgido algo.

Connie miró a Andrew. Seguía durmiendo. Sintió la tentación de despertarlo, pero decidió no hacerlo. ¿Por qué no dejarlo disfrutar de esa mentira? En vez de eso, volvió a sus pensamientos y se puso a recordar la noche anterior.

Esa noche, en el bar, se bebieron tranquilamente las copas sin decir nada. Uno por uno el resto de huéspedes se retiraron a sus habitaciones y solo quedaron ellos dos. El camarero, que seguía secando los vasos, seguía mirando de forma sospechosa hacia ellos. Evidentemente pensaba que no eran huéspedes y que habían mentido para que les sirvieran las bebidas.

Al final se acercó a ellos y les preguntó:

— ¿Les traigo algo más?

De nuevo contestó ella.

— Sí. ¿Podría subir una botella de champán a la habitación ciento nueve? — le sonó forzado hasta a ella. El camarero seguramente pensó que estaban casados y engañando a sus parejas.

Andrew, que estaba jugueteando con su vaso vacío, levantó rápidamente la vista. Una vez el camarero se apartó, se acercó a la mesita y le cogió la mano.

— ¿Estás segura? — le preguntó en voz baja.

Ella asintió y se acercó a la zona de recepción que estaba cerca de las escaleras y dejó que Andrew pagara la cuenta. Se giró y vio al camarero sonreír cuando le dio un par de billetes. Andrew siempre era generoso.

En cuanto entraron en la habitación, ella fijó los ojos en la cama, esperando ver la imagen de la zorra esa persiguiéndola. Pero para su tranquilidad, lo único que vio fueron unas sábanas blancas y limpias. Andrew la acompañó dentro de la habitación y la abrazó. Allí se quedaron de pie, inmóviles, hasta que alguien llamó a la puerta para indicarles que el champán había llegado.

Andrew abrió el corcho, llenó las dos copas y le dio una. Salieron al balcón y disfrutaron de las luces del tráfico nocturno. Observó a Andrew mientras daba sorbos al champán. Era evidente que no estaba muy seguro de qué decir ni qué hacer, pero no tuvo que decir nada, su mirada lo decía todo. Miró al dormitorio y luego a la cama, en parte esperando ver a la zorra esa materializarse entre las sábanas. Pero no, no ocurrió. Lo que pasó cuando miró a la cama, fue su amor de Andrew por ella. Él había alquilado la habitación. Él estaba pagando un dineral por ella y era toda para ella.

En ese momento floreció su amor por él, dejó la copa sobre la mesita, le

rodeó el cuello con sus brazos y lo besó.

— Te amo, Andrew — pronunció —. He sido muy tonta. Perdóname — Andrew sonrió, la cogió en brazos y la llevó a la cama donde...

El sonido de Andrew moviéndose interrumpió sus pensamientos y se volvió hacia él.

Él abrió los ojos. Por un momento no estaba seguro de dónde estaba, pero vio a Connie sonriéndole y lo recordó todo.

— Si tenías que estar en la oficina a las nueve, llegas ya dos horas tarde — dijo Connie acariciándole dulcemente el pelo con los dedos.

— No hay nada que no pueda esperar — contestó. Se acercó más a él —. ¿Qué tal tú? ¿No tienes que ir a la oficina?

— Ya he llamado y le he dicho a Sadie que me voy a tomar el día libre.

— Genial entonces. Nos podemos pasar el día aquí — la besó —. Tenemos que ponernos mucho al día.

— Eso era justo lo que esperaba que dijeras.

El teléfono de la oficina volvió a sonar. Esta vez era David, que quería hablar con Jenny. Había fijado una cita para volver a Londres y esperaba que pudieran quedar. Tosió.

— Iré yo solo esta vez... John tiene que ocuparse de un par de asuntos más.

Jenny miró a Lucy. Se desilusionaría cuando viera que John no iba a ir al final.

— Tengo muchas ganas de verte. Intentaré sacar algo de tiempo libre — añadió antes de colgar.

— ¡Vaya suerte! — exclamó Lucy cuando Jenny le contó la noticia — Conozco a alguien que me gusta y me deja tirada antes de la primera cita — tenía la horrible sensación de que le iba a pasar. Las llamadas de John eran cada vez menos frecuentes y cuando llamaba cada vez era más distante. Había cambiado su actitud. No hacía falta que Jenny le dijera que no le interesaba ya.

— David no ha dicho que te haya dejado — dijo Jenny. Se sentía fatal por darle la mala noticia a su amiga. John tendría que haber llamado a Lucy y decírselo él —. Solo me ha dicho que John tenía un par de compromisos más.

— Pero lo ha insinuado — Lucy señaló al ordenador al ver que llegaba otro mensaje —. Toda esta gente de la página web tiene citas y nadie ha pedido conocerme — hizo una pausa —. Hasta Sadie ha conocido a alguien.

— No empieces conmigo, Lucy — reprendió Sadie —. ¿Y qué quieres decir con *hasta Sadie ha conocido a alguien*? No soy ningún bicho raro — sacudió la cabeza —. Tienes que salir ahí fuera y encontrar a alguien por ti misma en vez de quedarte esperando a que alguien llame a tu puerta — Sadie tiró la carta que acababa de abrir —. Mira, Lucy, siento ponerme así contigo, pero tienes que rehacer tu vida. Eras un mueble cuando estabas casada con Ben y aunque ahora eres una mujer libre, sigues siendo un mueble. No te quedes ahí sentada esperando a alguien, porque nadie va a llamarte de repente, y si alguien lo hace, no va a ser alguien que merezca la pena. Échale un vistazo a la página web y elige a alguien, alguien que te parezca bueno y amable. Alguien como tú.

Lucy no contestó. Se quedó mirando al teclado.

Jenny miró a Sadie. ¿Había llegado demasiado lejos esta vez? Si Sadie le hubiera hablado así a Connie o a ella de esa manera, le hubiera dicho que se metiera en sus asuntos. Pero Lucy era diferente. El haber soportado durante tantos años la crueldad de Ben la había vuelto una persona bastante insegura.

— ¿Os importa que salga un momento a pasear? Necesito pensar — dijo Lucy —. Seguro que podéis ocuparos de las citas de las personas que nos contacten — cogió la chaqueta y el bolso y se acercó a la puerta.

— ¡Lucy! — Sadie le cogió el brazo — Lo siento. No tendría que haberte hablado así. Siempre hablo de más. Me conoces bien como para saber que no pretendo ofenderte.

— No, no pasa nada. Seguramente tengas razón — contestó Lucy con voz débil —. Solo necesito un poco de aire fresco.

— A veces se te va demasiado la lengua — dijo Jenny cuando Lucy se fue —. ¿Por qué le has dicho eso así? Ya sabes cómo es ella.

Sadie apartó la vista. Se sentía mal por haber sido así con Lucy, pero estaba intentado hacerle ver que tenía que cambiar.

— Lo sé — dijo poco después —. Sin embargo, tiene que cambiar. Espero que se equivoque con lo de John y al final la llame. Parece un poco extraño, de repente, no querer verla al venir a Londres — hizo una pausa y respiró hondo —. Creo que será mejor que nos pongamos a leer los correos.

— Yo me ocupo — Jenny se acercó al ordenador. No quería que Sadie enviara ningún mensaje en ese momento, no con su estado de ánimo actual.

— Oh, Dios. Es de alguien llamado Paul Holloway — levantó la vista —. Quiere conocer a Lucy.

Sadie se levantó y corrió hacia las escaleras.

— ¡Lucy, Lucy! — llamó, pero no hubo respuesta — Demasiado tarde, se ha ido. Tendremos que esperar a que vuelva — dijo y volvió a entrar en la oficina.

Capítulo veintidós

Lucy se quedó de pie en la calle con lágrimas rodándole por las mejillas. Había oído que Sadie la llamaba, pero la ignoró.

— Paso de ti — pensó secándose los ojos con la mano —. Volveré cuando esté bien y lista.

Suspiró y caminó en dirección a Hyde Park. La señorita Sadie sabelotodo no lo sabía todo. Ya había intentado tener citas por la página web ¡dos veces! Una persona había respondido rechazando su invitación. Había sido muy amable, pero no dejaba de ser un *gracias pero no, gracias*.

El otro había sido algo mejor y habían quedado para comer. Se había puesto su mejor vestido. Al menos era uno en el que entraba y no parecía una morcilla embutida. Se había maquillado con cuidado y se había puesto perfume del caro. Llegó al restaurante a tiempo para no hacerle esperar y se quedó allí horas antes de darse cuenta de que no iba a llegar. ¿Cómo pudo hacerle eso? ¿Cómo alguien podía ser tan cruel de dejarla ahí plantada humillada?

Se había fijado en que un hombre estuvo merodeando al otro lado de la calle unos minutos, pero luego desapareció. En ese momento ella pensó que estaba esperando a alguien que había aparecido mientras ella no miraba pero ahora, si lo pensaba, se preguntaba si era su cita que había cambiado de opinión al verla.

Le entraron escalofríos cuando llegó al parque. Gracias a Dios no le había contado a ninguna que le había escrito a nadie porque habrían querido saber todo tipo de detalles. ¿Cómo les iba a decir que la habían dejado plantada? Notaba cómo se le encendían las mejillas cada vez que lo pensaba. Y ahora John le había hecho lo mismo. Ninguno le había dado la oportunidad. Normal que se viera como alguien a quien nadie querría.

Ahora eres una mujer libre, pero sigues siendo un mueble. Eso le había dicho Sadie y sus palabras seguían retumbándole en los oídos. Sadie tenía razón. Era un mueble. Nunca se había sentido tan callada y como que molestaba. Hubo un tiempo en el que era el alma de toda fiesta a la que iba y eso que iba a muchas fiestas. Sonrió al recordar su juventud. Qué bien se lo había pasado. Qué hombres había conocido.... Pero de eso hacía ya mucho tiempo. Mucho antes de conocer a Sadie y a las demás. Ellas no conocían a la

verdadera Lucy. Entonces ella era como Sadie, bueno, quizás solo un poco parecida a Sadie porque nadie puede ser como Sadie. Su sonrisa desapareció.

Conoció a Ben en una de esas fiestas. Al principio parecía un chico joven y bueno. Sí, a veces un poco cortante, pero ella lo ignoraba y pensaba que sería que el estrés del trabajo. Así que cuando le pidió que se casaran, ella le dijo que sí sin pensarlo.

Pero después de la boda dejó de ser el hombre perfecto y apareció el verdadero Ben. Era exigente, un controlador total y no la dejaba ver a nadie cuando salía del trabajo. Su personalidad cambió y se convirtió en una reclusa. Entonces empezaron las palizas. Perdió toda la confianza. Si no hubiera sido por su hijo, no habría podido seguir adelante. Terry la necesitaba y él era todo lo que le importaba.

Sacudió la cabeza y volvió al presente. ¡Basta! Ahora tenía que levantarse con más fuerza. Por un momento tembló al pensarlo. No era sencillo que un leopardo cambiara sus manchas porque prefiriera ser un león. ¿O sí?

Se sorbió los mocos y parpadeó rápido para evitar que le cayeran las lágrimas. Respiró hondo. Sí, era sencillo porque era una chica guapa que iba a demostrarlo. Dio un puñetazo en su otra mano. Iba a cambiar de idea, a conseguir a un hombre y a seguir con su vida. Cuando volviera a la oficina, miraría foto por foto y perfil por perfil a todos los hombres de su edad a ver qué pasaba. Y concertaría una cita. Buen trabajo, Lucy, pensó. Un poco forzado, ¿no?

Pero para ir a lo seguro, seguiría sin decir nada a las otras. ¡Ni de broma! Vale, iba a volverse valiente, pero no *tan* valiente. Cuando viera algún resultado positivo, les contaría. Mientras, sería su secreto.

En el fondo, estaba muy desilusionada de que John hubiera cambiado de opinión. Después de todo fue él el que dio el primer paso, así que pensó que tenía una oportunidad. Algo tendría que haber que le gustara de ella cuando se conocieron. Pero fuera lo que fuera, se desvaneció bastante rápido.

Paseó por el lago y compró un helado en un camión. Hacía mucho tiempo desde la última vez que visitó el parque. Se sentó en un banco y observó a la gente que estaba montada en las barcas por el agua. Algunos parecían tener experiencia, mientras que otros tenían problemas para remar. Sonrió cuando uno de los remos se perdió dentro del agua y el hombre de del barco se cayó del asiento.

No se dio cuenta del paso del tiempo y cuando sonó un reloj a lo lejos miró el suyo. Se puso en pie y se volvió a poner en camino hacia Park Lane.

No quería estar fuera tanto tiempo, pero había estado tan a gusto paseando sola y al menos había tomado la decisión de su vida.

— ¿Dónde has estado? — Sadie había oído a Lucy subir las escaleras y la estaba esperando en la puerta de la oficina.

— En Hyde Park — Lucy se quitó el abrigo —. ¿Por qué? ¿Hay algún problema?

— No, pero estaba preocupada — Sadie miró a Jenny —. Bueno, el mensaje que llegó cuando te fuiste era de un tal Paul Holloway. Quiere conocerte, Lucy — a Sadie le brillaron los ojos mientras lo decía —. Te llamé pero ya te habías ido.

— Sí, ven y mira — Jenny giró la pantalla del ordenador —. Como no estabas aquí le hemos echado un vistazo a su perfil y parece un tío muy guay.

Lucy las miró con sospecha. ¿Lo habían hecho ellas? ¿Las dos habían rogado a alguien que le pidiera una cita para que se sintiera mejor? No podía dejar pasar que Sadie le hiciera algo así. Qué vergüenza. Pero entonces recordó que había un mensaje en el correo cuando ella se fue y Sadie le había gritado por las escaleras, así que a lo mejor era verdad. De todas formas, en el correo pondría la hora a la que llegó y así saldría de dudas.

— Vale, voy a mirarlo.

Puso su abrigo en una silla y se sentó frente al ordenador. El correo era de verdad. Había llegado *antes* de que se fuera de la oficina. Así que no había ningún chanchullo.

— Sí, sí que parece buen tipo — dijo al final —. Si es que dice la verdad — señaló a la pantalla.

— Adelante, Lucy — dijo Sadie —. Solo lo sabrás si quedas con él — hizo una pausa —. Sé que todas te hemos dicho que no vamos a meternos en otra relación, pero cuando alguien asoma como Michael, David y ahora Paul, ¿por qué no darles la oportunidad?

— Sí, lo haré — dijo Lucy —. Jenny, ¿te encargas de prepararlo? Dile que he dicho que sí y a ver qué pasa.

Jenny redactó el mensaje y pulsó el botón de enviar.

— Listo. Ya está hecho. Parece que vas a tener una cita dentro de poco.

Lucy no contestó. No quería hacerse ilusiones hasta que se terminara de concertar la cita. Podría ser como John y cancelar la cita o incluso como el otro hombre, que no se molestó en aparecer. Sin embargo, tenía que admitir que por su foto era bastante guapo y tenía buen perfil. Pero el tiempo lo diría.

El único problema era que ahora Sadie y Jenny sabían que iba a tener una cita y ya no sería un secreto.

Una hora más tarde llegó una respuesta a la bandeja de entrada y Lucy se lo leyó a las demás.

— Dice que le encanta que haya aceptado la invitación y propone que vayamos a cenar mañana por la noche a un restaurante que hay en Haymarket.

— Es maravilloso, Lucy — dijo Jenny —. Está todo lleno de gente en Haymarket, así que es seguro quedar allí. No intentará nada malo con tanta gente alrededor. Creo que pasarás una noche agradable.

— Ya veremos qué pasa — Lucy se giró al ordenador —. Otro mensaje. De Ann Masters — hizo una pausa mientras abría el mensaje —. Quiere conocer a Andrew.

— ¡Ann Masters quiere conocer a Andrew! — exclamó Sadie — ¡Dios mío! Ni de broma. Si Connie se entera, va a flipar. Quizás tendríamos que borrarlo — ya podía ver que todo su trabajo se iba al garete.

— ¡No podemos borrarlo! Andrew tiene que saberlo. Él es quien tiene que contestarle — Jenny miró a la pantalla por encima del hombro de Lucy —. Además, si él y Connie han vuelto, entonces no habrá ningún problema. No me cabe duda de que nos pedirá que borre el perfil de la página web.

— Supongo que parece razonable — sin embargo, Sadie no tenía claro de que Connie lo viera así.

Connie y Andrew estaban tomándose un almuerzo ligero en el balcón de la habitación. Los dos llevaban el albornoz del hotel. Connie se había puesto un traje largo de gala la noche anterior y no tenía otra ropa para cambiarse. Le había dicho a Andrew que no podía ir a ningún sitio hasta la noche o se sentiría idiota.

A Andrew no le importó pasar el día en el hotel. Le encantaba volver a tener a su mujer y poder pasar algo de tiempo solos. Ya había pasado tiempo desde que se habían duchado y puesto los albornoces y tenían hambre de nuevo. El camarero, que había traído el almuerzo, había sido discreto. Ni parpadeó cuando Andrew abrió la puerta vestido solo con la bata, mientras que Connie estaba sentada en el balcón vestida igual.

— Me alegro de volver a tenerte en mi vida — Andrew se acercó a la mesa y apretó la mano de Connie.

Sonrió. Estaba contenta de por fin haber superado su obsesión por la zorra esa. Vio el reflejo de horror en la cara de Andrew cuando Sadie bajó por las escaleras vestida como una furcia que la hizo darse cuenta de cuánto lo amaba. No podía permitir que él se sintiera tan humillado.

— ¿Te apetece venirte aquí algunos días? — preguntó — Podríamos traernos algunas cosas y quedarnos hasta que resolvamos nuestros asuntos.

Andrew le había estado dando vueltas a cómo tratar el tema de qué iban a hacer ahora. Le gustaría que volvieran a vivir juntos, pero no quería precipitar las cosas. A pesar de la maravillosa noche que habían pasado juntos, acababan de volver a empezar y ella era muy impredecible.

— Me parece una idea genial — dijo —. Podemos ir y venir según queramos.

Connie estaba muy contenta. La zorra esa se había esfumado como una nube de humo. Andrew había vuelto a su vida e iban a pasar un tiempo juntos en su habitación especial en el Condrew. ¿Qué más podía pedir? Pero de repente se acordó de la agencia. ¿Quería seguir siendo parte de ella? Ya no. Pero todo había sido idea suya, así que no podía dejarla así como así. Las otras confiaban en que el negocio fuera una fuente de ingresos. La necesitaban. Y no solo eso, la mitad de sus compañeras de trabajo vivían bajo su mismo techo. Ese único hecho era el motivo por el que quería mudarse allí.

Sí, quería que Andrew volviera a su vida, lo que significaba que quería dormir con él, pero no con sus dos amigas en la habitación de al lado.

Capítulo veintitrés

— Mi tía va a quedar con Brian Lomax esta noche — ya era la mañana siguiente y Lucy le estaba contando a sus amigas que su tía la había llamado antes.

— Sí, es verdad. Se me había olvidado que tenían una cita — Sadie sonrió.

— Estaba bastante emocionada y me dijo que apuntarse a la agencia era una de las mejores cosas que había hecho — Lucy sonrió —. Tenías razón, Sadie. Tiene que disfrutar de su vida. Mi tío lo habría querido — hizo una pausa —. Brian la va a llevar a comer.

Pero Sadie no estaba escuchando. Había oído a Connie subir las escaleras y estaba esperando en la puerta cuando entró.

— Así que supongo que todo va bien entre Andrew y tú, ¿no? — preguntó.

— Sí, se puede decir que sí — Connie intentó sonar normal, mientras se acercaba a su silla para sentarse en el escritorio, pero no convenció a nadie. Su enorme sonrisa escondió sus verdaderos sentimientos. Había pensado que podría encontrarse con Jenny o con Sadie cuando fuera a casa a coger ropa la noche anterior y se había preparado para el enfrentamiento pero resultó que ninguna de las chicas estaba, así que cogió rápidamente sus cosas y corrió.

— Voy a quedarme en el Condrew unos días, pero vosotras os podéis quedar en la casa.

— Creo que es hora de que vuelva a mi piso — dijo Jenny —. He llamado a mi amiga un par de veces y parece que Rob volvió una noche, pero la chica de abajo llamó a la policía otra vez y se lo llevó. Desde entonces no ha vuelto.

— Como tú quieras, Jenny — Connie se encogió de hombros —. Si quieres quedarte unos días más me parece bien — miró a Lucy —. ¿Cómo va la agencia? ¿Hay gente nueva?

Lucy la puso al día.

— Anoche me quedé vigilando la web y otras cuatro personas se apuntaron, así que ya tenemos otras mil libras en el banco — hizo una pausa —. Y adivina qué — juntó las manos y las levantó —. ¡Tengo una cita esta noche!

— ¡Oh! ¿Ya han vuelto John y David? — Connie levantó las cejas — creí que vendrían dentro de un par de semanas.

— No, todavía no han vuelto. David viene en dos semanas para quedar con Jenny, pero John... — Lucy se interrumpió. No quería hablar de John. Seguía dándole vueltas a cómo la había dejado tirada —. John no viene. Bueno, esta noche voy a quedar con uno que se llama Paul. Ha contactado conmigo a través de la agencia — puso el perfil de Paul en la pantalla —. ¿Qué te parece?

— No es lo que me parezca, cariño. Es lo que sientas tú — Connie miró a la fotografía —. ¿Sabes? Creo que hablé con ese hombre en la inauguración — dijo pensativa —. Sí, ya me acuerdo de él. Estaba solo y parecía bastante tímido, así que le ofrecí otra copa de champán. Pensé que eso lo haría soltarse un poco. Parecía muy educado y callado — miró a su alrededor a las demás —. ¿Hay algo más que deba saber?

Las tres mujeres se miraron.

— Vale. ¿Qué ha pasado? ¿Nos han demandado o algo? — Connie dio golpecitos en la mesa. Evidentemente sus amigas tenían algo guardado.

Jenny habló primero.

— Ann Masters ha pedido una cita — dijo después de una larga pausa —. Quiere conocer a Andrew.

— ¿A Andrew? ¿A *mi* Andrew? — Connie dio un grito ahogado — ¿Me estás diciendo que Ann Masters quiere conocer a mi Andrew? — miró a Sadie — Oh, Dios, Sadie, ahora yo también lo hago.

— ¿El qué? — Sadie la miró — Estoy aquí sentada. No he hecho nada.

— Repetirme. Ahora me repito — sacudió la cabeza —. Otra vez.

— No tengo nada que ver con eso — Sadie se encogió de hombros.

— Sí, *tu* Andrew — Jenny prosiguió —. Ann Masters quiere conocerlo.

— Bueno, supongo que deberías decírselo — Connie suspiró —. Mándale un correo electrónico. Estará toda la mañana en la oficina — cogió un bolígrafo —. Usa su dirección — añadió escribiéndola en un trozo de papel.

— Vale, como quieras — dijo Lucy. Escribió el mensaje y lo envió —. Creo que eso es todo por ahora, así que solo nos queda esperar.

Poco tiempo más tarde llegó un mensaje de Andrew a la bandeja de entrada.

— Rechaza de forma educada la invitación de Ann y nos pide que eliminemos su perfil de la agencia — Lucy miró la pantalla —. También quiere que le digamos a Ann Masters que ya ha encontrado a la mujer de su vida — suspiró —. Qué romántico.

La cara de Connie brilló de alegría cuando leyó el correo. Andrew había vuelto a su vida y tenía la intención de que nada volviera a interponerse. Ya le había dicho que si alguna vez tenía que ir a alguna despedida fuera de casa, se pondría un traje y una corbata y se iría con él.

— Bueno, ¿ahora quién? — preguntó Lucy, aunque le daba igual quién fuera el siguiente. En su mente solo pensaba en qué iba a ponerse esa noche. Podría ponerse el mismo vestido que se puso la noche que conoció a John. Pero pensándolo mejor, quizá traería mala suerte, aunque no era supersticiosa. Aun así, no quería arriesgar la posibilidad de que Paul la abandonara en la primera cita.

También tenía el vestido que se puso para la inauguración, pero Paul ya se lo había visto puesto. ¿Se fijaban los hombres en esas cosas? Suspiró. Seguramente no se había fijado en ella en la inauguración. Si lo hubiera hecho, quizá no le habría pedido una cita.

Capítulo veinticuatro

Lucy se había ido de la oficina antes. Quería tiempo para poder echarle un vistazo a su armario más tranquilamente. Podría haber algo más en el fondo de lo que se hubiera olvidado. Si lo había, ¿cabría dentro? Su dieta no iba tan bien. No había perdido nada de peso en las últimas dos semanas. De hecho, al parecer había cogido medio kilo cuando se pesó esa mañana. Qué injusto. Algunas personas podían comer lo que quisieran sin coger ni un gramo, mientras que ella tenía que morir de hambre para que la aguja del peso se moviera un milímetro hacia atrás.

Suspiró y pensó en cuando estaba mucho más delgada. Pero eso era antes de que Ben empezara a pegarle y perdiera todo el respeto en sí misma y en su apariencia. Ahora se había quedado ahí estancada.

Sacó los vestidos del armario uno por uno y los volvió a colocar. Aquellos que le estaban bien estaban pasados de moda, mientras que otros, que parecían tener algo de forma, le estaban demasiado apretados. Se sentó en la cama. Qué mal. Iba a tener que ponerse el mismo vestido que se puso en la inauguración. Si Paul era un hombre como los demás, no se daría cuenta pero ¿y si no lo era? Si se parecía a Ben, no.

Miró el reloj. Había quedado con Paul en el restaurante a las siete y media, así que todavía tenía tiempo. Se había ofrecido a recogerla, pero puso una excusa y dijo que tenía que pasarse primero por otro sitio. Quería ver cómo iba la cosa antes de darle su dirección.

Cuando se metió en la bañera, Lucy recordó su foto de la página web. Parecía bastante guapo y en su perfil ponía que su mujer lo había dejado por otro hombre. ¿Eso era bueno o malo? ¿Se había divorciado de su mujer porque ella ligaba con todo hombre que se le cruzaba? ¿O porque él era un chico horrible y lo había dejado porque no podía soportar vivir con él ni un minuto más? Suspiró. Esa era la parte mala de una cita a ciegas. ¿Podía confiar de verdad en lo que Paul decía en su perfil? Podía haber escrito una sarta de mentiras sobre él. Dependería de ella decidir cuándo quedar. Si había aprendido algo, era que las cosas no eran sencillas.

Paul estaba esperando fuera del restaurant cuando ella llegó. Parecía alegrarse de verla. Ella estaba un poco preocupada de cuando se conocieran en persona y se dio cuenta de que había mucho por conocer. La foto que había utilizado para la web era verdadera. Le había pedido a su vecina que se la hiciera unos días antes de la inauguración. Pero él había conseguido poner una pose que ocultara toda esa barriga.

— Gracias por quedar conmigo — dijo estrechándole la mano —. No sabía si vendrías.

— Gracias por pedírmelo. Me ha encantado recibir tu invitación — Lucy se mordió el labio. ¿Parecía desesperada por una cita?

— ¿Entramos? — Paul sonrió y le sujetó la puerta.

A Lucy le pareció Paul encantador. Al principio le parecía un poco tímido e inseguro. Sin embargo, conforme fue pasando la noche, se fue abriendo un poco más. Al parecer la mujer de Paul lo había estado engañando con su mejor amigo durante meses.

— Me quedé patidifuso cuando me enteré de lo que pasaba. Era mi mejor amigo desde la escuela — dio un puñetazo en la mesa que hizo retumbar la vinagrera.

Lucy apartó la vista. Aunque llevaba dos años divorciado, estaba claro que se sentía molesto todavía. ¿Significaba que seguía enamorado de su ex mujer? Entonces Paul le cogió la mano y le dijo:

— Ya no la quiero, si es lo que estás pensando. Mi amor por ella murió en cuanto me enteré. ¡No! Estoy enfadado porque me lo olía y estaba demasiado ciego como para no verlo. La amaba y confiaba en ella — hizo una pausa —. No quería otra relación. Me decepcionaron tanto mi mujer y mi mejor amigo que no quería dejar que me volviera a pasar. Pero hace poco decidí recomponerme y seguir adelante. Por eso me apunté a la agencia — sonrió —. Vi los anuncios y me decidí a ir a la inauguración. Ahí fue la primera vez que te vi. Fui a hablarte, pero alguien no me dejó. La otra noche miré la página web, te encontré y decidí enviarte un mensaje.

Lucy se sintió aliviada. La había visto en la inauguración y le había gustado. A él parecía no importarle que no tuviera figura de reloj de arena o la forma delgada de Sadie. Le gustaba por cómo era, con todos sus bultos. Y a ella le gustaba él. Aunque no fuera el hombre joven de blanco corcel que siempre había pensado que la salvaría de una vida aburrida, era bastante atractivo y tenía un gran sentido del humor.

Le habló de su matrimonio con Ben y que le pegaba si llegaba a casa de mal humor.

— Así que ya ves yo también me lo tomé con calma cuando empecé a pensar qué hacer con mi vida.

— Lo que tú has pasado hace que lo mío parezca insignificante — dijo. Acercó su silla a ella y la rodeó con sus brazos —. Olvidémonos de nuestras ex parejas y empecemos nuestra vida de nuevo.

Lucy se rió.

— Creo que es una idea brillante. Somos dos personas jóvenes sin preocupaciones que se conocen hoy por primera vez — hizo una pausa —. Pero creo que deberías saber que tengo un hijo. Este año ha empezado la universidad y está en Cambridge, pero aparece de vez en cuando.

— ¡Cambridge! Tuvo que sacar muy buenas notas para entrar allí.

— La verdad es que sí. Lo animé a que estudiara mucho en el colegio. Quería que fuera alguien en la vida, no como su padre — Lucy sonrió —. Pero no vamos a volver a hablar de nuestras parejas anteriores, ¿verdad?

— Pues no. Y no me importa que tengas un hijo. A mí me habría gustado tener uno. Julia no quería tener hijos porque no quería estropear su cuerpo — sonrió —. Y ya está — dijo levantando las manos —. Ya no hablamos más de nuestras ex parejas.

Al final de la noche Paul le preguntó a Lucy si la podía acompañar a casa.

— No espero que me invites a pasar ni nada así. Solo quiero asegurarme de que llegas bien a casa.

Lucy vaciló. Estaba segura de que Paul decía la verdad, pero no quería que supiera su dirección. Aun así, mejor prevenir que curar.

— Es muy amable por tu parte, Paul — dijo al final —, pero no voy directa a casa. Ahora mismo estoy en casa de una amiga — fue lo primero que se le vino a la mente.

Durante un momento, entró en pánico. ¿Adónde podría ir? Pero entonces pensó en la casa de Connie. Con suerte alguna de las chicas estaría allí y le abriría la puerta.

— Gracias, muy amable — contestó.

Más tarde, el taxi llegó a casa de Connie y Lucy se bajó. Paul la acompañó y le pidió al taxista que esperaba mientras la despedía en la puerta de la casa. Justo cuando iba a llamar al timbre, le cogió la mano, la acercó a él y la besó dulcemente.

Lucy sintió una oleada de emoción cuando sus labios se rozaron. Hacía mucho tiempo que nadie la besaba y la abrazaba así. Era dulce y, a la vez, apasionado. No tenía nada que ver con Ben, que solamente la agarraba y la obligaba a ir a la cama. Nunca hubo nada de pasión al hacer el amor, solo lujuria y fuerza bruta.

Cuando Paul la soltó, lo miró a los ojos. Ya había llegado el momento en el que no quería que se fuera. Era estúpido decirle que se iba a quedar en casa de nadie esa noche. Podrían estar ahora fuera de su piso y ella lo habría hecho entrar y se lo habría llevado a su habitación. Se odiaba por ello. Ahora tendría que esperar a la próxima vez.

— Gracias por esta noche tan increíble — susurró al apartarse.

— Siempre podemos quedar otro día — contestó sonriendo.

Impulsivamente le rodeó el cuello con los brazos y lo volvió a besar. Dio un paso atrás y llamó al timbre.

— Deberías irte. El taxi te está esperando.

— ¿Has vuelto a olvidar las llaves? — la voz de Jenny se oía desde detrás de la puerta — ¿Qué habrías hecho si yo no hubiera estado en casa? — continuó mientras abría la puerta.

— Sí, lo siento, Jenny, pero tenía mucha prisa esta noche y se me olvidó meterlas en el bolso — empezó a mirar de lado a lado conforme hablaba intentando decirle a Jenny que le siguiera el juego.

Jenny sonrió incómoda. No sabía lo que estaba pasando. Lucy estaba muy sonrojada. ¿Había intentado Paul sobrepasarse? ¿Tenía que meter a Lucy dentro de la casa corriendo, dar un portazo y llamar a la policía? Pero luego vio el taxi esperando en la calle. Paul se iba.

— No pasa nada, estaba de broma — abrió la puerta un poco más y caminó por el pasillo hacia la cocina —. Voy a hacer té.

— ¿Qué ha sido eso? — preguntó Jenny cuando Lucy cerró la puerta y entró en la cocina con ella.

— Me siento estúpida — Lucy se sentó en una de las sillas alrededor de la mesa. Antes de decir nada más, oyó cerrarse la puerta de un portazo.

— ¿Tienes la tetera puesta? Me muero por una taza de té — La voz de Sadie resonó por el pasillo —. ¿O te has ido a la cama?

— Sí, está puesta. Estamos en la cocina — le contestó Jenny —. Si estuviera en la cama, me habrías despertado de todas formas.

Sadie se acercó sigilosamente a la puerta de la cocina. ¿Quién era «estamos»? Por favor, que no fuera Connie otra vez. Se sintió aliviada, aunque

también sorprendida, de ver a Lucy ahí sentada.

— ¿Qué haces aquí? ¿Has tenido algún problema con ese tío? ¿Cómo era? ¿Paul?

— No — Lucy cerró los ojos —. Estaba a punto de contárselo a Jenny. Creo que me he equivocado — le explicó que Paul quería despedirla en su casa, pero que ella le había puesto la excusa de que se quedaba en casa de una amiga.

— ¿Y? — Sadie inclinó la cabeza hacia un lado. No sabía de adónde quería llegar Lucy. ¿Había sido un monstruo? ¿Había intentado pasarse con ella?

— Cuando me besó en la puerta, no me aparté.

— ¿No te apartaste? — Sadie miró a Jenny.

— No. Me gustó.

— Te gustó — Sadie sacudió la cabeza.

— Sí, no me aparté porque me gustó. Por favor, deja de repetir todo lo que digo.

— Vale, deja que recapitule — Sadie empezó a contar con los dedos —. El tipo te besó en la puerta. Te gustó. No te apartaste. ¿Qué problema hay? — se encogió de hombros —. ¿Por qué crees que te has equivocado?

— Porque si no hubiera sido tan precavida y le hubiera dicho que me quedaba en casa de una amiga, me lo habría llevado a mi piso y le habría pedido que se tomara un café conmigo — contestó Lucy.

— ¿Y por qué quisiste ser así al principio? — preguntó Jenny.

— Cuando quiso llevarme a casa, no tenía claro de si quería que supiera dónde vivo todavía. Me daba miedo que fuera un acosador o algo así y por eso me inventé la excusa de que me quedaba en casa de una amiga — dio un puñetazo al brazo de la silla —. ¿Por qué mi vida tiene que ser tan asquerosamente complicada?

— Porque tú quieres complicártela — dijo Sadie —. Así que si te hubieras ido a tu piso, te lo hubieras llevado a la cama.

—No he dicho eso — Lucy giró la cara hacia otro sitio. Sadie sabía leer siempre entre líneas. Era sorprendente.

— Pero lo has insinuado. Te ha tenido que calar hondo — Sadie se rió.

— Cuando me besó fue increíble. Tan dulce, tan...

— ¿Os vais a beber el té? — Jenny intervino. Señaló a las dos tazas de la mesa —. Se está enfriando. ¿Y has decidido qué vas a hacer ahora, Lucy? ¿Te vas a quedar aquí o te vas a volver a tu piso? Ya es bastante tarde — hizo una

mueca. Vaya, había sonado más borde de lo que pretendía. Sin embargo, al parecer Lucy no se lo había tomado a mal, porque contestó con bastante calma.

— Creo que me voy a casa — contestó lentamente —. No tengo ropa aquí y no voy a ir mañana a la oficina con un vestido largo — señaló al vestido de noche que llevaba.

— Podríamos echarle un vistazo al armario de Connie — Sadie miró a Lucy —. Tiene algunos... vestidos más anchos... que te pueden estar bien. Seguro que no le importa. Hasta podrías dormir en su cama.

—No, pero gracias de todos modos. Llamaré un taxi — Lucy se terminó el té —. Qué tonta he sido, ¿no? Tenía que haberle pedido a Paul que me llevara a casa.

Sadie asintió.

— Sí, yo diría que sí — se encogió de hombros —. Pero ya lo has hecho, no sigas pensándolo.

Sin embargo, Jenny fue un poco más empática.

— A lo mejor has hecho lo correcto. Era una primera cita y no sabías si iba a haber chispa después del primer beso.

Lucy estaba esperando en la puerta cuando llegó el taxi.

— Os veo mañana por la mañana, chicas. Gracias por escucharme.

— Bueno ¿y tú qué tal con Michael? — Jenny le preguntó cuando Lucy se marchó — ¿Te lo has pasado bien? ¿O tienes algún problema que quieras hablar con la tía Jenny? — se rió. Era una broma, así que la respuesta de Sadie la pilló por sorpresa.

— De hecho...

Capítulo veinticinco

— Era David — dijo Jenny cuando colgó el teléfono. Rebosante de emoción entró en la cocina para contárselo a Sadie —. Viene a Londres la semana que viene. Los primeros días va a dedicarse a arreglar el tema de las nuevas instalaciones, pero luego se va a tomar libre el resto de la semana.

Sadie, que estaba echándole mantequilla a su tostada, levantó la vista:

— Relájate, Jenny. Estás hablando tan deprisa que apenas entiendo lo que dices.

Jenny repitió la noticia un poco más despacio.

— Qué bien, Jenny — Sadie sonrió —. Al fin podréis conoceros mejor — pero, al acordarse de Lucy, hizo una mueca —. ¿Ha dicho David algo de John?

— No, no lo ha mencionado para nada. Ni un mensaje para Lucy.

— Qué desgraciado. John podría haber tenido la decencia de llamarla y decirle que se había arrepentido. Debería saber que ella se podría quedar esperando para siempre a que la llamara — en su mente, Sadie visualizaba a Lucy sentada firmemente en una butaca tejiendo calcetines para los pobres —. ¿Sabes lo que te digo? Algo como la señorita Havisham en *Grandes Esperanzas*.

Jenny se rió.

— Por el amor de dios, Sadie. Exageras. No me imagino a Jenny sentada en una habitación vieja y polvorienta esperando a que John haga acto de presencia.

— Bueno, no. No ahora que ha encontrado a Paul, o que él la ha encontrado a ella, más bien. Pero podría haber pasado algo parecido. A veces puede ser un poco ilusa con los hombres.

— ¿Y tú qué, Sadie? Te crees que lo sabes todo y llegaste anoche a casa planteándote si invitar a Michael a pasar la noche contigo o no.

— Ah, yo quería sin duda. Estoy loca por él y creo que yo le gusto también pero...

— ¿Pero qué? Anoche no dijiste nada más y ahora te estás cerrando otra vez. Si os gustáis tanto, ¿qué problema hay?

Sadie suspiró.

— Creo que no sabe cómo pedírmelo o que a lo mejor me escandalizo por plantearme el sexo antes del matrimonio — se llevó las manos a la cabeza y se

rió —. ¿Yo, escandalizada? ¿Os imagináis? — suspiró — Pero no quiero pedírselo yo porque puede pensar que soy... ya sabéis — hizo gestos con las manos.

— Muy suelta — dijo Jenny.

— Sí, muy suelta — Sadie había estado pensando algo más como «un poco zorra», pero no quería llamarse así ni de broma —. Me despidió anoche y cuando me besó me dieron ganas de abrir la puerta y meterlo dentro.

— ¿Algo así como Lucy y Paul? — preguntó Jenny — Dijo exactamente lo mismo.

— Muy parecido a lo de Lucy y Paul — dijo Sadie —. Creo que las mujeres ya estamos liberadas pero aun así aquí estamos, preguntándonos cómo llevarnos a un hombre a la cama si parecer unas sueltas.

— Me sorprendes, Sadie. A ver, Lucy también me sorprende, pero por un motivo diferente. Como has dicho, siempre ha sido muy decente, así que el que quiera arrancarle la ropa a un hombre es un giro completamente inesperado. Pero tú eres una mujer muy lanzada. No sé por qué te echas atrás esta vez.

Sadie se encogió de hombros.

— No quiero estropear algo bueno. A ver qué pasa esta noche, que salimos otra vez — miró el reloj —. Volvemos a llegar tarde a la oficina, así que vámonos ya.

Cuando llegaron a la oficina, Lucy y Connie ya estaban allí.

— Lucy me ha contado que ha pasado una noche increíble con Paul — dijo Connie.

— Sí — interrumpió Lucy —. Luego os lo cuento a vosotras — no le había contado a Connie su contratiempo de vuelta a casa la noche anterior y esperaba que las otras lo captaran y no dijeran nada al respecto.

— ¿Qué tal tu noche con Andrew? — Sadie guiñó a Connie — ¿O no deberíamos preguntar? — asintió mirando a Lucy para asegurarse de que no dijera nada de que se habían visto la noche anterior.

— Claro que puedes preguntar, pero eso no quiere decir que lo vaya a contar — Connie sonrió. No iba a compartir con nadie sus intimidades con Andrew —. Lo que quiero decir es que estoy muy contenta y me ha propuesto que nos compremos otra casa en algún sitio. Su piso de soltero del centro es bonito, pero bastante pequeño para nosotros.

— ¿Eso significa que vuelvo a estar sin techo? — preguntó Sadie y se puso la mano en la frente. El hecho de tener que buscar otro lugar para vivir en Londres la aterrorizó. Podría terminar durmiendo en la oficina.

— No. Bueno, no por ahora. Me parece bien que sigas alquilándome una habitación, aunque creo que te buscaré un compañero de piso.

Sadie se sintió aliviada de no tener que irse. La casa de Connie era muy cómoda y ya se había acostumbrado a vivir allí en los últimos meses. Pero esperaba que la dejara investigar al compañero de piso porque tendría que ser alguien con quien pudiera llevarse bien.

— ¡Gracias a Dios! Ya me veía con la maleta por Londres buscando un sitio donde pasar la noche — hizo una pausa y miró a Jenny —. Bueno, Jenny tiene algo que contar. Venga, cuenta, Jen.

— Es sobre David. Ha llamado esta mañana para decirme que llega antes de lo planeado a Londres. Llega el lunes — Jenny evitó mirar a Lucy y explicó que se quedaría una semana —. Entiendo que estará liado un par de días, pero cuando esté libre me gustaría pasar algo de tiempo con él.

— Pues claro que debes — contestó Connie —. Tómate todo el tiempo que necesites. Os tenéis que poner al día — miró a las otras —. Parece que todas hemos retomado nuestro rumbo. Quizá sería buena idea ir juntos a comer algún día... los ocho. ¿Qué os parece?

— ¡Qué buena idea! Sadie estaba bastante emocionada. Nunca quería pedirle a Alex ir a comer con Connie y Andrew. No habría encajado con ellos en absoluto. Su idea de pasar la noche con amigos era ver cuántas cervezas podían beberse antes de caer redondos al suelo y volver arrastrándose a casa. Pero Michael era un hombre diferente en todos los sentidos. Le encantaría presentárselo a sus amigas.

Al igual que Sadie, Lucy nunca le había presentado a Ben a Connie y a Andrew. Era un maltratador y ella nunca quiso que ninguna de sus amigas lo conociera. Y menos Connie. Se había aterrorizado tanto que se había rebajado a casarse con un hombre así de malo. En cambio, Paul era totalmente distinto. Ellos sí que se llevarían a la perfección.

— Me gusta la idea — contestó.

— Si te interesa, Jenny, podemos intentar organizar algo cuando David esté en Londres — Connie hizo una pausa.

— Se lo diré la próxima vez que hablemos — dijo Jenny —. Como he dicho antes, va a estar por aquí unos días, así que seguro que podemos fijar algo.

— Vale, intentaremos quedar una noche de la semana que viene — dijo Connie —. Cuando decidamos la noche, reservaré para cenar en algún sitio.

— Vale, pero no reserves en ningún sitio demasiado caro — contestó Sadie —. No todo el mundo gana tanto como Andrew.

— Sí, estoy de acuerdo — añadió Lucy —. No tengo ni idea de a qué se dedica Paul. Hablamos de todo, pero no tocamos el tema de dónde trabaja.

— Vale, sin problema — Connie se sentó —. Hablaremos de ello cuando tengamos la fecha puesta.

— ¡Vaya! Ha habido mucho movimiento en la página web mientras hablábamos de nuestras cosas — Lucy giró la pantalla para que lo viéramos todas —. La gente hace cola para apuntarse a la agencia. Hay diez aquí y mirad — señaló la parte inferior de la pantalla —. Todo esto son mensajes de nuestros clientes. Seguramente son peticiones de citas — aplaudió —. ¡Estamos ganando dinero!

— Está claro que está corriendo la voz sobre nuestra agencia — dijo Connie.

— Si sigue así, nos vamos a hacer de oro — Sadie se rió.

— O podemos vender la agencia y marcharnos con un bonito beneficio.

Se hizo el silencio. Connie miró las expresiones de desconcierto de sus compañeras y deseó haber mantenido el pico cerrado. Todas la miraron con cara de horror.

— Era solo un comentario — dijo. Pero el daño ya estaba hecho.

— ¿Venderla? — dijo Sadie — ¿Estás hablando de vender la agencia? — respiró hondo y lo soltó lentamente — No se me había pasado por la cabeza.

— Ni a mí — dijo Jenny lentamente —. Tendríamos que venderla muy bien porque hay que dividirlo en cuatro partes. No os olvidéis que dejamos trabajos buenos para montar esto. Ahora puede que no sea tan fácil buscar trabajo. Los trabajos buenos están empezando a escasear.

— No tengo la intención de venderla por cuatro perras — dijo Connie —. Evidentemente, querremos sacar el mejor precio que podamos. Pero la agencia está montada y funcionando y parece haber despegado. Alguien debe verla como un buen ingreso.

— Yo la veo como un buen ingreso — dijo Sadie —. Y me niego a dejarla escapar — miró a Lucy —. No has dicho nada todavía. ¿Qué opinas?

Lucy de verdad no sabía qué pensar y dijo:

— No es que crea que no conseguiría otro trabajo en otro sitio. Ser programadora significa tener trabajo siempre, pero me gusta ser mi propia

jefa, por cambiar de aires.

— ¡Exactamente! — exclamó Sadie — Ser jefas es una ventaja total — miró a Connie —. Pero bueno, ¿de dónde sale todo esto? Creo recordar que fue idea tuya y ahora, de repente, quieres dejarlo.

Connie se encogió de hombros.

— No sé — ¿Cómo admitir que había perdido el interés en la agencia porque había vuelto con Andrew?

— ¿A que lo adivino? — dijo Sadie, emocionada — Ahora que has vuelto con Andrew, estás más interesada en tu vida con él de lo que estás en nosotras y la agencia — hizo una pausa —. No te culpo por ello pero, ¿dónde nos deja eso al resto?

— Sadie tiene razón — Jenny razonó —. Vale, pon que conseguimos unas cuarenta mil libras por la agencia, sin contar lo que tenemos que pagar por tasas y demás, lo que nos dejaría con menos de diez mil a cada una. Parece mucho pero, si lo piensas, no durará tanto.

— Y como no tendremos trabajo, dependeremos de ese dinero hasta que encontremos algún trabajo — Sadie se hundió en la silla —. Lo gastaremos en un abrir y cerrar de ojos —. Pero si quieres irte, quizás las tres podríamos comprar tu parte.

— No sé si me lo podría permitir — dijo Jenny —. Tenemos algo de dinero en la cuenta, pero lo podríamos necesitar por si hay alguna emergencia.

Connie se sintió incómoda. Todo lo que Sadie y Jenny decían era verdad.

— Mirad, olvidad lo que he dicho. Era una tontería y no lo había pensado bien — se sintió aliviada de que justo entonces el teléfono sonara y pudieran cambiar de tema.

— Buenas noticias — les dijo Jenny mientras hablaba por teléfono. Puso la mano en el auricular y se giró a las demás —. Es mi tía. Dice que le encantó quedar anoche con Brian Lomax — se volvió al teléfono —. En realidad, pensé que te iba a parecer un tipo aburrido.

— Para nada — la voz de su tía sonó al otro lado de la línea —. Nos llevamos muy bien. Al igual que yo, también es viudo y busca compañía. He vuelto a quedar con él esta noche. Va a intentar comprar entradas para el teatro — hizo una pausa —. No te entretengo más. Era solo para contártelo.

— Bueno, hay más — dijo Lucy al colgar —. Al parecer han quedado esta noche otra vez, lo que vuelve a demostrar que nunca se puede predecir el futuro.

— Si te acuerdas, no querías que se conocieran — dijo Connie —. ¿Se lo llegaste a decir a tu tía?

— No, no le dije nada. Como me dijisteis, era cosa suya — Lucy miró a Sadie —. Os habéis quedado muy calladas. Pensaba que diríais algo.

Sadie sonrió.

— Me alegro de tu tía se lo pasara bien anoche. Le hará bien salir un poco más y mezclarse con otro tipo de gente — seguía pensando en la propuesta de Connie de vender el negocio. No se creía que solo fuera una ocurrencia. Connie no decía de repente cosas así de importantes sin pensarlas antes. No, eso había estado en la mente de Connie al menos un par de días.

Aunque todas habían decidido olvidar el asunto, le siguieron dando vueltas el resto del día. Sadie no habló demasiado durante toda la tarde, algo impropio de ella. Normalmente las volvía a todas locas por no callar. Lucy solo habló de cuando en cuando para informar de que había algún cliente nuevo o de que alguien quería concertar alguna cita. Tan solo cuando empezaron a recoger sus cosas al final del día volvió el entusiasmo habitual.

— Bueno, me voy ya — dijo Lucy, emocionada —. He quedado con Paul a las siete y tengo que pensar qué me voy a poner.

— Que te lo pases bien. Por cierto, ¿adónde vais? No lo has dicho esta mañana.

— Vamos a cenar a un restaurante pequeñito y luego ya decidiremos qué hacer — contestó Lucy mientras caminaba hasta la puerta —. Hasta luego. Que tengáis una buena noche, hagáis lo que hagáis.

— Me alegro de ver a Lucy tan contenta. Espero que Paul sea bueno para ella. No me gustaría verla triste. Se merece un descanso — Connie observó a Lucy desaparecer por las escaleras —. Bueno, creo que esto ha sido todo por hoy. Espero que tengáis una buena noche las dos. Andrew y yo nos vamos al teatro.

Fuera de la oficina, Sadie y Jenny se despidieron de Connie antes de cruzar la carretera para coger el autobús.

— ¿Qué haces esta noche? — preguntó Sadie una vez subidas.

— No sé. Supongo que me quedaré vigilando la página web, otra vez — Jenny hizo una pausa —. Ya sabes, ahora que ya estamos asentadas con hombres en nuestras vidas, no creo que queramos quedarnos en casa vigilando el ordenador. Connie puede tener razón con lo de vender la empresa.

Sadie no dijo nada. Estaba pensando en lo que Jenny había dicho. Vale, ella no sabía dar de alta clientes en la página web, pero sabía enviar y recibir

correos electrónicos, así que esperaban que también formara parte de la rotación para vigilar la página web las noches y fines de semana. Eso podría significar hasta dos noches por semana escuchando importantes pitidos informándola de que otro correo había llegado. ¿Era eso lo que quería? ¿Era eso lo que querían que hiciera? Dudaba mucho que eso fuera el final del asunto.

Capítulo veintiséis

— Pareces un poco deprimida esta noche. Pensaba que querías ir al teatro — Andrew estaba intentando abrocharse los gemelos —. ¿Has cambiado de opinión?

Connie se puso el vestido.

— No, tengo muchas ganas de ver el espectáculo — dudó un momento preguntándose si seguir hablando —. He metido un poco la pata en la oficina hoy — añadió por fin.

— ¿Has metido un poco la pata? — Andrew inclinó la cabeza a un lado y sonrió — O la has metido o no.

— En realidad la he metido hasta el fondo — Connie se giró y le hizo señas para que le abrochara la cremallera —. He insinuado vender la agencia.

— ¿Vender la agencia? — Andrew, que todavía estaba forcejeando con la cremallera de Connie, paró un momento — Supongo que no se lo han tomado bien.

— Pues no. Hubo un silencio bastante incómodo durante el resto de la tarde — Connie suspiró —. Creí que al menos hablaríamos del tema, pero lo desecharon directamente. No me lo esperaba.

Andrew sacudió la cabeza y sonrió.

— No es siempre una buena idea hacer negocios con las amigas, en especial cuando trabajáis tan juntas. Por suerte, ha ido bien hasta ahora. Si fuera tú, ya me habría olvidado del tema, como seguro que han hecho las demás — la besó.

— Te quiero, Andrew — le rodeó el cuello con los brazos y lo besó.

— Es una pena que salgamos — dijo Andrew —. Podría ser más divertido quedarnos.

— Déjalo para más tarde — Connie sonrió y cogió su chaqueta.

— Estás muy callada esta noche. ¿Es por mí? ¿He hecho algo que te haya molestado? — Michael le cogió la mano a Sadie — Si te cansaras de mí me lo dirías, ¿verdad?

— Oh, Michael, lo siento. No, no has hecho nada malo — Sadie suspiró —. No eres tú, es Connie.

— Vale. ¿Qué ha hecho ahora? — Michael se rió — Creía que estaba contenta ahora que había vuelto con su ex marido — hizo una pausa —. ¿O han vuelto a romper?

— No, no han roto. Está muy contenta. De hecho, ese es el problema — Sadie explicó que Connie había propuesto vender la agencia —. Sé que es porque Andrew y ella han vuelto juntos y ya no necesita el dinero. Pero el resto de nosotras sí, así que, como es normal, no estamos de acuerdo. Para empezar, tendríamos que buscar otro trabajo. El dinero que saquemos de la agencia no nos va a durar para siempre.

— ¿Y cuál es el problema? — Michael se rascó la cabeza — Si todas estáis en contra, Connie pierde y vosotras ganáis y tenéis lo que queréis, ¿no?

— Sí y no.

— ¿Sabes algo más? Creo que nunca entenderé a las mujeres — Michael sonrió — ¿Qué quieres decir con sí y no?

— Sí, que es bueno porque seguimos en el negocio — Sadie suspiró —. Pero hay un inconveniente. Jenny dijo algo de vuelta a casa que me dejó pensando. Dijo que ahora tendríamos que arreglárnoslas para vigilar la página web las noches y los fines de semana. Tenemos que hacerlo así porque es cuando llegan la mayoría de mensajes. Es la hora a la que más gente tiene tiempo de mirar los perfiles — miró a Michael —. Lo que significa que podría quedarme encerrada con el portátil dos noches por semana.

— ¿Pero no eres consciente de que mucha gente hoy en día trabaja a turnos? Es un mundo diferente. Ya hace mucho que dejaron de existir las jornadas de cinco días a la semana de nueve a cinco. Los trabajos a menudo incluyen este tipo de horarios. Seguro que podemos arreglárnoslas — Michael sonrió —. Y yo pensando que te habías cansado de mí.

— En realidad me estoy enamorando de ti — Sadie levantó la cabeza. No quería decirlo en voz alta. El pensamiento le había pasado por la cabeza, pero se le transformó en palabras y le salió antes de que tuviera tiempo de pararlo. Quería estar segura de sus sentimientos antes de decir nada, pero ya era demasiado tarde: había puesto las cartas sobre la mesa. ¿Qué haría él ahora? ¿Estaría preparado para una relación? ¿La llevaría a casa al final de la noche y se iría sin proponerle que volvieran a verse?

— Lo siento, no debería haberlo dicho.

Michael le puso un dedo en los labios.

— Yo también me estoy enamorando de ti. No pensé que le volvería a decir esto a nadie otra vez... hasta que te conocí. Eres muy buena para mí. Me gustaste desde el primer momento en que entraste en el banco, pero ahora que te conozco mejor...

Sadie apenas se lo podía creer. Le rodeó el cuello con sus brazos.

— ¿En serio? ¿En serio me quieres, con todas mis peculiaridades, mi estilo de vestir imposible y mi... bueno, mi forma de expresarme?

— Sí, Sadie, me encanta todo — Michael la besó.

— Venga, salgamos de este ruidoso lugar y vayamos a algún sitio donde podamos hablar tranquilamente — Sadie se levantó y cogió su chaqueta de detrás de la silla.

— Vale, ¿dónde quieres que vayamos? — Michael llamó al camarero.

— No sé. A algún lugar tranquilo. A algún sitio donde podamos oír nuestra respiración — Sadie habría propuesto volver a casa de Connie, pero Jenny estaría en casa vigilando la página web.

— ¿Quieres tomar un café en mi piso? — propuso Michael. Le pagó al camarero y le dijo que se quedara el cambio — ¿O prefieres...?

— Me encanta la idea de tomar café en tu piso — Sadie se mordió el labio. Lo estaba volviendo a hacer: se puso en pie —. A menos que prefieras...

— En mi piso, entonces — interrumpió Michael y se rió —. Si uno de nosotros no toma una decisión, nos vamos a quedar aquí toda la noche.

El piso de Michael estaba al sur de Támesis. Estaba en el segundo piso de un pequeño edificio. A Sadie le pareció muy cómodo y sorprendentemente limpio para un hombre que vive solo.

— Ponte cómoda — dijo Michael —. Voy a hacer el café.

Sadie se paseó por el piso. Había un salón, una cocina, dos habitaciones un baño. Entró en una de las habitaciones y se fijó en que era la que Michael utilizaba porque había ropa suya sobre una silla en la esquina. Se sentó en la cama y pasó la mano lentamente por la colcha azul marino.

— ¿Cómo te gusta el café? — la voz de Michael sonó desde dentro de la cocina — ¿Solo o con leche?

De forma impulsiva Sadie se quitó los zapatos puso los pies en la cama y se estiró.

— He cambiado de opinión. Olvídate del café — le dijo. Sacó el móvil y le envió rápidamente un mensaje a Jenny.

Michael corrió rápidamente por el piso buscándola.

— ¿Te vas? Pensé que querías hablar.

— Podemos hablar aquí — dio un golpecito a la cama a su lado —. O no... podríamos haberlo ya dicho todo.

Michael se sentó al borde de la cama.

— ¿Estás segura? — preguntó.

— ¿Y tú? — Sadie levantó una ceja.

— Sí... sí — contestó Michael —. Es que no quiero que pienses que hemos venido para... — no terminó la frase porque Sadie le cogió de la corbata y lo acercó hacia él.

— Estás muy guapa, Lucy — dijo Paul mientras la ayudaba a salir del taxi.

— Gracias — contestó Lucy. Se había probado todos los vestidos de su armario antes de decidir ponerse ese. Aunque cabía en todos, en ese era en el que podía meter mejor sus caderas y no la hacía parecer gorda. Era raro, porque cuando se probó el vestido hacía un par de días, le estaba más estrecho. Quizá la dieta sí que estaba funcionando.

— Tú también estás muy elegante — miró al restaurante —. No había estado antes aquí.

— Yo tampoco — contestó Paul —. Un amigo mío me lo recomendó hace tiempo, así que pensé que podríamos probarlo.

Lucy se sintió aliviada de que Paul no hubiera estado allí con su ex mujer. No quería saber por qué. Quizá era porque no quería que la imagen de su mujer apareciera toda la noche, un poco como Connie y la maldita zorra.

— ¿Y qué más cosas te gusta hacer? Sé que te gusta cenar fuera, pero me gustaría saber qué más cosas haces en tu tiempo libre — preguntó Paul. Estaban sentados y ya habían pedido al camarero —. ¿Te gusta el teatro? ¿O ir a bailar? Solo quiero saber qué cosas haces para relajarte.

Lucy se quedó perpleja. No solía hacer muchas cosas. No podía permitirse ir a bares y discotecas y, en cuanto al teatro, era demasiado caro. No era sencillo criar a un hijo sin mucho apoyo por parte de su padre. Aunque Terry estuviera ya en la universidad, tenía que ayudarle. Ella no quería que saliera al mundo con una gran deuda.

— Me temo que no salgo mucho — dijo por fin —. No me puedo permitir salir de fiesta y gastar dinero — decidió que decir la verdad era la mejor opción —. Sigo ayudando a mi hijo cuando puedo.

— No, yo tampoco salgo mucho — sonrió —. En mi caso, no quiero ir a ningún sitio yo solo — le cogió la mano —. Pero ahora que nos hemos encontrado, podemos ir juntos. Pasarlo bien y disfrutar — hizo una pausa —. ¿Qué cosas te gusta hacer?

Durante la cena ella le contó que le encantaba el teatro.

— Que no pueda permitirme ir, no significa que no me guste.

Me encantan el teatro y los musicales. También me gusta la música. Una vez hace mucho tiempo fui a los Proms. Nunca lo olvidaré. Totalmente brillante. Me encanta pasear y ver el tenis. Me gusta una buena película y me encantaba ir de fiesta con mis amigas — hizo una pausa —. Pero basta de hablar de mí. Háblame sobre ti y las cosas que te gusta hacer.

— Pues parece que nos gusta hacer las mismas cosas. Me gusta hacer todo lo que has dicho. Creo que nos llevaremos bien — le contó que trabajaban en una empresa de seguros —. No soy director de junta ni nada de eso. Solo uno más del equipo.

A Lucy no le importaba a qué se dedicara. Era agradable, considerado, amable y tenía un trabajo estable. Suficiente para ella.

Después de cenar se pasearon por Oxford Street de la mano. Hacía buena noche y había todavía mucha gente en la calle.

— ¿Qué hacemos ahora? — preguntó Paul — ¿Te apetece ir a una discoteca?

— No mucho — contestó Lucy. En ese momento estaba disfrutando tener a Paul para ella y lo último que quería hacer era ir a un lugar ruidoso. Notó cómo le apretaba la mano y ella se la apretó también. Quería besarla ahí en mitad de Oxford Street, exactamente como la había besado en la puerta de Connie la noche anterior —. ¿Y tú?

Sacudió la cabeza.

— No.

Caminaron por la estación de metro y por un momento Lucy recordó la noche que se cruzó con Ben. Miró por encima del hombro como si esperara encontrárselo acechándola. Pero no estaba allí. Seguramente estaría borracho durmiendo en el calabozo.

— ¿Tienes frío? Parece que te están dando escalofríos — preguntó Paul.

— Estoy bien. Solo estaba intentado enterrar un fantasma del pasado — contestó.

Paul se paró en seco y se giró hacia ella.

— ¿Seguro que estás bien? Dime la verdad.

Lucy le contó lo que pasó la noche que se encontró de casualidad con Ben.
— Me dio un susto de muerte. Me habría golpeado si Alice no hubiera llegado y le hubiera agarrado del brazo.

— ¡Será desgraciado! — dijo Paul enfadado — No te preocupes. No dejaré que te toque nunca más — se inclinó y la besó.

La besó del mismo modo en el que lo había hecho la noche anterior, con dulzura y suavidad. Sintió que se derretía en sus brazos. Estaba a punto separarse, pero le rodeó el cuello con los brazos y lo abrazó presionando sus labios con los suyos. Finalmente, se separaron. Se quedaron un momento mirándose a los ojos y luego Paul se volvió a acercarse a ella y la besó de nuevo.

Lucy no quería separarse. Ahí estaban en mitad de Oxford Circus besándose apasionadamente como si estuvieran en la cama. Oía a la gente pasar. Algunos chasqueaban la lengua, otros silbaban y otros les decían «Ánimo, chicos». Pero le daba igual. Nunca antes se había sentido así y no quería que terminara el momento.

— Sigamos — dijo Paul cuando por fin se separaron. Sonrió — o nos van a arrestar —. Le agarró la mano con fuerza mientras seguían caminando por Oxford Street. No había sentido nada así por nadie desde que conoció a la mujer con la que se casó, pero entonces se acordó de cómo había terminado. ¡No! No quería ir ahí. No todas las mujeres eran iguales.

Miró a Lucy. Seguía agarrándole la mano. Quería pedirle ir a su piso pero ¿sería demasiado pronto? Se habían conocido la noche anterior solo. Aun así, tenía la sensación de que se conocían desde hacía mucho más tiempo. Ella era dulce y tenía los pies en la tierra. No estaba en las nubes, como otras mujeres de su oficina.

Lucy vio que Paul tenía los ojos fijos en ella. Se preguntaba si estarían pensando lo mismo. En ese momento ella estaba pensando en invitarlo a su piso. Su beso todavía quemaba en sus labios y quería más. Pero, al mismo tiempo, no quería parecer ansiosa. ¿Qué le diría Sadie si estuviera ahí ahora? ¿Qué pregunta más tonta! Sadie le diría que siguiera su instinto. Connie seguramente le diría que dejara las cosas fluir y Jenny... bueno, no tendría sentido preguntarle a Jenny. Ella habría ya perdido tres trenes si tenía que tomar una decisión sobre en cuál subirse. No, el consejo de Sadie era el mejor. No tenía ni idea de que Sadie había tenido el mismo dilema la noche anterior.

— Te has quedado muy callada —. Paul interrumpió sus pensamientos.

— Estaba pensando — se rió —. Debe parecer muy serio callarte así.

— Pensaba si invitarte a mi piso — hizo una pausa. ¿Había sido demasiado directa? — a tomar un té o un café. Tengo de los dos — añadió rápidamente para que no pareciera que se iba a desnudar en cuanto cruzara la puerta de la casa —. Mi piso no es muy grande, pero tengo un par de sillas y una mesa — empezó a parlotear. Pero como Paul no decía nada, siguió hablando. ¿Por qué no decía nada?

— En realidad, te iba a proponer que fuésemos a mi casa a tomar algo, pero no sabía qué ibas a pensar — dijo por fin Paul —. Te lo podías haber tomado mal y pensar... bueno, ya sabes.

— Sí, me encantaría ver tu casa, Paul, gracias — se sintió aliviada de que no se hubiera sentido forzado.

Paul vivía en un piso en el centro. Era en el piso de arriba y tenía unas vistas espectaculares de Londres desde los enormes ventanales. También era bastante espacioso y bien amueblado. Lucy se quedó bastante sorprendida.

— ¿Cómo puedes permitirte algo así? Es precioso.

— Mi abuela me dio algo de dinero el año pasado. Mi abuelo era un hombre listo y sacó bastante dinero en la bolsa hace muchos años y, aunque siempre se aseguró de que su familia no le faltara nada, nunca nos consintió. Decía que teníamos que saber valernos por nosotros mismo, aprender que la vida es un reto. Pero después de que se rompiera mi matrimonio y firmara los papeles del divorcio, vio lo desolado que estaba y me dio el dinero para este piso. Pensó que era el momento — hizo una pausa y señaló a la ventana —. Me encanta mirar Londres, en especial por la noche cuando brillan las luces. Echa un vistazo mientras nos sirvo algo de beber.

Lucy se acercó al enorme ventanal y se asomó a ver el paisaje. Era una vista maravillosa. Paul se unió a ella y le dio una copa.

— ¿Pongo algo de música? — ella asintió y él cruzó la habitación para elegir un CD. Se sentaron juntos en el sofá a beber vino y escuchar música.

Paul la rodeó con el brazo y la acurrucó junto a él. La besó y ella le respondió. La oleada de emoción que sintió antes, volvió a recorrerla.

— ¿Quieres otra copa? — le preguntó Paul cuando se separaron sus labios.

— No, gracias — estaba ruborizada y sin aliento —. ¿Y tú?

— No. La volvió a besar — ¿Lucy... quieres...?

— Sí — susurró sin dejarle terminar la frase.

En casa de Connie Jenny estaba respondiendo los correos electrónicos con peticiones de citas y solicitudes para apuntarse a la agencia. Había tantas que apenas tenía tiempo de parar y comer algo. David llamó, pero estaba tan liada que no pudieron hablar mucho.

— Te llamo cuando vuelva Sadie — le dijo —. Ella puede echarle un ojo a la web un rato y yo darme un respiro.

De repente, le vibró el móvil. Era un mensaje de Sadie: «*Duermo fuera esta noche ☺ ☺ Te veo mñn.*

— No vuelves a casa al final — murmuró y dejó el móvil en el sofá —. Era pedir demasiado tener unos minutos para mí.

Capítulo veintisiete

— Supongo que te lo pasaste bien anoche con Michael — dijo Jenny cuando Sadie entró por la puerta de la oficina. Llevaba el mismo vestido que la noche anterior.

— Oh, Jenny, qué bien nos lo pasamos — contestó Jenny. Empezó a dar vueltas por la estrecha habitación chocándose con las sillas y las mesas.

— ¿No se te habrá ocurrido traerme otro vestido, verdad? — preguntó cuando se sentó — No he tenido tiempo de pasar por casa a cambiarme esta mañana.

— ¡No! ¡No se me ha ocurrido traerte otro vestido! — espetó Jenny. Se levantó de la mesa — Anoche estaba hasta arriba. Me quedé con la maldita página web toda la noche. Estaba tan liada que no pude hacer nada más.

— ¿Y qué más querías hacer? — preguntó Sadie — Creía que no ibas a salir.

— No iba a salir, pero ese no es el tema.

— ¿Y cuál *es* el tema? — Sadie se quedó mirándola — Si no ibas a salir, ¿por qué estás montando todo este follón por quedarte vigilando la página web?

— Porque si *hubiera* querido darme una vuelta por la noche, no habría podido, ¿verdad? — Jenny hizo una pausa — Apenas tuve tiempo de hablar con David cuando llamó. El portátil se pasó toda la noche parpadeando y sonando.

— Ah, es eso entonces. David te llamó y la tomas conmigo porque no pudiste hablar con él.

— ¡Sí! No. No, no la tomo con nadie. Solo que me harté en ese momento — Jenny volvió a sentarse en el ordenador.

— ¿De qué te hartaste? — Connie entró en la oficina a tiempo de oír el final de la conversación.

— Nada — murmuró Jenny. Levantó la vista rápidamente —. No, no es nada. Solo que el que las tres volváis a tener hombres en vuestra vida no significa que yo tenga que quedarme en casa con el portátil como una Cenicienta moderna. Tenéis que rotar.

— David la llamó anoche y estaba muy liada trabajando en la página web. No pudieron hablar — Sadie le explicó a Connie y se giró hacia Jenny —. Si

yo hubiera estado en tu lugar, habría apagado esa cosa hasta que hubiera terminado y después lo habría vuelto a encender. No podemos dejar que controle nuestras vidas.

— Me ocupo yo esta noche — dijo Connie. Parecía que iba a estallar una discusión en cualquier momento y quería pararla antes de que se fuera de las manos. Le picaba la curiosidad por saber cuánto dinero se hizo la noche anterior, pero pensaba que no era el mejor momento para preguntarlo —. A todo esto, ¿dónde está Lucy? ¿Alguien sabe algo de ella?

Sadie sacudió la cabeza.

— Yo no — metió la mano en el bolso y sacó su teléfono por si tenía alguna llamada perdida de Lucy, pero no.

— Alguien está subiendo las escaleras. A lo mejor es ella — dijo Jenny.

— Siento llegar tarde — Lucy entró por la puerta. Después de pasar la noche con Paul, había pasado por casa a cambiarse antes de ir a la oficina. Pero, por el tráfico, había tardado más de lo que pensaba. Le sonrió a Jenny.

— ¿Quieres que me ocupe yo ahora?

— ¡A buenas horas! — dijo Jenny y se apartó del ordenador.

Lucy se quedó mirándola. ¿Qué había hecho para merecerse eso? Jenny no solía comportarse así.

— ¿Salgo y vuelvo a entrar?

Jenny hizo una mueca e hizo gestos con las manos en el aire.

— Perdón. No era mi intención. Me estaba lamentando — no quería ser mala con nadie, pero no podía evitar sentirse un poco celosa. Todas habían encontrado pareja y ella no. Había intentado consolarse pensando en que David iba a verla la semana siguiente. Le encantaba la idea cuando se conocieron semanas antes, pero hasta que tuvieran una cita de verdad, no podía llamarlo novio como tal.

— Vale — Lucy se sentó sin decir nada más.

Se hizo un silencio incómodo. Connie empezó a abrir el correo. Sacó dos formularios, se los dio a Sadie y le pidió que pusiera los nombres y direcciones en el registro.

— Cuando acabes, dáselos a Lucy para que los añada a la página web.

Sadie sacó el registro del fichero y añadió los nombres a la lista. Miró a Jenny preguntándose si pedirle la lista de gente que se apuntó a la agencia la noche anterior o si dejarlo para más tarde. Quizá luego estaría más tranquila. Se giró y volvió a mirar a Jenny. Era ya ridículo. ¿Por qué se estaban evitando mutuamente? No era culpa suya que no hubiera hablado con David. No tenía la

obligación de estar mirando la página web cada segundo anoche. Ahora estaba allí sentada haciéndose la mártir. Ahora tenían que andarse con pies de plomo con ella.

— ¿Pongo los nombres y las direcciones de correo electrónico de los clientes nuevos en el registro? — preguntó — ¿O quieres hacerlo tú?

— Te doy la lista — dijo Jenny —. Ya he añadido los perfiles — miró a Connie y a Lucy —. Hay treinta miembros nuevos y cuarenta y cinco correos electrónicos de gente pidiendo citas.

— ¡Treinta miembros nuevos! — exclamó Connie.

— Siete mil quinientas libras — Jenny le informó — más las seiscientas o así de las citas.

— Eso es genial — dijo Connie.

— No si os quedáis solas en una habitación toda la noche.

— Vale, Jenny, ya nos lo has dicho, déjanos vivir — Sadie tiró el bolígrafo —. Me estás poniendo de mala hostia.

Jenny abrió la boca para decir algo, pero, en vez de decir nada, se puso a llorar.

— Jenny, lo siento, no quería que te pusieras así — Sadie miró a Connie e hizo una mueca —. Venga, Jenny. Me conoces. Siempre abro la boca y meto la pata.

—No, no eres tú — Jenny se secó los ojos — ni vosotras. Soy yo. No tendría que haber seguido dándole vueltas. Pero me daba mucha pena a mí misma anoche. Todas vosotras pasándolo bien y yo encerrada en casa. Y luego cuando Sadie me mandó el mensaje para decirme que no volvía a casa, estallé — se levantó —. Si no os importa, voy a salir. Necesito que me dé el aire.

Se quedaron sentadas en silencio mientras Jenny recogía sus cosas y salía de la oficina. Connie fue la primera en hablar.

— Propongo que hagamos una rotación para vigilar la página web. Cuando nos toque, tenemos que hacerlo nos guste o no — hizo una pausa —. También tenemos que pasar más tiempo fuera de la oficina. Las cuatro somos amigas desde hace muchos años y nunca hemos discutido tanto como desde que empezamos con la agencia. En especial Jenny, que siempre se lo toma todo con mucha calma. Hemos pasado demasiado tiempo juntas en esta diminuta oficina.

— Tienes razón con lo de turnarnos — dijo Sadie —. Anoche, cuando Jenny y yo nos íbamos a casa, habló sobre lo que dijiste sobre vender la agencia. Lo había pensado y señaló esa desventaja si seguíamos adelante. Que

tendríamos que hacer nuestra vida personal teniendo en cuenta la vigilancia de la página web. Eso me hizo darme cuenta de lo que conllevaba.

— ¿Y ahora dices que quieres vender? — preguntó Connie.

— No, pero tampoco digo que no quiera — contestó Sadie —. En realidad no sé qué quiero. Cuando se lo conté a Michael, me dijo que mucha gente tiene este tipo de turnos y es verdad. No sé si quiero hacerlo — hizo una pausa —. Y, con respecto a lo de estar aquí todas juntas metidas, estoy de acuerdo. Somos amigas desde hace tiempo. Hemos reído y llorado juntas, hemos estado juntas de vacaciones y Jenny nunca había reaccionado como lo ha hecho esta mañana. Siempre ha sido la más tranquila de nosotras. Creo que nos vendrá bien a todas que vea a David pronto.

Lucy estaba en silencio, pero había estado escuchando muy atentamente.

— Cuando empezamos esta aventura, no teníamos a ningún hombre en nuestra vida — dijo —. Ahora que los tenemos, lo vemos todo desde un punto de vista diferente. Yo lo veo igual que tú, Sadie, pero no tengo tan claro que quiera vender. Es un buen negocio. Hay muchas agencias de citas. Algunas de ellas son gratuitas y otras tienen una cuota, pero es una batalla campal. La gente se apunta, encuentran a alguien que les guste y van a por él, porque las direcciones de correo están visibles para todos los miembros. Y luego está Divorciados.com, nuestra agencia. No es barata, pero tiene clase y se está difundiendo la palabra. Así que, ¿en serio estamos pensando en venderla porque no queremos turnarnos para vigilar la página web? — hizo una pausa — No quiero ser una aguafiestas con nuestras nuevas relaciones pero Sadie, creo que tenemos que tener en mente que estamos empezando. Michael y Paul podrían jugárnosla en cualquier momento y podríamos necesitar la agencia para seguir adelante. Jenny es otro asunto — vaciló —. No me gusta decir esto y solo lo dejo caer pero, ¿creéis que David la habrá dejado tirada?

Sadie asintió. Esperaba que David siguiera ahí para Jenny. Ojalá Michael no la dejara nunca. Era lo mejor que le había pasado en toda su vida en mucho tiempo. La noche anterior había sido maravillosa. Michael había sido un amante dulce y apasionado. Pero, con el paso de los años, había aprendido que lo bueno no siempre dura, y tenía que estar de acuerdo en que estaban empezando. Volvió a centrar sus pensamientos en el asunto que les ocupaba.

— ¿Crees que Jenny se lo está inventando?

Lucy asintió. Esperaba que no fuera el caso. Pensó en su noche con Paul. Apenas le había dado tiempo a pensar en si le gustaría pasar la noche con él antes de decirle que sí. Hicieron el amor y luego charlaron un rato antes de

volver a hacer el amor. Ninguno de los dos oyó el despertador por la mañana. A ella le daba igual, pero le preocupaba Paul. A diferencia de ella, él no era su propio jefe. La besó y le dijo que la llamaría durante el día antes de salir por la puerta con el maletín en una mano y una tostada en la otra. Le supo muy mal dejarla allí sola.

Connie entendió lo que Lucy decía. Estaban empezando sus relaciones. Aunque Sadie llevaba algo de tiempo ya con Michael, Lucy solo había visto a Paul un par de veces. En cuanto a Jenny... suspiró. El tiempo diría qué pasaría.

— Lo mejor que le puede pasar a Jenny es que David vaya a verla... y cuanto antes ocurra, mejor.

Jenny bajó las escaleras del edificio. Se apoyó contra la pared preguntándose qué hacer. Se sintió tonta. ¿Por qué había salido? Tendría que volver y enfrentarse a ellas tarde o temprano. Habría sido mejor quedarse sentada en la oficina y suavizar las cosas. Sadie tenía razón, tenía que haber apagado el portátil y tener una conversación en condiciones con David. No tenía que estar sentada con esa maldita cosa toda la noche como si estuviera cosida a sus caderas. Pero ese no era el verdadero problema, ¿no? En el fondo estaba celosa de Sadie y Lucy, aunque no lo quisiera admitir. Apenas se lo quería admitir a sí misma. Estaba contenta de que a sus amigas les fueran las cosas bien y esta no era una excepción. Estaba muy contenta por ellas, pero al mismo tiempo había algo que le perturbaba la mente. ¿La estaría engañando? ¿Habría otra mujer? Le había dicho que por trabajo tenía que viajar mucho. A lo mejor tenía una mujer en cada ciudad. No necesitaba a otro Rob en su vida. Con un matrimonio fallido tenía bastante.

Salió del edificio y caminó hacia Oxford Street. David llegaría pronto. Por fin saldrían juntos. La espera la estaba matando. No sabía mucho sobre él, solo lo que le había dicho por teléfono y era muy poco. Una vez se vieran podría decir si era mujer para él o no. O viceversa. Quizás sería mejor que no se hubieran conocido. Podría haber seguido con su vida en vez de seguir esperando sus llamadas.

Fue a una cafetería que había en la esquina de Oxford Street y pidió un café. Impulsivamente, sacó un teléfono móvil y marcó el número de la oficina de David. Nunca lo había llamado antes a la oficina porque siempre había

pensado que estaría liado trabajando. Pero ese día sintió la necesidad de hablar con él. Algo le decía que tenía que resolverlo:

— Hola, David — dijo cuando por fin escuchó su voz.

— Jenny, me alegro de escucharte — contestó —. ¿Va todo bien? Pareces un poco alterada.

— Sí, estoy bien — hizo una pausa —. Solo quería hablar contigo — estaba al otro lado de la línea y no sabía qué decir. Respiró hondo —. David, ¿yo te gusto de verdad? A ver, hace semanas que no nos vemos y cuando nos conocimos nos vimos muy poco. Lo que intento preguntarte es si te intereso de verdad o solo me estás mareando — lo soltó todo de golpe. ¿Entendería la pregunta? Si lo pensaba, no lo entendía ni ella.

— Jenny, me muero de ganas de volver a verte. Estoy deseando que la empresa me mande a Londres este fin de semana. Seguramente me necesiten el lunes por la mañana para firmar algunos contratos. Estoy esperando a que me digan algo luego. Lo he dicho antes porque todavía no han tomado una decisión — David hizo una pausa porque se le había pasado algo por la mente —. ¿Has conocido a alguien? ¿Es eso? ¿Hay alguien en tu vida?

— No. No es eso — a Jenny le encantó que David se tomara en serio lo de verla otra vez pero, al mismo tiempo, deseó no haberlo llamado. Quizá había sido demasiado brusca.

— Me muero de ganas por verte otra vez — ahora estaba empezando a sonar desesperada. Tenía que calmarse un poco —. Pero tenía la horrible sensación de que no ibas a ser tan bueno. Podrías estar engañándome y ya tener novia o estar prometido y... y... — empezó a tartamudear. Pensaría que es idiota. Debería colgar pronto —. Perdona, no tenía que haberte llamado — pulsó el botón de colgar y puso el teléfono en la mesa.

Dio un sorbo al café. Qué estúpida. ¿Por qué demonios lo había llamado? ¿Qué esperaba ganar? Le había mostrado sus sentimientos y ahora se moría de ganas por verlo. Sabía que ella estaba preocupada por si no era la única mujer de su vida, lo que significaba que estaba desesperada por él y sabe dios qué más podría haber sacado de la llamada.

Empezó a sonarle y a vibrarle el teléfono en la mesa. Al mirarlo vio que era David. No quería cogerlo, pero siguió sonando. Miró cómo el teléfono se movía por la mesa a causa de la vibración. En cualquier momento pararía y saltaría el buzón de voz. Ya escucharía luego lo que tuviera que decir.

David oyó un clic y el teléfono dejó de sonar.

— ¡Jenny! — se levantó y gritó al teléfono — Jenny, ¿estás ahí? — todos en la oficina se quedaron mirándolo, pero le dio igual. Jenny no estaba, había colgado. Le había colgado.

Se sentó lentamente en la silla y se pasó la mano por el pelo. Pensó en hacía una semanas cuando por primera vez se fijó en ella en el restaurante. Parecía tan fina y tan elegante. Le llamó la atención al instante. Hablando durante la cena se dio cuenta de que su personalidad era encantadora. Se sintió muy triste cuando se marchó con sus amigas. Recordó que le hubiera gustado conocerla en su primera noche en Londres. Al menos habrían tenido más tiempo para conocerse. Pero parecía que el destino había querido que se encontraran en el hotel. Desde entonces contaba los días hasta que pudiera volver a Londres y se volvieran a ver.

Pero quizás ella no sentía lo mismo. Después de todo, una mujer joven tan atractiva que vive en la capital debe conocer a muchos hombres todos los días. ¿O podría ser que ella tuviera en cuenta que un hombre como John se hubiera echado atrás para conocer a Lucy?

Se sentía muy mal, en especial por haber tenido que dar la noticia de que John no iba a Londres. ¿Pensaría Jenny ahora que él era igual que John y que se la estaría jugando?

Si lo miraba así, no podía culparla. No se conocía mucho. Tan solo sabía lo que le había contado por teléfono en sus conversaciones y eso era muy poco. Prefería hablar de ella. Tenía que haber ido antes a Londres. Podría haber cogido el tren y haber ido un fin de semana. Jenny tenía solo su palabra de que iba a ir a verla. Tendría que haberlo visto venir. ¿Por qué no se lo había visto venir?

Respiró hondo. No podía dejarlo así. Tenía que volver a hablar con ella y hacerla entender que sí quería quedar con ella. Cogió el teléfono, pensó en qué decirle y marcó su número.

Jenny miró su teléfono. En cualquier momento dejaría de sonar y David dejaría un mensaje. ¿Lo haría? ¿O colgaría pensando que no quería hablar con él? ¿Quería terminar así? Cogió el teléfono y respondió a la llamada.

— Hola, hola. Jenny, ¿estás ahí? — la voz de David sonó tensa por el teléfono.

— Sí, estoy aquí — contestó Jenny.

— Creía que no ibas a cogerlo. Voy a Londres el fin de semana y me da igual lo que me diga la empresa — dijo David —. Tengo que verte. No he dejado de pensar en ti. Necesito verte. El viernes cuando salga del trabajo cojo el tren y te llamo cuando llegue a King Cross — lo dijo todo de golpe. Pero no quería darle la oportunidad de colgar antes de que dijera todo lo que tenía que decirle.

Jenny no sabía si reír o llorar.

— David — gritó —. Allí estaré — miró a su alrededor en la cafetería. De repente vio todas las miradas fijas en ella —. Te recojo en la estación — repitió bajando la voz —. Sea a la hora que sea, estaré allí.

— ¿Estás mejor? — preguntó Sadie.

Jenny acababa de volver a la oficina. Asintió.

— Sí, gracias — hizo una pausa —. Siento la que he liado antes. Yo... — no supo qué más decir.

— Olvídalo — Connie contestó por todas —. Como decía mi abuela, «cuanto menos se diga, antes se arregla». Seguro que vas a estar mucho mejor cuando David venga a verte.

Jenny se fijó en que Connie miró de reojo a Lucy y a Sadie. ¿De qué iba eso? ¿No pensarían que se estaba inventado las llamadas de David?

— He hablado con David y viene a Londres el viernes por la noche, así que podréis conocerlo el fin de semana — dijo.

— Qué buena noticia, Jenny — dijo Sadie.

— Sí — Jenny cruzó los dedos por detrás de la espalda, con la esperanza de que no pasara nada que hiciera que David cambiara sus planes —. Me muero de ganas de verlo.

Capítulo veintiocho

Jenny estaba esperando en el andén cuando David salió del tren. Lo vio salir con una enorme maleta. ¿Sería señal de que se quedaba en Londres más de un fin de semana? La saludó mientras se acercaba. Aunque le había dicho que el tren no llegaba hasta las siete, ella llevaba en King Cross desde las seis. Estaba demasiado nerviosa como para quedarse sentada en casa de Connie viendo pasar las horas.

— Me alegro de verte, Jenny — dijo. Dejó la maleta en el suelo, la abrazó y la besó. Se habían terminado todas esas semanas de espera y por fin estaba ahí —. Estaba deseando que llegara el día — señaló la maleta —. Me quedo en Londres dos semanas. Tengo que firmar los documentos del traspaso, lo que me llevará unos tres días, el resto del tiempo es para mí, o sea, para nosotros.

A Jenny se le iluminó la mirada cuando lo vio. Era más guapo de lo que recordaba.

— Estaba deseando volver a verte — dijo —. He pedido algunos días libres en la oficina para que podamos estar juntos.

David cogió su maleta cuando salieron de la estación y le dijo a Jenny:

— He reservado una habitación en el Langley. Vamos allí primero y cuando deje la maleta, vamos a cenar a algún sitio — llamó a un taxi y en unos minutos entraron en el hotel.

— Háblame un poco más sobre ti, Jenny — David ya había dejado las cosas en el hotel y estaban tomando algo en el bar. Decidieron cenar en el Langley.

— ¿Qué más quieres que te diga? — se rió — ya te he contado toda mi vida por teléfono — se levantó de repente y dio un giro sobre sí misma —. Esta soy yo. Lo que ves es lo que hay. No tengo secretos — era cierto, le había hablado a David sobre ella en sus conversaciones telefónicas. Quería que supiera sobre su matrimonio y divorcio. También le había contado que Rob se había paseado por su piso hasta que la policía se lo llevó. No le quería ocultar nada porque tarde o temprano saldría, seguramente cuando menos se lo esperara.

— Cuéntame algo de ti. Nunca me dices nada de ti por teléfono.

— ¿Por dónde quieres que empiece?

— ¡Por el principio!

— ¡Pero si no me acuerdo del principio de mi vida! — David se rió — Me acuerdo de que fui *boy scout*, iba de campamento y esas cosas. Pero luego mi mente ya pasa a la empresa para la que trabajo. Es como si siempre hubiera estado allí.

— ¿Fue tu primer trabajo? — preguntó Jenny.

David asintió.

— Sí, entré de prácticas en la oficina cuanto terminé la escuela y llevo allí desde entonces. Trabajé mucho porque quería ser alguien en la vida. Y luego cuando me dieron la oportunidad de viajar con la empresa, la acepté sin pensármelo. Pagaban muy bien — hizo una pausa —. Pero mi mujer no le gustaba que yo pasara tanto tiempo fuera y terminó engañándome. Podría haber venido conmigo. No tenía por qué quedarse en casa — dio un sorbo a su copa —. Me dijo que no le gustaba viajar pero, si lo pienso, creo que le gustaba fingir que estaba soltera.

— ¿Y ahora? ¿Sigues viajando lejos? — preguntó Jenny.

—No. Hace un año decidí que no quería seguir viviendo pegado a una maleta. Así que me ascendieron y ahora solo viajo por las islas británicas, pero no tan a menudo.

En ese momento les trajeron la cena.

— Nos queda una por ver — Connie y Andrew estaban viendo casas. Se había tomado la tarde libre y se había pasado por algunas inmobiliarias antes de quedar con Andrew. Hasta entonces no habían visto nada que les sorprendiera de verdad.

— ¿Tiene que ser una casa por fuerza? — preguntó Andrew — ¿Y un apartamento bonito?

Connie se lo planteó por un momento. No había pensado en un apartamento. Quizás uno con vistas al río podría ser una bonita opción si el alojamiento era lo bastante bueno. Un apartamento cerca de las tiendas y de la oficina era una buena opción.

— Vale, pero vamos a mirar esta, que ya tenemos la cita concertada.

Al final resultó que la casa no era lo que esperaban. Incluso Andrew lo pensaba y eso que no era ni la mitad de meticuloso de lo que lo era Connie.

— Si cogemos un taxi, podríamos volver a la inmobiliaria antes de que cierren — dijo —. Podríamos coger algunos catálogos y echarles un vistazo

esta noche.

— Me parece buena idea. Esta noche me ocupo yo de la página web, así que nos íbamos a quedar en el Condrew de todas formas. Sadie y Lucy salen con sus novios y Jenny ha quedado con David en Kings Cross.

— ¿Cómo les va a Sadie y a Michael? — Andrew le preguntó mientras llamaba un taxi. Esperaba que Sadie hubiera encontrado al hombre perfecto esta vez — Connie había dicho algo de quedar todos para cenar una noche.

— Me da buenas vibraciones lo que me ha contado Sadie. Es mucho mejor que su ex marido — hizo una pausa —. Pero es que cualquiera es mejor que Alex. Solo lo vi dos veces y con eso tuve bastante. Nunca entenderé por qué se casó con él. Era un perdedor — le explicó que Michael tenía formación en el mundo de las finanzas aunque trabajaba de vigilante en el banco que usaba la agencia —. Así es como Sadie lo conoció.

El taxi los dejó en la puerta de una enorme inmobiliaria.

— Vale, a ver qué nos pueden ofrecer — dijo Connie dirigiéndose a la puerta.

— Has tenido una vida muy emocionante — Jenny y David habían terminado de cenar e iban caminando por el borde del río. La luna asomaba entre las nubes y el Támesis fluía en silencio.

— Y todavía me queda mucho por delante, ¿eh? — se rió David.

— No quería llamarte viejo ni nada por el estilo — Jenny se sonrojó —. Solo decía que...

— Sé lo que querías decir. Estaba de broma — David se inclinó y la besó en la mejilla —. Me encantas, Jenny.

— ¿Echas de menos viajar? — preguntó Jenny — Es decir, ¿te parece aburrido llevar una vida tranquila?

— En realidad no. Pensaba que sí, pero no. A lo mejor *sí* que me estoy haciendo viejo después de todo — la miró de reojo.

— ¡No, claro que no! — exclamó Jenny. Se rió y le dio un puñetazo de broma en el hombro — ¡Te estás quedando conmigo otra vez!

Siguieron caminando de la mano. Jenny se quedó sorprendida de lo mucho que le gustaba David y de lo cómoda que se sentía a su lado. Aunque se alegró de verlo, se sintió un poco nerviosa cuando se encontraron en el andén en Kings Cross. ¿Estaba haciendo lo correcto? ¿De qué hablarían? Sabían muy

poco el uno del otro. Aun así lo encontraba encantador y fue muy sencillo llevarse bien con él.

— Será mejor que te lleve a casa — dijo David —. Se está haciendo tarde — hizo una pausa —. Te llamo mañana por la mañana y podemos pasar el día juntos. Podrías llevarme a hacer turismo.

— Sí, me gusta la idea — dijo Jenny. Se entristeció porque la noche pasó muy rápido. El día siguiente no llegaría tan rápido. Después de divorciarse se prometió a sí misma que no se pegaría al primer hombre que conociera. Así que se propuso ir con más cuidado esta vez y tomarse cualquier relación futura con mucha calma y hasta ahora todo iba según el plan. Después de cuatro o cinco citas, lo invitaba a un café cuando sus vecinas supieran que estaba en casa. Semanas más tarde le propondría pasar la noche juntos.

Pero ahora ahí estaba ella, emocionada como una adolescente, enganchada a cada palabra que decía David y sin querer dejarlo ni un segundo. Pero no era cualquier hombre, se decía para sí misma. Ese hombre era amable, considerado y extremadamente atractivo.

— ¡Sadie! — Jenny la llamó cuando abrió la puerta de la casa de Connie. No hubo respuesta. Sadie no habría llegado aún o se habría vuelto a quedar en casa de Michael — ¿Quieres entrar y tomar un café? — David estaba detrás de ella. Había insistido en llevarla a casa.

— Sí y no — contestó.

— ¿Qué significa eso?

— Significa que sí, me encantaría tomar un café, pero no, no quiero que me pidas que me quede a pasar la noche — hizo una mueca —. No creo que surja como yo quiero que surja. Es que quería que...

— Te entiendo — Jenny se rió. Ojalá supiera seguro que Sadie no volvería a casa. A pesar de sus planes, era lo que sentía en ese momento y quería que David se quedara a dormir —. Ponte cómodo, que voy a hacer el café — en la cocina, le mandó un mensaje rápido a Sadie para preguntarle si volvería a casa esa noche. Puso la cafetera, sacó dos tazas y las puso en una bandeja. Entonces, le vibró el móvil. «No, no vuelvo. ¡Disfruta!» Jenny se sonrojó. Se sintió tonta de pensar que Sadie no se imaginaría lo que se traía entre manos. Sadie siempre lo detectaba todo.

— Será mejor que me vaya — David miró el reloj —. Se está haciendo tarde.

— ¿Quieres otro café antes de irte? — preguntó Jenny. Cogió la cafetera, pero estaba vacía — Puedo hacer más.

David se rió.

— Ya me he tomado cuatro tazas. Ahora mismo estoy nadando en café.

— Sí, yo también — dejó la cafetera en la mesa sin saber qué más decir.

David se quedó mirándola, la rodeó con sus brazos y la besó. Jenny se derritió en sus brazos. No recordaba haberse sentido así nunca antes.

— Será mejor que me vaya — dijo David apartándose de ella —. Yo no...

Le puso un dedo en los labios y lo acercó hacia ella.

— No, quédate — le susurró.

Capítulo veintinueve

A la mañana siguiente, Jenny y David pasearon por Hyde Park. David propuso que le enseñara algunas vistas de Londres, y como hacía buen tiempo, lo llevó por el parque, un lugar ideal para comenzar.

— Si miras hacia allí, verás la ventana de nuestra oficina — Jenny señaló por el parque a uno de los edificios que había al otro lado de la carretera —. Allí arriba, esa ventana diminuta arriba del todo. En este momento dos de mis compañeras estarán allí arriba actualizando lo que haya pasado anoche durante la vigilancia de la página web.

— ¿La vigilancia de la página web? — David levantó las cejas.

Jenny explicó que alguien tenía que quedarse a cargo de la página web para concertar las citas y dar de alta a los miembros nuevos.

— Así es cómo ganamos dinero. Lo llamamos vigilar la página web. Y luego actualizamos los ficheros de la oficina.

— Ya veo — dijo David pensativo. Volvió a mirar la ventanita de la oficina y se rió —. Si la oficina es tan pequeña como la ventana, tiene que estar abarrotada siempre.

— La verdad es que sí — contestó —. A veces también hace demasiado calor, sobre todo cuando discutimos.

— No te imagino discutiendo con nadie, Jenny. Eres encantadora por naturaleza. Fue la segunda cosa que me llamó la atención de ti. Tienes una actitud cariñosa y positiva hacia todo y hacia todos.

— Bueno, a veces me enfado, pero no suelo hacerlo — se acordó de esa semana, cuando tuvo el encontronazo con Sadie —. ¿Y qué fue lo primero que te llamó la atención de mí? — preguntó para cambiar de tema.

— Lo guapa que eras o, debería decir, que *eres* — dijo David sin dudarle ni un momento.

Jenny se sonrojó y apartó la vista.

— Ah — fue todo lo que pudo decir.

— ¿Qué quieres hacer hoy? — preguntó Paul. Lucy y él acababan de terminar de fregar los platos del desayuno y los estaban recogiendo.

— No sé — Lucy frunció el ceño —. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que tuve un sábado libre, así que ya no me acuerdo de qué se hace los fines de semana — hizo una pausa —. Elige tú.

Paul se rascó la cabeza.

— Bueno, hay un partido de fútbol a las... — se interrumpió y empezó a reírse cuando vio la cara de Lucy —. Era broma — se quedó pensando un momento —. ¿No querías ver una exposición de arte?

— Sí, es verdad. Casi se me olvidaba. Es en la Galería Nacional, en Trafalgar Square.

— Vale, vamos y comemos algo en algún restaurante. Dejemos que las cosas sigan su curso.

— Me encanta la idea — Lucy aplaudió emocionada —. ¿Pero seguro que te gustan las exposiciones?

— El arte no es que sea mi mejor amigo — dijo Paul con una sonrisa — pero nos llevamos bien cuando nos vemos, así que vamos al museo.

— Estás loco — Lucy rodeó le rodeó el cuello con los brazos y lo besó —. No tienes que ir conmigo si no quieres. Puedo ir sola y tú hacer otra cosa. Algo que te apasione más... como ver el fútbol.

— Tú me apasionas, Lucy — dijo Paul —. Quiero ir contigo. Tú me puedes enseñar cosas sobre arte y puede que me guste más en el futuro.

— Vale — dijo Lucy —. Vamos a coger los abrigos y vámonos. En marcha la primera clase sobre las maravillas del arte.

— ¿Dónde quieres que vayamos ahora? — preguntó Jenny. Ya habían llegado a la salida de Hyde Park.

David miró al cielo. Por la mañana el cielo estaba muy azul, pero en ese momento estaban empezando a formarse nubes.

— Creo que tendríamos que empezar a buscar algún sitio cubierto. ¿Se te ocurre algo?

— ¿Qué tipo de cosas te interesan a ti? — preguntó levantando las manos desesperada — Por si no te acuerdas, no sé mucho sobre lo que te gusta y no que no.

— Ups, perdón. Sí, bueno... me gustará cualquier cosa que hagas. ¿Y si vamos allí a tomar unos entrantes?

— ¡Eres idiota! — exclamó Jenny — Vale, ¿te gustan los museos?

David puso mala cara.

— No mucho. Pero si es lo que quieres, ¿por qué no? — se encogió de hombros — Me gustaría darle una oportunidad.

— Vale, pues vamos. Es barato y tranquilo así que, cultura, allá vamos.

Empezó a llover en cuanto llegaron al museo.

— Justo a tiempo — dijo Jenny cuando empezaron a caer las primeras gotas.

— Me pregunto qué estarán haciendo ahora — dijo Connie.

— ¿Quiénes? — preguntó Sadie sin prestar atención. Estaba ocupada añadiendo un cliente nuevo a la lista.

— Jenny y David, ¿quiénes van a ser?

Sadie levantó la vista y soltó el bolígrafo.

— Quizás seguirán en la cama si tiene dos dedos de frente.

— ¿Qué te hace pensar que Jenny se habrá llevado directamente a David a la cama? Si apenas lo conoce. Solo han quedado una vez. No se puede contar lo del Langley. Jenny no es el tipo de mujer que hace algo así sin pensarlo — hizo una pausa —. En realidad, Jenny no haría nada sin darle muchas vueltas.

— Bueno, en ese caso, supongo que se habrá tomado un par de segundos para pensárselo y luego se lo llevaría a la cama — Sadie se rió —. Además, anoche me preguntó que si volvía a casa. ¿Por qué lo habría hecho si no estuviera desesperada por meter a David en mi parte de la cama?

— Lo podrías haber dicho de una forma menos basta — Connie se rió.

— Por el amor de Dios, Connie. Lo dijera como lo dijera, significa lo mismo. ¿Por qué andarse con rodeos? — volvió a sacar el bolígrafo — Espero que Lucy y Jenny estén disfrutando de su sábado libre. Supongo que hemos tenido suerte hasta ahora de que no les haya importado trabajar en sábado.

Connie había pensado lo mismo. Les *había* venido muy bien. Ella y Sadie solían cogerse normalmente ese día libre. Pero ahora que Lucy tenía a Paul y que Jenny vería más a David significaba que ella y Sadie tendrían que turnarse también. Los fines de semana era cuando había más lío en la agencia. El fin de semana anterior hicieron siete mil libras. No, no podían permitirse cerrar la página dos días.

El museo estaba lleno de gente. Jenny había olvidado que había una exposición especial ese fin de semana.

— Tendría que haberme acordado. Lucy lo dijo la semana pasada.

— No te preocupes — dijo David y sonrió —. No tiene por qué ser tranquilo. Pero, al menos, no nos mojamos.

Caminaron por el museo y se paraban de vez en cuando cada vez que veían algo que les gustaba especialmente.

— Estos podríamos ser nosotros — dijo David abrazando a Jenny —. ¿Qué te parece?

Miró hacia donde estaba señalando y vio una pequeña estatua de dos jóvenes. El brazo del hombre rodeaba la cintura de la mujer y se miraban a los ojos con amor y admiración. Jenny sonrió.

— Sí — susurró.

Siguieron avanzando por el museo y de repente se encontraron con Lucy y Paul.

— Tendría que haber imaginado que estarías aquí, Lucy — dijo Jenny una vez los presentaron —. Hemos venido aquí a refugiarnos de la lluvia.

— Estamos pensando en ir a comer algo — dijo Lucy —. Si habéis terminado, ¿vamos los cuatro a comer?

Jenny miró a David y asintió.

— Claro, ¿por qué no? Suena divertido.

— ¿Y qué te parece Paul? — preguntó Lucy. Los ojos le brillaban de emoción. Acababan de terminar de comer y las dos mujeres fueron al baño a retocarse — David es muy dulce. Es tu tipo, Jenny.

— Pues sí — contestó Jenny. Por un segundo retrocedió a la noche anterior cuando hicieron el amor. Había sido muy dulce —. También me gusta Paul. Los dos parecéis hechos el uno para el otro — añadió volviendo al presente —. Crucemos los dedos para que nuestros futuros sean mejores a partir de ahora.

— Lo mismo digo — dijo Lucy y miró hacia la puerta —. Me pregunto cómo se llevarán ellos. ¿Estarán hablando o estarán sentados en silencio hasta

que volvamos?

— Yo creo que habrán encontrado algo en común de lo que hablar. Los hombres suelen encontrar algo que decir — Jenny se quedó pensando un momento —. ¡Trabajo! Los hombres suelen hablar sobre su trabajo y lo que hacen.

— No — dijo Lucy lentamente —. Paul no suele hablar demasiado sobre su trabajo cuando no está. ¿Sobre cerveza a lo mejor?

— No sé. No he visto a David beber cerveza todavía. ¿Qué más podrían hacer?

Las mujeres se miraron y se rieron.

— Fútbol —dijeron a coro al salir del baño.

— Sigo pensando que debería haber sido penalti — escucharon la voz de David cuando volvieron a la mesa.

Las mujeres se miraron y se rieron.

— Desde luego — dijo Paul — no entiendo cómo el árbitro no lo vio.

— ¡Ya estamos aquí! — dijo Lucy con una risita.

— Lucy y Paul me han caído muy bien — dijo David. Él y Jenny y habían vuelto al Langley. Estaba un poco preocupado de que el nombre de John pudiera haber salido durante la comida. Pero, por suerte, no. Por otra parte, ¿por qué iba a salir? Lucy estaba con otro hombre y los dos parecían felices.

— Conozco a Lucy desde hace mucho tiempo. Nos conocimos hace muchos años trabajando para la misma empresa. Sin embargo, hoy era la primera vez que conocía a Paul y pensaba que era muy agrádame. Me alegro de que haya encontrado a alguien así. Su primer marido, Ben, era un maltratador — vaciló —. ¿Qué pasó con John? Creí que le gustó Lucy cuando la conoció. Le dolió bastante, ¿sabes?

David suspiró.

— John es un poco mujeriego. Va de flor en flor, pero creí que le gustó bastante Lucy. Se pasó todo el camino de vuelta a Peterborough hablando de ella. Quizá pensó que había encontrado *su* chica por fin, pero no.

— Bueno, si es así, entonces creo que Lucy ha tenido suerte. Un donjuán es lo último que necesita en su vida — John le recordaba a Rob. Iba de flor en flor durante el matrimonio. Quizás lo hacía también antes de la boca, ¿quién sabe?

— Te has quedado muy callada. ¿Estás bien? — preguntó David. La abrazó.

— Sí, estoy bien — levantó la vista y él la besó.

— Jenny — dijo David —. ¿Qué planes tienes para esta noche?

— Ninguno — contestó sonriendo —. ¿Qué tienes en mente? — Pero ya sabía la respuesta.

Capítulo treinta

Jenny estaba en una nube cuando llegó a la oficina el lunes por la mañana. Flotó por la oficina hasta el escritorio olvidándose hasta de mirar a sus amigas. Después de pasar un fin de semana maravilloso con David, le había sido casi imposible apartarse de él aquella mañana cuando tuvo que irse para terminar el acuerdo con las nuevas oficinas de la empresa. Se había quedado demasiado tiempo en la cama y se vio obligado a vestirse deprisa y salir corriendo no sin antes darle un beso a Jenny.

— Nos vemos luego — le dijo antes de cerrar la puerta tras él.

No tenía obligación de volver a la oficina. Nadie la esperaba hasta que David volviera a Peterborough. Sin embargo, salió del Langley y empezó a caminar en dirección a Mayfair y no se dio cuenta de que estaba allí hasta que se encontró fuera de la oficina.

— Hola, ¿hay alguien ahí? — Sadie hizo señas con las manos en alto en la cara de Jenny — Tierra llamando a Jenny. ¿Hay alguien?

— ¿Qué? — Jenny levantó la vista, miró a Sadie y sonrió — Perdona, he pasado un fin de semana increíble y no he aterrizado todavía.

— Sí, ya vemos. Lucy nos ha dicho que estabais más que felices cuando os vio el sábado — Connie se rió —. No te esperábamos esta mañana.

— Yo tampoco. Pero mis pies me han traído hasta aquí, así que aquí estoy — Jenny miró a sus amigas —. Cuando David termine las negociaciones, me tomaré unos días libres para conocerle mejor. El jueves debería haber terminado todo.

— Me llama la atención que ya debes conocer bastante sobre él — dijo Sadie sonriendo.

— Sí, bueno... — Jenny notó que se le encendieron las mejillas. ¿Por qué tenía que sonrojarse cuando se sentía avergonzada? Seguro que se sentiría incómoda igual aunque nadie lo supiera.

— ¡Bueno! — Connie miró a Sadie frunciendo el ceño — Vamos a arreglar los ficheros — se giró hacia Jenny —. ¡El negocio prospera! Este fin de semana se ha apuntado mucha gente, así que tenemos mucho que contabilizar — señaló un montón de sobres —. Ahí hay unos cuantos cheques. Varias personas dijeron que no quieren dar sus datos bancarios por internet.

— Vale, empezaré por el correo. Si hay cheques, habrá que llevarlos al banco — dijo Jenny.

Cuando terminaron de abrir todo el correo, Jenny cogió todo el montón de cheques.

— Adivinad qué — dijo —. Tenemos cinco mil libras en cheques aquí. La mayoría de ellos es la cuota de socio pero otros pagan las citas. Al parecer hay más gente que prefiere pagar por cheque de lo que pensábamos.

— ¡Joder! — exclamó Sadie — ¡Qué puta pasada!

— Pues sí — coincidió Connie —. Cinco mil libras más el dinero que recibimos por internet durante el fin de semana significa que hemos sacado unas ocho mil libras. Dios, estamos haciéndonos notar — estaba tan contenta que no se había fijado en el lenguaje de Sadie.

— ¿Quieres que lo lleve yo al banco? — preguntó Sadie — No me importa pasearlo por Oxford Street.

Jenny se rió.

— Vamos, que quieres ir a ver si puedes hacer que tu querido Michael se escape del banco unos minutos para tomar un café rápido — cogió las cartas de pago —. Vale, voy a arreglar los papeles para el banco y vas tú.

El resto del día transcurrió con normalidad. Se apuntaron un par de personas más y se concertaron algunas citas más. Estaban bastante emocionadas con cómo iba el negocio. Connie se ofreció a ocuparse de la página web esa noche.

— Esta noche no salgo. Andrew tiene una cena de negocios y no volverá hasta tarde.

Las otras tres agradecieron que ella se quedara. Ninguna quería quedarse en casa. Sus vidas de repente se habían vuelto muy emocionantes.

Ya otra vez en el Condrew, Connie puso el portátil en la cama y lo encendió. Lo último que quería era sentarse delante del ordenador toda la noche. Era verdad que no iba a salir, pero hubiera preferido darse un baño, ponerse algo cómodo y leer un libro o ver la televisión. Un *gin-tonic* bien cargado tampoco le habría venido mal. Bueno, podría beberse el *gin-tonic* igual, pero el resto de la diversión se le había esfumado.

Salió al balcón y miró por Hyde Park. Hacía una noche preciosa y la gente se paseaba por el parque de camino a casa. Le parecía una de las mejores

vistas de Londres. Qué pena que no pudieran vivir allí para siempre. Bueno, podrían si quisieran, pero era demasiado caro. Sin embargo, le había gustado el apartamento que habían visto hacía unos días. Era un ático con vistas a Londres por todas partes. Andrew había pedido una hipoteca a su empresa y estaban esperando a oír una respuesta. Mientras, no le había dicho nada a sus amigas. Pensaba que sería mejor esperar a que fuera definitivo.

El portátil sonó, lo que significaba que había un mensaje de alguien. Connie suspiró cuando volvió a la habitación. Ya estaba empezando. Estaba a punto de abrir el mensaje cuando Andrew entró en la habitación.

— Siento llegar tarde, pero de repente se ha vuelto todo un caos en la oficina y no podía escaparme. ¿Cómo vas esta semana? Un par de compañeros no pueden ir a cenar y he pensado que podrías venir tú. Ron va a llevarse a su mujer y... — frunció el ceño cuando oyó sonar el portátil de nuevo — ¡Vaya! Veo que tienes trabajo otra vez así que no puedes...

Connie rápidamente cerró el portátil. Cenar con Andrew era mil veces mejor que vigilar la página web.

— Me encantaría cenar contigo.

— Pero piensa en todas esas personas tristes ahí, esperando desesperadamente que les contestes — Andrew se rió.

— Ni que fuera el teléfono de la esperanza — dijo Connie quitándose los zapatos —. ¿Cuánto tiempo tengo? ¿Dónde vamos y a qué hora es la cena? Tengo que mirar el armario, no tengo nada que ponerme.

Andrew puso los ojos en blanco.

—Ya estamos — murmuró para sí mismo —. Connie, cariño, estás guapa te pongas lo que te pongas, coge algo del armario y ya está.

— ¡Hombres! — dijo Connie y desapareció dentro del baño — No tienes ni idea... — el resto de sus palabras se perdieron cuando cerró la puerta y abrió la ducha.

Andrew se echó una copa y abrió el portátil. Descargó los mensajes de Divorciados.com y los miró asombrado en la bandeja de entrada. Sabía que cada mensaje valía al menos quince libras y contó unos veinte antes de cerrarlo.

— Trescientas libras — murmuró para sí mismo —. El negocio de la agencia de citas sube como la espuma.

Capítulo treinta y uno

Connie fue la primera en llegar a la oficina. Tenía la esperanza de tener unos minutos para ponerse al día con los correos electrónicos de la página web de la agencia antes de que las otras llegaran. Había pensado echarle un vistazo a algunos de los mensajes la noche anterior cuando ella y Andrew volvieron de cenar, pero se pasó con el vino durante la cena y luego Andrew...

— Oh, Dios mío — Connie se dio una palmada en la frente. Había ochenta y dos correos electrónicos en total. Andrew le había dicho que la última vez que había mirado mientras se arreglaban había unos veinte, pero ahora había ochenta y dos. Solo pudo contestar a unos quince antes de que Lucy llegara.

— Hola, Connie. ¿Va todo bien esta mañana? — dijo Lucy alegremente. Se lo pasó muy bien por la noche en el teatro con Paul y todavía estaba en una nube.

— ¡No, no va nada bien! — espetó Connie mientras pulsaba el botón de enviar. Suspiró y levantó la vista — Perdona, sí. Salí con Andrew anoche y esta mañana me he encontrado ochenta y dos correos electrónicos pendientes — levantó la mano cuando Lucy abrió la boca para hablar —. Sí, sé exactamente lo que vas a decir. Sí, dije que me iba a ocupar de vigilar la página web porque no iba a salir, pero hubo cambio de planes porque se canceló la cena de negocios de Andrew. Me necesitaba y no iba a decirle que no — volvió a mirar el ordenador y abrió otro correo electrónico —. Hay otro miembro más para la agencia. Dice que ha mandado el cheque por correo.

Lucy no dijo nada. Llenó el hervidor y lo enchufó antes de encender el ordenador de sobremesa. Una vez la página web apareció en la pantalla, se apoyó sobre Connie y le dijo:

— Empezaré por el final de la lista, nos vemos a la mitad.

— Gracias, Lucy. Lo siento. He sido un poco borde contigo. Es que me he quedado un poco impactada al toparme con tantos correos. Deberíamos alegrarnos porque cada mensaje significa más dinero: o, al menos, la mayoría de ellos. Pero nos va a resultar duro tener que estar las veinticuatro horas vigilando la página web.

Todavía estaban liadas con los correos electrónicos cuando llegaron las demás. Connie se fijó en que Sadie no estaba en su pompa habitual. No le brillaban los ojos como de costumbre después de pasar la noche con Michael

y, además, parecía un poco distante. Sin embargo, lo pasó por alto pensando que seguramente habría pasado una mala noche.

— He traído el correo — Jenny puso un montón de cartas sobre el escritorio —. El cartero estaba repartiendo cuando hemos llegado, así que le he dicho que se podía ahorrar el camino.

— Parecéis un tanto liadas — dijo Sadie mientras se quitaba el abrigo —. ¿Siguen acumulados los correos electrónicos?

— Sí... no. Algunos han llegado esta mañana, pero la mayoría son de anoche. Salí con Andrew, así que no pude echarles un vistazo.

— Joder, Connie. Dijiste que te quedarías en casa para vigilar la web — Sadie colgó el abrigo en el pechero —. Toda esa gente se ha quedado ahí esperando a que alguien les responda mientras tú estabas por ahí con Andrew en un restaurante pijo.

— ¡No me hables así! — espetó Connie levantándose — Si no recuerdo mal, fuiste *tú* quien aconsejó a Jenny que dejáramos de vigilar la página web si nos surgía un plan mejor. Bueno, pues anoche me surgió un plan mejor — resopló —. De todas formas, no dije que me quedaría en casa a vigilar la web. Dije que no tenía nada *planeado* para la noche. ¡Eso es algo distinto!

— ¡Bueno! ¡Relájate! — Jenny hizo gestos con las manos agitándolas hacia arriba y hacia abajo. Le alarmaba lo que estaba pasando. Las cosas se estaban empezando a poner serias — Por el amor de Dios, ¿os queréis calmar?

— Bueno, yo solo decía que... — Sadie parecía enfadada.

— Sí, todas hemos oído lo que estabas diciendo — Jenny frunció el ceño —. ¿Todo ese enfado es porque has discutido con Michael?

— ¡No! Claro que no he discutido con Michael — exclamó Sadie, mirando a Connie —. Solo pensaba que...

— ¡Siéntate, Sadie! — Lucy dio un puñetazo en el escritorio — Sentaos las dos. ¿Qué pasa aquí? Bueno, Connie salió. ¿Y qué pasa? ¿Por qué os tenéis que poner así? Sadie, tú habrías hecho lo mismo. Todas habríamos hecho lo mismo. Así que no empecéis a poner os así.

— Solo decía que...

— Ya te hemos oído, Sadie. Sabemos lo que estabas diciendo. ¿Por qué estás así? — Lucy entrecerró los ojos — Es Michael, ¿verdad?

— ¡No me pasa nada! Todo va bien — contestó Sadie. Cerró los ojos y respiró hondo. En realidad, nada iba bien. Su maravilloso mundo nuevo se estaba haciendo pedazos y ella no podía hacer nada al respecto. Se le llenaron los ojos de lágrimas y se desplomó en la silla —. Anoche cuando salí con

Michael me encontré con Alex. La putilla que se trajo a la casa aquel día iba enganchada a su brazo y él estaba bebido. Se presentó a Michael y le dijo un montón de cosas horribles sobre mí, de las cuales, por cierto, ninguna, eran verdad. Luego le dijo a Michael lo buena que yo era en la cama y casi me muero de la vergüenza, en especial cuando le guiñó a Michael y le dijo «pero supongo que eso ya lo sabes».

— ¿Y sigue en pie? — preguntó Jenny — Me refiero a Alex, no a Michael. Conociéndote, estará tumbado por ahí sin conocimiento.

— Yo quería. Quería darle un puñetazo en la boca, pero me contuve. No sé cómo me controlé, pero lo hice. Quizás estaba demasiado impactada como para moverme — Sadie miró a Connie —. Lo siento. No tenía que haberla pagado contigo, pero anoche lo pasé muy mal — tragó saliva.

— ¿Y Michael no dijo nada? — preguntó Jenny preocupada — Seguro que dijo algo.

— No, no dijo nada. Simplemente apartó a Alex a un lado y nos marchamos. Pero no dijo nada. Ni a mí ni a Alex. Dios sabe en qué pensaba. Cuando por fin habló, fue de un asunto cotidiano. Ya le había dicho que iba a volver a casa de Connie esa noche porque tenía que hacer la colada, coger más ropa y otras tareas. Pero vamos, que me soltó en casa y ni siquiera entró a tomar café.

— Lo siento — dijo Connie. Se acercó y acarició el brazo de su amiga —, pero estoy segura de que Michael estará bien. Seguramente se quedó impactado por la aparición repentina de Alex. Así que, que Alex salga de la nada, no deja indiferente a nadie.

— No sé. Seguro que podría haberle dicho algo a Alex por humillarme así, como «vete a la mierda», o algo por el estilo — Sadie suspiró —. Pero no dijo nada. Os lo digo aquí y ahora, si mi relación con Michael se acaba, me meto a monja. Ni de coña pienso pasar por esta pena y dolor otra vez — cerró los ojos por un momento y se quedó pensando en la cara rara que puso Michael cuando se fue la noche anterior. Pero luego sacudió la cabeza y cogió el correo —. ¿Abro esto?

— No, déjalo, yo me ocupo — dijo Jenny —. ¿Por qué no nos haces un café?

— Ya se ha evaporado el hervidor — dijo Lucy —. Se sintió aliviada de que se hubiera resuelto la discusión entre Connie y Sadie. Pero los comentarios de Sadie le habían dado que pensar. ¿Cómo reaccionaría Paul si se encontrara con Ben por la calle? Le había hablado de su ex marido y que no

quería hacer las cosas rápido, sino más bien tomárselo con calma. Pero si se encontraban con el maltratador, no sabía qué podría pasar.

Sadie se puso a hacer el café.

— ¿Cómo te fue la noche, Jenny? ¿Has ido a algún sitio? — preguntó.

— Sí, cenamos en el Langley y luego fuimos a ver una película. Ya te imaginarás que pasé la noche con David, porque no pasé por casa — Jenny se sonrojó al acordarse de cuando hicieron el amor. Pensó que ojalá fuera jueves y David y ella pudieran seguir juntos unos días más antes de que tuviera que volverse a Peterborough.

— En realidad podría haber pensado que te habrías vuelto a tu piso — Sadie guiñó un ojo —. Pero no. Sabía dónde estabas — estaba intentando desesperadamente sonar alegre, aunque tenía un nudo en el estómago —. ¿Cuánto dinero hemos hecho hoy? — preguntó y puso una taza delante de Connie.

— Todavía no hemos terminado, pero de momento tenemos casi veinte mil libras — Connie le dio un sorbo al café —. ¡Puag! Le has echado azúcar al mío.

— Perdona, te he dado el mío — Sadie cambió las tazas y estaba a punto de darle un sorbo al café cuando de repente se dio cuenta de lo que acababa de decir Connie —. ¡Veinte mil libras! — se bebió de un trago el café — ¿Estás segura?

— Sí, claro que sí — Connie miró a Lucy —. ¿Verdad que sí?

— Sí — Lucy miró en montón de correo —. Y quién sabe si habrá aún más dinero en esos sobres.

Sadie se quedó en silencio pensando. Era como un sueño hecho realidad. Estaban ganando dinero con su aventura en el mundo empresarial. Estaban en racha y eso solo podía ir a mejor. Tenía que sentirse la reina del mundo, pero no era así. Solo pensaba en Michael, en qué estaría haciendo o en qué estaría pensando en ese instante.

Bueno, conocía a ese chico desde hacía solo una semanas, seis como mucho. Pero se sentía como si lo conociera de toda la vida. ¿Y si no quería volver a verla? ¿Y si lo que pasó anoche había hecho que Michael se replanteara su relación? ¿Y si...? Tenía que dejar de pensar en Michael. Después de todo no habían hablado de nada serio. No había nada escrito. Sadie se hundió en la silla, dio un puñetazo en el escritorio y el resto del café se derramó por la mesa y manchó una de las carpetas. Ojalá no se hubiera

encontrado con Alex. Todo iba bien hasta que se encontraron con ese miserable idiota.

— ¿Estás bien? — preguntó Connie con cuidado. Miró a las demás — ¿Quieres irte a casa? Nos las podemos arreglar aquí.

— ¿Y qué hago allí sola? No, necesito estar aquí con mis amigas.

Al final, hubo mucho lío en la oficina y Sadie no tuvo apenas tiempo de pensar en sus problemas. El teléfono no paraba de sonar, no dejaban de llegar correos electrónicos y había tantos formularios y cheques en el correo que apenas pudieron parar para comer.

— Tenemos que llevar al banco todos estos cheques — dijo Jenny —. Será mejor que los cobremos antes de que alguien cambie de opinión — miró a Sadie —. ¿Quieres ir al banco o prefieres que vaya yo?

— Ve tú — contestó Sadie tranquilamente. Cualquier otro día, habría saltado ansiosa ante la oportunidad de poder ver a Michael, pero ese día no —. Si veo a Michael, ¿qué le digo? ¿Qué podría decirle?

— Nunca pensé que llegaría el día en el que te quedarías sin palabras, Sadie — dijo Connie —. Sé que eres capaz de afrontar cualquier situación aunque lo que haya pasado fuera por tu culpa.

— Sí... bueno... esto es diferente — Sadie apartó la vista. *Era* diferente. ¿Qué *podría* decir? Quizás debería hablar de lo que pasó anoche cuando vieron a Alex con su putilla. Pero no dijo nada. ¿Qué le iba a decir? ¿Cómo se habría defendido de haberse casado con un hombre tan maleducado y horrible como Alex? —. Voy a poner el hervidor mientras estás fuera para tener café hecho cuando vuelvas.

Jenny se puso el abrigo y metió los cheques en el bolso.

— No tardaré — dijo caminando hacia la puerta. En cambio, cuando abrió la puerta, oyó pasos en las escalaras —. Alguien viene — dio un paso atrás para ver quién aparecía.

— Tenéis que poner un ascensor — la voz era masculina.

— Oh, Dios mío — dijo Sadie —. Es la voz de Michael. Dile que no estoy — se puso en una esquina que estaba en parte oculta por uno de los archivadores. Esperaba que no la viera.

— No podemos hacer eso — le contestó Connie. Los pasos se acercaban —. Seguro que te ve ahí.

Sadie se puso en cuclillas y se tapó colocando una silla delante de ella.

Jenny miró a las otras.

— Me voy. Nos vemos luego, chicas — dijo antes de irse por las escaleras. Así se lavaba las manos. No quería estar presente en el numerito.

— Buenas tardes, ¿cómo podemos ayudarle? — preguntó Connie cuando Michael entró en la oficina.

— He venido a ver a Sadie — hizo una pausa —. Necesito verla urgentemente.

— Pues... ahora mismo no está — dijo Connie incómoda. Con el rabillo del ojo, vio a Sadie agachada en una pose incómoda intentando mantenerse oculta. Tenía que deshacerse de Michael lo antes posible. Miró a Lucy con la esperanza de que la ayudara diciendo algo, pero Lucy seguía escribiendo en el ordenador.

— ¿Le dejó algún mensaje?

— ¡No! Esto es algo que tengo que decirle yo en persona — oyó un ruido y miró hacia la puerta, como si esperara que Sadie entrara en algún momento, pero no había nadie —. Necesito hablar con ella. Es muy importante que la vea — estaba a punto de continuar, pero oyó otro movimiento cerca y se giró —. ¡Sadie! — exclamó.

Sadie se levantó y apartó la silla. Sonrió tímidamente a Connie.

— Lo siento, Michael, pero no estaba segura de si podría enfrentarme hoy a ti, al menos no delante de mis amigas — tragó saliva y se levantó para ponerse cara a cara ante él —. Si has venido para hundirme, puedes olvidarte. Ya les he contado lo que pasó anoche — hizo una pausa —. Sin omitir detalles.

Michael miró al suelo.

— De eso quería hablarte. Tenía que haber hecho algo, pero tenía miedo de que se me fuera de las manos. Quería haber dejado inconsciente al tío ese en el suelo de un puñetazo — levantó la vista —. Pero ¿y si le hacía daño, dónde habríamos acabado? — suspiró — Cuando nos fuimos sentí que te había fallado. No, aún peor, *supe* que te había fallado. Quise decirte algo, hacerte entender por qué no le había pegado. Pero no encontraba las palabras correctas, así que no dije nada — Sadie estaba a punto de interrumpirle, pero Michael le cogió la mano —. Deja que termine. Necesito decir lo que he venido a decirte — suspiró —. Sadie, eres lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo. Te amo. Pero si le hubiera dado un guantazo a ese tío anoche, seguramente me habría despedido de cualquier futuro contigo.

Michael rebuscó torpemente algo dentro del bolsillo de su chaqueta y sacó una cajita.

— Yo no lo tenía planeado así. Anoche yo... tenía pensado arrodillarme y pedirte que te casaras conmigo. Quería que fuera perfecto. Los dos, sentados en un banco al lado del río a la luz de la luna. Pero todo cambió cuando ese imbécil... — vaciló miró a Connie y a Lucy y recordó que estaban allí —. ¡Pero qué cojones! Si tiene que ser así, pues así será. Aquí y ahora — abrió la caja y sacó un anillo de compromiso.

— No sé qué decir — dijo Sadie.

— Por el amor de Dios, di que sí y mátanos — Connie sacó un cuchillo y se tapó los ojos.

Sadie extendió su mano derecha.

— Sí, Michael. Me encantaría casarme contigo.

Le puso el anillo en el dedo y le rodeó el cuello con sus brazos.

— Qué bonito, Michael. Qué feliz estoy. Después de lo de anoche pensé... Bueno, es igual.

Lucy se levantó de detrás del escritorio y abrazó a Sadie y Connie le estrechó la mano a Michael.

— ¡Qué buena noticia! ¡Estoy hay que celebrarlo! Voy a por champán.

— No puedo quedarme. Tengo que volver al banco — dijo Michael —. Les he dicho que tenía que atender unos asuntos personales, pero tardaría poco — abrazó a Sadie —. Acompáñame abajo.

— Mejo aún — Sadie cogió el bolso —. Te acompaño al banco —. Fuera se encontró con Jenny —. Mira, Jen — Sadie extendió la mano y le mostró el anillo de compromiso —. ¿No te parece precioso?

— Me alegro mucho por ti — dijo Jenny con entusiasmo —. Por los dos — abrazó a Sadie y luego fue a estrecharle la mano a Michael, pero cambió de opinión y también lo abrazó.

— Tienes unas amigas estupendas, Sadie — le dijo Michael mientras paseaban por Oxford Street cogidos de la mano.

— He visto a Sadie y creo que nunca en mi vida la he visto tan feliz — dijo Jenny al entrar en la oficina —. Michael le ha pedido matrimonio — deseó que su relación con David llegara igual de lejos. Tan solo habían pasado un par de días juntos, pero sentía que era el hombre de su vida.

— Sí. Ha venido, se ha arrodillado y le ha pedido a Sadie que se case con él. Al parecer lo que pasó anoche fue todo un gran malentendido — Connie

sonrió —. Tenemos que celebrarlo. Ya sabéis, salir a comer a algún sitio. Estamos planeando hacerlo, de todas formas, así que, ¿por qué no empezamos ahora?

— No suena mal. Podríamos preparar algo.

— No se hable más. Hablamos con Sadie cuando vuelva. Mientras, voy a por una botella de champán. No tardo — Connie cogió su bolso y bajó las escaleras.

— Ojalá fuera yo — dijo Lucy con tristeza.

— Bueno, ¿y por qué no lo has dicho? — Jenny levantó las cejas — Seguro que a Connie no le habría importado que tú fueras a por el champán.

Lucy se rió.

— Eso no, tonta. Que ojalá fuera yo la que se prometiera.

— Ah, sí — Jenny se rió también —. Claro. No sé en qué estaba pensando — hizo una pausa —. Pero, ¿sabes qué, Lucy? Creo que lo estás haciendo bien. Paul parece un tío guay. Está bastante pillado por ti y se le nota mucho.

— Gracias, Jenny — Lucy sonrió con satisfacción y miró a su reloj deseando que fuera la hora de irse a casa. Se acordó de que cuando estaba casada con Ben quería que no pasara el tiempo. No quería volver a casa con él. Pero ahora todo era diferente. Paul siempre estaba deseando verla. Siempre le preguntaba qué tal le había ido el día y estaba dispuesto a ayudarla con lo que estuviera haciendo. Ojalá lo hubiera conocido antes.

Sadie danzaba por los aires mientras caminaba de vuelta por Park Lane. No dejaba de levantar la mano y mover los dedos para ver mejor su precioso anillo. Era la primera vez que tenía un anillo de compromiso. Alex no se había andado con esas finuras. Prefería la idea de gastarse el dinero en fiestas. En cambio, el tipo de fiestas que organizaba eran mucho más simples borracheras. Recordaba la vergüenza que pasaba cuando llegaban sus amigas. Alex se ponía borracho como una cuba y no se podía mantener en pie. Y sus colegas no estaban en mejores condiciones. Se dedicaban a hacer propuestas indecentes a Connie y Jenny y al resto de personas a las que invitaba. Tendría que haberlo echado de casa antes y darse cuenta de que las cosas solo podían ir a peor. Pero no lo hizo. Siguió adelante y se casó con él. Volvió a mirar el anillo. Esta vez sería diferente. Esta vez iba a funcionar. Había conocido al hombre ideal.

Cuando volvió a la oficina había una botella de champán esperando a ser abierta y varios platitos con frutos secos en las mesas.

— ¡Enhorabuena! — dijeron sus amigas a coro cuando entró. Se puso roja. No recordaba haber estado nunca tan feliz.

Capítulo treinta y dos

Habían pasado algunas semanas desde que Michael le había pedido a Sadie que se casara con él. Connie había propuesto que se reunieran para hacer una celebración de verdad, pero como David iba y venía de Peterborough, habían tenido que posponer el evento hasta ese día. Connie había reservado mesa en un buen hotel. No era su primera elección, pero Sadie insistió en que el sitio no podía ser caro.

— No todo el mundo puede permitirse los sitios que Andrew y tú frecuentáis — le dijo había dicho a Connie firmemente. Ya había llegado el gran día. Connie había planeado llegar la primera junto a Andrew. Quería que Andrew pidiera champán y que lo pusieran en hielo.

— Tus amigas me van a costar un diner — se rió.

Connie le acarició la mano y se la apretó.

— No recuerdo haberlas visto tan felices en mucho tiempo. Sadie brilla de positivismo — se acordó de cuando Sadie estaba casada con Alex. No quería ir a la boda, pero hizo el esfuerzo por apoyar a Sadie. Recordaba que todo ocurrió muy rápido. El que los casó se fue corriendo para firmar un certificado de defunción. Quizá fue el motivo por el que ese matrimonio estuvo condenado desde el inicio. La verdad que no daba buena espina.

— Creo que ha elegido bien esta vez. Michael la quiere de verdad y es bueno para ella.

— ¿Y las demás? — preguntó Andrew — Jenny y Lucy. ¿Cómo les va?

— Jenny está en una nube. Dice que David es el mejor hombre del universo — hizo una pausa —. No lo conozco, así que solo sé lo que me cuenta, pero Sadie sí que lo ha visto un par de veces cuando la ha llevado a casa y Lucy lo vio en el museo el día que comieron juntos. Las dos dicen que es un buen tío. Hablando de Lucy, lleva un par de días muy callada — suspiró —. Bueno, sigue quedando con Paul o, al menos, supongo que sí. Al menos no ha dicho nada de que hayan roto pero sé que le pasa algo. Bueno, esta noche nos vemos así que ya juzgaremos nosotros mismos.

— No podemos juzgar a nadie, Connie. Es a quien Lucy ha elegido y en eso no nos podemos meter — Andrew hizo una pausa —. Tampoco intentaste interferir cuando Sadie se casó con Alex, ¿verdad?

— No. En esas circunstancias, lo habría hecho por Sadie si hubiera tenido la oportunidad. Pero en el caso de Lucy estoy un poco preocupada de que Paul sea otro Ben. ¿Qué sería de ella? Sin embargo, Jenny me asegura que es muy bueno. Los cuatro comieron juntos hace unas semanas y dijo que se llevaron muy bien — Connie volvió a suspirar y cogió su bolso de noche —. Bueno, ya estoy lista.

En el restaurante, Andrew le pidió al camarero que pusiera el champán en hielo.

— ¿Quieres beber algo, Connie?

— No, gracias. Esperaré a que lleguen los demás — vio cómo Andrew pagaba el champán. ¿Cómo pudo haber sido tan tonta de haber dejado escapar al hombre más generoso y adorable del planeta? Antes no podía sacarse a la zorra esa de la cabeza. Ahora apenas pensaba en ella. Era como si nunca hubiera pasado nada, a excepción de que, si por casualidad se encontraba con esa mujer que tanta pena y dolor le había causado, le daría un puñetazo en la nariz.

— He pagado el champán, o lo habrían metido en la cuenta y pensé que querías que fuera un regalo.

— Sí, claro. Gracias, Andrew — hizo una pausa —. Me preguntaba si te parecería buena idea que nos volviéramos a casar — se puso la mano en la boca y se rió —. Ups, ¿no es el hombre el que debe pedirlo?

Andrew sonrió.

— Creo que no está mal que lo hagas tú esta vez. Si recuerdas, yo lo hice la primera vez — le cogió la mano —. Y sí, acepto.

— ¿Se lo decimos a los demás, o lo guardamos para nosotros? — preguntó Connie — Al menos hasta que decidamos dónde y cuándo.

A Andrew le pareció buena idea seguir adelante con lo que Connie quisiera.

— Aunque creo que te será complicado guardar el secreto mucho tiempo.

— Entonces no lo dejemos pasar mucho — se rió.

— No somos los últimos, ¿verdad? — Sadie apareció y miró a su alrededor para ver si habían llegado los demás.

— No, los demás no han llegado, pero es temprano todavía — Connie miró al ornamentado reloj de pared —. Andrew ha pedido champán, ¿os

importa esperar a que los demás lleguen? — se sintió aliviada de que Sadie no llevara una indumentaria inapropiada para la ocasión.

— Sin problema — Sadie se sentó al lado de Connie —. Andrew, te presento a Michael. Connie ya lo conoce, aunque lo ha visto poco — hizo un gesto a Michael para que se sentara al lado de Andrew —. En realidad, Michael sabe de finanzas, así que tenéis algo en común.

Quería que los dos se llevaran bien. Aunque Michael siempre decía que le gustaba su trabajo de seguridad, se había dado cuenta de que hablaba bastante sobre sus años en el mundo de las finanzas y supuso que echaba de menos su verdadera vocación más de lo que quería admitir. Sabía que Andrew nunca le ofrecería un trabajo importante en la empresa a menos que supiera que el solicitante era adecuado para el puesto, que era por lo que no se lo había pedido directamente. Pero si Andrew empezaba a hablar con Michael sobre asuntos monetarios y se daba cuenta de lo bien que se le daban las finanzas, quizás le gustaba y...

— ¡Claro que sí! — dijo Andrew.

— Sí, y la compañía sigue funcionando, si hubieran escuchado a Michael.

— Ajam — tosió Michael —. Estoy seguro de que Andrew no quiere hablar de negocios, Sadie.

— En realidad no me importa hablar de negocios — dijo Andrew.

— Creo que los negocios le apasionan a Andrew — Connie se rió.

— No, me apasionas tú, Connie. Y después, los negocios.

Connie se sonrojó cuando los otros se rieron.

— Esto es un comienzo, Sadie — dijo cambiando de tema —. Normalmente llegas la última a cualquier quedada — se rió Connie.

— Sí, bueno, le tienes que dar las gracias a Michael. No le gusta llegar tarde a ningún sitio y siempre me mete prisa — Sadie sonrió a Michael y luego bajó la vista al anillo de compromiso que tenía en su dedo —. Pero no me importa. Tiene otras cualidades adorables.

Connie tosió.

— Creo que no tenemos por qué saber tanto.

— ¿Tanto de qué? — Jenny y David llegaron a tiempo para oír el comentario de Connie.

— De nada — contestó Connie —. Era una forma de hablar — miró hacia la puerta —. Lucy ya tendría que estar aquí.

— ¿Crees que vendrán esta noche? — preguntó Jenny — Sé que dijo que vendrían, pero últimamente parece un poco distante. Me preocupa un poco que

no le vaya bien con Paul.

Connie miró a Andrew.

— Lo que te he dicho antes — murmuró.

Sin embargo, minutos más tarde llegaron Lucy y Paul.

— Perdón por llegar tarde — dijo —. Ha sido culpa mía. No sabía qué ponerme.

Después de las presentaciones, Andrew hizo señas al camarero para pedirle que trajera el champán.

— Andrew, nos mimas — dijo Jenny —. Pero me encanta.

Connie se puso en pie.

— ¿Vas a algún sitio? — preguntó Sadie.

— No, claro que no. Pero quería decir algo antes de que empecemos a charlar.

— ¿No podías decírnoslo sentada? — dijo Sadie con una risita.

— Podría, pero quería decirlo de pie, ¿vale? ¿Vais a escucharme ya o no?

— Connie frunció el ceño. Sadie podía ser a veces muy molesta.

— Sí, claro, adelante.

— Bueno, en realidad no es tan importante — Connie volvió a sentarse.

— Venga, no puedes dejarnos así — Lucy miró a Sadie —. Por el amor de Dios, deja que Connie nos lo cuente como quiera.

Connie volvió a levantarse.

— Andrew y yo nos casamos... otra vez.

— Creía que lo ibas a mantener en secreto — se rió Andrew.

— Sí, bueno... unos quince minutos — contestó Connie. Iba a esperar, pero estaba tan contenta que si seguía esperando iba a estallar.

Sadie se levantó y abrazó a su amiga.

— ¡Ya era hora! Me alegro por los dos — cuando por fin la soltó, abrazó a Andrew —. Qué buena noticia.

Una vez todos felicitaron a la pareja, Sadie levantó la copa y propuso un brindis. Connie contuvo la respiración un momento deseando que no dijera nada fuera de lugar ni que mencionara por qué se divorciaron en un primer momento. Sin embargo, no tuvo de qué preocuparse; Sadie simplemente deseó a la feliz pareja lo mejor para el futuro.

Sadie no dejaba de sonreír cuando se sentaron. Sintió la tentación de decirle a Andrew que no fuera un niño travieso esta vez, pero cambió de opinión. Connie estaba de muy buen humor y no quería estropearle el momento.

— ¿Dónde y cuándo os vais a casar? — preguntó.

— No tengo ni idea. Hemos decidido casarnos unos minutos antes de que llegara — Connie miró a Andrew —. Pero bueno, supongo que haremos algo íntimo los dos.

Sonrió y asintió. Estaba contento de hacer cualquier cosa que ella quisiera.

— ¿Pero tenéis algo pensado? — Sadie insistió.

— En realidad no lo sé — Connie hizo una pausa —. Hawái es una buena opción o, si no, una de esas islitas del océano Índico. Algún sitio romántico.

— Me encanta la idea — interrumpió Andrew. Se inclinó hacia atrás en la silla —. Sí, alguna islita del océano Índico.

— Qué bonito — dijo Jenny.

Sadie parecía dubitativa. Connie no solía celebrar fiestas sin espectáculos y trompetas y, menos aún, una boda, en especial la suya. Le sorprendería muchísimo que su boda fuera una escapada romántica. Pero se guardó ese pensamiento para sí misma.

— ¿Dónde os casasteis la primera vez? — preguntó Lucy, que entonces no conocía a Connie.

— En Essex — contestó Connie —. Nuestras familias vivían en Chelmsford, así que nos casamos allí — se bebió la copa y se la dio a Andrew para que se la rellenara. Él le hizo gestos al camarero y ella prosiguió —. Pero esta vez, creo que lo haremos a nuestro modo.

El camarero trajo otra botella de champán y rellenó todas las copas.

Connie estaba encantada con el desarrollo de la noche. Los nuevos miembros del grupo se estaban integrando bien. Era bueno que todos se llevaran bien. David le caía bien aunque acabara de conocerlo, pues parecía una persona de confianza y era fácil relacionarse con él. Y estaba clarísimo que estaba muy colado por Jenny.

Miró a Lucy. Apenas había dicho nada desde que llegaron. Paul parecía un buen hombre, pero solo lo había visto una vez. Quizás había algo en él que hacía que Lucy desconfiara. Connie suspiró. Sin duda Lucy lo contaría cuando estuviera lista. Mientras, se tendrían que limitar a esperar y estar ahí para ella por si algo iba mal.

— ¿Vais a pasar toda la noche hablando de negocios? — preguntó Connie. Ya habían terminado de comer y estaban de charla. Andrew y Michael estaban

inmersos en una conversación sobre asuntos financieros —. Se supone que esto es un evento social.

— Lo siento, cariño — Andrew sonrió a Connie —. Supongo que tendremos que vernos más veces — añadió girándose hacia Michael.

— Llevas toda la noche muy callada, Lucy — dijo Sadie. Lo habría dicho antes, pero Andrew estaba tan interesado por Michael, que no quería cortar el rollo —. ¿Os pasa algo?

Connie miró a Sadie con horror. ¿Cómo se le ocurría meter las narices? No era el momento de incomodar a Lucy.

— No, nada — Lucy miró a Paul —. Es Terry — añadió, por fin.

— ¿Tu hijo? — dijo Sadie — ¿Qué le pasa a Terry?

— Nada.

— ¿A qué te refieres con *nada*? Hace un segundo has dicho que le pasaba algo.

— Bueno, no le pasa nada. Es que... viene el sábado — dijo Lucy.

— Pero eso es bueno, ¿no? — preguntó Sadie — Supongo que te gusta ver a tu hijo.

— Sí, claro que sí — Lucy hizo una pausa —. Pero es que no sabe de Paul — le cogió la mano a Paul —. Bueno, sí, sabe que Paul existe. Le he dicho que salimos juntos, pero no le he dicho que nos acostamos.

— Dios santo, Lucy — Sadie empezó a partirse de risa —. Terry ya es un hombre. Se lo habrá imaginado ya.

— ¿Tú crees? — a Lucy se le iluminó la cara.

— Claro que sí — contestó Sadie —. Terry está en la universidad, Lucy, no en un monasterio. Tiene los ojos más que abiertos desde que cruzó esos enormes portones — se rió —. Eso lo ha hecho sonar más a monasterio, ¿no? Bueno, en realidad no creo que piense que os deis la mano cuando despidáis por la noche.

— No, supongo que no — dijo Lucy lentamente y miró a Paul —. Es solo que he intentado criar a Terry para que sea un buen hombre. No quería que se convirtiera en alguien como su padre — vaciló — y que venga a casa a pasar el fin de semana así, de repente, me hace preocuparme por que vaya a estar en contra de que salga con otro hombre.

— No va a ser su padre — dijo Connie y le dio un golpecito en el brazo a Lucy —. Odiaba cómo Ben te trataba. Me sorprendería que quisiera volver a ver a su padre. Tienes que mirar el lado bueno. Seguramente vuelve a casa

para conocer a este nuevo hombre que tienes en tu vida y a desearte lo mejor — miró a la demás que asentían totalmente convencidas con lo que estaba diciendo.

Jenny y David estaban de vuelta al Langley cuando le preguntó por Lucy. Se dio cuenta de cómo la duda ensombreció la cara de Jenny cuando Connie intentó tranquilizar a Lucy.

— ¿Te acuerdas de que hablé de Ben, su primer marido? — Jenny hizo una pausa y miró a David. Cuando asintió le explicó que solía volver a casa borracho y le pegaba — No sé cómo pudo aguantar así tanto tiempo, pero no quería por el bien de Terry. La verdad es que Terry habría estado mejor sin su padre, pero Lucy no lo veía así. Aguantó hasta que Terry fue a la universidad.

— Ya veo — dijo David —. ¿Entonces piensas que Terry debe ir a casa a conocer al hombre nuevo que hay en la vida de Lucy?

Jenny asintió.

— Más que eso, Terry debe ir a casa a advertirle de que debe seguir adelante — hizo una pausa — y no culparle por ser precavido. Después de todo lo que su madre ha pasado con su primer marido, el padre de Terry, querrá asegurarse de que no va a cometer el mismo error. Sin embargo, Lucy está tan feliz ahora mismo que el que Terry llegue ahora mismo y le dé una llamada de atención y advertencia a Paul puede que sea lo último que necesite.

— Sí — dijo David pensativo —. Es una situación complicada y ya veo por qué te preocupa tu amiga. Pero eso es algo que tendrán que resolver entre los tres.

— Sí, tienes razón — suspiró —. Sus amigas somos las que estaremos ahí para recoger sus trocitos si la situación estalla.

Capítulo treinta y tres

Cuando llegó el sábado, a Lucy ya no le quedaban uñas que comerse. A pesar de que sus amigas la habían intentado calmar por todos los medios, seguía atormentada porque Terry venía. Por supuesto, Sadie tenía razón. Su hijo ya se supondría que ella y Paul se acostaban juntos, pero eso no era motivo suficiente como para dejarlo todo y volver a casa tan pronto a mitad de curso.

Si lo pensaba, había sido imprudente por su parte hablarle de Paul tan rápido. Tenía que haberlo hecho de forma gradual, en lugar de soltarle de golpe «Tengo a un hombre nuevo en mi vida». Pero estaba tan emocionada y contenta que las palabras le habían salido solas.

Miró el reloj. Terry llegaría pronto. Tenía que calmarse. Ojalá Paul estuviera allí también. Al menos tendría algo de apoyo. Pero tendría que esperar hasta la tarde. «Os daré la ocasión de que habléis tranquilamente» le había dicho. «Si me ve aquí sentado cuando entre, puede que le dé la impresión de que me he apoderado de todo y me rechace desde el principio». Suspiró. Tenía razón, por supuesto, pero no quería que tuviera esa impresión.

Un coche se paró fuera y le interrumpió los pensamientos. Se acercó a la ventana y vio a Terry salir de un taxi. Cerró la puerta y le pagó al conductor antes de acercarse al apartamento. Normalmente, cuando venía miraba a la ventana y sonreía, pero ese día mantuvo la cabeza gacha.

Se le revolvió el estómago y se sentó en la silla. Seguía sentada cuando Terry entró en la casa.

— Hola, mamá — dijo. Dejó la bolsa que traía en una silla y se acercó adonde ella estaba sentada.

Se levantó y abrazó a su hijo.

— Terry, me alegro mucho de verte pero, ¿deberías estar perdiendo clases a mitad de curso?

Intentó mantener la voz calmada. No quería que supiera lo tensa que estaba por la visita.

— Tenía que venir a casa — Terry dio un paso atrás y miró a la cocina —. ¿Está aquí?

— No. Paul está trabajando — Lucy explicó tranquilamente —. Luego lo conocerás — Terry asintió y a Lucy le pareció que eso le alivió —. Tiene muchas ganas de conocerte — añadió.

— ¡Y yo también a él!

Lucy se estremeció. ¿Ese tono era de amenaza?

— Pero primero quería pasar algo de tiempo contigo — continuó Terry — ¡a solas! — vaciló — Necesito saber que ese tío es bueno para ti, mamá. Quiero oír la verdad, pero con él a tu lado a lo mejor no te has atrevido a contestar sinceramente a mis preguntas.

— Bueno, ahora estamos solos. Paul no llegará hasta la noche — Lucy lo miró cambiar el peso de su cuerpo de un pie al otro y parecía tan incómodo como ella —. ¿Por qué no nos sentamos y me preguntas lo que quieras? — Le cogió los brazos y lo llevó al sofá.

— Me he pasado toda la noche y casi todo el camino esta mañana intentando encontrar las palabras adecuadas pero ahora que estoy aquí, todo se me ha ido de la cabeza, así que voy a preguntártelo directamente — Terry respiró hondo antes de continuar —. ¿Es segura la personalidad de Paul? ¿Bebe mucho? — hizo una pausa y miró a Lucy — A ver, lo que quiero saber es si te estás juntando con otro gilipollas como mi padre. No pude hacer mucho por ayudarte cuando era pequeño, pero lo que tengo claro es que no pienso dejar que nadie te vuelva a tocar otra vez.

— ¡Cariño, Paul no es en absoluto como tu padre! Es un hombre bueno y generoso — Lucy cogió la mano de su hijo —. ¿Cómo has podido pensar que elegiría a otro hombre como Ben?

— Algunas mujeres no pueden evitarlo. Parece que les gusta que les peguen como forma de vida — murmuró Terry.

— ¡Yo no soy así! — declaró Jenny — Cuando me divorcié, me propuse encontrar a un hombre bueno y disfrutar el resto de mi vida. No sabía muy bien cómo hacerlo. Cuando tienes una figura como la mía, los hombres no suelen acercarse mucho — se rió —. Pero encontré a Paul — hizo una pausa —. No, eso no es del todo cierto —. Paul me encontró a mí a través de la agencia de citas y desde entonces mi vida se ha convertido en un capítulo nuevo esperando a ser escrito. Estoy deseando leer la página siguiente para ver qué hay escrito. Paul me ha llevado al teatro, a pubs, al cine, es como vivir en un remolino y estoy disfrutando cada segundo — hizo una pausa para recuperar el aliento —. Esta noche nos va a llevar a un restaurante y luego a un espectáculo. Y mañana... bueno, mañana será otro día, ya veremos qué nos apetece cuando llegue.

Terry sonrió por primera vez desde que llegó.

— Me alegro de que estés tan feliz, mamá. Me alegré mucho de saber que habías conocido a alguien, pero luego pensé que quizá no era todo tan bueno como me lo pintabas. Y cuanto más lo pensaba, más me preocupaba. Al final decidí que tenía que venir a asegurarme por mí mismo de que ese tío era bueno — vaciló —. Bueno, ¿y qué vamos a ver? No me acuerdo de la última vez que fuimos al teatro.

— Te llevé a ver *Peter Pan* cuando tenías diez años — Lucy sonrió —. Compré las entradas y las escondí para que tu padre no me pidiera que las devolviera — le cambió la cara a una expresión de tristeza al acordarse de cuánto le había gustado a Terry el espectáculo. Habían pasado muy pocos días así cuando él era pequeño.

— Sí, me acuerdo — Terry se rió —. Yo intentaba volar.

— ¡Sí, sí! — Lucy aplaudió — Te hice unas alas de papel y te las puse en la parte de atrás de la camisa con un imperdible — sonrió —. Siento decepcionarte, pero no vamos a ver *Peter Pan* esta noche. Tenemos entradas para ver *Love Never Dies*. Sadie la vio hace poco y le encantó.

— Sadie. ¿Cómo le va Sadie? Siempre me cayó muy bien. Es muy divertida.

— *Divertida*. Más bien chiflada. Está más loca que nunca. Tiene un novio nuevo, están prometidos — Lucy se corrigió —. Solo lo he visto un par de veces, pero la adora.

— Háblame algo más de Paul — Terry tenía miedo de que la conversación se desviara demasiado. Todavía tenía mucho que saber sobre ese hombre —. ¿Dónde trabaja? ¿Ya se ha mudado aquí?

— No, todavía no se ha mudado aquí — dijo Lucy lentamente —. Me he mudado yo más o menos con él. Tiene un apartamento precioso con unas vistas increíbles a la ciudad — vaciló. Parecía que Terry iba a decir algo, pero siguió en silencio —. He vuelto hoy para que podamos hablar tranquilamente. No quería que te sintieras incómodo en un entorno que no te fuera familiar — siguió explicándole dónde trabajaba Paul y cómo consiguió ese apartamento tan bonito —. No es rico, pero trabaja y gana un buen sueldo — jugueteó con su collar un momento preguntándose si debía continuar o no. Quizás lo mejor sería terminar con todo y poner al día a su hijo —. Creo que estoy enamorada de él, Terry, y creo que él siente lo mismo por mí. Antes de que digas nada, sé que no lo conozco desde hace mucho tiempo, pero quiero que al menos hagas el intento de entenderlo.

Hubo un silencio largo e incómodo antes de que Terry hablara. Seguía intentando asimilar la idea en su mente. Si su madre se casaba con Paul, entonces tendría un padrastro. ¿Quería un padrastro? ¿No se las había arreglado bien sin padre hasta ahora? Durante sus primeros años de vida había estado bien alegado de su verdadero padre sin miedo así que, ¿para qué necesitaba un padre ahora? Miró a su madre, que parecía preocupada jugueteando con su collar. Se merecía una nueva vida y si ese Paul era tan bueno como decía que era, ¿qué derecho tenía el a interponerse en su camino? Respiró hondo.

— Bueno, supongo que debería conocerlo — dijo por fin.

Lucy sonrió. Se sintió aliviada de que todo acabara, al menos por ahora. Una vez Terry conociera a Paul estaba segura de que se disiparían todas las dudas de la mente de su hijo. Pero si no, ¿qué ocurriría? ¿Insistiría Terry en que apartara a ese encantador hombre de su vida? Entonces tendría que elegir entre Paul y su hijo. Apartó la idea de su mente. Con suerte no tendría que llegar tan lejos. Miró su reloj.

— Dios, mira qué hora es. Paul no tardará en llegar. Saldrá pronto de la oficina y nos recogerá antes de ir a su casa a cambiarse. Pensé que te gustaría ver su apartamento. Te da tiempo a cambiarte si quieres.

Cruzó los dedos detrás de la espalda y vio a Terry coger su bolsa y entrar al baño. Con un poco de suerte todo iría bien esa noche y cuando Terry volviera a la universidad, Paul y él serían mejores amigos.

La noche fue bien, mucho mejor de lo que Lucy pensó que sería posible. Paul, con su luz y su sencillez, consiguió pronto que Terry charlara con él como si fueran viejos amigos. Hubo un pequeño momento incómodo cuando Paul llegó al piso de Lucy. Cuando saludó a Terry, abrazó a Lucy y le dio un beso, algo que hacía cada noche cuando volvía de la oficina.

Terry se quedó al lado observando en silencio. En todos los años que había vivido con sus padres jamás había visto a su padre muestra alguna de cariño hacia su madre. Cuando llegaba a casa del bar o del local de apuestas, se dedicaba a gritarle sin motivo. Los gritos solían ir acompañados por algún tipo de abuso físico. Al menos ese tipo le demostraba a su madre amor y atención.

Por un momento, a Lucy le dio la impresión de que Terry estaba un poco celoso. Su expresión era difícil de descifrar. Pero luego sonrió a Paul y después todo fue como la seda.

Una vez terminó el espectáculo, se subieron a un taxi.

— ¿Dónde queréis ir ahora? — preguntó Paul.

— No sé vosotros, pero yo estoy muerto — Terry bostezó —. Llevo despierto desde la madrugada porque tuve dos tutorías esta mañana antes de irme de Cambridge. Creo que tendré que dejarlo por esta noche.

— Y luego dicen que son los jóvenes los trasnochadores — Lucy se rió —. Vale, nos volvemos.

— Os dejo en casa y... — empezó Paul.

— ¡Espera! — interrumpió Terry — ¿Por qué no nos volvemos los tres a tu apartamento? Antes me he dado cuenta de que tienes dos habitaciones. ¿Puedo pasar la noche allí? — miró a su madre — Es mucho más cómodo que el de mamá y me encantan las vistas.

— ¡Eres un caradura! — Lucy le dio un golpecito en el brazo — Mi piso es... — miró a Paul y sonrió —. Vale, lo admito, mi piso es un desastre.

— Claro, ¿por qué no? — contestó Paul. Intentó mantener el tono normal, pero en el fondo estaba encantadísimo. Para él era señal de que lo había aceptado — Paramos en el piso de Lucy y cogemos tu bolsa — apretó la mano de Lucy cuando Terry no estaba mirando —. Luego nos tomamos un par de copas y miramos las vistas de Londres antes de acostarnos.

El día siguiente Lucy y Terry pasaron un día perezoso en el apartamento de Paul. Terry les había dicho que tenía que pasar la mañana estudiando sus apuntes para preparar la clase del lunes por la tarde.

— Pero, ¿podría ver el partido de fútbol que hay en la tele esta tarde? Inglaterra juega fuera y sé que mamá odia el fútbol, así que igual a ti te apetece, Paul.

— ¿Sabes qué? — dijo Paul. Miró a Lucy velozmente, pero a ella le dio tiempo a fijarse en cómo le brillaron los ojos — Yo también tenía ganas de ver el partido. ¿Qué dices tú, Lucy? ¿Nos sentamos juntos en el sofá con unas cervezas y vemos el partido?

Se rió.

— Bueno, parece que gana la mayoría. Vale. Tengo que hacer unas cosas antes de cenar, así que podéis hacer lo que queráis mientras veis el fútbol — en secreto, estaba muy ilusionada. No podía haber funcionado mejor. Era una buena oportunidad para que se conocieran mejor sin estar ella por medio.

A las tres, Terry y Paul estaban gritando y animando a su equipo en el terreno de juego. Se pasaron la mitad del tiempo hablando de cómo había ido el partido en la primera parte.

Terry no se creía lo bien que se lo pasaba con Paul. El día anterior se planteaba si de verdad quería un padrastro y ese día ni siquiera contemplaba la pregunta. Con Paul se lo pasaba genial. Pensándolo, se dio cuenta de que para Paul tuvo que ser difícil conocerle, como para él lo fue conocer a Paul.

Nunca debió haber dudado de la elección de su madre pero, por otra parte, si no lo hubiera hecho, no habría ido y no habría disfrutado de ese maravilloso fin de semana con ellos dos.

Capítulo treinta y cuatro

— Así que ya veis, al final nos lo pasamos genial — dijo Lucy efusivamente. Ya de vuelta en la oficina, les estaba contando a las demás cómo había ido el fin de semana —. Terry y Paul se llevaron muy bien y antes de que se fuera, me deseó que todo me fuera muy bien.

— Me alegro muchísimo por ti, Lucy — Connie abrazó a su amiga —. Así que toda esa preocupación por la reacción de Terry fue en vano.

Lucy asintió y las demás la rodearon. Empezaron a rodarle lágrimas por los ojos.

— Qué estúpida he sido, ¿verdad?

— Bienvenida al club. Creo que todas hemos sido miembro del club de las «estúpidas» en algún momento — Sadie dibujó las comillas en el aire. Miró rápidamente en dirección a Connie antes de acercarse a Lucy para abrazarla. Al apartarse miró a Lucy de arriba abajo —. ¡Lucy! — exclamó — ¿Estás perdiendo peso? Hay menos de ti con respecto a la última vez que te abracé.

Lucy se miró las caderas.

— Ah, sí, he debido perder peso. Me puse este vestido sin pensar esta mañana. No me he dado cuenta de lo fácilmente que me lo he puesto porque me he vestido con prisas. Ahora que lo dices, la última vez que me lo puse me estaba un poco apretado y me marcaba todo.

— Bueno, ahora ya no marca tanto — dijo Sadie —. Esas caderas están desapareciendo rápido.

— Eso es lo que hace un buen hombre en tu vida — añadió Jenny.

— Bueno, ten cuidado entonces, Jen — dijo Lucy riéndose entre dientes —. Si tú pierdes peso por el buen hombre que hay en tu vida te vas a quedar en nada. Y tú igual Sadie, o quizás peor. Un par de kilos menos y desapareces por completo.

El sonido del ordenador las devolvió a la realidad.

— Esta cosa se ha vuelto loca desde que la he encendido — dijo Connie — se acercó al escritorio para leer el mensaje —. Uno, dos, tres... Dios. En el rato que hemos estado alegrándonos por Lucy han llegado diez mensajes. Creo que tenemos una mina de oro aquí — miró a Lucy —. ¿Te pones tú con ellos o sigo yo un rato más?

Connie se sentó en el ordenador pues Lucy le dijo que seguía demasiado emocionada por su fin de semana como para pensar en hacer de casamentera.

— Voy a hacer café.

— Creo que somos adictas a esta cosa — Sadie se rió —. Al final de cada conversación siempre hay alguien que va a por el hervidor.

— ¡Oh, Dios! — Connie casi se atragantó — No me lo creo.

Sadie se giró.

— Estaba de broma con lo de ser adictas, Connie. No tienes que preocuparte por ello.

— ¿Qué? — dijo Connie. Levantó la cabeza y la sacudió — No, no, tonta, esto — señaló la pantalla.

— ¿Qué ha pasado ahora? — dijo Jenny — Por favor, di que no es Michael Stone haciendo de las suyas otra vez.

— No, nada de eso — Connie giró la pantalla —. Mirad esto. Tú también, Lucy, antes de que desaparezcas. Son buenas noticias. Nos han invitado a una boda.

— ¡Joder! Se nos han adelantado — dijo Sadie mirando la pantalla —. Mientras estábamos aquí retorciéndonos hablando de nuestras vidas amorosas había alguien que había tirado el cebo, cazado a su hombre, lo había recogido y ya está a medio camino del altar.

— Sí — dijo Connie —. Supongo que se puede decir así — puso el perfil de la mujer en el ordenador —. Se llama Elizabeth Hudson y le pidió una cita un tal Alan Johnson el primer día de nuestra agencia — miró a las demás —. Al parecer se llevaron tan bien que se casan y nos han invitado.

— Muy amable invitarnos — dijo Lucy —. Pero no sé por qué. No nos conocen.

— Quizás porque los presentamos — dijo Jenny —. Los juntamos.

— Pero juntar a la gente es lo que hacemos. Es un negocio y ya nos pagan — Lucy se encogió de hombros —. Bueno, es solo mi opinión.

Mientras Lucy ponía las tazas, las demás pensaban en lo que decía.

— Creo que tienes razón Lucy — decidió Sadie —. No podemos empezar a ir a las bodas de todos nuestros clientes. Nos gastaríamos un dineral en regalos y trajes.

— Además, ¿y si tuviéramos más de una boda el mismo día? — añadió Jenny —. Tendríamos que elegir. ¿Cómo podríamos elegir entre dos parejas felices?

— Sí, supongo que tenéis razón — aceptó Connie de mala gana. Al principio pensó que era un bonito gesto y ya había pensado en comprarse un traje de una tienda de ropa de Regent Street. Pero las otras tenían razón. Podría irse de las manos. Se podrían pasar muchos fines de semana en bodas —. Vale, pensaré más tarde en cómo escribirle que lo sentimos pero no iremos. Mientras, empezaré a arreglar el tema de citas para estas otras personas. Han llegado más peticiones a la bandeja de entrada, así que va a ser un día largo.

Fue un día movido. Apenas tuvieron tiempo de beber café. Al parecer también hubo clientes nuevos que empezaron a acercarse a la oficina.

— Ya han venido doce personas a la oficina hoy — dijo Sadie cuando se fue el último —. No sé por qué tienen que venir a vernos personalmente, a menos que simplemente quieran vernos. Pero, al menos, todos se han apuntado y cada uno ha pagado las doscientas cincuenta libras de la inscripción, así que creo que podremos vivir si siguen presentándose así. Aunque si las cosas siguen así deberíamos hacernos con una oficina más grande — tosió —. Me estoy quedando sin voz de hablar con todos.

— Parece que Michael va a pasar hoy una noche tranquila para variar — se rió Jenny.

— No te preocupes por eso — dijo Sadie —. En cuanto me dé un baño y me tome un par de pastillas estaré como nueva dando guerra otra vez.

— ¿Y dónde vas a dar guerra esta noche? — preguntó Connie.

— No tengo ni idea, pero seguro que Michael se trae algo entre manos.

— Seguro que sí — Lucy guiñó.

— ¡Serás fresca! — dijo Sadie — Aunque puede que tengas razón. Hemos salido todas las noches durante la semana pasada así que puede que toque quedarnos en casa y... — hizo una pausa y se puso a soñar despierta.

— ¿Y? — dijeron Lucy y Jenny a coro. Las dos pararon lo que estaban haciendo y esperaron a que Sadie continuara.

—... y veamos la televisión — dijo Sadie riéndose.

Capítulo treinta y cinco

Semanas más tarde la agencia seguía creciendo. Connie y Andrew ya se habían mudado a su nuevo apartamento y celebraron una fiesta de inauguración a la que invitaron a todos los amigos que pudieron meter allí. Sadie no dejaba de hablar de su boda, aunque todavía no había fijado la fecha, mientras que Jenny y Lucy todavía estaban haciéndose a sus nuevas relaciones.

Lucy estaba maravillosamente bien con Paul. Era muy atento. ¿Qué más podía pedir.

Después de unos días, Paul insistió en que fuera al médico.

— Tienes que asegurarte de que no es nada — le dijo.

— Creo que Paul está haciendo de un grano de arena una montaña — le dijo al doctor Wright cuando llegó a la consulta —. Seguramente he tomado algo que no me ha sentado bien.

— Puede que sea verdad — contestó el doctor. Ella sonrió —, pero ya que está aquí, vamos a echarle un vistazo.

El médico fue muy directo y Lucy empezó a asustarse, en especial cuando le dio un bote de muestras y le indicó dónde estaba el baño de señoras. ¿Le pasaría algo grave? Ojalá que no.

— No puedo estar enferma — murmuró para sí misma volviendo para la consulta —. ¡No lo permito! No ahora con lo feliz que estoy — miró el bote de muestras que tenía en la mano y le pareció que estaba bien. El color estaba bien, o al menos eso pensó. No se paraba nunca a pensar en el color de su orina. ¿Alguien lo haría? ¿Normalmente la gente se para a mirar de qué color es su orina cada mañana?

De vuelta a la consulta, Lucy miraba ansiosamente el reloj mientras el médico examinaba la muestra con algo que parecía un palito de helado.

— Bueno — dijo el doctor Wright volviéndose a Lucy —. Pues parece que va a tener un bebé.

Lucy se quedó sin palabras. ¡Un bebé! Dios santo, iba a tener un bebé. Ni siquiera lo había pensado. ¿Por qué no lo había pensado?

— ¿Está usted bien? — el médico se inclinó hacia delante y cogió la mano de Lucy — ¿Ha oído lo que he dicho?

— ¡Sí! — Lucy tragó saliva — ¿Está seguro? ¿Podría haber algún error?

— Estoy totalmente seguro. No cabe duda — el doctor Wright sonrió —. Está de unos dos meses, así que tendrá un bebé a principios del año que viene — calculó la fecha y se la escribió en un papel a Lucy.

Ya en la calle, Lucy miró el papel que tenía en la mano. No era capaz de asumirlo.

— Madre mía, voy a tener un hijo — no se dio cuenta de que lo había dicho en voz alta hasta que alguien que había pasado a su lado le dio la enhorabuena. Le sonrió antes de meter la mano en el bolso en busca de su teléfono móvil.

Le temblaban los dedos mientras intentaba buscar el número de la oficina de Paul, pero pulsó el botón de *cancelar*. Quizás debería esperar hasta la noche. Se estremeció. Eso significaría que tendría que guardarse la noticia todo el día. No podía decírselo a sus amigas hasta que no hablara con Paul. Tenía que ser el primero en saberlo.

Entonces vio un taxi acercarse a ella. En ese instante decidió ir a la oficina de Paul y decírselo en persona. Paró el taxi y le dio la dirección de la oficina de Paul. Respiró hondo al sentarse en el taxi. ¿Cómo se tomaría la noticia? ¿Estaría listo para ser padre? Bueno, dijera lo que dijera, ya no había vuelta atrás.

— ¿Estás bien? — Paul estaba preocupado porque Lucy había aparecido en su oficina. Sabía que había ido al médico esa mañana. ¿Le habría pasado algo? ¿Por qué si no se habría presentado Lucy desde la otra punta de Londres?

— He ido a ver al doctor Wright y me ha hecho un examen — sacó la lengua y la enseñó.

— ¿Y? — preguntó Paul. Se temía lo peor.

— Y... ¡voy a tener un hijo! ¡Vamos a tener un hijo!

Paul se quedó en silencio un largo rato mirándola.

Lucy empezó a entrar en pánico. Pensaba que Paul se alegraría tanto como ella, pero a lo mejor no quería formar una familia.

— Vamos a tener un hijo — dijo Paul por fin. Estaba asimilando la noticia —. ¡Vaya! — exclamó y dio un salto en el aire — ¡Voy a ser padre! — cogió a Lucy y la abrazó en el aire — Es una noticia increíble — se giró y miró al resto de compañeros de la oficina —. ¿Habéis oído, chicos? ¡Voy a ser padre!

A Lucy se le llenaron los ojos de lágrimas, que le empezaron a rodar por las mejillas.

— Paul, estoy muy feliz — cogió un pañuelo del bolsillo y se secó los ojos —. Por un momento pensé que tú...

— ¡Lucy! ¡Estoy encantadísimo! No te haces una idea de lo feliz que estoy — tuvo que gritar para que se le escuchara con todo el ruido que había. Todos en la oficina le rodeaban para darles la enhorabuena a los dos.

Lucy subió las escaleras a la oficina corriendo para contarle la noticia a sus amigas. Ni siquiera les había dicho que iba al médico. Simplemente les había dicho que iba a darse una vuelta a ver tiendas.

— Tengo una maravillosa... — paró a mitad de frase cuando vio lo que Sadie llevaba puesto — ¡Dios santo, Sadie! ¿Qué demonios llevas puesto?

Sadie llevaba la indumentaria más extravagante que había visto en su vida. Lucy la miró de arriba abajo y vio una minifalda rosa fluorescente, una camiseta plateada de lentejuelas complementada con una torera dorada, unas medias negras de encaje y unas botas rojas. El cuadro lo completaba una pluma roja pegada a una cinta verde que rodeaba su frente. Lucy se quedó petrificada incapaz de articular palabra.

— ¿Te gusta? — Sadie giró sobre sí misma en el sitio. Le habría hecho un pase de modelos si hubiera habido suficiente espacio — Me lo he comprado hoy en una tienda de Piccadilly. ¿Qué te parece? — miró a las otras — Connie dice que es demasiado y Jenny piensa que me he pasado — entrecerró los ojos —. Di algo, Lucy, por favor. No es tan malo, ¿verdad?

— Creo que las dos tienen razón — tragó saliva —. Y es que te has pasado demasiado, Sadie. Me hacen falta gafas de sol para verte.

— ¡Mierda! — dijo Sadie — Sabía que estarías de acuerdo con ellas. No sé para qué os pregunto — suspiró y se giró de nuevo —. Volved a mirarlo. A lo mejor ahora opináis distinto.

Lucy parpadeó tres veces.

— No, lo siento. No me funciona. Pero — añadió intentando sonar más positivo —, quizás es porque llevas muchos colores juntos. ¿Por qué no te pones esa falda con algo menos... fosforescente? Algo que no la haga desentonar tanto. Y la camiseta plateada te la podrías poner con... una falda negra — miró a las otras buscando algo de apoyo.

— ¡Exacto! — dijo Connie. Se levantó del escritorio triunfante — Eso era lo que intentaba decirle cuando entraste. Pero ya conoces a nuestra Sadie, tiene que ser el centro del mundo. Pero bueno — continuó al darse cuenta de que Lucy se había quedado a mitad de frase —, ¿qué venías a decirnos?

— Ah, en realidad no es nada — Lucy soltó el bolso en una silla y se quitó el abrigo. De algún modo, al ver a Sadie con esa ropa, se había perdido el momento.

— No, venga, dinos — dijo Jenny —. Parecías emocionada cuando entraste.

Sadie se sentó con la cabeza apoyada en una mano. Se hacía una idea de lo que iba a decir, pero era el gran momento de Lucy, tenía que decirlo ella.

Lucy se encogió de hombros.

— Bueno, quería que fuerais de las primeras en saberlo — respiró hondo —. Voy a tener un hijo.

— ¡¿Qué?! — exclamó Connie. Se puso en pie y esquivó las mesas para acercarse a Lucy — ¡Dios mío! Qué noticia tan maravillosa. ¿Se lo has dicho ya a Paul? Sí, claro que se lo habrás dicho. Qué tonta soy. Habrá sido el primero en saberlo.

Sadie y Jenny también se acercaron a Lucy.

— Tenéis que estar contentísimos — dijo Jenny. Empezaron a rodarle lágrimas por los ojos conforme hablaba. Hasta Sadie parpadeaba rápidamente para contener las lágrimas.

— Sí, claro — dijo Lucy buscando un pañuelo —. Iba a llamar a Paul cuando salí de la consulta, pero cambié de opinión, cogí un taxi y me planté en su oficina. Está que no cabe en sí mismo. No dejaba de gritar «Voy a ser padre» por toda la oficina.

— Esa noticia emocionante esperándonos y todas aquí hablando de mi estúpida indumentaria — dijo Sadie abrazando a Lucy —. Tenías que haberme dicho que me callara — se apartó y dio un paso atrás —. Voy a cambiarme y voy a por una botella de champán. Creo que necesitamos un minibar para la oficina — iba de camino y de repente se giró —. ¿Puedes beber? A ver, ahora que estás embarazada, ¿deberías?

— No. Supongo que no — dijo Lucy —. Pero me tomaré una para celebrar que no voy a beber más hasta que nazca el bebé.

El ordenador sonó y captó la atención de todas.

— Voy a echarle un vistazo — dijo Connie acercándose para abrir el mensaje nuevo. Por el camino se tropezó con la silla —. Hala, otro par de

medias roto — dijo pasándose la mano por la pierna —. Es el segundo par en pocos días — apartó la silla a un lado —. No tenemos espacio para movernos sin tropezarnos con todo — miró a Lucy, que tenía los labios apretados intentando no reírse, mientras Jenny, con calma, volvía a poner la silla en su sitio —. Vale — Connie extendió las manos —, sé que tener esta caja de cerillas por oficina fue idea mía, pero cómo iba a saber lo pequeña que se iba a hacer cuando pusiéramos los escritorios y... — se interrumpió cuando vio la pantalla del ordenador — ¡Eh! — señaló la pantalla — ¡Mirad los correos electrónicos!

Al parecer, mientras le daban la enhorabuena a Lucy por su embarazo, el mundo seguía funcionando. Había al menos veinte correos electrónicos pendientes, si no más.

Connie se sentó en la silla frente al ordenador.

— Veinticuatro. No sé si voy a poder con todos. Algunos son nuevos clientes que quieren darse de alta en la agencia.

— Yo me ocupo — dijo Lucy. Echó a Connie de la silla —. Ve y prepara las copas para el brindis — Poco más tarde, levantó la vista del ordenador —. Eh, chicas, son veinticuatro correos electrónicos y — juntó las manos — *todos* quieren apuntarse a la agencia. ¡Vaya!

Jenny empezó a hacer cuentas.

— Eso son seis mil libras — dijo lentamente —. Como dices, Lucy, eso es un *vaya* en toda regla.

— Estoy de acuerdo con vosotras — dijo Connie repartiendo las copas —. Y cuando esas veinticuatro personas pidan citas, habrá aún más dinero en el banco.

— Tienes razón, Connie — Jenny levantó la vista de la calculadora —. Había muchos divorciados que querían una agencia para divorciados. Pero ha sido increíble que fuésemos nosotras las que lleváramos a cabo la idea. Fácilmente podrían haber sido otros.

— Bueno, menos mal que no lo fueron — dijo Connie bruscamente —. Todo podría haber acabado en manos de otras personas, pero tomamos un camino distinto — levantó la cabeza —. Hemos creado algo con clase.

— Sí, bueno — dijo Lucy — tosió —. Al parecer tenemos otro correo electrónico. Este no quiere unirse ni pedir una cita... bueno, supongo que sí pero no en ese sentido...

— Madre mía, suéltalo ya, Lucy — Sadie, que volvió a tiempo para oír la última parte de la conversación, estaba impaciente por abrir la botella.

— Al parecer alguien quiere comprar nuestra agencia — Lucy miró a la pantalla.

— Algún tirado de la vida, me imagino — dijo Connie —. No pienso venderle la agencia a alguien que la pretenda comprar por nada de dinero y convertirla en...

— Eh, no — interrumpió Lucy, que seguía leyendo el mensaje —. Nos ofrece una generosa cifra si las cuentas le convencen.

Sadie se hundió en la silla. La botella se le resbaló de las manos y se le habría caído al suelo si Jenny no la hubiera cogido a tiempo.

— ¿Estás segura de que es un correo real? — preguntó Connie.

— Dice que va en serio. Dice que ofrece hasta doscientas mil libras por la empresa si es lo que busca — explicó Lucy.

— ¿Quién es? — susurró Connie — ¿Quién ofrece esa cantidad de dinero? Tiene que ser una broma.

— ¿Por qué susurras? — preguntó Sadie — ¿Crees que alguien nos escucha?

— No lo sé. Jenny miró a la puerta, como si alguien fuera a abrirla y a gritar «¡Inocentes!».

— El mensaje es del dueño de una gran empresa que lleva la mayor parte de su negocio por internet — dijo Lucy, que aún leía el correo electrónico —. Al parecer, tenían pensado montar una agencia de citas para divorciados, pero se han encontrado que ya había una montada, la nuestra — miró al grupo y levantó las cejas —. Bueno, eso nos da algo que pensar.

— Desde luego — dijo Connie. Llevaba mucho tiempo pensando. Seguía dándole vueltas a lo de vender la agencia, aunque entendía que las otras no quisieran. Sin embargo, cincuenta mil dólares no podían tomárselos a la ligera. Seguro que las demás estarían de acuerdo en venderla por esa cantidad de dinero —. Bueno. ¿qué pensáis?

Capítulo treinta y seis

— Y ahí lo dejamos — de vuelta en el apartamento nuevo, Connie le contaba a Andrew la oferta de compra de la agencia —. Las otras querían hablarlo con sus parejas — miro a Andrew de reojo —. Estás muy callado. ¿Qué te pasa?

Andrew se encogió de hombros.

— No depende de mí. En cambio, si quieres mi opinión, me parece una buena oferta — bajó la copa de vino que tenía en la mano y puso cara de pez.

— ¿Pero? — Connie asintió y esperó a que continuara — Tiene que haber un *pero*, ¿verdad?

— Me preguntaba si valdría más.

— ¿Más de doscientas mil libras? — Connie no se lo podía creer.

— Si te ofrecen esa cantidad del tirón, entonces es porque tiene que valer más — volvió a levantar la copa y dio otro sorbo —. Tú misma lo has dicho. Veinticuatro personas se han apuntado hoy. Eso son seis mil libras en un solo día, por no mencionar el dinero que sacáis de las citas que se conciertan. Quién sabe cuántos querrán ser miembros mañana.

— Pensándolo así... — Connie asintió pensativa.

— No se puede ver de otra manera. Y si Michael es tan bueno haciendo números como yo, le dirá lo mismo a Sadie.

Antes de que Connie pudiera decir nada el teléfono sonó y se acercó a cogerlo.

— Hola, Sadie, dime — miró a Andrew mientras escuchaba lo que Sadie le contaba —. Andrew me acaba de decir lo mismo. Tenemos que quedar y volver a pensarlo — hizo una pausa por un momento —. ¿Queréis venir esta noche a casa? Llamaré a las demás también. Quizás podamos llegar juntas a un acuerdo.

— Vienen todas a eso de las ocho — dijo Connie cuando colgó tras la última llamada —. Todos los hombres parecen pensar igual que tú — se rió —. No sé si Lucy tiene muchas ganas de abandonar el nido esta noche. Paul y ella estaban hablando de ropita de bebé.

Era la primera vez que Paul veía a los demás desde que Lucy había dado la noticia de su embarazo, así que primero le dieron la enhorabuena y las correspondientes palmaditas en la espalda antes de entrar en materia de negocios.

— Desde que hablé con Connie, Michael y yo hemos estado dándole más vueltas al asunto — dijo Sadie pasando los dedos por su falda corta para alisarla antes de continuar —. Michael está de acuerdo con Andrew. Cree que el negocio vale más dinero. Pero me preocupa que si pide más dinero y ellos no quieren pagarlo, ¿no podrían simplemente abrir otra agencia por ellos mismos?

— Sí, yo también lo he pensado — dijo Jenny tomando las riendas de la conversación —. Y así tendríamos competencia.

— Pero ellos tendrían el mismo problema — Michael hablaba ahora. Miró a Andrew —. No quieren la competencia de Sadie y las demás — continuó señalando a las cuatro mujeres —. Vuestra agencia está establecida y va bien. Serían los nuevos intentando hacerse hueco en el mercado. Vosotras ya tenéis una clientela que confía en vosotros. Las cuatro habéis sentado unas bases que han hecho que se difunda la palabra. Cualquiera otra persona irá un paso por detrás intentando ponerse a vuestra altura.

— Eso es muy cierto — dijo David —. Estoy de acuerdo contigo y con Andrew. ¿Qué piensas tú, Paul?

Paul se rió.

— Aún estoy intentando asimilar que voy a ser padre pero sí, creo que no debéis precipitaros con aceptar la oferta — miró a Lucy —. ¿Cómo ha terminado la tarde? ¿Habéis contestado a la oferta? Y si lo habéis hecho, ¿habéis dejado espacio para maniobrar?

— Hemos enviado una respuesta estándar diciendo que tenemos que pensarlo, ya que vender la agencia no es algo que nos hubiéramos planteado.

— Bien — dijo Andrew —. Si vuelven a escribir, significa que tienen interés en comprar. Pero no contestéis de inmediato. Hacedles pensar que no os interesa. Dadles la oportunidad de que aumenten la oferta.

— ¿A cuánto? — preguntó Connie — Somos nuevas en el juego este del gato y el ratón. ¿Cuánto deberíamos pedir?

— Yo pediría al menos otras trescientas mil libras, aunque quizás le añadiría unas cincuenta mil más — contestó Andrew.

Michael asintió.

— ¡Totalmente de acuerdo! Chicas, tenéis una mina de oro. Saben que si no lo pagan, vendrá otro y se la llevará y eso es lo último que quieren.

— ¡Hostia puta! — exclamó Sadie — ¡Madre mía y hostia puta otra vez! — miró a Connie — ¡Ups! Perdón, yo... — empezó, pero vio que Connie y las demás estaban tan impactadas como ella.

— Por una vez tienes razón, Sadie — Connie se giró y miró a Andrew —. ¿Lo dices en serio? — Andrew asintió —. ¡La madre que me parió! — hizo gestos en el aire con alegría.

— No me lo puedo creer — dijo Sadie por fin. Miraba de Andrew a Michael y de Michael a Andrew moviendo la cabeza de un lado a otro —. ¿Estáis seguros de que no os estáis riendo de nosotras?

— Os aseguro que Andrew nunca hace bromas con el dinero — dijo Connie.

— No os aseguro que consigáis ese dinero — Andrew miró a Michael buscando confirmación —, pero sí que podéis conseguir más de esa oferta inicial — prosiguió al ver que Michael asentía.

— Necesito asimilar todo esto. Es demasiado para tragarlo todo de una vez — Jenny le dio un codazo a David —. Te has quedado muy callado. ¿Qué piensas?

— Estoy de acuerdo con los demás — dijo David —. Si de verdad quieres vender, necesitas pedir más dinero. Es un negocio muy bueno y el tipo que quiere comprarlo lo sabe.

Esa noche un poco más tarde, Andrew y Michael estuvieron hablando a solas. Le dijo que el jefe de su departamento de finanzas se iba a jubilar.

— Así que pronto habrá un puesto libre. ¿Te interesaría presentarte para el puesto?

— ¿Y qué le has dicho? — preguntó Sadie. Ahora, ella y Michael estaban en el taxi de vuelta a casa y él le estaba contando lo que Andrew le había dicho.

— Le he dicho que me lo pensaría — contestó lentamente.

— ¿Y...? — Sadie le presionó para sacarle más información.

— Y me lo estoy pensando — dijo guiñando un ojo.

— Mi tía está muy contenta con Brian Lomax. Le ha pedido que se mude con él — Lucy dio la noticia a la mañana siguiente al llegar a la oficina.

— ¡Vaya! ¿Ya? ¿Tan pronto? — dijo Sadie — ¿Qué te parece?

Lucy se encogió de hombros.

— No sé. No creo que lo tenga claro. La he llamado para contarle lo del bebé y cuando me ha dado la enhorabuena y me ha dado todos los consejos que me tenía que dar, ya me ha contado lo suyo. Creo que no sabe qué hacer.

— Pues cuéntamelo si lo hace para irme lejos. No quiero estar cerca cuando se descubra el pastel — se rió Sadie.

— No me gusta que pienses así, en especial sobre familia — Connie levantó las cejas —. Y menos en el trabajo.

Sadie miró alrededor de la habitación.

— Pero si estamos solo las tres.

— Bueno, nunca se sabe. Alguien podría venir y decidir que este no es el tipo de agencia a la que quiere pertenecer por oír cosas como esa — contestó Connie.

— ¿Cosas como qué? — dijo Jenny, que había llegado a tiempo para oír lo último que había dicho Connie.

— Da igual — Connie puso los ojos en blanco —. No empecemos de nuevo.

— Mi tía puede que se mude con Brian Lomax — Lucy le contó a Jenny.

— Ah, ya veo. Bueno, no, en realidad no — dijo Jenny —. ¿Por qué Lucy no debería decir que puede que su tía se mude con Brian Lomax? ¿Qué problema hay con eso?

— ¡Ese no es el problema! ¿Podemos dejarlo? Tenemos cosas más importantes en las que pensar, como en si vamos a seguir con la empresa o no y qué vamos a hacer al respecto si nos vuelven a escribir.

— Tranquila — Sadie señaló a Connie —. No es bueno que empecemos a ponernos nerviosas por todo. El cuándo o el *si* nos vuelven a escribir con otra oferta, ya lo veremos. En el momento en el que eso ocurra, ya nos pondremos en serio. Mientras, propongo que sigamos el curso normal de nuestro negocio.

Epílogo

— ¿Quién lo habría dicho? — Jenny estaba sentada en el escritorio mirando alrededor de la oficina — Cuando al principio decidimos montar esta agencia nunca nos habríamos imaginado que despegaría de la forma que lo hizo.

— No — dijo Sadie pensativa. No había dicho demasiado desde que había llegado. De algún modo le entristecía dejar la oficina. Habían pasado muy buenos momentos allí y ahora estaban guardando esos maravillosos recuerdos en una caja y cerrando la tapadera. Pero, mirando el lado positivo, ahora tenía a un hombre maravilloso en su vida y estabilidad económica. Y, con Michael ya establecido como jefe de contabilidad en la empresa de Andrew, ¿qué más podría pedir una mujer?

La noticia de la venta de Divorciados.com apareció como noticia importante en las revistas de negocios durante varios días. Alex estaría echando humo ahora mismo. Maldito Alex. ¿Por qué estaría pensando en él? Si ella tendría que estar preparando una lista de tareas pendientes y la primera sería pasar unas vacaciones en las Bahamas. Siempre había soñado con estar tumbada en una playa de arena blanca, tomándose un cóctel servido en vaso alto con una sombrilla. Podría haberlo hecho igual sin haber vendido la empresa. Habría tenido bastante dinero en la cuenta. Podrían haber tenido dinero para unas vacaciones o para lo que quisieran. Dejó escapar un suspiro y volvió a mirar la vieja oficina.

— Estás muy callada. ¿Estás bien? — preguntó Jenny — No es propio de ti estar tan callada.

— Sí, estoy bien — Sadie volvió a mirar la caja que estaba llenando —. Es que no me gusta nada esta parte.

— Hum — Jenny asintió —. Sé lo que dices.

Oyeron ruido en las escaleras. La puerta se abrió y entraron Connie y Lucy.

— ¿Por qué estáis tan tristonas? — preguntó Lucy — Si tendríais que estar muy felices hoy porque nos han ingresado esta mañana todo el dinero en nuestras cuentas corrientes — vaciló y miró a Jenny —. ¿O es eso? ¿No nos ha llegado el dinero?

— Oh, no. El dinero está ahí — dijo Jenny rápidamente —. Lo he mirado por internet antes de venir. Todo está en orden. No, es que nos estábamos acordando de todo lo que hemos pasado aquí.

— Y no se ha acabado todavía — Connie cogió el bolso, sacó una botella de champán y la levantó —. ¡Tachán! — gritó — Se me ha ocurrido por el camino. Para terminar por todo lo alto.

— ¡Joder, claro! Tienes razón — dijo Sadie. Se levantó y fue al armario a coger las copas —. No nos hace ningún bien estar aquí sentadas llorando por el pasado. Nos lo hemos pasado bien y nos hemos reído mucho. Hemos conseguido lo que queríamos, que era encontrar hombres nuevos y hemos conseguido mucho dinero en el camino. Ahora es el momento de seguir adelante.

— ¿Ah, sí? — preguntó Jenny — ¿Ya se te ha pasado la etapa de «mirar atrás»? — dibujó comillas en el aire con los dedos.

— Joder, no es eso — Sadie puso las copas delante de Connie —. Pero es que no podemos volver atrás. Así que vamos a beber, a limpiar y a salir de aquí antes de que se me salgan los ojos de llorar.

Cuando miraron por última vez la oficina para despedirse, Connie cerró la puerta por última vez y metió la llave en su bolso.

— Eso ha sido todo, chicas. Hemos terminado. Empecemos nuestras nuevas vidas.

— ¿Qué nuevas vidas? — preguntó Sadie y miró a las otras, pero parecían tan sorprendidas como ella.

— ¿Quién sabe? — dijo Connie bajando las escaleras — Podríamos sentarnos y no hacer nada o podríamos comprar entradas para el primer viaje turístico a la luna o... — se rió — podríamos empezar otro negocio, que parece que se nos da bien.

— ¿Otro negocio? ¿Qué otro negocio? — Sadie frunció el ceño.

— No tengo ni idea... todavía — contestó Connie —. Pero seguro que se nos podría ocurrir algo si lo pensamos.

Fuera, en Park Lane, las cuatro mujeres miraron asombradas pasar uno de esos autobuses famosos rojos dobles de Londres. En un lateral tenía pegado un cartel enorme que ponía: *Divorciados.com: La agencia de citas online solo para divorciados*. También había una imagen de un hombre y una mujer brindando.

— No han perdido el tiempo — dijo Lucy.

— No se lo podían permitir con lo que les hemos hecho pagar por el negocio, contestó Jenny.

Connie asintió de acuerdo con la afirmación. Pensó en las últimas semanas cuando empezaron a negociar con la empresa que quería comprar. No había sido fácil, pero con los consejos de Andrew y Michael, pudieron aguantar hasta conseguir el mejor precio posible.

— ¡Bien hecho! — dijo Sadie tirando un beso al autobús.

— ¡Bien hecho! — dijeron las otras a coro. Después de una última mirada al edificio que había tras ellas, se agarraron del brazo y caminaron en dirección hacia Oxford Street.

*

Sobre la autora

Eileen Thornton vive con su marido Phil en la bonita ciudad de Kelso, en los Scottish Borders. Lleva escribiendo de forma autónoma doce años y durante ese tiempo sus reportajes gráficos y relatos cortos han aparecidos en varias revistas nacionales. También ha aportado relatos cortos a antologías. En la página web de Eileen pueden encontrarse una selección de sus trabajos publicados:

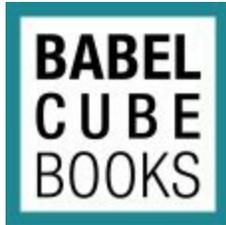
www.eileenthornton.com

Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales

Los comentarios y recomendaciones son cruciales para que cualquier autor pueda alcanzar el éxito. Si has disfrutado de este libro, por favor **deja un comentario**, aunque solo sea una línea o dos, y házselo saber a tus amigos y conocidos. Ayudará a que el autor pueda traerte nuevos libros y permitirá que otros disfruten del libro.

¡Muchas gracias por tu apoyo!

¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?



Tus Libros, Tu Idioma

Babelcube Books ayuda a los lectores a encontrar grandes lecturas, buscando el mejor enlace posible para ponerte en contacto con tu próximo libro.

Nuestra colección proviene de los libros generados en Babelcube, una plataforma que pone en contacto a autores independientes con traductores y que distribuye sus libros en múltiples idiomas a lo largo del mundo. Los libros que podrás descubrir han sido traducidos para que puedas descubrir lecturas increíbles en tu propio idioma.

Estamos orgullosos de traerte los libros del mundo.

Si quieres saber más de nuestros libros, echarle un vistazo a nuestro catálogo y apuntarte a nuestro boletín para mantenerte informado de nuestros últimos lanzamientos, visita nuestra página web:

www.babelcubebooks.com